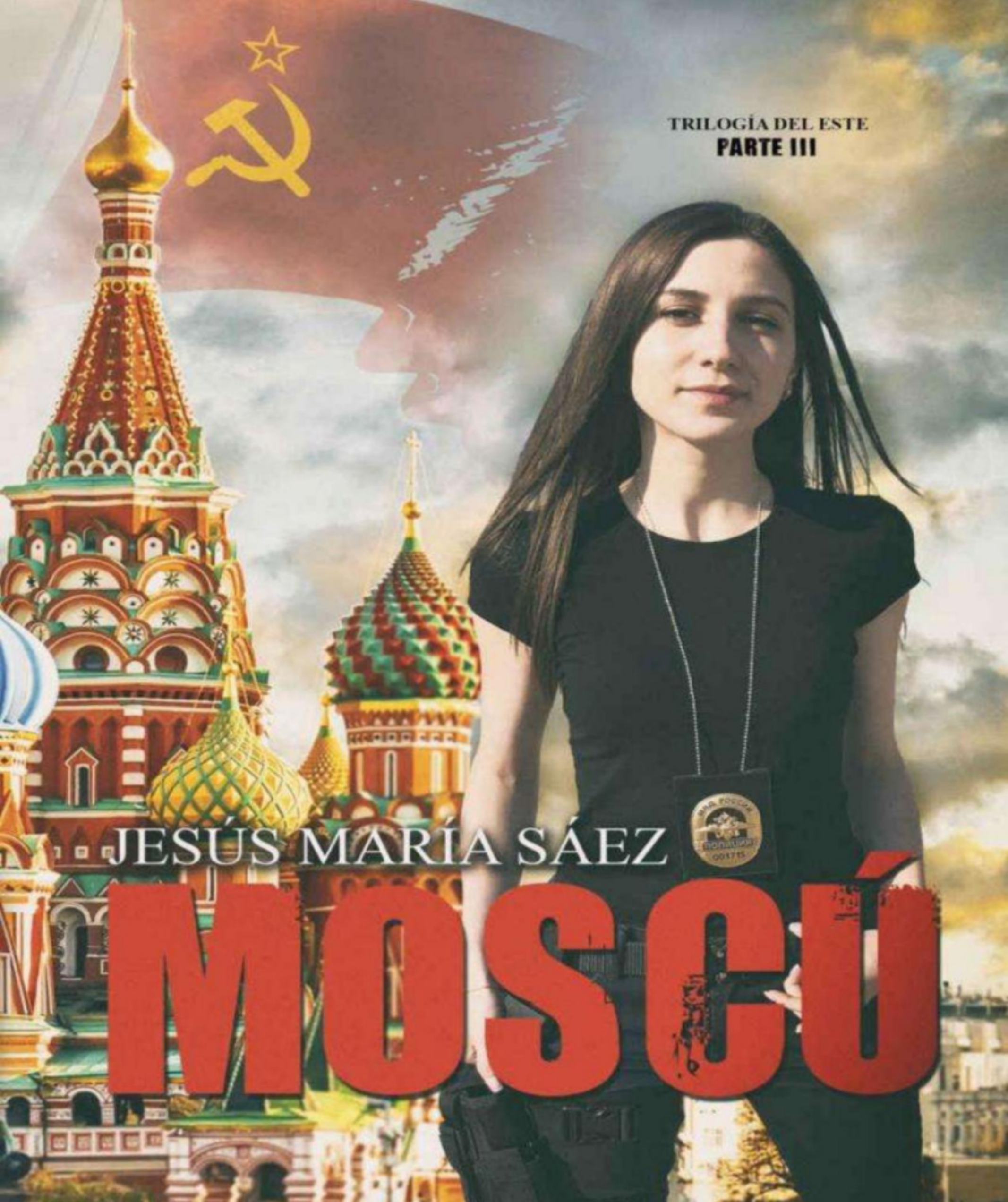
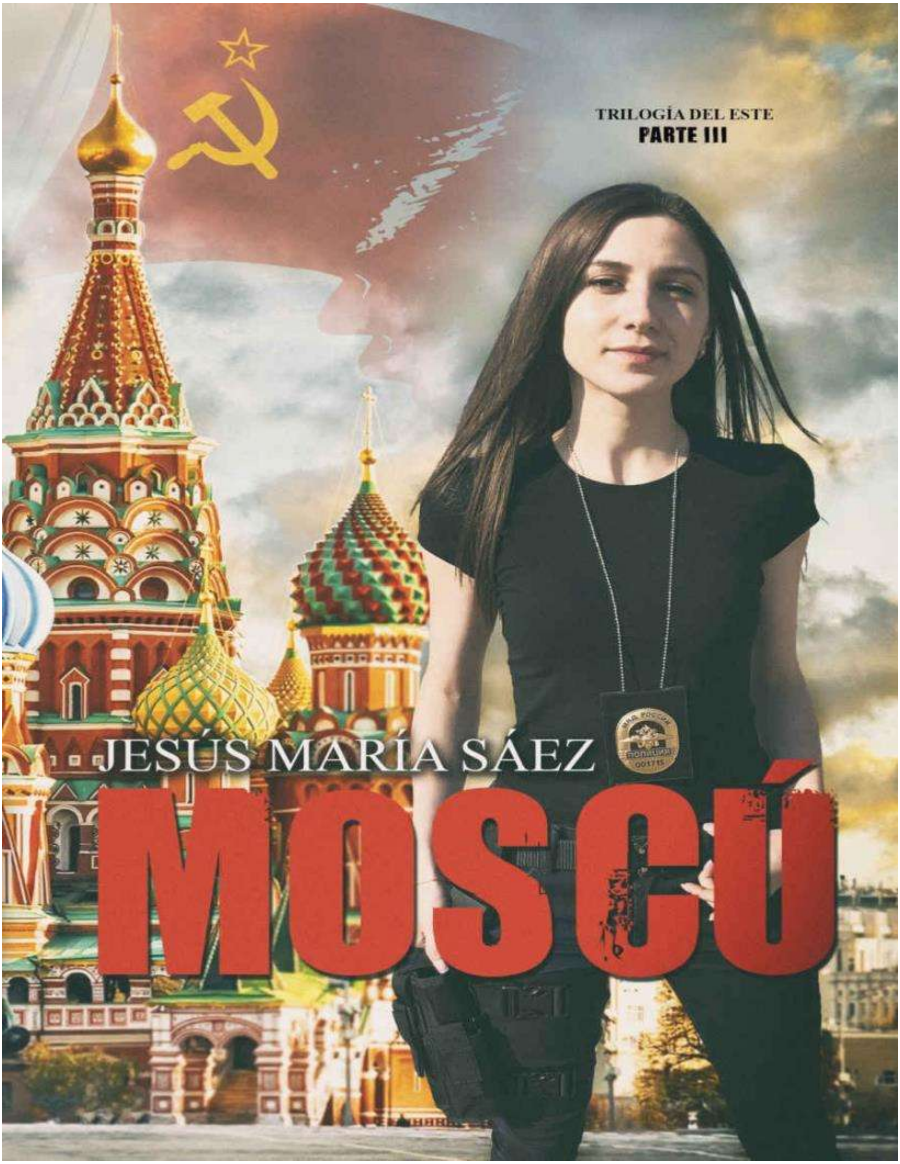

TRILOGÍA DEL ESTE
PARTE III
JESÚS MARÍA SÁEZ
MOSCÚ



MOSCÚ

La Trilogía del Este - Parte III

Jesús María Sáez

MOSCÚ

Jesús María Sáez

«Pienso que los virus informáticos deberían contar como vida. Dice bastante sobre nosotros el hecho

de que la única forma de vida que hemos logrado desarrollar sea puramente destructiva.

Hemos creado vida basada en nuestra imagen».

Stephen Hawking

(Físico teórico, astrofísico,

cosmólogo y divulgador científico británico).

PRÓLOGO

LAGO BAIKAL, ÓBLAST DE IRKUTSK

SIBERIA (FEDERACIÓN RUSA)

Septiembre de 2016

La masa inabarcable que alberga un cuarto del agua dulce del planeta acogía en su seno a María Nikoláyevna Ivanova, *Masha,* desde sus treinta millones de años de historia, dejándola en una posición ínfima ante la existencia. Emergiendo a partir de sus gélidas aguas afloraban las veintidós islas y el color cambiaba entre el azul y el verde con permiso del sol, que imponía sus matices. El dicho siberiano le volvió a la cabeza:

«Baikal te cambia cuando lo visitas, nada es igual, ya no eres la misma persona».

Presintió a su espalda la presencia cercana de su anfitriona, que se había aproximado hasta la roca lisa de bordes redondeados mordidos por muchos años de nieve y heladas intensas, donde ella estaba sentada.

—He esperado mucho, demasiado tiempo, a que llegara un momento así —dijo Alexandra—. Tantos años de sacrificio, de falsedad, de resignación. Compaginando una

vida brillante como doctora en Arqueología y otra atrapada en las garras del sistema.

Pero al fin la historia termina y volveré a ser libre.

—No se puede ser libre cuando en verdad se pertenece a otros. —Masha recordó la conversación de antes en la cabaña: «Nadie más conoce el secreto, estamos seguros…»—. ¿Crees que te dejarán seguir con tu vida sin pedirte nada más a cambio?

—le preguntó sin esperar respuesta.

Notó el frío cañón de un arma apoyado sobre la nuca.

—Desde que fui activada por el FSB nada más regresar de la expedición —respondió Alexandra—, mi única misión ha sido borrar todos los datos sobre aquella inoportuna historia en la tundra. Podía haber sido una impagable expedición científica de incalculable valor, además de una reconfortante aventura casual con un extranjero de carácter alegre. Pero no podemos alterar el destino. Las cosas ocurren y yo no pregunto por qué. Vosotros os habéis encargado de entregar las últimas pruebas y sois los únicos testigos que quedan vivos.

—¿Y Txema? Es el padre de tu hijo…

—Bueno, digamos que fisiológicamente sí, pero realmente me ayuda mi actual pareja a cuidarlo: es un capitán del Distrito Militar Volga-Urales con el que llevo una vida medio normal en Ekaterimburgo el resto del año. Txema es un buen tipo, no está mal verlo un par de veces al año, recordar viejos tiempos y echar un buen polvo, pero lamentablemente es mi objetivo final, como lo era también para ti, ¿o acaso se te había olvidado, traidora?

Una brisa ligera humedeció la cara de Masha mientras miraba hacia la otra orilla que se dirimía lejana, distante, casi difusa…, como toda ella en esos momentos.

Sonó un trueno junto a su cabeza que la dejó sorda un instante. Vio caer sin vida desde la orilla del lago el cuerpo inerte de Alexandra, hundiéndose dentro del agua fría, tiñéndola de rojo. Tenía los ojos abiertos, unos ojos inabarcables como el propio Baikal, y una amplia mancha de sangre se diluía con rapidez entre las aguas cristalinas, con reflejos turquesa, de un paraje natural que había visto demasiadas vicisitudes como para sorprenderse. Los cabellos oscuros de la mujer comenzaron a flotar en la superficie para expandirse en las reposadas aguas, como las algas verdes xantofitas se extienden en colonias por las marismas continentales. El sol, poniéndose entre los montes con una templanza extraordinaria, pintó la escena con una témpera pastel surrealista.

Masha giró ciento ochenta grados para observar cómo Txema Beristáin aún sujetaba en la mano derecha la Makarov que ella había dejado olvidada en el equipaje, un error imperdonable fruto de la confianza. El brazo le temblaba en progresión geométrica.

María Ivanova se puso en pie, le retiró el arma de entre los dedos y activó de nuevo el seguro, mientras le bajaba el brazo con una

tranquilidad inusitada.

—Lo he oído todo —dijo él balbuceando. Una lágrima, que se deslizó por la mejilla lívida, como a cámara lenta, tardó en llegar a la barbilla. Todo el tiempo parecía ralentizado, transcurría a una velocidad inferior a la natural.

—Has tomado la decisión correcta.

—¿¿Tú crees?? —se soliviantó el periodista vasco, mirándola fijamente a esos ojos azules intensos que siempre le perturbaban—. ¡Acabo de volarle la tapa de los sesos a mi mujer para salvarte a ti! A la mayor asesina psicópata que he conocido en toda mi vida…

—Sin contar a Alexandra.

—Mi mujer no era una psicópata —protestó—. Era mi amor primigenio, aventurero, casi fantasioso y, además, no lo olvides, la madre de mi hijo.

—Pues sí que tienes acierto eligiendo a las mujeres de tu vida —replicó Masha fijándose en que el cadáver comenzaba con lentitud a alejarse flotando de un modo extravagante—. Ella te hubiera matado a continuación. Lo sabes. Era una agente durmiente, activada ahora para borrar cualquier vínculo pendiente de lo que ocurrió bajo la capa de hielo ártico.

—Lo sé.

—Además se trajinaba a otro tío día sí, día no, mientras criaban a tu hijo a su manera dentro de una residencia de altura, como corresponde a un capitán del Ejército ruso y a una eminente científica de sólida reputación protegida por los Servicios Secretos.

—Joder, Masha, ¿no puedes tener una pizca de delicadeza ni tan siquiera en estos momentos?

—No es apropiado andarnos con sutilezas. Debemos proceder rápido, el tiempo apremia. Ayúdame a cogerla y arrastrarla hasta la orilla antes de que el lago se la lleve hacia el interior.

Ambos se introdujeron en las frías aguas del Baikal, sobrepasando la cintura.

Depositaron el cuerpo inanimado de Alexandra Vishnevskaya sobre las piedras que conformaban una especie de playa de guijarros

redondeados.

—¿Qué demonios vamos a hacer ahora? —Txema estaba descompuesto. Empezaba a sollozar de nuevo y a ser consciente de lo que había hecho unos momentos antes.

—Vete a la cabaña y trae una carretilla o algo con ruedas que nos sirva para llevarla hasta allí —ordenó Masha tomando el control de la situación—. Nos ponemos ropa seca para no coger una pulmonía y después buscas una puta pala y te pones a cavar un agujero en el terreno trasero de la vivienda. A ser posible bastante hondo; aquí abundan los lobos y su olfato es privilegiado para encontrar restos de comida.

—De acuerdo.

—¡Eh! —le chitó ella. Txema se detuvo para atenderla nada más empezar la alocada carrera, como un pollo sin cabeza—. Asegúrate antes de que el crío esté bien dormido.

No vaya a ser que ande medio despierto por la habitación o se haya levantado al baño y nos vea desde la ventana enterrar a su madre en el jardín. No creo que sea conveniente para su salud mental…

◆◆◆

Las más de ocho horas de camino a bordo del UAZ Patriot no resultaron excesivamente incómodas en cuanto a confort del moderno SUV ruso, aunque sí pesadas; y más para un niño de cinco años que echa de menos a su madre. Por fortuna, una buena dosis de pastillas contra el mareo obra milagros y genera una somnolencia que se compagina a la perfección con la sillita mullida ajustada al sillón trasero de piel.

Circularon primero por unas carreteras vetustas, pendientes de una reforma que lo más probable es que nunca llegase hasta aquellos rincones perdidos de la mano de Dios en la Siberia Oriental, mientras deshacían el camino hasta el lago, para tomar en Irkutsk la carretera P-258. La vía principal los llevaría durante más de 450 kilómetros, bordeando la inmensa masa de agua dulce del Baikal, hasta la ciudad de Ulán Udé, pese a que Txema y Masha tuvieron que solucionar los problemas surgidos la víspera.

En primer lugar, una vez enterrado el cadáver de Alexandra y disimulado el sitio razonablemente bien con unos arbustos similares a cedros siberianos en miniatura replantados por encima e incluso

decorado con flores autóctonas, rododendros de tonos

rosáceos que estaban comenzando a marchitar, la espía rusa desapareció en la oscuridad del bosque para regresar más tarde con unos huesos de lo que parecía una cría de ciervo almizclero devorado por lobos. Ante la estupefacción del periodista vasco, Masha pensaba colocar los restos óseos en la cuna de Fédor justo antes de que los tres abandonaran el lugar la mañana siguiente. De igual manera dejarían allí estacionado junto a la cabaña el Chevrolet Niva de alquiler y huirían con lo puesto en el todoterreno de Alexandra.

—Nadie va a tragarse que esos huesos son de un niño, si es lo que pretendes hacer creer —dijo Txema en español mientras desayunaban, evitando que el pequeño se enterara por completo de la conversación. Su conocimiento del castellano era escaso, teniendo en cuenta que casi todo el año se lo pasaba en Ekaterimburgo con su padre adoptivo—. Ni el peor forense que podáis tener en la Federación Rusa empapado en vodka barato, sería incapaz de no distinguir entre restos humanos y los de un animal…

—Los médicos dirán lo que se les ordene y firmarán el acta de defunción de quien se les indique desde el alto mando del FSB —concluyó convencida María Ivanova mientras mordía una tostada untada con miel de Bashkiria, una de las más legendarias en Rusia—. Por la cuenta que les trae.

—Vale, ¿cuál es tu plan?

—Iremos primero a un lugar seguro y haremos desaparecer el coche. Me deben ciertos favores en la capital de Buriatia, así que eso no será problema, solo he de hacer unas llamadas.

—¿Cuándo volverá mamá? —preguntó Fédor, con una candidez extrema, mientras hundía la cuchara de madera en un cuenco de cereales a punto de desbordarse, como un pantano sobrepasado, con la leche de cabra que los bañaba.

—Han venido a buscarla esta noche por motivos de trabajo —le respondió Txema en un ruso razonable, acariciando su pelo dorado como el cereal al sol. Había mejorado bastante en el idioma de Dostoievski, lo que sorprendió a su amante—. Nos reuniremos con ella más adelante —le tranquilizó.

—¿Nos vamos a algún sitio? —insistió el niño desconcertado, revolviendo sin entusiasmo el tazón.

—Me temo que sí, cariño. —Masha se sorprendió al pronunciar aquellas palabras afectuosas tan poco habituales en su carácter—. Salimos de viaje después de desayunar

a un lugar muy chulo, te va a gustar. Iremos a un monasterio budista, como esos que aparecen en los documentales, en donde unos monjes nos acogerán durante una temporada.

—¿Y me enseñarán a dar saltos y a luchar como en las películas de chinos?

—¿Monjes budistas? —solapó Txema por encima de la voz de su hijo.

—Sí, seguro que sí —aseguró ella con una sonrisa al niño y lanzando una mueca de complicidad a su compañero.

Cuando llegaron finalmente a Ulán Udé, Masha ya había quedado con quien les iba a prestar apoyo. Se trataba de un antiguo compañero de armas, sargento mayor del Ejército y miembro de la Spetsnaz, los comandos de las fuerzas especiales militares y de la policía de élite, Aleksey Serkin. Tras saludarse con un breve abrazo y un contundente apretón de manos, el hombre, alto y robusto como un armario empotrado, intercambió el moderno todoterreno UAZ blanco por un discreto Lada Granta, uno de los sedanes de cuatro puertas más vendidos en toda Rusia, pintado en un horrendo marrón beige.

—¿Cómo te va la vida, camarada? —le preguntó Masha con curiosidad. Habían compartido instrucción juntos y sobre todo misiones de asalto, especialmente en la zona conflictiva de Sebastopol durante la ocupación rusa.

—No me puedo quejar —respondió Serkin sincero—. Sigo enrolado en el ejército, aunque ahora lo estoy por temporadas, trabajo medio año y descanso otro medio; demasiado estrés. En mis ratos de civil me voy preparando una buena pensión para el futuro, ya me entiendes, tengo muchos contactos. Ahora soy teniente.

Masha asintió con la cabeza. La milicia, una vez terminaba, dejaba a las personas lesas o desequilibradas y con un sueldo ridículo. Había que buscarse fuera un complemento y no todas las veces era gracias a trabajos honorables.

—Ahora la situación parece que se está poniendo cada vez más jodida en la región del Donbás…

—Desde el puto Euromaidán o la Revolución de la Dignidad esa de los

cojones que se montó a raíz de nuestra intervención en Crimea, todo ha empeorado, como bien sabrás. El conflicto armado que hay entre el gobierno ucraniano y las autoproclamadas Repúblicas Populares de Donetsk y de Lugansk no puede más que ir cada vez peor.

Hay muchos rusos muertos; en Mariupol hubo una auténtica carnicería. Y el Kremlin está mandando allí tropas de apoyo y armas a los separatistas tras el referéndum; yo ya

he estado un par de veces. Joder, todavía me duele la cabeza cuando hay explosiones cercanas por culpa de aquella metralla que nos reventó delante —se fijó en el trozo de dedo que le faltaba a su excompañera—. ¿Te acuerdas de nuestra misión frustrada?

—Claro, cómo no —recordó ella—. Aún podemos contarlo gracias al cabo Mijailov que nos avisó justo a tiempo, de manera casi providencial diría yo, del obús inminente que caía del cielo. Por cierto, ¿sabes algo de él? He perdido el contacto con toda la gente de la unidad.

—Murió en Sloviansk, en el ataque con lanzagranadas por parte de la Guardia Nacional y del Ejército de Ucrania contra el cuartel de la Policía Local.

Hubo un silencio breve, tal vez respetuoso por los compañeros caídos o acaso reflexivo viendo un futuro negro para la región fronteriza de la antigua república soviética.

—Creo que estuve inconsciente varias horas —continuó Aleksey volviendo a los tiempos en que combatieron juntos—. De ti supe que te habían alcanzado en el vientre y en la mano. Tuvieron que cargar con nosotros para sacarnos de allí. —Soltó una carcajada que no se entendía muy bien en el contexto de la conversación; acaso era de frustración—. Luego, una vez te llevaron al hospital de Anapa, te perdí la pista.

—Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora.

Masha presentó a su pareja, que aguardaba tras ellos a distancia prudencial con Fédor en brazos. Antes de despedirse con otro apretón de manos, traspasaron de un vehículo a otro el escueto equipaje y al niño medio adormilado para continuar viaje unos cuarenta kilómetros más hasta llegar al monasterio de Ivólguinski, considerado el centro del budismo ruso, hogar de la Sangha tradicional budista de Rusia y

del lama Pandito Jambo Itiguilov, considerado el líder de todos ellos en el país, que se encontraba estupendamente bien conservado en un estado incorrupto tras su muerte, siendo venerado con fervor por adeptos y admirado con curiosidad por extraños.

El lugar, además de concentrar un centro turístico de visita obligada para quienes se acercan por aquellas tierras siberianas en busca de restos embalsamados (tan al estilo ruso) o de bienestar espiritual, rezumaba una tranquilidad inusitada; un tanto lejos de los saltos casi circenses de las artes marciales extremas orientales. La que, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, empezó siendo una pequeña casita de madera,

por supuesto autorizada por el gobierno soviético, ahora era un inmenso complejo conformado principalmente por diez edificios decorados en llamativos colores de corriente zen y otra serie de construcciones auxiliares aledañas.

Los monjes recibieron a los tres viajeros con simpatía y sumisión y los acomodaron en la que iba a ser su residencia durante un largo periodo de tiempo, al menos para Txema y su hijo.

María Nikoláyevna Ivanova durante el trayecto también había contactado con Vladimir Krivenko a través de un teléfono móvil seguro. Mantenía una línea abierta con el nuevo responsable del Servicio Federal de Seguridad Ruso que no pensaba que tendría que utilizar tan pronto. La negociación resultó más difícil de lo esperado. Al parecer, Alexandra era el último cabo suelto de Serguei Sokolov, el anterior responsable corrupto del FSB que había perdido, literalmente, la cabeza por Masha. En principio no debían existir más *agentes durmientes* prestos a actuar, pero la seguridad de los tres no estaba en modo alguno garantizada.

La idea era que una nueva documentación se pusiera en camino hacia el monasterio budista, en donde Txema abandonaría su nombre español, Fédor se olvidaría del suyo y padre e hijo esperarían el regreso de la que se convertiría en la *matrioska* de la nueva familia; un papel que a la propia Masha le sonaba como una sinfonía inconclusa que no sabía si iba a ser capaz de interpretar.

Como bien había expuesto a su amante con anterioridad en el lago, los forenses analizaron los restos óseos en la cabaña cuando unos excursionistas se los encontraron de sopetón y dictaminaron oficialmente que pertenecían al hijo de Alexandra Vishnevskaya adoptado por su actual marido el capitán S. Magomedov, un mando

del Distrito Militar Volga-Urales. Asimismo, los cuerpos de Txema Beristáin y María Nikoláyevna Ivanova serían hallados en el lago Baikal tras haber sido rescatados por los buzos. Y Alexandra se habría esfumado, como por arte de magia, probablemente con algún amante secreto, ya que era dada a compartir lecho e hijo con varios hombres.

O al menos esa fue la versión oficial. Incluso la que se trasmitió a la Embajada española, que no pudo repatriar el cuerpo del periodista vasco al ser incinerado asombrosamente rápido por un inconcebible error administrativo.

Pero todo ello tuvo un precio muy alto para Masha. Tuvo que reincorporarse al servicio activo, ahora a las órdenes directas de Krivenko.

Vladimir Krivenko, un analista brillante con unos ideales firmes, creyente de que el futuro de su país pasaba por un acercamiento de reciprocidad con Occidente e incapaz de recurrir a astucias fuera del lado legal, sucumbió finalmente a las exigencias extremas de su nuevo cargo. Por un lado, terminó desposándose con Tatyana Shimenova, más conocida en la sede del espionaje ruso como la *Viuda-Negra* por su pasado rodeado de un halo de misterio y muerte. Shimenova, veintitrés años mayor que Vladimir, era la responsable de los agentes de campo y una pieza fundamental dentro del servicio de inteligencia, con una manera de pensar más dada a la línea dura que predominaba en el Kremlin, Pero era, ante todo, un apoyo indispensable que el propio Krivenko terminó necesitando para auparse al liderazgo de la entidad. Su fidelidad hacia ella se tradujo también en matrimonio.

Y por otro lado entendió a la perfección, en el caso de Masha, que era más valioso tener a una asesina psicópata de tu lado que enfrentada a ti. Ella, además, resultó determinante poco tiempo después a la hora de evitar un atentado terrorista en España con un núcleo de plutonio robado hacía muchísimos años en Kazajistán, en la zona conocida como *El Polígono*, y reactivado por el propio ISIS, organización que tenía jugando de su parte a doble banda a una agente oficial del FSB en la que confiaban el propio Krivenko y su equipo.

Mientras terminaba el trabajo en el País Vasco, la madre de Masha Ivanova falleció en la residencia moscovita donde era atendida con esmero. Su corazón, ya trastocado como todo su cuerpo tras haber sufrido varias trombosis, no pudo más y decidió detenerse en el tiempo, en soledad, cuando su hija preferida no podía estar a su lado dándole consuelo.

Las pegas de ser una espía.

Las pegas de no poder estar nunca junto a tus seres queridos cuando te necesitan.

No todo va a ser un camino de rosas…

Tal vez, acaso, rosas negras.

TEMPLO BUDISTA IVOLGUINSKI DATSÁN,

ULÁN UDÉ. REPÚBLICA DE BURIATIA

(FEDERACIÓN RUSA)

Mayo de 2017

Masha regresó al templo religioso donde continuaban residiendo, ocultos de cualquier mirada comprometedora, Txema y Fédor. Su llegada supuso, por fin, el salvoconducto de libertad para todos. Ella había terminado la misión en España que evitó una catástrofe nuclear sin precedentes y había eliminado a la agente doble Asha Mikhailova. De paso, había salvado también la vida a un policía al que, en su momento, un año antes, hubiera liquidado sin contemplaciones si se hubiera cruzado con él. Por otro lado, habían sido neutralizados los últimos elementos peligrosos aún dependientes de la antigua guardia de Sokolov y los militares corruptos del GRU. Cierto era que el ambiente que se respiraba en las altas esferas rusas no presagiaba tiempos mejores, pero, al fin y al cabo, eso no era de su incumbencia… ¿o sí?

Masha y Txema permanecían inmóviles, como hipnotizados, ante el cuerpo incorrupto del lama que, tras permanecer sepultado bajo tierra durante setenta y cinco años, fue exhumado descubriendo los propios monjes, para su sorpresa, los restos intactos de su maestro. Desde entonces se había convertido en una reliquia objeto de idolatría y devoción, ya que los fieles a la religión budista consideran que el maestro alcanzó el Shunyata, el *vacío supremo*, capaz de provocar estos fenómenos al abandonar la vida en estado de meditación y lograr, por tanto, la purificación plena de su cuerpo, continuando así incluso tras su muerte física.

—Estoy hasta los huevos de ver aquí mismo expuesto, como un jamón de Teruel en un escaparate, a este monje disecado durante los últimos ocho meses de mi vida —

exclamó Txema insolente dando la espalda a la urna—. Además, no me creo nada de esta historia fantástica. Seguro que hay alguna explicación científica.

—¿Qué tal Fédor? —cambió Masha de tema—. ¿Cómo ha aceptado quedarse sin su madre?

—Bueno, la verdad es que, al principio mal, como es lógico. Las clases que le han impartido los monjes lo han mantenido ocupado, en ese aspecto son buenos profesores, pero he de reconocer que uno de ellos en particular, Dharma, le ayudó bastante y lo ha hecho madurar, por lo que aceptó la situación de una manera sorprendente para su edad.

—¿Dharma es el religioso regordete calvo que es muy agradable?

—No. Es más bien el que se parece a Jackie Chan de madurito. La verdad es que, cuando peor lo estaba llevando el crío, se lo llevó a unas sesiones de meditación y no sé cómo, pero en un par de semanas parecía otra persona. Más tranquilo, más sereno, más sensato… Ha seguido con la meditación desde entonces y creo que le han servido para bien. Hemos hablado de ti y de que podrías ser su nueva madre.

Las palabras del periodista vasco quedaron flotando en el aire, ocupando espacio entre el humo del incienso, siempre prendido, y el hueco escarbado en aquellos muros acostumbrados al silencio.

—Me alegro, espero poder cumplir con las expectativas como ambos esperáis y dais por hecho —concluyó Masha incierta—. ¿Y tú qué tal? —preguntó a continuación a su pareja, escapando así de unos

derroteros que se antojaban complicados.

—Bueno, sin televisión por cable, ni wifi, ni prácticamente nada electrónico, me he pasado el día practicando taichí: domino las posturas de la *patada de talón derecho* y la del *látigo simple*, pero se me atraganta un poco la de *la grulla blanca extiende sus alas*.

También he paseado mezclándome entre los turistas, he estado leyendo mucho mejorando mi ruso y el resto del tiempo me lo he pasado cascándomela pensando en tus tetas duras y en tu coño húmedo.

—Realmente sabes cómo enamorar a una mujer con sutileza…

Ambos rieron sin demasiadas ganas ante la divertida salida de tono.

—Pasado mañana nos vamos —adelantó Masha—. Tenemos una casa para nosotros tres en San Petersburgo.

—¿San Petersburgo, la *Venecia del Norte*? ¿Pasado mañana? ¡Vaya sorpresa!

—Al hacer escala en Moscú volviendo de Barcelona me estaban esperando unos emisarios del FSB. Me entregaron las llaves de nuestro nuevo piso franco. También me dieron una mala noticia: mi madre había muerto la semana anterior.

—¿¿Qué me dices?? —Txema se sobresaltó conmovido por aquel trágico descubrimiento.

—Sí. La enterraron en un pequeño terrenito dentro del elitista cementerio soviético de Novodévichi. Está descansando junto al espacio que comparten Nikita Kruschev, al que adoraba; Raísa Gorbachov; Boris Yeltsin; Nadezhda, la mujer de Stalin, o grandes ilustrados del siglo xx, como su adorado Antón Chéjov, al que tanto le gustaba leer cuando tuvo oportunidad, a pesar de ser una campesina de origen humilde.

»Aplacé el vuelo de regreso hasta el día siguiente para poder hacer una visita a su tumba. Le dejé un ramo con doce claveles rojos, como antaño se hacía en los funerales de Estado, también dejé una lágrima y una promesa que pienso cumplir.

—¡Oh, lo siento mucho, cariño! Sé que era una persona muy importante para ti.

—Gracias. Sí, es verdad. Solo ha habido tres personas en mi vida a las que he amado.

Mi mamá, que siempre me cuidó, me protegió y supo salvar mi vida sacándome de la aldea. Mi prima Katya, con la que experimenté por primera vez el placer del sexo en su extensión más dulce y más cálida. Ambas las he perdido; pero a ti, que eres la tercera persona más importante, no pienso perderte… Esa fue mi promesa ante su tumba.

Cuidaré de ti y de Fédor cueste lo que me cueste.

Masha besó con delicadeza los labios de Txema y se abrazó a su cuello. Él la estrujó por la cintura contra su cuerpo. Fue un beso y un abrazo de complicidad, de esos que ella no estaba acostumbrada a ofrecer.

—Me alegra escuchar esa proposición —dijo al separase del cuerpo esbelto y fibroso de la espía—. Sabes que yo también te quiero.

—Esa es la buena noticia. —Masha se revolvió al escuchar aquellas palabras tiernas—. La mala es que he de volver a Moscú antes de que finalice el verano. He pactado con el FSB un último trabajo y tengo que prepararlo bien. Me temo que pasaremos las Navidades separados. Pero cuando lo termine, te prometo que regresaré con los nuevos visados y el salvoconducto que esperamos para que nos dejen en paz de una vez; podremos ir a vivir donde queramos con los nuevos pasaportes.

—Ojalá sea así y terminemos de una vez con esta pesadilla. Estoy deseando conocer San Petersburgo, es una de mis asignaturas pendientes.

—Ahora mismo la asignatura que tenemos pendiente es otra —aseveró ella mientras buceaba con la mano por el interior del pantalón de chándal que llevaba puesto el periodista, una vez hubo soltado el lazo flojo a modo de cinto que no opuso resistencia alguna.

Notó el pene de su pareja aumentando por momentos en grosor y longitud y le deslizó toda la ropa de la cintura para abajo hasta los tobillos. Acto seguido se puso en cuclillas a la altura conveniente e hizo trabajar la boca con convicción mientras ella misma se frotaba con firmeza la entrepierna mojada. Ambos disfrutaron de una sesión de sexo rápido, teniendo como único testigo mudo al monje momificado al fondo de la sala que, como era de esperar, permaneció taciturno e inmutable reposando en su urna de cristal.

1

YAKUTSK, REPÚBLICA DE SAJÁ

SIBERIA ORIENTAL (FEDERACIÓN RUSA)

Noviembre de 2017

Dimitri Novikov se levantó con pereza de la cama. Pese a la potente calefacción general que alimentaba la barriada entera de viviendas, tal y como estaba distribuido el sistema por toda la ciudad, cada día de estancia en aquella ciudad remota le causaba una enorme contrariedad. Él había nacido en Stávropol, cerca del mar Muerto, donde el clima moderado quedaba en las antípodas del que existía donde ahora se encontraba viviendo. Odiaba las bajas temperaturas, la nieve y aquel lugar inhóspito.

La ciudad de Yakutsk, capital de la República de Sajá, se erigía muy próxima al círculo polar ártico, a menos de quinientos kilómetros en línea recta. Con sus casi trescientos mil habitantes, era el mayor núcleo urbano próximo al frío extremo del polo y albergaba el récord de temperaturas bajo cero, con el mercurio marcando en más de una ocasión hasta menos sesenta y cinco grados. Y eso que la pequeña población de Oymyakon, un poco más al norte aún con su escaso millar de residentes, era considerado el lugar habitado más frío del planeta: allí se registró en 1924 una temperatura de setenta y un grados negativos que, hasta la fecha, continúa siendo meteorológicamente hablando un récord Guinness difícil de batir.

El mes de enero se revelaba especialmente duro este año y los termómetros, especiales para aquellas latitudes extremas, señalaban a las nueve de la mañana en Yakutsk unos prometedores treinta y dos grados bajo cero.

Dimitri se asomó a la estrecha ventana con doble cristal y rotura de puente térmico de su habitación en la primera planta de la casa adosada. Al menos era de día. En invierno el sol se mostraba a eso de las ocho de la mañana y se iba a dormir sobre el mediodía. «¡Qué cabrón! —pensó—. Le llaman el astro rey y está todo el puñetero día escondido» . Se fijó entonces en la gente que transitaba por la calle. Unos iban de camino al trabajo, otros esperaban en las paradas del

autobús… Varios niños pequeños se dirigían al colegio sujetos de las manos de sus respectivas madres; porque en Yakutsk hasta que la temperatura no desciende por debajo de los cincuenta grados bajo cero las clases no se suspenden. Negó con la cabeza mientras pensaba en lo chiflados que debían de estar todos para vivir de manera continuada en aquel sitio tan agreste y árido.

Alguien golpeó la puerta de la habitación con los nudillos haciéndole regresar a su helada realidad:

—¡Dimitri, levántate! —ordenó una voz de hombre desde el otro lado —. Tenemos que acabar de preparar los enlaces y hay que aprovechar la luz del día para ir al almacén de suministros. Han dicho por la radio en el boletín de la emisora local que hoy por la tarde bajará bastante la temperatura.

—¡No me jodas, Maxim! —protestó Dimitri al oír la frase—. ¿Bajar más la temperatura? Debes de estar de broma, si tengo las pelotas congeladas…

—Ven a desayunar, no tardes. Debemos marchar pronto, y un café caliente te sentará bien —concluyó el compañero descendiendo por las escaleras hacia la cocina.

Dimitri Novikov y Maxim Kuznetsov llevaban algo más de dos semanas en la ciudad situada sobre las llanuras del valle del río Lena. Ambos eran ingenieros informáticos especializados en el *hackeo* de sistemas (aunque el primero había hecho antes sus pinitos en el ejército como numerosos rusos para obtener unos rublos adicionales) y su misión era preparar un potente servidor para lanzar desde allí un ataque cibernético. Junto a ellos estaba Valentina Atlasova, antigua miembro de las unidades especiales de la milicia, que se encargaba de la seguridad y la logística. Esta última era quien había conseguido con la ayuda de Alla, una colaboradora nativa de la región, el amplio edificio de dos plantas en una zona tranquila a la entrada de la ciudad, así como los vehículos, los suministros y casi todo el material necesario.

Dimitri se vistió y salió refunfuñando hasta bajar al salón comedor. El espacio, austero de decoración en general, era bastante amplio con una enorme mesa central rodeada de otras secundarias con ordenadores y cables conectados que se perdían por la parte de atrás hacia el suelo. Se sentó en una silla frente a su compañero y se sirvió una taza de té caliente y un buen plato de pelmenis, muy similares a los raviolis italianos con un toque ruso característico, acompañados de

un par de huevos duros.

Regó todo con crema agria. Añadió unas tortitas recién hechas y un par de salchichas cocidas de tamaño considerable. Maxim lo miraba asombrado.

—¿Dónde vas a meter todo eso? Luego no vas a poder moverte.

—Tranquilo, después voy al váter a plantar un pino y me quedo como nuevo y en plena forma para pasar frío un maldito día más en este lugar de mierda.

—Pues date prisa en el baño y no te pajees viendo las páginas de Russian-Tgirls en el iPad —contestó Valentina que entraba por la puerta comunicante con el garaje adyacente y había escuchado la conversación escatológica—. Ya tengo el coche arrancado y la lista de la compra preparada.

—¡Que te jodan, puta gilipollas! —le respondió Dimitri sacando el dedo mientras Maxim se retorcía de la risa.

La famosa página a la que aludía Valentina se dedicaba, en exclusiva y en todo su esplendor, a mostrar las transexuales más bellas y mejor dotadas de todo el este de Europa, contando al parecer, según la publicidad de la que se vanagloriaba, con notable éxito de descargas y suscripciones.

EMBAJADA DE TURKMENISTÁN

CALLE FILIPPOVSKY, 22

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Diciembre de 2017

La misión diplomática en Rusia de la República presidencialista de Turkmenistán se encontraba en plena algarabía. Aunque la iglesia ortodoxa se basa en el calendario juliano, trece días retrasado con respecto al gregoriano general que Occidente utiliza, colocando por tanto la natividad el siete de enero, lo cierto es que lo equivalente a la

Navidad occidental se reduce al ámbito de las personas religiosas. La fiesta por antonomasia que se celebra popularmente en los países del Este es la Nochevieja, donde se reúnen familiares y amigos para cenar y salir a emborracharse tras las campanadas, y al día siguiente, si la resaca lo permite, el Año Nuevo, en el que se disfruta de la comida

más popular.

La Embajada del país turkmeno, de religión mayoritaria musulmana, celebraba el treinta de diciembre la tradicional cena de víspera de Nochevieja como cada año. Se trataba del último de los actos sociales más importantes anotados en su agenda de galas, eso sí, reservado únicamente a los hombres.

La cena había comenzado a las ocho de la tarde con la recepción de los invitados: políticos, diplomáticos, banqueros, empresarios… En definitiva, gente influyente ávida de hacer negocios con una de las ex repúblicas soviéticas más cerradas y dictatoriales de las que quedaban. Es sabido que, para ciertos sujetos y determinados gobiernos, no constan límites morales a la hora de enriquecerse; las normas éticas, el decoro y la honradez existen con el único propósito de incumplirlos o esquivarlos de manera sistemática.

Tras el banquete, una vez consumidos los postres tradicionales donde no faltaban las galletas *pryaniki* y abundaban los bombones y el chocolate, la Embajada ofrecía una sala de baile a sus invitados. Allí departían alcohol en abundancia, cerraban importantes transacciones y se les ofrecía discretamente la compañía privada de bellas muchachas seleccionadas.

A las nueve y media, una de estas preciosas mujeres, rubia, de un metro setenta, ojos azules, alzada de manera escandalosa sobre unos zapatos de tacón de aguja rojos escarlata a juego con su vestido de noche de una pieza con lentejuelas, llamó al timbre del edificio oficial. Una vez le abrieron la puerta de seguridad entró con decisión en la sala de acceso al inmueble, repleta de guardas militares fuertemente armados. La chica, maquillada y peinada con un recogido de estilismo simple, elegante y a su vez de aspecto desordenado con mechones sueltos, miró a uno de los vigilantes que le preguntaba atónito por su llegada sorpresa. Ella clavó los ojos azules intensos en la cara del policía y dejó entrever una mueca similar a una sonrisa. Depositó las pulseras de oro y los pendientes en una bandeja, junto con el móvil y unas llaves que extrajo de su bolso. A continuación, se descalzó y puso los zapatos junto al Louis Vuitton en la cinta del detector de rayos equis.

—El tacón es de metal y siempre suena al pasar por el aparato —dijo ignorando el requerimiento—. El móvil es de última generación, espero que no se estropee al deslizarse a través de ese chisme de radiaciones.

—¿Qué hace usted a estas horas aquí, señora? ¿Cuál es su nombre? —insistió el agente con el registro de invitados en la mano.

—Lo saben perfectamente —exclamó ella dirigiéndose hacia el arco del detector de metales—. Soy Anastasia Propoukala, la invitada especial del señor Saparow.

El aparato comenzó a pitar desbocado cuando lo franqueó la mujer. Dos agentes la miraron confusos, mientras el responsable trataba de buscar su nombre en el libro.

—Seguramente es la cremallera del vestido y mi sujetador con aros lo que suena.

—Lo siento, pero deberemos cachearla…

—Eso ni lo sueñes, amigo —respondió Anastasia mientras comenzaba a soltarse la cremallera del vestido retorciendo los brazos en la espalda con manifiesta agilidad.

Deslizó el tirador hasta las caderas y se despojó de la parte superior del vestido dejando ver unos hermosos pechos rígidos que descansaban, apetecibles, dentro de un sujetador rosa pálido de encaje con refuerzos metálicos. Dejó caer el resto del traje por las piernas

mostrando unas braguitas de puntilla fina a juego con la parte superior de su ropa interior. Los agentes de seguridad se quedaron mirándola desconcertados. El encargado de revisar las pertenencias por el monitor se distrajo lo justo. Lo suficiente, acaso, como para no prestar atención a unos objetos que ocupaban el fondo del bolso

que, aunque no eran metálicos y no se marcaban alarmantes en la pantalla, sí podían ser motivo de una exploración más certera.

—¿Se puede saber qué diablos está haciendo? —bramó el que estaba al cargo.

—Desnudarme. Conozco la severidad de los puntos de acceso a la embajada y no quiero ser un problema para ustedes, aunque tal vez Dovran Charyev, probablemente uno de los invitados más importantes del embajador, no se tome del todo bien que ustedes hayan catado el género exclusivo reservado para él… Ya me entienden.

Ante el silencio y la expectativa creada en la sala en apenas unos minutos, el teléfono sonó rasgando el tiempo detenido.

El hombre de la cabina blindada, que a su vez vigilaba las cámaras y el detector de metales, descolgó y atendió la línea protegida, un número restringido que pocas personas conocían. Escuchó con interés las indicaciones que llegaban desde el otro lado del cable. Afirmó un par de veces con la cabeza. Colgó el auricular y salió de su fortaleza para dirigirse al que estaba al mando: —Arslan, déjala pasar. Acabo de recibir una llamada desde el propio teléfono del agregado cultural, monitorizada por el Servicio de Seguridad Ruso, preguntando por ella. La están esperando.

—¿Supongo que eso quiere decir que ya no me vais a ver las tetas? —exclamó la mujer con sorna, a punto de soltarse el sostén.

—Vístase y pase. No creo que oculte nada ahí.

—Se sorprendería usted de lo que guardo entre las piernas… —Anastasia se agachó para recoger su vestido rozando deliberadamente con su culo bien definido al guardia que estaba junto a ella en el detector. Notó la firme erección que gozaba. Lo miró con picardía.

El agente de la cabina le acercó el bolso, los zapatos y demás pertenencias.

—Todo correcto —aseveró.

—El móvil me lo quedo yo aquí —dijo Arslan atrapando el aparato de las manos de su subordinado—. Recójalo a la salida, no sea que también pueda interferir en algo; sabe que no se permite sacar fotos ni utilizar dispositivos móviles en el interior. —Le mantuvo la mirada desafiante—. Uno de mis hombres la acompañará hasta donde se encuentre el señor Charyev.

—Perfecto —respondió Propoukala sin inmutarse–. Por cierto, ¿un cuarto de baño para acabar de vestirme con cierta intimidad, si no es mucha molestia?

Le señalaron uno justo frente al pasillo.

Anastasia se dirigió hacia allí con los zapatos en una mano, el bolsito de lujo en la otra y el vestido a medio subir. La espalda quedaba desnuda y visible, al igual que un tatuaje en el brazo donde una calavera mexicana parecía sonreír, haciendo un llamamiento a la Santa Muerte, a sabiendas de que algo iba a suceder.

SEDE CENTRAL DE KASPERSKY LAB.

EUROPA KINGDOM STREET,

PADDINGTON CENTRAL

LONDRES (REINO UNIDO)

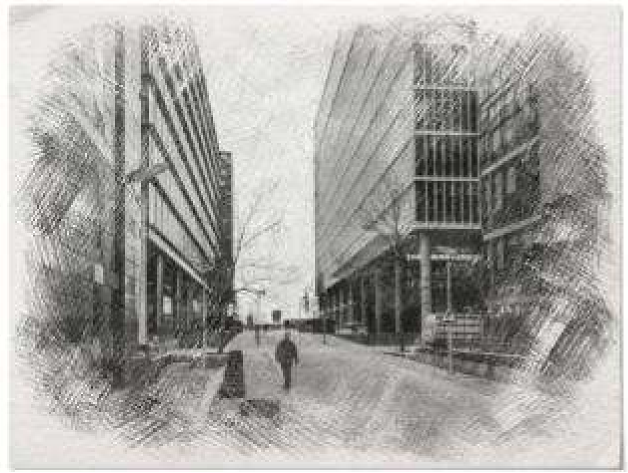
Diciembre de 2017

Una nube densa de *smog*, de las que hacía tiempo no se recordaba, avanzaba sobre la *city* londinense dispuesta a abrazar igual que un amante incansable a los rascacielos brillantes de las grandes corporaciones, al escurridizo y serpenteante río Támesis y a los distritos próximos de Holborn y el Soho. En un rato estaría también sobre Paddington y dejaría en el aire el olor a hollín tan desagradable que, por fortuna, había ido desapareciendo gracias a las grandes restricciones al tráfico rodado, entre otras mejoras en relación con el medio ambiente establecidas en la capital inglesa de un tiempo a esta parte.

Las cristaleras de la octava planta del edificio moderno y ultraprotegido de la compañía rusa especializada en sistemas de seguridad permitían una visión en blanco, negro y gris. Tan solo los

autobuses rojos de dos pisos rompían la monocromía de la ciudad por las calles aledañas.

Dos hombres en torno a los cuarenta años discutían en un despacho inmenso enmoquetado al estilo inglés, pero con el mal gusto que aporta la ostentación rusa. El



que estaba de pie mirando por la ventana, Alexander Volkov, fue quien habló: —No puedes irte ahora, Ígor. La fase final del programa requiere de tu completa atención.

Hemos dedicado muchos años a perfeccionar las rutinas de *Narushitel 7.0* esquivando la supervisión lejana de la Madre Patria y la curiosidad cercana y desmedida de la *Alianza de los cinco ojos*.

—Bueno, los papeles de Snowden nos ayudaron un poco, al menos a que la opinión pública se posicionara contra el descarado espionaje a los ciudadanos —respondió Ígor Kovalev templado desde el sofá, dando un trago a un vaso de agua tallado en cristal de Bohemia casi tan valioso como la botella *Veen* de donde la había vertido; un agua de calidad superior, con alto nivel de pureza proveniente de los manantiales cristalinos de la Laponia finlandesa, a razón de diecinueve libras la unidad.

—¿Y de qué ha servido? —El que parecía más preocupado se giró desde la cristalera—. A pesar de saltarse todas las normas y leyes a favor de la privacidad de los individuos, que ellos mismos habían defendido en los gobiernos de cada país, lo que han hecho es ampliar

la alianza a otros nueve países europeos. —Se sentó en la butaca de directivo que presidía la mesa de acero y cristal—. Los gobiernos se pasan por el forro sistemáticamente sus propias ordenanzas —prosiguió— y con nuestro *software* podemos impedirlo. De eso se trata. El intercambio de información entre gobiernos espiando a los ciudadanos no puede quedar impune.

—Lo sé. Si existe alguna esperanza, es la de que todos traicionemos a los gobiernos de nuestros países para salvarnos mutuamente.

—Visto de ese modo, no puedo estar más de acuerdo contigo. Pero tú eres el cerebro del programa, quien más se ha implicado en desarrollarlo. No puedes irte ahora y dejarlo todo aparcado.

—No me entiendes, Sasha —dijo Ígor llamando por el diminutivo a su amigo mientras depositaba el vasito sobre una servilleta de papel en la mesa auxiliar, junto a un portátil plegado—. He descubierto que *Narushitel* es mucho más poderoso de lo que creíamos. Mucho más —enfatizó.

—No, claro que no te entiendo…

—Te lo explico: al crear una rutina tan eficaz, capaz de detectar cualquier atisbo de vigilancia o de intrusión por parte de terceros, se me ocurrió aplicar tecnología inversa, es decir, atacar con el antivirus a la misma fuente que intentaba espiarnos. Convertir al defensor en atacante, a Quijote en Atila; al investigador en espía, a Sherlock Holmes en James Bond…

—¿Qué dices? —Alexander no salía del asombro—. ¿Me estás sugiriendo que has transformado nuestro novedoso *software* de protección en un virus?

—Es una forma de decirlo. Sí. Es el troyano más poderoso que haya existido hasta la fecha.

Se levantó entonces, abrió el portátil y lo puso ante las narices de su compañero.

Tecleó una serie de comandos, movió el dedo por el *touchpad* y ejecutó el programa. La imagen conocida de la compañía asomó en la pantalla. Al poco introdujo unas coordenadas GPS, en otra pestaña abierta en modo incógnito, que situaron en el Google Maps al Eurotúnel. En otra ventana apareció el control de cámaras en tiempo real de la sociedad concesionaria que controlaba el paso de los convoyes. Después escribió despacio, para no equivocarse, una serie

de instrucciones codificadas y sonrió satisfecho:

— *Voila!* —dijo entre risas—. ¿Qué quieres que hagamos? Ya sé, voy a parar el Eurostar que tiene prevista la llegada a la estación de St. Pancras, en Camden, dentro de cuarenta minutos. —Añadió unas ordenes adicionales y, acto seguido, una cámara del control principal reflejó con claridad como el ferrocarril se iba deteniendo lentamente en el interior del túnel asentado bajo el canal de la Mancha.

—¿Qué demonios has hecho? —dijo Alexander Volkov apoyándose sobre la mesa y colocando la cara casi pegada a la pantalla—. ¿Has *hackeado* a los Ferrocarriles Británicos?

—En menos de dos minutos. —Precisó Ígor encantado por el resultado —. No te preocupes —continuó—, no voy a hacer nada malo. Solo los retendré allí parados un cuarto de hora, para que así lleguen tarde a destino y les tengan que reembolsar el billete por incumplimiento de las condiciones del viaje, como viene reflejado en su publicidad. Al final me lo agradecerán los usuarios.

—Joder… Esto no es así, no está bien; nosotros creamos *software* para proteger, no para atacar. ¿Cómo lo has logrado?

—Ya te lo he dicho, puedo engañar a cualquier servidor haciéndome pasar por parte de su sistema, por lo que me deja acceso libre incluso a través de la protección del propio rúter y el NAT sin problemas, logrando trasferir los flujos de paquetes de información entre los que se cuela el programa.

—¿No necesitas una conexión indirecta? Eso que me cuentas es generalmente imposible, los *firewalls* te deberían haber machacado…

—No señor; encontré una vulnerabilidad oculta imprevista, tan obvia que pasaba desapercibida en todos los programas de seguridad. Al viejo estilo pirata, pata de palo, parche en el ojo, ya en desuso —rio —, he podido saltarme todo tipo de protección. Soy ahora, en este ejemplo que hemos visto, parte del nodo de control del Eurostar.

—¿Y funciona en más sitios?

—En todos los que he probado. Tarda más o menos tiempo, dependiendo de la complejidad del sistema aceptante, pero termina funcionando. Actualmente no existe ninguna suite de seguridad informática que pueda detenerlo, de hecho, no llegan a detectarlo hasta que ya es demasiado tarde.

—Bueno, supongo que nuestro *software* de protección sí que podrá descubrirlo, ya que parte del mismo código fuente y es por tanto un derivado de este…

Kovalev calló unos instantes como meditando si iba a hacer la siguiente revelación.

Después miró a su compañero de una forma rara.

—Te presento a *Naru007*, el último bucanero —le informó.

—¡No me jodas que has rebautizado mi programa con ese nombre *jamesbondiano*!

—No es tu programa —replicó enfadado, subiendo el tono de voz—, es el mío. Se trata de un nuevo proyecto que ha nacido para hacernos millonarios. ¿No lo entiendes?

Tú empezaste con *Narushitel* y yo he concluido con *Naru007*. Tenemos el Yin y el Yang.

Podemos vender un *software* indetectable, que ataque cualquier servidor privado o público, a extorsionadores de todo el mundo por cifras multimillonarias y, acto seguido, ofrecer la solución a los afectados por el ataque exigiéndoles otra suma de escándalo.

Elije una isla para vivir sin tratado de extradición, nos la vamos a poder comprar y todo.

—No, no… ¿Y si quien decide adquirir el virus es una organización terrorista como Al Qaeda, por ejemplo, que lo único que anda buscando es provocar una catástrofe con miles de muertos? ¿O un chalado como Kim Jong-un, con el fin de inutilizar sistemas defensivos y lanzar un ataque con misiles a otro país? Incluso si lo descubre nuestro propio gobierno no sé de lo que sería capaz de hacer por tenerlo operativo para la inteligencia militar.

—Ya está decidido, Sasha. Yo me voy con mi programa, me encantaría que me acompañaras en esta nueva aventura, bien lo sabes, nos conocemos desde hace mucho y te aprecio.

—Estás completamente fuera de ti.

—Me lo temía, eres demasiado bienhechor para aprovechar una gran oportunidad como la que te ofrezco. Una lástima. —Kovalev giró sobre sí mismo y dio un par de pasos con la cabeza baja teatralizando

una escena ya estudiada—. Entonces —

continuó—, en conclusión, en el más que probable caso de que no vengas conmigo, como intuyo, necesito que me des el acceso. Sabes que no puedo sacar nada de aquí sin la autorización total de las *Cuatro claves*.

—Y tú solo eres una de ellas… —respondió Alexander *Sasha* Volkov levantándose de la butaca y volviendo hacia la cristalera.

Un débil rayo de sol de media tarde se hizo un hueco por entre las bajas nubes grises. La cúpula dorada de una iglesia centenaria que había resistido al Gran Incendio brillaba en lontananza, lanzando destellos cómplices ajena a lo que se estaba jugando en ese despacho. Cerca se oía el ruido de los trenes llegando a la siempre transitada estación de Paddington.

La seguridad de los laboratorios punteros en antivirus y *software* de protección tenía un sistema biométrico por el que nadie podía sacar *software* de las bases de trabajo, ni conectarse desde fuera del edificio ni, por supuesto, traspasar información entre equipos o ponerla operativa sin las autorizaciones asignadas a cada objetivo. Habían dispuesto para ello tres llaves maestras generales y otra específica asociada al responsable de cada proyecto. Volkov, garante del Centro de Desarrollo de Antivirus para Europa Occidental, era una de las cerraduras maestras, y Kovalev, la estipulada en este programa concreto.

—Quiero que me des tu huella biométrica —dijo Ígor volviendo a su portátil—. Por cierto, voy a poner de nuevo en marcha nuestro convoy, no es cuestión de que los viajeros lleguen tarde a cenar a casa —exclamó bromeando mientras reactivaba el recorrido de los ferrocarriles de su Majestad detenidos en el túnel sumergido bajo el brazo de mar del océano Atlántico.

—Estás loco si crees que te la voy a dar —replicó el responsable de la sede británica—, y, si no te vas ahora mismo voy a llamar a los de Seguridad. De hecho, creo que debería llamarles de todas formas para detenerte por lo que acabas de hacer y por lo que me has propuesto.

—No vas a llamar a nadie, Sasha —zanjó ahora furioso su compañero —. No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando. Ven, siéntate y disfruta de las vistas, seguro que esto te suena…

A continuación, el informático sacó un iPad del maletín marrón dejado de cualquier manera sobre el asiento donde había tomado una

copa poco antes y eligió, entre los programas de Apple, el FaceTime para iniciar una videoconferencia. A los tres tonos la *tablet* cobró vida mostrando el interior de una vivienda con una nitidez meridiana.

Cuando Alexander se acercó con temida curiosidad a la mesa del despacho, comprobó con horror como el interior de la vivienda que aparecía en pantalla era el salón de su casa unifamiliar en Cristal Palace Road.

—Pero… pero —balbuceó.

Al poco la cámara comenzó a girar ofreciendo una vista inconfundible de su suntuosa propiedad. Mostró la cristalera decorada de acceso al jardín, la biblioteca repleta de volúmenes ordenados en una sincronía enfermiza de colores y tamaños y, al fondo del todo, un admirable árbol de Navidad decorado con gusto exquisito en dorado y rojo del que colgaban bastoncillos tricolores de caramelo. Después se hizo visible en la pantalla la enorme y valiosa mesa de comedor en caoba donde, sentadas en sendas

sillas, permanecían su mujer Amanda y su hija Daisy amordazadas, firmemente sujetas al respaldo con varias vueltas de cinta americana.

—Esto no tiene por qué acabar mal —aseguró tranquilo Ígor Kovalev —, pero, si te niegas a colaborar, estas navidades en lugar de teñirse blancas, pueden ponerse muy negras para toda tu familia.

2

EMBAJADA DE TURKMENISTÁN

CALLE FILIPPOVSKY, 22

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Diciembre de 2017

Anastasia Propoukala se recompuso el vestido en el tocador de señoras. Contempló su imagen reflejada en el espejo y esgrimió una escueta sonrisa. El plan iba según lo previsto. Examinó el bolso de marca y se aseguró de que, bajo el fondo falso, los dos estiletes de madera aguardaban pacientes a que llegara el momento de actuar. Los rescató para dejarlos más accesibles. Del interior del sujetador, entre las copas reforzadas con aros, extrajo un pequeño dispositivo muy similar a un mando a distancia diminuto. Lo dejó también en el bolso. Era otro actor que debería entrar en escena más adelante.

La información que la chica manejaba era correcta, como siempre. Sabía que no había mujeres policías en la embajada de Turkmenistán, por lo que difícilmente la registrarían en profundidad más allá de lo previsible. Y más si se trataba de la acompañante de alto standing contratada por el Ministerio de Cultura para animar la noche de Dovran Charyev. Anastasia no necesitaba un sostén de aros, sus pechos operados, perfectos, aguantaban el tirón de la gravedad sin problema; no obstante, era evidente que esos semicírculos de refuerzo ayudaban a la hora de crear distracciones con el detector de metales.

Una vez presentable del todo, Anastasia salió de los baños, sonrió de nuevo a los guardas que no la perdían de vista y se dejó guiar por uno de ellos, que la esperaba intranquilo. Era alto y delgado. Moreno, con pronunciados rasgos árabes. Se le percibía tenso, tal vez por la presencia intimidatoria de esa mujer descarada. Fueron en silencio por el largo pasillo de la planta baja donde los finos tacones de la mujer marcaban el ritmo sonoro al golpear acompasados sobre el noble parqué de madera de iroko.

Llegaron a unos ascensores junto a los que otro vigilante, este de paisano, custodiaba con templanza el acceso a los mismos.

El agente de la entrada le dijo algo a este último en turcomano, el idioma oficial de Turkmenistán junto al ruso, hablado por más de las tres cuartas partes del país.

Anastasia no entendió nada, pero dedujo que se referían a ella, a su porte y a la juerga que se estaban corriendo los invitados en las plantas superiores. El ascensor llegó enseguida y subieron hasta el tercer piso, en la zona destinada a las habitaciones de los invitados. Estaba claro que la fiesta se había trasladado desde el salón de bailes y recepciones a otros lugares más íntimos, según el gusto de los convidados. Delante de las puertas de la tercera planta un nuevo guardaespaldas vigilaba el acceso. Los hombres se saludaron inclinando levemente la cabeza y, tras intercambiar otra conversación en el idioma perteneciente al grupo de las lenguas túrquicas, dejó en manos de este agente trajeado el último paseo de la chica.

—¡Sígame! —ordenó en ruso el hercúleo de casi dos metros con cara de bruto a Anastasia, sin tan siquiera molestarse en mirarla.

Al llegar a una puerta concreta se detuvo. Llamó golpeando con los nudillos y aguardó paciente. Dentro se oían lejanas las risas, los chillidos de una mujer y el ruido provocado por la caída de objetos. El agente no se inmutó. Aguardó unos segundos y volvió a llamar con la misma intensidad de antes, impasible. Al rato apareció Dovran Charyev con una botella de champán en la mano. Estaba sin zapatos ni calcetines, con la camisa medio desabrochada por fuera del pantalón y la corbata colocada del revés, decorando la espalda. Tenía una pinta lamentable, muy alejada de su habitual estilo conservador.

—Esta mujer es su invitada por gentileza del agregado cultural ruso —explicó el guardia haciendo una especie de reverencia e inclinando el cuello grueso.

—Ya tengo una invitada de excepción —exclamó el empresario en ruso, señalando a una chica morena a medio vestir que esperaba en el interior un tanto sorprendida.

Anastasia dio un paso al frente:

—Creo, señor Charyev, que dos mujeres seremos mejores a la hora de hacer realidad ciertas fantasías que una sola, ¿no le parece? —le sugirió inclinándose hacia él, mostrando de esta forma sus pechos redondos atrapados en el escote, y pasándose a su vez la lengua por los labios en un gesto obsceno.

El magnate reparó en el valioso género con lascivia, dejó caer una carcajada mientras se echaba a un lado e invitaba a Anastasia a entrar.

—¿Por qué no? Cuantos más seamos, más nos reiremos —decidió finalmente sin demasiada complicación.

La puerta se cerró tras ellos con un rebote sordo, almohadillado, lo cual indicaba que era lo suficientemente hermética como para aislar ciertos sonidos. Anastasia examinó con rapidez el lugar. Estaban en el salón de un amplio apartamento. A la derecha quedaba una puerta entreabierta por la que se vislumbraba una cama de tamaño considerable; era el dormitorio, como ya sabía por los planos memorizados. En la extensa sala en la que se hallaban, había un conjunto de sofás de dos y tres piezas respectivamente, tapizados en lustrada piel blanca. Ante las butacas una impresionante alfombra *Yomut* genuina de Asjabat, capital y centro económico comercial de Turkmenistán, daba una cálida bienvenida a los invitados. Un recibimiento de unos cinco mil euros, a juzgar por la calidad del trenzado de lana de pelo grueso y denso anudada a mano, muy similar a las iraníes. Al fondo estaba ubicada una mesa con cuatro sillas junto a un ventanal con cristal blindado que daba al patio interior. Una estantería con algunos libros y figuritas anodinas vestían la pared de la izquierda, en donde lo principal era mueble bar bien surtido con luz, del que ya estaban dando generosa cuenta el invitado y su *escort*. En una esquina, al igual que como había en el pasillo exterior, podía apreciarse una cámara de vigilancia que a buen seguro los encargados de la seguridad del complejo estarían disfrutando.

Frente a Anastasia, la mujer morena la estudiaba con desdoro, mostrándose seria, acaso desplazada con la visita inesperada. Vestía solo con la ropa interior y, a juzgar por las copas y el vestido que estaban en el suelo, parecía que habían jugado al gato y al ratón justo antes de su llegada.

—Olga, sé amable y ofrece una copa a nuestra nueva invitada —ordenó Charyev—.

Tendremos que cuidar con mimo a esta señorita, ya que se trata de un obsequio especial, como antaño ofrecía la diplomacia soviética.

La chica morena rellenó de mala gana con *champagne* francés una antigua copa Pompadour, la favorita según los gustos de rusos y británicos, pese a estar actualmente un poco en desuso en el resto de un continente europeo, sin duda más en la vanguardia modernista.

Anastasia agradeció con un gesto cortés la invitación y bebió con lentitud, saboreando el espumoso. Miró al empresario a los ojos, era un poco bizco y su nariz estaba aplastada. No obstante, le sonrió:

—Propongo un juego de habilidad —dijo dejando la copa vacía en manos de Olga y avanzando hacia el dormitorio— juguemos a las

mamadas. Yo empiezo una sesión de cinco minutos y, después, que entre ella también para jugar otros cinco. Solo con la

boca, sin usar las manos. Si no te corres en ese rato —lo tuteó con frescura—, nos puedes follar hasta que te aburras…

Dovran no añadió condiciones adicionales a la propuesta y entró en la habitación tras Anastasia sin dudarlo. Acababa de empezar su noche de suerte. Olga se quedó sentada en el sofá de piel blanco protestando, resignada a convertirse en sujetavasos principal y segundo plato del menú.

El interior del dormitorio rebosaba ostentosidad, ya que según parecía era una de las tarjetas de visita de los oligarcas rusos y las habitaciones estaban diseñadas para ellos.

Si en los despachos de las misiones diplomáticas y los consulados se gestaban los grandes negocios, no cabía duda de que primero en las fiestas y después en el interior de las habitaciones privadas se terminaban rubricando.

Dovran Charyev era un empresario nacionalizado ruso descendiente de padres turkmenos. Su familia se trasladó a Moscú cuando era un alevín para gestionar directamente los recursos gasísticos que llegaban desde su país, ya que Turkmenistán posee la cuarta mayor reserva de gas e hidrocarburos del planeta, siendo la Federación Rusa uno de sus grandes compradores para luego venderlo a la Europa continental, especialmente a Alemania. Una vez que Charyev tuvo la edad suficiente y su padre abandonó el negocio forzado por el gobierno de Saparmyrat Nyýazow, el propio Dovran asumió su gestión. Desde entonces, especialmente tras el fallecimiento del jefe del Estado en 2006, había mantenido un posicionamiento mucho más cercano a los intereses de la República presidencialista, ahora en manos de Gurbanguli Berdimujamédov, que hacia la propia Rusia que le había acogido con los brazos abiertos. Los directivos de Gazprom, la empresa que gestionaba las importaciones de gas provenientes de Turkmenistán, se echaban las manos a la cabeza ante una inminente subida de los costes. Y con Charyev al mando de las negociaciones el asunto pintaba bastante mal.

En el dormitorio, como ya suponía Anastasia, no había cámaras con el fin de preservar la intimidad del invitado. La cama enorme que ya había vislumbrado antes, envuelta en un edredón nórdico mullido, era el centro de referencia. Alrededor, otro mueble bar completo, una televisión razonablemente grande, una mesita escritorio con dos sillas

y un cuadro de naturaleza conformado básicamente de arbustos y animales, probablemente pintado por Hydyr.

El empresario agarró con fuerza el culo de Anastasia logrando sorprenderla y después le arreó un sonoro cachete que retumbó en estéreo por las paredes. La besó en

el cuello y le estrujó un seno con violencia. La chica se apartó interponiendo una sonrisa forzada entre ambos.

—Calma, calma —le dijo—, déjame que te muestre lo que tengo. Vete desnudándote

—y se retiró hacia la mesilla donde había dejado el bolso.

—¡Ven aquí, puta! —ordenó el hombre desde la cama desabrochando la mitad de su pantalón; un bulto prominente se marcaba con impudicia.

Anastasia dejó caer el vestido al suelo y se deshizo del sujetador, toda vez que había cogido ya los estiletes de madera. Se aproximó al colchón con las manos ocultas tras la espalda mientras sus dos pechos perfectos se ofrecían jugosos, con un vaivén ascendente y descendente en el caminar. Cuando Dovran se incorporó casi hipnotizado con idea de tocarlos, la mujer le atacó con ambas armas blancas clavándolas con fuerza en los dos lados del cuello. Uno de los punzones de madera se partió por la mitad cuando atravesó la tráquea y un trozo cayó al suelo. La sangre manaba con lentitud por la garganta del empresario que no podía emitir grandes gritos ya que el aire se le escapaba. No así la vida. Curiosamente, ninguna de las dos maderas afiladas le había seccionado los principales vasos sanguíneos que recorren el cuello, por lo que Dovran Charyev tuvo aún fuerzas para golpear a Anastasia, a la que pilló desprevenida y arrojó al suelo. Esta se levantó vertiginosa y salió a la caza de su presa, que huía desesperada, como una alimaña herida, hacia la puerta. Le puso la zancadilla e hizo que se estampara de bruces contra el mueble bar provocando un estruendo que Olga oyó desde fuera.

Saltaron botellas y vasos con el impacto, además de dos de los dientes del empresario.

El labio inferior se le cortó por la mitad creando un gotelé sangriento a lo largo de la pared mientras se mezclaban olores de alcohol y sangre.

Cuando el empresario del petróleo se puso a cuatro patas intentando

incorporarse, Anastasia le propinó una patada bien dirigida a las costillas que le hizo caer dolorido boca arriba. La mujer aprovechó entonces su indefensión para ponerse a horcajadas sobre él, con los pechos sueltos y los pezones erectos, balanceándolos sin control hacia uno y otro lado. Logró en esa postura ventajosa arrancarle el estilete que todavía llevaba sobresaliendo como una banderilla en el lomo de un toro de lidia castigado. Sin dudar un momento, la asesina lo clavó con firmeza en el ojo derecho del ruso, le atravesó el globo ocular, la masa cerebral y golpeó por último contra el hueso occipital.

Charyev convulsionó de manera grotesca unos instantes hasta que quedó inerte.

Justo en ese momento la puerta se abrió y la prostituta que aguardaba paciente su turno de felación se asomó desconcertada por los ruidos inusuales que surgían del dormitorio. Antes de que pudiera llegar a gritar, la asesina rusa la agarró por el frontal

del sujetador, la metió para dentro de la habitación tirando con brusquedad y cerró la puerta tras ella. La sujetó con entereza alrededor del cuello enroscándola con su recio brazo y lentamente la ahogó sin que apenas fuese capaz de oponer resistencia.

—¿Por qué has entrado ahora, niña? Tú no debías estar aquí —le dijo al oído mientras le arrebataba la vida—. ¡Odio los putos daños colaterales! —exclamó dejando el segundo cadáver en el suelo, este con delicadeza.

María Nikoláyevna Ivanova, Masha, había cumplido su cometido letal. Los servicios secretos rusos querían fuera de circulación a Dovran Charyev, y la fiesta previa al año nuevo en la embajada representaba una clara oportunidad para lograrlo, circunstancia que la más mortífera de sus agentes no iba a desaprovechar.

Masha respiró hondo y se centró. Miró el reloj para comprobar que se movía en los plazos calculados. Se quitó el zapato con el tacón roto que aún llevaba puesto y se examinó los pies. Se había cortado en el otro con los vidrios de una botella rota en el forcejeo previo. Se fue al baño para lavarse la herida y colocarse un vendaje improvisado con papel higiénico y un pañuelo atado alrededor. Se vistió con el maillot elástico bien ajustado por todo el cuerpo que llevaba en el bolso, se recogió el pelo completamente desmadrado haciendo un moño con una goma y, finalmente, examinó con detenimiento el techo rebajado del dormitorio. Cerca de la ventana asomaban las rejillas de aireación, como bien sabía. Había memorizado los planos de los conductos, ya

que estos eran su única vía de escape del edificio. Colocó la mesita del escritorio debajo, subió la silla encima y ascendió hasta las alturas. Pero el techo era demasiado alto y no llegaba con la comodidad suficiente para poder desmontar la rejilla.

Soltó una blasfemia en ruso que sonó realmente mal. Recordó acto seguido que delante del mueble bar del salón había dos taburetes de barra, bastante más altos que la silla de escritorio. Resopló. Se quitó de nuevo el maillot, se calzó los calcetines del muerto para disimular la herida, se soltó el pelo y salió riendo a carcajadas de la habitación. Llevaba puesta únicamente la braguita rosa y los calcetines de hilo y, como era de suponer, los vigilantes la estarían observando agradecidos. Tomó el taburete y volvió dentro de la habitación guiñando un ojo a la cámara. Los agentes de seguridad debieron de imaginarse un salto del tigre digno de una atracción circense.

De nuevo en la habitación, Masha se vistió, sujetó el pelo otra vez, se descalzó para no resbalar y subió a la nueva torre creada con el mobiliario para acceder a los conductos. Retiró, ahora sí, la rejilla y se encaramó con ligereza hacia el interior, donde cabía justa. Se desplazó a oscuras por el interior del túnel metálico, bastante estrecho, donde tenía que literalmente arrastrarse para avanzar ayudada de los antebrazos. Llegó

a una bifurcación. Se desvió a la derecha. Pasó sobre otra habitación que parecía estar vacía y se detuvo ante un hueco que descendía vertical hacia el garaje, cuatro plantas más abajo. Sin duda se trataba de la parte más delicada del recorrido. Los pies desnudos de Masha se aferraron a las estrechísimas paredes metálicas. Debía mantener el equilibrio haciendo fuerza contra el metal para no caer por el hueco hacia una muerte segura. Le sangraba otra vez el pie haciéndola resbalar, aunque por fortuna descendió los tres metros hasta el siguiente piso sin excesivas complicaciones, pues su forma física era admirable. Se secó el pie apoyada contra la intersección de tuberías y se introdujo en los conductos nuevamente. Llegó reptando sobre una habitación que servía de almacén y, quitando la rejilla, se dejó caer en su interior haciendo el menor ruido posible. Justo tras ella se ubicaba la ventana, sin rejas al tratarse todavía de un segundo piso. Ojeó desde la cristalera el árbol próximo del patio de la embajada. Un salto fácil normalmente, pero ahora con el pie herido un poco más exigente.

Sacó del escote el pequeño mando a distancia que había vuelto a custodiar entre los senos. Lo encendió, y una luz verde diminuta le indicó que estaba operativo. Masha sabía que al abrir la ventana la alarma del edificio se dispararía, por lo que contaba con un método

para distraer a los guardias. Pulsó el botón y a los tres segundos el dispositivo hizo una llamada programada al móvil que había depositado en la entrada.

El número entrante era una instrucción programada para detonar los trescientos gramos de explosivo plástico que rellenaban el aparato. Cuando el estruendo y las alarmas generales se activaron con la deflagración, Masha abrió la ventana, saltó hasta uno de los tres árboles próximos que crecían en el pequeño jardín vallado y a través de una de sus ramas gruesas avanzó hacia el chaflán del pequeño murito de ladrillo rojo con forja que bordeaba toda la embajada. Brincó al otro lado y aterrizó en la acera. Nadie vigilaba la calle porque todos habían ido a socorrer a sus compañeros de la recepción y tampoco ninguno prestaría atención a las cámaras en esos instantes de anarquía.

Avanzó calle arriba por Malyy Afanas'yevskiy, tiritando de frío, ya que iba corriendo descalza sobre la nieve, hasta llegar a la esquina donde abrió el contenedor amarillo de los tres que se encontraban juntos en un reservado junto al cruce. Recogió de su interior una bolsa de plástico con unas botas ligeras, un chándal, un abrigo y un gorro de lana que había depositado allí por la tarde. Se puso solo las botas y el abrigo y salió a la carrera para escabullirse por el *boulevard* Gogolevsky. Al llegar al cruce con Sivtsev Vrazhek, giró hacia la derecha por esta última vía para recoger el coche. Al otro lado del parque, el Museo de Arte Moderno de Moscú aguardaba impasible a que amaneciera para mostrar sus entresijos a los visitantes.

Cuando llegó casi sin aliento a la mitad de la calle, se encontró con que su Lada Priora había quedado encajonado entre un Kia Rio y un enorme Hyundai Creta. Para

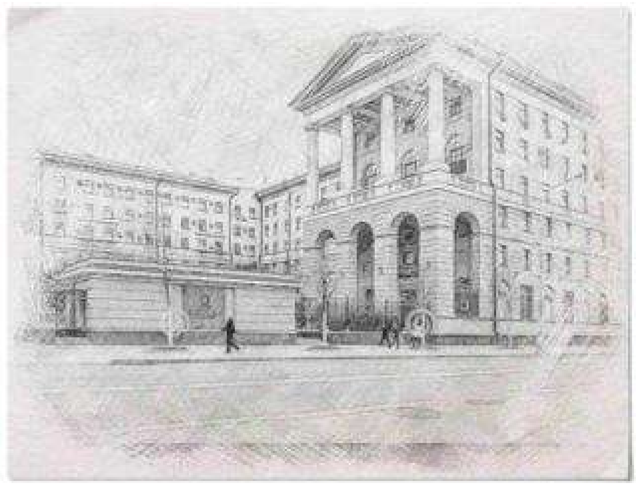
salir debería hacer múltiples maniobras, posiblemente golpear contra los parachoques, acaso disparar alguna alarma y, seguro, tardar demasiado tiempo y llamar la atención.

Además, las sirenas de la policía y los servicios de emergencia comenzaban a oírse a lo lejos.

Así que Masha optó por no arriesgarse más, montar en la parte trasera del coche, tumbarse en el suelo entre los asientos delanteros y traseros, camuflarse bajo una manta que llevaba siempre por si acaso y aguardar tranquila a que pasara la noche. Rescató previamente su otro móvil de la guantera, introdujo en los oídos los cascos inalámbricos conectados por *bluetooth* y sintonizó ya bajo la manta

alguna emisora por internet dedicada a la música *country*.

Desde que convivía junto a Txema Beristáin había descubierto muchas cosas nuevas y una de ellas era la música americana. Se detuvo en un dial en el que sonaba la Creedence Clearwater Revival, la mítica banda de finales de los años sesenta. La canción que interpretaban era *Cotton Fields*, campos de algodón, y como se la sabía y le gustaba mucho, decidió quedarse escuchando a la banda de John Fogerty acurrucada en el suelo. La noche iba a ser larga.



3

DIRECCIÓN PRINCIPAL DEL MINISTERIO

DEL INTERIOR-MVD, SEDE DE LA POLICÍA

CALLE PETROVKA, 38

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Diciembre de 2017

La conocida sede de la Policía Criminal en la calle Petrovka se ubicaba en uno de los edificios más característicos de la amplia travesía del Distrito Federal Central de Moscú.

El cuartel gubernamental de grandes dimensiones (como todo en esa ciudad) construido en ladrillo con tono rojo, naranja y salmón, compartía calle con tiendas de lujo, *boutiques* prohibitivas, famosas salas nocturnas de diversión y el mítico Teatro Bolshoi que desde 1824 se levantó sobre sus propias cenizas, cual diosa Anivia, para erigirse en el segundo mayor de toda Europa tras La Scala de Milán.

Valeria Shevchenko salió como una exhalación del aparcamiento subterráneo del Ministerio del Interior montada en el todoterreno blanco sin distintivos y, con pericia

manifiesta, se incorporó al denso tráfico moscovita. Realizó un par de giros un tanto bruscos a la derecha para enfilar el trayecto, lo que provocó un gruñido de resignación de su compañero Mijail sentado al lado que, sujeto con ambas manos a los asideros del coche, intentaba mantenerse en su asiento en una posición cuanto menos decorosa.

La veterana inspectora de la Policía Criminal de Moscú se aferraba al volante del vehículo que parecía grande a su lado. Era una mujer delgada, con poco pecho, de estatura media, con el cabello largo, negro y lacio, peinado con raya al lado izquierdo.

Tenía una cara ovalada, fina y suave, que mostraba un rostro caucásico, de gesto reservado, con cejas estrechas y unos expresivos

ojos entre marrones y verdes botella que le daban un toque interesante. Tenía treinta y seis años que no aparentaba «la edad de Marilyn Monroe cuando se suicidó, o la suicidaron», pensaba ella, admiradora de la diva malograda.

Conduciendo de manera endiablada, en menos de cinco minutos Valeria llegó al destino encomendado, sito a escasas manzanas de la sede policial, y estacionó con absoluto descaro el Toyota Landcruiser sobre la acera, frente a la puerta principal de la embajada de Turkmenistán. Mijail Fiodorov buscaba en la guantera el indicativo gubernamental para colocarlo ante el parabrisas. No le dio tiempo; un policía uniformado que charlaba animado con su compañero apoyado contra el capó del coche patrulla se les acercó con desgana despachando de mala manera órdenes para que se marcharan de allí. Valeria enseñó su placa al agente y este retornó hasta el Skoda azul y blanco con caminar cansino como si hubiera completado una media maratón.

Cuchicheó algo con su colega y ambos se quedaron mirando a la pareja de agentes de la Policía Criminal de Moscú, que caminaban decididos hacia la entrada de la misión diplomática extranjera.

—Vaya marrón que nos vamos a comer —susurró finalmente la mujer a su acompañante al llegar a la puerta.

Su jefe directo, Yakov Fomin, le había encargado junto a su nuevo ayudante Mijail Fiodorov investigar el asesinato de la noche previa de dos personas en el interior de la embajada. Teniendo en cuenta que era la una y media de la tarde, que los cuerpos habían sido llevados al depósito sin que ningún forense, que ella supiera al menos, los hubiera examinado y que probablemente la escena del crimen estaría más contaminada que el río Ganges, su pronóstico de resolución caía de forma considerable hasta las catacumbas del proyecto de investigación. Y eso sin contar con que iban a estar pisando de manera figurada, pero legal a todos los efectos, el suelo de otro país, por lo que debían andarse con pies de plomo a la hora de interrogar o plantear ciertas cuestiones delicadas. En eso su superior había sido muy explícito; no estaban los tiempos para

tonterías, las relaciones con Occidente cada vez empeoraban más y, por tanto, había que mantener un prudente equilibrio en todo lo relacionado con las antiguas exrepúblicas.

—Bueno —contestó Mijail con el rostro serio, como casi siempre, sacando la agenda de mano—, al menos sabemos quiénes son: el

empresario Dovran Charyev y Olga Novikova, esta última, por cierto, una chica de compañía contratada para la velada en una agencia de alto *standing* —concretó leyendo los nombres.

Valeria soltó un soplido de asco.

—¿Has podido hablar con esa agencia? —Se interesó.

—Sí, he llamado, pero quien me ha atendido se ha limitado a sentir la pérdida y llorarme al teléfono por espacio de cinco minutos, además de informarme de que la *empresa* cierra casualmente por descanso hasta el día ocho. Tendremos que pasarnos a charlar con la *madame* después de las navidades.

—¿Qué más sabemos?

—Pues lo que me ha comentado el comisario en la jefatura: que a eso de las diez de la noche una mujer, al parecer también del negocio sexual, asesinó a la compañera de gremio y al empresario. Después huyó sin ser descubierta aprovechando que se produjo una explosión que hirió a varios agentes.

Valeria asintió. Había estado ocupada toda la mañana cerrando otro caso de un homicidio por asuntos de drogas y había tenido que delegar en su segundo la recopilación de datos.

—Veamos qué nos cuentan, es todo muy extraño y no me creo nada de toda esa absurda historia.

La inspectora apenas llevaba trabajando con su nuevo compañero un mes. Andrey Belov, su anterior binomio y su mentor, se jubiló cinco semanas antes de manera anticipada a los cincuenta años, con un brazo de menos y una pensión de invalidez de más. Cuando ambos dieron el alto a una furgoneta conducida por dos tipos que habían atracado a media docena de taxistas en la periferia de Moscú, Andrey no se imaginaba que el copiloto iba a sacar una recortada y dispararle desde medio metro a bocajarro.

Por fortuna, dentro de lo que cabe, el brazo derecho del policía iba por delante, así que tuvo que ir a buscarlo cerca de un portal próximo cuando salió despedido por la deflagración merced a las postas que se encargaron de arrancárselo de cuajo. Valeria le hizo un torniquete y pudo salvarle la vida impidiendo que se desangrara. A partir de

ese momento, la inspectora supo que en adelante debería formar pareja de investigación con otra persona.

La ascendieron a teniente valorando así su brillante trayectoria en el cuerpo y, tal vez, también como compensación por lo que le ocurrió a Belov. Le asignaron a las dos semanas del suceso a su actual pareja laboral, Mijail Fiodorov, un policía condecorado proveniente del Primer Regimiento Operativo de la Policía Montada. El agente, unos años más joven que ella con veintisiete primaveras a sus espaldas, había presentado la solicitud en el otoño pasado, la estación más corta en Moscú y también la más impredecible, en donde las hojas alfombran el suelo y las temperaturas van cayendo, lentas pero inclementes, hasta un par de grados sobre cero presagiando un invierno largo y frío que siempre acude puntual a su cita.

Mijail era un chico apuesto, con el pelo rubio, fino y quebradizo, de cara alargada barbilampiña y unos ojos azulones interesantes. De complexión más bien delgada y tirando a alto (un metro ochenta), acostumbraba a vestir de manera seria, un tanto anticuada para su edad, aunque siempre correcta.

Entre que la inspectora puso al día a su nuevo ayudante (ahora ella era la veterana) y practicaron con unos casos menos complicados para ir adaptándolo, prácticamente se habían echado las Navidades encima y se encontraban ahora ante el primer caso serio del equipo.

Lo que más le gustaba a Valeria de Mijail era su escrupulosidad a la hora de recopilar los datos y elaborar los informes. Ella, que tenía una fama merecida de ser un desastre administrativo, compensado eso sí por su eficiencia en las investigaciones sobre el terreno, había aprendido disciplina de oficina de su compañero reciente. Por contra, lo que menos le acababa de convencer de Mijail, que había aprendido calle a su lado a pasos acelerados, era lo reservado de su carácter. De hecho, apenas habían hablado de ningún tema personal de cierta trascendencia más allá de lo referente al trabajo puro y duro.

La puerta de la embajada se abrió y los guardias de seguridad permitieron el acceso a los agentes. Tomaron nota de sus identificaciones y les invitaron a sentarse en unos cómodos sillones en terciopelo granate mientras esperaban al secretario del embajador para ser atendidos.

—¿Conoces algo de Turkmenistán? —preguntó en voz baja la inspectora a su compañero.

—Bueno, lo básico —respondió él tapándose la boca con la mano para que nadie le leyera los labios—. Es el país totalitario con menos democracia del mundo, creo que está en los últimos puestos de la lista

de ciento sesenta y siete países reconocidos oficialmente por la ONU…

—El quinto por la cola —certificó Valeria.

—Su economía se basa en la ganadería y en sus tradicionales caballos Akhal-Teke, la agricultura y la tapicería —siguió Mijail—. De hecho, hay una alfombra representada en su bandera. Pero, sobre todo, de donde sacan el dinero es del gas gracias a una de las mayores reservas mundiales.

—Vale, veo que has hecho bien los deberes.

—Además siempre han sido muy soviéticos, no deseaban independizarse cuando cayó la URSS. Tras la muerte repentina del presidente vitalicio Nyýazow, es Berdimuhamedow quien gobierna ahora con mano dura, promoviendo un culto absurdo a su propia personalidad, y solo su familia o los más allegados monopolizan un poder desmedido, con un control férreo sobre la vida pública de sus ciudadanos.

—Estoy impresionada, pareces la Wikipedia.

—Gracias —rio él.

—¿Sabías que los funcionarios tienen que teñirse el pelo obligatoriamente? —insistió la teniente.

—¿Qué? Estaba al corriente de ciertas excentricidades de su líder, como erigir estatuas en su nombre, escribir libros de obligado aprendizaje para los estudiantes, imprimir los billetes con su cara o incluso cambiar los nombres a los meses del año; pero a tanto no llegaba.

—Pues sí —continuó—. Como el presidente se tiñe las canas, ahora es de imperativo cumplimiento para los empleados públicos seguir el mismo ejemplo si tienen aprecio a su puesto de trabajo.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo y prepárate, si mal no me temo, para recibir unas respuestas acordes con la hoja de ruta del país.

Valeria aprovechó el final de la conversación con el policía para levantarse y dirigirse, con la intención de interrogarlo, hacia el responsable de la seguridad en la entrada, el cual, por cierto, no les quitaba ojo de encima.

—¿Estaba usted la tarde pasada al cargo en este mismo puesto? —le espetó acercándose a su altura.

—No, señora —respondió el agente muy reservado—. El turno de tarde-noche comienza a las dieciocho horas y finaliza a las seis de la mañana tras doce horas de guardia. Sin embargo, yo he llegado hoy algo antes porque así me lo han ordenado, debido a que alguno de nuestros compañeros resultó herido por la explosión.

—Espero que estén bien.

—Se recuperan en el hospital, gracias.

—¿Sabe cuál fue la causa de la deflagración?

—El teléfono de la mujer sospechosa que había quedado en consigna explotó. Al parecer llevaba una pequeña carga de explosivo plástico en su interior.

—Veo que ya han empezado su trabajo ¿no? —dijo una voz sonriente que provenía del pasillo del fondo—. Soy el secretario diplomático Arsen Kurvanov y estoy a su disposición para ayudarles en lo que necesiten.

Asomó a la recepción un hombre de estatura baja, con gafas redondas, abundante bigote y escasez de pelo. Vestía de manera refinada, con ropa de marca. Llevaba los zapatos negros tan relucientes que deslumbraban bajo los focos del techo. Portaba una carpeta de cartón bajo el brazo izquierdo. Estrechó en primer lugar la mano de Mijail y después la de Valeria con firmeza, pero en el orden incorrecto.

—Soy la teniente inspectora Shevchenko —puso las cosas en su sitio ella— y este es mi compañero el subinspector teniente segundo Fiodorov. Le agradecemos su tiempo.

—Faltaría más, queremos facilitarles las cosas, por supuesto —prosiguió el diplomático sin darse por aludido, mirando a Mijail—. De todas formas, les pediría que no atosigasen a mis hombres, ya han sufrido bastante.

—No tanto como los muertos, supongo.

—Presumo que tanto no —sonrió forzado el diplomático—. Y bien, agentes, díganme, estoy a su entera disposición —repitió por segunda vez, lo que daba lugar a pensar en lo contrario.

—Quisiéramos que nos contara la versión oficial de lo sucedido y ver el lugar donde se produjo el doble asesinato. También nos gustaría estudiar las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Por supuesto, la versión oficial es esta. —Les entregó un papel que sacó de la carpeta negra con gomas de debajo del sobaco que, a juzgar por su extensión, no auguraba una explicación muy generosa—. Y si me acompañan les conduciré por el camino que hizo la mujer y donde cometió la tropelía.

Los tres hicieron el camino que Masha había recorrido la noche anterior. El largo pasillo con cuadros en ambas paredes, el ascensor, la habitación del empresario con sus dos compartimentos… No había tan siquiera una mancha de sangre visible. Las alfombras habían sido sustituidas por otras nuevas y los servicios de limpieza demostraron su eficacia a contra reloj. Quedaban acaso diminutas muescas en la pared del dormitorio y unas motas indefinidas que no habían terminado de irse. La luz ultravioleta del bolígrafo linterna de la inspectora confirmó la presencia de fluidos humanos. Apagó el haz morado y miró al diplomático:

—¿Huellas dactilares?

—En el informe ya les indicamos que las recogidas por nuestros expertos confirman ser del señor Charyev.

—¿Y de las chicas?

—No las hemos hallado, lo siento.

—¿En los vasos o en las copas tampoco?

—No. Parece que no bebieron nada.

—Claro, ¿por qué iban a beber en una fiesta privada? Vaya tontería… —La inspectora decidió cambiar la línea a seguir del interrogatorio viéndose atrapada ante un muro infranqueable arduo de esquivar—. ¿Por dónde escapó la asesina?

—Por los conductos internos de ventilación que van sobre el falso techo. —El secretario señaló la loseta que tapaba ahora el acceso.

—Pero estamos en un tercer piso…

—Descendió una planta antes de salir al exterior por un balcón. Un árbol de ramas gruesas que ya hemos mandado talar permitió que se

descolgara fácilmente hasta la calle. El sensor de la alarma silencioso indicó que el ventanal había sido abierto, pero con la confusión reinante en las taquillas debido a la deflagración del explosivo, logró huir sin ser interceptada.

Valeria, mientras escuchaba, leía el escrito oficial entregado por el secretario de la Embajada momentos antes.

—Me imagino que no habrá cámaras en el dormitorio ¿no? —preguntó Mijail escrutando todas las esquinas.

—Por supuesto que no. Como usted comprenderá, la intimidad de todos nuestros selectos invitados se respeta íntegramente —replicó Kurvanov solemne—. Y, por desgracia, por si me lo preguntan —prosiguió—, la cámara que grababa en la antesala sufrió una avería y no nos permite ver sus imágenes.

—Claro, cómo no —susurró Valeria por lo bajo mientras doblaba el papel y lo guardaba en el bolso bandolera que portaba sobre el abrigo.

—Noto cierta ironía en sus palabras, teniente inspectora Shevchenko —escupió con una falsa sonrisa el empleado de la Embajada.

—Bueno, si me lo permite, le diré que sus explicaciones por un lado y el informe por el otro, son un total disparate. No cabe en la cabeza pensar que una vulgar chica de compañía despechada, bueno, «artista de variedades y entretenimiento», como así se menciona en el escrito, tuviese la capacidad de burlar la férrea entrada al recinto con un pase falso, de introducir un explosivo y un arma blanca, asesinar con ella a un hombre de cien kilos que pondría la lógica resistencia física posible, y eliminar asimismo a otra chica joven sin mayor problema. —Valeria Shevchenko tomó aire y continuó—: Para después escapar a través de unos conductos de difícil acceso cuya ubicación conocía a la perfección, utilizando unas artes de distracción propias del ilusionista David Copperfield. Y para colmo terminó desvaneciéndose en plena noche amparada por la luna tras efectuar un salto atlético desde un árbol.

—Nuestra postura oficial es esa, inspectora. Si usted cree que puede desarrollar una versión mejor basada en hechos y no en suposiciones, nos encantará escucharla.

—¡Claro! Si hubieran dejado alguna prueba, seguro que las encontraríamos. Pero es difícil sobrevivir debajo de tanta lejía; casi no se puede ni respirar en este cuarto.

Mijail decidió llevar la iniciativa viendo la deriva que estaba tomando la conversación en manos de su superiora:

—Creo que, si nos permite ver las cámaras de la entrada, podríamos tal vez intentar identificar a la prostituta, perdón, a la «artista de entretenimiento» sospechosa y enfocar nuestra investigación en su búsqueda.

—Sabias palabras, camarada —rubricó Kurvanov mirando con desdén a la inspectora—. Les daremos una copia resumida de lo que tenemos grabado para que puedan llevársela. Acéptenla como regalo de Nochevieja.

—Resumida y editada, como no… —balbuceó en un susurro la veterana policía mientras bajaban hacia el vestíbulo de la embajada.

◆◆◆

Acababan de sonar la tres en el reloj de la Torre Spásskaya que, situado en el epicentro de la plaza Roja de Moscú, es conocido popularmente como el *Reloj del Kremlin* y se encarga de marcar y mostrar la hora oficial de la capital de Rusia con su enorme diámetro de seis metros que lo hace visible desde una distancia considerable. La estrella roja soviética coronaba el impresionante edificio de ladrillo rojo que se izaba vigoroso hasta los setenta metros de altura. La puerta de la torre Spásskaya era, en la época de los zares, la entrada

principal del Kremlin y, según la tradición, cualquiera que transitara ante ella debía quitarse el sombrero en señal de respeto.

Pese a las reticencias iniciales de Mijail, que deseaba regresar a la comisaría a por su aburrido sándwich de pollo con mayonesa, Valeria lo convenció para que la acompañara a almorzar en una cafetería de la zona. Estaban sentados a la mesa degustando un *shaurmá*, una especie de rollo de carne con verduras y salsa, acompañándolo con una cerveza Yarpivo, cuyo oso característico en la etiqueta parecía mirarlos con curiosidad. La inspectora había pedido también unas patatas de postre, unos pastelitos llamados así por su similitud en la forma a los tubérculos comunes. Se trataba de unos dulces calóricos, aunque deliciosos, elaborados con galletas y mantequilla, y recubiertos con cacao, al estilo de las trufas (medio kilo más en la báscula del baño solo por probarlos).

—¿Por qué aparcaste los caballos en el establo? —Le disparó ella a su compañero mientras daba un sorbo a la cerveza, bebiendo a morro de la botella.

—¿Qué?

—Te pregunto por qué dejaste la Policía Montada. Nunca me lo has contado.

—Bueno, Valeria…

—Lera —le interrumpió—. Llámame Lera. Así me conocen las personas cercanas y tú lo eres ocho horas o incluso más cada día. Ya es hora de que intimemos algo más, al menos un poquito, ¿no crees?

—Claro. Te llamaré Lera si así prefieres.

—Vale, pues ahora desembucha. Cuando alguien cambia radicalmente de destino suele ser por uno de los tres motivos universales: por problemas en el trabajo, por dinero o por culpa de una mujer. Tus informes decían que eras un policía ejemplar con un buen historial y con buenas relaciones laborales y por dinero, desde luego, puedo dar fe de que no ha sido, sabiendo lo que cobramos al final de mes.

Mijail puso una cara alborozada por primera vez en mucho tiempo. Se reclinó hacia atrás en el banco acolchado en color granate, o tal vez rojo muy sucio, no se sabía bien, se atusó el pelo rubio y miró a su jefa.

—Se llamaba Yelena —explicó finalmente—. Nos asignaron juntos

como compañeros, porque ya sabes que el Primer Regimiento funciona por parejas de trabajo, tanto con los caballos como a la hora de patrullar. Allí hay unos doscientos cincuenta caballos a repartir en tres turnos entre cerca de mil oficiales.

—Los caballos son muy efectivos, ya lo he visto en las manifestaciones —corroboró Lera—. A la hora de disolver las concentraciones de gente son una bomba, mejor que los antidisturbios. Media docena de animales espantan en un momento a una multitud.

Además, pueden ir por donde los coches no son capaces de circular y bastante más rápido que los efectivos a pie.

—Pues sí. La única pega es que hay que cuidarlos mucho. Ya sabes, cepillarlos cada día, alimentarlos bien, protegerlos del frío, de los parásitos, entrenarlos… En fin, exigen tiempo a los jinetes y Yelena vivía por y para los caballos. —Mijail apuró el vaso de agua para quitar la sed que le habían provocado los dulces—. No sé si habrás oído hablar de ella, ha salido en varios reportajes de la televisión como amazona e incluso representó a la Federación Rusa en las últimas olimpiadas de Río de Janeiro. Su nombre completo es Yelena Virukova.

La inspectora Lera lanzó un silbido sostenido por la sorpresa:

—¡Anda, claro que sí! Es una monada de chica que hace unas exhibiciones impresionantes, casi de circo. Bueno, aunque aquí en Moscú parece que eso es algo normal; y si no fíjate en el Kaskad, el equipo acrobático de la Policía de Tráfico.

—Lo conozco, tuve la oportunidad de verlo actuar en el día de la fiesta de la policía el año pasado.

—¿Y cómo dejaste escapar a una chica así? —insistió Valeria desatada y chismosa, algo que sorprendía al propio Fiodorov.

—Era insoportable. Además de que la fama se le había subido a la cabeza, no sabes tú de qué manera, dedicaba más tiempo a estar con los caballos que conmigo. Llegué a pensar que se follaba algún percherón y todo, porque, lo que es yo, estaba a dos velas.

—Qué bestia…

—En serio —finalizó—, no sabes lo que era ser un segundo plato para todo. Y

cuando tu rival es un caballo, lo mejor es zanjar el asunto. No se puede competir.

—En el aspecto sexual seguro que no, al menos comparando tamaños —rio la inspectora satisfecha de su propio chiste. Igual las dos cervezas le habían dado cierta chispa soltando la lengua.

—Ya…

Ambos se levantaron y salieron del rincón que habían ocupado al fondo del establecimiento. Valeria pagó la cuenta de ochocientos rublos, bastante ajustada tratándose del centro de Moscú pese a que el local pedía un poco más de dedicación y limpieza, y se dirigieron en su todoterreno Toyota de vuelta hacia la calle Petrova, a la sede de la policía moscovita.

SEDE CENTRAL DE KASPERSKY LAB.

EUROPA KINGDOM STREET,

PADDINGTON CENTRAL

LONDRES (REINO UNIDO)

Enero de 2018

Amanda se revolvía nerviosa en sus ataduras de cinta americana, mientras la pequeña Daisy de tan solo diez años sollozaba insistentemente. Un surco de lágrimas recorría la mejilla de la niña, asustada a más no poder e incapaz de comprender lo que estaba aconteciendo.

—¡Por Dios bendito! —gritó Alexander enfurecido desde el despacho—. Esto no tiene nada que ver con ellas. ¡Déjalas en paz!

—Ya te estoy diciendo que de ti depende el que todo acabe como una mala pesadilla propiciada por los elfos navideños, para olvidar y no recordarla nunca más, o que termine en una tragedia que te acompañará siempre. Yo soy un hombre que atiende a razones —continuó Ígor Kovalev sosegado—, pero mis dos compañeros que están en tu casa no son de igual parecer.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya te lo he dicho, tu clave biométrica. —Tendió el ordenador portátil hacia él cuando en la pantalla apareció una contraseña de acceso que solo se desbloqueaba con un sensor de huella especial conectado por USB al portátil.

Debía apoyarse primero la mano derecha y después la izquierda para que el lector láser identificara las huellas digitales de los diez dedos. De esta forma se evitaba que alguien pudiera cortar una falange o falsificar una única huella de la víctima con procedimientos complejos. Además, el sensor biométrico notaba las pulsaciones y la temperatura, por lo que si las manos no estaban vivas no funcionaba tampoco. Era un sistema endiabladamente elaborado.

—No puedo hacerlo, Ígor… Es como profanar la empresa que me ha dado de comer desde hace muchos años y que confía en mí.

—Bueno, le preguntaremos a tu mujer si le parece bien. ¡Chicos! —dijo llamando en voz alta a sus compinches situados en la casa del directivo—, dadle un toque a Amanda a ver qué opina al respecto.

Entonces la espalda enorme de un gorila vestido con chándal azul marino tapó por un momento el objetivo de la cámara. A continuación, se posicionó cual grande era a un lado de la mujer y soltó la mordaza de cinta con un tirón brusco, lo que provocó en la piel alrededor de la boca un cierto dolor, similar en parte a una depilación con cera.

Cuando la esposa del directivo intentó hablar con su marido, sin que le diera tiempo, el matón le propinó un tremendo bofetón que a punto estuvo de tirarla de la silla.

Amanda gritó y lloró al mismo tiempo mientras se agitaba como un bambú movido por el viento que retornaba después a su posición inicial. La cara se le había entumecido por el sopapo desmedido y la sangre asomaba por la boca. La mujer escupió una babilla sanguinolenta; probablemente un diente o dos se habían desplazado.

La niña comenzó a gritar asustada desde la silla adyacente. A pesar de la mordaza, se le entendía perfectamente llamar a su madre de manera repetitiva.

—¿Ves lo que pasa cuando no colaboras? Ponla bien centrada en la silla, que se va a caer —ordenó al micrófono del iPad.

Inmediatamente el hombre del chándal que cubría su rostro bajo una capucha negra, donde unos ojos pequeños brillaban tras las aberturas

de un modo casi enfermizo, descargó un nuevo golpe a Amanda, en esta ocasión con el revés de la mano. Fue menos

contundente que el anterior, pero las uñas sin recortar del matón le dejaron de regalo en la cara varios arañazos y un corte en el labio. Ella gritó de nuevo, la niña también.

—¡Basta, por favor! —suplicó Alexander poniéndose en pie y acercando una mano al sensor de huellas—. Aquí tienes mi clave.

—Eso está mucho mejor. —Sonrió complacido Ígor al comprobar que en la pantalla salía la frase «correct password» y una segunda luz se ponía en verde en la barra superior donde otras dos seguían en rojo.

—¿Ya estás satisfecho?

—Un poco más, sí. Ahora dime los nombres de los otros dos poseedores de las claves maestras.

—Eso no lo sé, Ígor, te lo juro. Solo conozco la mía y la tuya como parte del proyecto.

Las otras dos ignoro quiénes las pueden tener asignadas.

—Me parece que así no nos vamos a entender nada bien. Creo que la señora de la casa necesita oír con claridad a su marido y aconsejarle correctamente…

Según Ígor Kovalev terminó de pronunciar la frase en alto, el hombre enviado a la casa de su jefe estampó, en un brutal arrebato de violencia, las dos manos ahuecadas contra ambos oídos de Amanda. Esta se desmayó con el golpe cuando uno y otro tímpano se rompieron de manera simultánea. El esbirro se situó delante de la niña, que gritaba y lloraba sin cesar, dispuesto a hacerle lo mismo que a su madre.

—Última oportunidad o dejo sorda a tu hija.

—Está bien, está bien —lloró desesperado Alexander presa de la frustración—. Te lo diré: uno está en la central de Moscú y no sé concretamente quién es, te lo juro por lo que más quieras; no me lo han dicho como medida de seguridad adicional. El otro es Nikita Tishchenko y trabaja en el Centro de Transparencia y base de detección de amenazas que tenemos en Zúrich.

Ígor apuntó en una agenda de bolsillo, con letra redonda y bien

trazada, el nombre del poseedor de la tercera clave. Lo hacía sin prisa, como si aquello fuese un juego a cuyo desenlace tal vez no deseaba llegar.

—Bueno, mi querido amigo —dijo al fin con cierta melancolía fingida —. Creo que nuestros caminos se separan aquí.

—Deja a mi mujer y a mi hija en paz —suplicó Sasha.

—Lo voy a hacer, no te preocupes, tienes mi palabra. Ahora mismo mis hombres se marcharán de tu casa y las abandonarán allí. Al fin y al cabo, no les han visto la cara, de manera que no pueden identificarlos. Pero —continuó dirigiéndose al asiento donde había dejado sus pertenencias—, tú sabes demasiado sobre mis planes. —Sacó una pistola con silenciador del maletín antes de que Alexander pudiera tan siquiera suponerlo; mantenía la vista puesta en la pantalla lamentando el disgusto de su hija y temiendo que le hicieran daño, mientras observaba a su mujer recobrar lentamente el sentido. Un fino hilo de sangre le brotaba desde la oreja derecha y le recorría la mejilla hasta gotear por la barbilla.

Un sonido sordo, como el de un latigazo contra la pared, rechinó en el despacho en dos ocasiones. Fueron las dos balas que la Bareta M9, con un largo supresor de ruido enroscado en el cañón, habían perforado la cabeza de Alexander Volkov. Este cayó muerto y quedó descolgado hacia atrás en su asiento, como un lánguido muñeco de trapo desatendido, mientras la videoconferencia aún seguía activa. Su hija Daisy observó como su padre era asesinado en directo. Curiosamente la niña dejó de llorar y de gritar al verlo todo en *streaming*.

4

DIRECCIÓN PRINCIPAL DEL MINISTERIO

DEL INTERIOR-MVD, SEDE DE LA POLICÍA

CALLE PETROVKA, 38

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Diciembre de 2017

Valeria Shevchenko salió de la sede policial con hastío en el cuerpo. La negativa por parte de sus superiores a realizar una investigación más allá de lo meramente circunstancial le desesperaba. Había topado con un nuevo muro (como el de la embajada), confeccionado en esta ocasión sobre las relaciones diplomáticas y de conveniencia de la Federación Rusa con otros países, donde iba ser difícil encaramarse para sortearlo. Maldijo la política, los tejemanejes y la indiferencia o inacción de quienes estaban al mando.

Llegó al final de la acera y cruzó al parque Naryshkinskiy, por donde atajaba de camino a la estación de metro. Valeria no utilizaba coche particular y siempre se movía fuera del trabajo en el excelente transporte público moscovita, puntual, limpio y con multitud de paradas y líneas. Pasó junto a la estatua erigida en honor de Vladimir Vysótsky, un cantante, compositor, poeta y sobre todo actor soviético de ascendencia rusa. Llegó a ser bastante influyente dentro de la cultura de su época. Vladimir, alcohólico recalcitrante y adicto a las drogas, falleció a la temprana edad de cuarenta y dos años. Sus canciones de protesta le habían ocasionado más de una vez contratiempos con las autoridades rusas. Su figura metálica, erigida con los brazos extendidos y cubierta de cardenillo turquesa, servía ahora para el descanso de media docena de palomas grises hartas de pisar la nieve.

Valeria cruzó todo el parque hasta salir por el otro extremo del *boulevard* para adentrarse en la boca del metro de Púshkinskaya, decorada con guirnaldas navideñas de colores, y tomar la línea Lila hasta Kitay-Górod. Allí cambió de suburbano montando en la línea Naranja que la llevaría finalmente hacia su casa. El metro circulaba medio vacío, algo poco frecuente a esas horas. Los vagones modernos, con potente calefacción, se movían suaves en las curvas del trayecto mientras de la

oscuridad exterior iban asomando indiscretas las luces de las estaciones a medida que llegaban.

Valeria tenía una sensación extraña que la descentraba. Sacó del bolso la fotografía impresa proporcionada por la embajada de Turkmenistán de aquella misteriosa mujer rubia. La imagen no tenía la calidad esperada de unas cámaras de alta resolución, aunque se apreciaban unos rasgos particulares, un temple nada casual y un rostro atractivo. Le recordaba algo, pero no era capaz de asociarlo en esos momentos con nada que le procurara una pista al respecto. Sin embargo, estaba cada vez más influenciada por su instinto, que no solía defraudarla, y ahora estaba encendido en el cálido tono amarillo de la intuición y la advertencia, como un semáforo parpadeante.

Tras unos treinta y cinco minutos largos, el tren subterráneo llegó a la estación Yánesevo donde la inspectora descendía cada día para terminar el camino a pie hasta su casa emplazada a menos de diez minutos a paso normal. Vivía en un apartamento modesto en la planta trece de un bloque de estilo soviético en la avenida Novoyásenevskiy, uno de esos mamotretos de hormigón y ladrillo tan habituales de los años setenta en todo el país. Su sueldo de funcionaria pública no le permitía grandes excesos, sobre todo, si tenía que abonar un alquiler tan desorbitado como los que imperan en Moscú, incluso en el extrarradio de la gigantesca metrópoli.

El día era muy frío, como todo el invierno moscovita, pero al menos unos últimos rayos de sol, escapando tímidamente del ropaje de las nubes, aportaban un poco de luz y cierta sensación efímera de calor.

Valeria entró en la tienda Shawarma, dedicada a la elaboración y venta de pollos asados, para comprar la cena, pues tenía la nevera tan vacía como el estómago. En el local, pese a su licencia exclusiva destinada a servir comidas para llevar, podías encontrarte con un amplio surtido de productos bajo el mostrador, abarcando desde cajetillas de tabaco, alcohol de elevada graduación o pilas. La inspectora saludó al dependiente, al que conocía bien dada la frecuencia con que visitaba el establecimiento y optó por medio pollo asado con patatas fritas, una ración de pastel ruso *coulibiac* y una ensalada empaquetada. De postre se permitió elegir un dulce tradicional de Nochebuena, como lo eran las *kozuli,* unas de las galletas navideñas más populares en ciertas regiones de la antigua Rusia, hechas a base de pan de jengibre crujiente con sirope, decoradas con azúcar glaseado. Se le antojaron unas con formas de estrella de Navidad.

Continuó su camino dejando a la derecha el Hospital 134 cuya iluminación navideña colgaba, más que decoraba, sobre la entrada principal. Al lado estaba el polideportivo

municipal en donde terminaban por hoy las clases de gimnasia y los padres esperaban, con los coches en doble fila, a que sus vástagos salieran para llevarlos a casa a juntarse con familiares lejanos y celebrar en artificiosa empatía la noche más carismática del año.

Una ambulancia que se acercaba al sanatorio a realizar un traslado activó las sirenas como protesta al encontrarse uno de los tres carriles de la avenida ocupado con tanto vehículo particular, el pan nuestro del tráfico caótico rodado de la segunda ciudad con más habitantes de Europa tras Estambul, abarrotada con casi doce millones de almas.

Lera se metió en el acceso vecinal a los pies del conjunto de edificios de su barriada.

Saludó y felicitó las Navidades a una vecina que reconoció cuando entraba en la clínica dental situada en los bajos, junto al centro veterinario y la peluquería.

Y entonces cayó en la cuenta.

Sacó el móvil del bolso sin quitarse los guantes, lo que provocó que estuviera a punto de caérsele al suelo. Parecía un pescado vivo recién capturado en el río Volga. Lo agarró con firmeza a la tercera, balanceando peligrosamente la bolsa con el pollo y la salsa a base de cerveza que lo acompañaba. Decidió desprenderse de los guantes para

llamar a la oficina de investigación con la esperanza de que Mijail Fiodorov, su compañero, estuviera aún terminando el papeleo como ella le había ordenado, que para algo era la jefa. Al quinto tono descolgó:

—Mijail, soy yo —le acometió Valeria alcanzando el portal sin dejar a su subordinado casi ni contestar—. Quiero que me busques lo antes que puedas el caso del asesinato en la peluquería de mujeres Orlova. Fue hace un par de meses más o menos, en octubre o noviembre.

—Hola, buenas tardes, Lera —le respondió él con cierto retintín—. La verdad es que estaba a punto de marcharme para casa de mis padres. Algunos tenemos familia y vida social, además de trabajo, aunque eso te resulte impensable —dejó caer.

—Será un momento —insistió la detective—. Solo quiero que me envíes a mi *email* el archivo con la grabación de la cámara de seguridad del VTB Bank que se adjuntó al informe.

—¿No puedes aguantar hasta pasado mañana a que pasen las fiestas?

Realmente Valeria podía esperar hasta pasado mañana o ya puestos si no, hasta la mañana siguiente para comprobar ella misma lo que pretendía evidenciar, pero la impaciencia de la inspectora, unido a la sospecha de que algo chocante estaba aconteciendo alrededor del caso, no la iba a dejar dormir tranquila. Se conocía bien a sí misma.

—Por favor, Mijail —le rogó bajando una escala el tono de voz—, creo que puede ser una pista muy importante para verificar. Solo mándame el archivo y yo me encargo de revisarlo desde casa.

—Vale —accedió finalmente su ayudante—. Pero haré constar en la jefatura que te lo envío desde el servidor central, no quiero tener problemas.

—Claro, claro, no pasa nada. Ya sabes que tengo autorización administrativa para conectarme a mi puesto y mi correo electrónico desde fuera de la oficina.

—Dame cinco minutos y te lo paso.

—Gracias, Mijail, eres un encanto.

— *S novym godom, Lera!*

—Feliz año nuevo para ti también.

Valeria subió al apartamento convencida de que la mujer que había sido filmada por las cámaras de la embajada de Turkmenistán era la misma que grabó la videocámara de la sucursal bancaria, en donde se la veía salir de la peluquería tras el asesinato de Elena Vasilieva. Dejó el pollo sobre la mesa de la cocina sin sacarlo de la bolsa y conectó el ordenador para chequear los *emails*. Esperó impaciente a que el sistema se iniciara. La lentitud del dispositivo, que clamaba a voces una renovación, exasperaba a cualquiera.

No obstante, su salario mensual no daba para tantos lujos innecesarios; al fin y al cabo,

para lo que usaba la computadora era más que suficiente. Recordó mentalmente lo sucedido en la peluquería Orlova, puesto que ella misma fue la encargada de abrir la investigación:

«Según las testigos presenciales, puesto que todas eran mujeres, a eso de las once y media de la mañana de aquel día no tan lejano, una joven alta y atractiva accedió al elegante negocio de precios prohibitivos para las clases trabajadoras. Mostrando una sonrisa arrebatadora saludó a las dos mujeres que estaban en la salita de espera, ante un mostrador alto como el de un bar. Detrás de la recepción, una jovencísima aprendiz se dirigió a la nueva clienta. Tras concretar una cita para la siguiente semana y dejarle una suculenta propina, la mujer solicitó utilizar el cuarto de baño. Como bien debía conocer, el tocador se hallaba en la zona de lavado y peinado. Una vez dentro, después de limpiarse las manos bajo el grifo, tomó un delantal plastificado y se dirigió decidida hasta el rincón más privado y selecto, en donde la jefa de las peluqueras, más que lavar, masajeaba con mimo y sutileza la cabellera de Elena Vasilieva, una de sus clientas principales. Vasilieva dirigía los laboratorios de Biotecnología quizá más punteros de Rusia, aunque se encontraba en la mira de los Servicios Secretos de la Federación debido a unas filtraciones delicadas, acaso poco concluyentes pero comprometedoras, divulgadas desde WikiLeaks. En ellas se vinculaba a esta empresa con el gobierno chino, con el que al parecer tenía un acuerdo extraoficial de colaboración en desarrollos genéticos sin conocimiento ni autorización del Kremlin.

La mujer rubia se abalanzó sin dar opción hacia la silla de la empresaria y de un certero tajo con una navaja extremadamente afilada, le rebanó de lado a lado el cuello y la yugular expuesta ante la pila. Un reguero de sangre arterial primero brotó en un surtidor hacia los cielos y después fluyó más ligero por la garganta de la empresaria que, sin poder articular palabra, echó las manos a la laringe en un

acto desesperado con el que evidenció que la vida en carmesí se le escapaba a chorros por entre los dedos.

La asesina retuvo a la víctima contra la silla sujetándola del pelo hasta que dejó de moverse y, satisfecha con el resultado final, miró a la dueña del establecimiento mientras colocaba su índice en los labios indicando que debía guardar silencio o correría igual suerte. Esta, aterrada, asintió con la cabeza varias veces logrando a duras penas contener el temblor que le recorría el cuerpo de arriba abajo.

Según contaría después en el atestado Marina Orlova, la dueña del salón de belleza, dicha mujer rubia le advirtió de que no avisara a la policía hasta pasados cinco minutos o volverían a verse, algo que no figuraba en los planes inminentes de la propietaria.

Marina aseguró que la mirada de esa mujer le heló la sangre. Tenía unos ojos azules

intensos pero vacíos de sentimiento, que se le quedaron para siempre en la memoria.

Nunca había sentido tanto miedo.

Tras la advertencia, la asesina se quitó el mandil, se limpió los dedos salpicados en una toalla de algodón egipcio y abandonó el lugar despidiéndose cortésmente del resto de las empleadas, ajenas a lo ocurrido en la zona VIP, especialmente de la joven recepcionista, como ella misma recordó al prestar declaración».

El ordenador emitió un sonido avisando de la recepción de varios mensajes que se acumulaban en la bandeja de entrada. Valeria salió de sus pensamientos para centrarse en los archivos recibidos en Yandex Mail, el principal servidor de correo electrónico por antonomasia en toda Rusia y la mayor parte de los países satélites. La inspectora pinchó en *inbox* y accedió a los correos. Además de un par de avisos de movimientos, recibos del banco y un vale descuento para gastar en alguna de las más de mil tiendas de las Galerías Gum, reparó en el *email* de la comisaría de policía. Pinchó encima con el ratón y aguardó unos instantes a que se abriera. El vídeo adjunto estaba en formato mp4, comprimido. Cliqueó sobre él y se reprodujo al cabo de un buen rato en una pequeña ventana que ella se encargó de ampliar a pantalla completa.

La calidad de la grabación, en color, era razonablemente buena. El cajero apostado en la acera contraria enfocaba de lleno la puerta de la peluquería. La inspectora aceleró la reproducción ya que el tiempo

total marcaba treinta minutos y ella desconocía de memoria el momento exacto en que la asesina entraba o salía del local. A los cinco minutos una señora madura y forrada en pieles accedió en la peluquería, evidentemente se trataba de una clienta. Ocho minutos de película más tarde, una chica rubia apareció caminado por la acera, de izquierda a derecha. Valeria recordó entonces que al ver el vídeo en su momento ya descubrieron que no se le veía la cara al llegar. Entró en el establecimiento y salió de él a los cuatro minutos justos. Lo hizo con tranquilidad, como quien hace una visita de cortesía para saludar o comprar una crema de manos. Valeria buscó a cámara lenta el mejor fotograma para detener la imagen y ampliarla y entonces pudo verle la cara con meridiana claridad: era una hermosa joven de pelo claro, con rasgos casi infantiles, labios pequeños, nariz simétrica y ojos claros, pudieran ser azules.

Sin lugar a duda, la misma mujer que había visto reflejada en las cámaras de la embajada de Turkmenistán, y que tenía impresa en un folio sobre la mesa.

Copió la imagen y la almacenó en el ordenador. Cargó después un programa práctico de reconocimiento de caras de dominio público para la red social VK que encontraba rostros semejantes en esta e incluso en todo internet de manera global, aunque ahí ya con menos eficacia. Los resultados en parecidos más que razonables le devolvieron un perfil de la red rusa de hacía dos años, una tal Olga Karpova, natural de

Samara y con veintidós años a sus espaldas; además de amante de los gatos, ya que como podía verse en la foto del perfil aparecía junto a un escuálido, si bien elegante felino siamés de ojos azules, fríos como

los de ella.

«Demasiadas coincidencias», pensó la inspectora. Meditando el caso, decidió ponerse un té negro con bergamota y toques cítricos mientras calentaba el pollo para cenar. Aunque finalmente, al pasar junto a la nevera, optó por abrirse una lata de cerveza fría y planificar la mañana siguiente, en donde cotejaría las fotos de la mujer en el buscador del Ministerio del Interior con su potente programa de reconocimiento facial heredado del KGB, mucho más efectivo y completo.

ZARIADIE PARK, CALLE VARVARKA

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Las más de diez hectáreas que ocupaba el primer gran parque construido en la capital de Rusia en los últimos setenta años componían un sorprendente espacio público en pleno centro de la ciudad donde se entremezclaba urbanismo en estado puro y naturaleza desbocada. Si todo ello se encuentra a escasos metros de la plaza Roja y se añade un espectacular puente suspendido sobre el río Moscova ofreciendo unas vistas difícilmente igualables, el éxito popular está servido.

El parque Zariadie, inaugurado hacía solo cuatro meses, se erigía solemne sobre el antiguo espacio que ocupó el famoso hotel Rossiya desde su construcción en 1967, cuando de la mano de Leonid Brézhnev la Unión Soviética caminaba hacia un período de notable desaceleración socioeconómica y estancamiento.

El antiguo hotel, inspiración recurrente en películas de espías sobre la Guerra Fría, ya que era lugar frecuente de hospedaje de los miembros del Politburó y del KGB, se alzaba hasta la veintena de plantas superando incluso las torres de la Catedral de San Basilio y del Kremlin, para escándalo de ciertos ortodoxos. Ostentó el récord de ser el hotel más grande del mundo con tres mil doscientas habitaciones.

La construcción hotelera, a su vez, había utilizado en sus cimientos las bases de un antiguo proyecto para un rascacielos cancelado y que hubiese sido la octava de las llamadas Siete Hermanas de Stalin.

Todo se aprovecha en Rusia…

Vladimir Krivenko, cabeza visible del FSB, el Servicio de Seguridad Ruso, ascendía a paso relajado por la pasarela del puente por donde apenas caían unos pequeños copos de nieve sin consistencia que se deshacían frágiles antes incluso de llegar al suelo. Había ordenado a sus escoltas que esperaran más abajo para intentar disfrutar por unos momentos de cierta intimidad, con frecuencia escasa en los puestos de tanta responsabilidad como el suyo. Se detuvo en el tramo más panorámico, sobre el cauce crecido del Moscova, y respiró el aire húmedo y frío entremezclado con olor a tubo de escape proveniente de la congestionada carretera de seis carriles que discurría bajo sus pies, paralela a la corriente fluvial. Los barcos en la dársena del río ofrecían por un precio exorbitante paseos por la vía navegable a los turistas cuando el clima era más propicio. Ahora aguardaban amarrados el amainar de la climatología.

Continuó su caminar pausado descendiendo de la plataforma y entrando en la zona verde del recinto, cubierta con un suave manto blanco de nieve casi algodonosa. Se sentó, secando primero con el pañuelo un banco de diseño moderno junto a una mujer que acunaba a su bebé. Krivenko se inclinó hacia el cochecito para hacerle una carantoña al niño mientras los guardaespaldas no le quitaban ojo a una distancia prudencial. Un maniquí infantil de rasgos grotescos se escondía bajo la capota.

—¡Joder, si se parece a Chucky!, el puto muñeco diabólico del cine —exclamó—.

Podías haber elegido algo un poco más agradable —dijo aludiendo a la supuesta madre de la criatura.

—No tenía tiempo que perder buscando algo que fuera de su agrado —respondió Masha contrariada ante el comentario. Su cabello rubio se asomaba por encima de las orejas batiendo las puntas al viento, intentando escapar del interior del pañuelo tradicional ruso estampado con flores rojas y violetas que lo cubría.

—Tu último trabajo en la embajada ha sido sorprendente.

—Ya lo sé, pero no quería matar a la puta.

—¿Desde cuándo tienes remordimientos? ¿Formar una familia te está humanizando?

—Eso no es asunto suyo. Yo he cumplido. Ahora le toca cumplir a

usted —zanjó mirando al hijo ficticio medio ofendida para comprobar si realmente parecía un monstruo de película de terror.

—Nos queda algo pendiente —dejó caer el responsable de los Servicios Secretos—.

No te lo pediría si no fuese de vital importancia.

—No me joda, esta iba a ser la última misión. Me esperan en San Petersburgo, como bien sabe. Ustedes deberían entregarme los visados con las nuevas identidades, el dinero acordado y la garantía de que nos dejarán tranquilos.

—El dinero ha sido trasferido hoy mismo a la cuenta que me indicaste en Bridgetown, en las islas Barbados, compruébalo cuando quieras. La nueva documentación está asimismo preparada. De hecho —siguió Vladimir mirando el reloj convencido de que sus escoltas estarían empezando a cuestionarse la parada no establecida, pudiendo aparecer en cualquier momento—, todo está en esta consigna. —

Dejó una llave de manera disimulada sobre el banco—. Es la 256 de la estación Yaroslasvsky. Dentro encontrarás todo lo que buscas y también la nueva misión.

—¿Y por qué cree que una vez que recoja todos los documentos y el dinero voy a aceptarla?

—Porque yo nunca te he engañado, Masha. Siempre hemos hablado claro y creo que voy cumpliendo con lo prometido en todo momento. Ahora está en juego nuestro país y probablemente otras naciones más del mundo entero. Uno de los nuestros nos ha traicionado y ha comenzado desde Londres un viaje de no retorno. Debemos hacernos con algo que tiene en su poder y utilizarlo para el bien de nuestro gobierno y nuestros ideales revolucionarios.

—Nuestro gobierno me parece que ha aparcado los ideales marxistas leninistas de la Revolución rusa hace demasiado tiempo y cada vez mira más por intereses propios colonialistas hacia otras regiones, dejando muchas veces de lado el sentido común.

—Lamento que pienses así, pero tienes derecho a discrepar, mientras puedas. —La frase sonó extraña, entre amenaza y advertencia. Masha la ignoró sin darle valor—. En la taquilla encontrarás los visados de tu familia —prosiguió Krivenko—. Están validados y son plenamente operativos. Con ellos podrán transitar libremente por donde quieran siempre que lo deseen. El tuyo aún no es efectivo hasta que completes

el trabajo. El último trabajo.

María Ivanova miró a lo lejos. Sus ojos azules permanecían más fríos que nunca.

—De acuerdo —dijo finalmente tomando la llave del asiento y poniéndose en pie dando así por concluida la conversación—. Si no cumple lo pactado, lo mataré. Sabe que no me será difícil encontrarle y cuando lo haga le volaré la cabeza, como a su predecesor.

—Estoy seguro de ello.

—Y una última cosa —añadió mirando al río mientras se ponía de nuevo los guantes tras ajustarse el pañuelo a la cabeza—. Hay una agente de la Criminal que está haciendo muchas preguntas y curioseando demasiado. Si no se encarga usted de ella, tendré que hacerlo yo.

—Ya lo sé. No te preocupes por eso, está todo controlado. Hablaré con la inspectora esta misma semana y me encargaré de convencerla para que a partir de ahora trabaje con nosotros. Creo que podrá ser de gran ayuda ante lo que se nos avecina.

—Lo dudo, es una policía y no traerá nada bueno, pero allá usted. *Do svidaniya!*

Y María Nikoláyevna Ivanova se fue empujando el cochecito de niño hacia lo alto de la pasarela.

SERVICIO FEDERAL DE SEGURIDAD

PLAZA LUBYANKA

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Valeria Shevchenko se detuvo ante la entrada del edificio del FSB en Moscú. Llegaba paseando pese al intenso frío, aprovechando el trayecto para reflexionar al respecto.

Había pasado todo el día uno de enero investigando en su oficina, en la sede central del Ministerio del Interior, en lugar de disfrutar la jornada festiva de descanso que le correspondía. Realmente para la teniente inspectora Lera los días de fiesta eran como uno más en su semana anodina.

Se levantaba pronto para salir a correr por el parque próximo a su casa y después subía a ducharse y a desayunar un café tan espeso como el chocolate a la taza, contundente, en los que la cuchara se queda como sujeta. Cogía después el metro y acudía a su puesto de trabajo hasta las siete de la tarde, cuando habitualmente regresaba a su domicilio. Así seis días seguidos; después libraba dos o cuatro, dependiendo de la semana, el calendario y los contratiempos presentes, como los casos

urgentes asignados. En los días libres la rutina cambiaba algo; al menos dormía unas horas más antes de ir al gimnasio a entrenar toda la mañana. Las tardes las aprovechaba para visitar algún museo de los tantos y tan completos que existen en Moscú, para ir al cine o para quedarse tirada en el sofá viendo una serie europea de Netflix o descargada pirata por internet cuando el frío era muy intenso, algo habitual durante el largo invierno moscovita.

La teniente no tenía familia en la capital ni grandes amistades fuera del trabajo, por lo que su vida social no era excesivamente pródiga, que pudiera decirse. Además, la desavenencia sentimental que tuvo unos años atrás con su novio la hizo volverse más desconfiada a la hora de entablar nuevas relaciones. Fue una ruptura dolorosa que ella

misma decidió cuando su pareja se vio involucrada en unos asuntos turbios dentro del ejército, donde él se ganaba el sueldo.

Por otro lado, los padres de Valeria vivían desde hacía unos años en Mamaika, un subdistrito de Solchi, la ciudad de las olimpiadas de invierno junto al mar Negro. Con menos de diez mil habitantes, Mamaika era un tranquilo destino turístico nacional, especialmente familiar con precios ajustados para todas las economías. Las temperaturas moderadas, los diversos balnearios curativos (muy del estilo soviético) y las playas limpias bien cuidadas brindaban en su conjunto un espacio ideal en donde sus ascendientes disfrutaban, como otros muchos, de una merecida jubilación en un clima amable.

Valeria reparó en el enorme bloque que antaño había servido como sede del KGB, el Comité para la Seguridad del Estado, donde la agencia de inteligencia, la temible policía secreta soviética y el NKVD hicieron y deshicieron a su antojo amparados por un poder inusitado que les concedió el sistema. En los años más duros consiguieron hacer desaparecer a miles de ciudadanos rusos contrarios al régimen, desatando represiones políticas y asesinatos, crímenes militares, violaciones de los derechos de los ciudadanos, tanto soviéticos como extranjeros, y un sinfín de actos que incumplían la ley.

Pensó entonces en la conversación del día anterior con su superior, el capitán Fomin.

Tras haber descubierto la identidad de la asesina en la peluquería e identificado también a la que le había dado matarile al empresario en la embajada de Turkmenistán, corroboró con los programas de reconocimiento facial, como ella sospechaba desde un principio, que se trataba de la misma persona en ambos casos. Una vez segura, acudió corriendo al despacho del jefe para poner en su conocimiento toda la información que había recabado. Sorprendentemente, la asesina era una misteriosa agente del FSB o del GRU, no quedaba muy claro qué líneas cruzaba, pero probablemente había estado en nómina no oficial y actualmente se la daba por muerta.

Para su incomprensión, Yakov Fomin, una vez ojeó el completo dosier que ella misma le había presentado, dio por concluido el asunto y la relevó del caso con displicencia sin mediar explicación. De hecho, la obligó en ese mismo momento a tomarse dos semanas libres a cuenta de los días que le debían en la Jefatura, ya que no había disfrutado de sus vacaciones.

Y como colofón a una jornada extraordinaria, antes tan siquiera de

que tuviera tiempo de llegar a su casa, en el propio vagón del metro, la inspectora Shevchenko recibió una llamada desde un número oculto. En la misma, una voz anónima, tranquila pero segura y firme, la invitó a presentarse en la sede del Servicio Federal de Seguridad en la plaza Lubyanka al día siguiente. No debía hacer nada más que dar su nombre en el control de la entrada para los empleados y desde allí, sin ninguna pregunta adicional, la remitirían ante quien le iba a ofrecer todas las respuestas que tuviera referentes a la misteriosa asesina rusa que estaba investigando con ahínco.

Por un momento, Lera dudó si debía franquear la puerta pivotante acristalada con blindaje y seiscientos kilos de peso de la sede de la inteligencia rusa. ¿Acaso podría desaparecer también por haberse encontrado con información clasificada?

Le pareció una solemne estupidez tal pensamiento ahora, en la Rusia del siglo veintiuno para la que ella trabajaba, y avanzó resuelta hacia el acceso de los empleados.

ESTACIÓN DE YAROSLASVKY

PLAZA KOMSOMOLSKAYA

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

La estación principal de tren de Yaroslasvky, una de las nueve de las

disponibles en la ciudad de Moscú, es probablemente la más concurrida y la que más movimiento tiene. Su nombre se remonta a la ciudad de Yaroslavl que en su momento llegó a convertirse en la segunda ciudad de Rusia, e incluso ejerció de capital a principios del siglo xvii, en la época en que los polacos habían invadido el país y tomaron Moscú.

Entre sus servicios ferroviarios diarios, que rondan los trescientos trenes cada día, existe una ruta muy particular: el Transiberiano, la línea más larga del mundo (excluyendo la dedicada al transporte de mercancías entre Madrid y Yiwu en la llamada *Nueva Ruta de la Seda*), que es sin duda una de las que más *glamour* tiene para los extranjeros y que en la rutina práctica diaria conecta a los ciudadanos de la Rusia más europea con las tierras del Lejano Oriente y el océano Pacífico, además de con China, Mongolia y Corea del Norte.

Pero más allá de su historia y las anécdotas, lo que en realidad primero llama la atención a los visitantes al acercarse hasta la estación, además del ingente número de personas que entran y salen en frenético orden desde sus andenes interminables, es su construcción espectacular al estilo de un fantástico castillo de cuento de hadas, con torres y cubiertas de pizarra negra. Se reconstruyó ampliándola sobre la original, a principios del siglo pasado en un estilo ruso bizantino, y posteriormente sufrió repetidos acrecentamientos a medida que la ciudad aumentaba en extensión y población, por lo que necesitaba desarrollar nuevos servicios ferroviarios acordes a las circunstancias.

Masha entró en la elegante consigna, decorada con frescos en las paredes y lámparas clásicas colgando de su techo al estilo de las elegantes estaciones de metro de la ciudad.

La ardorosa calefacción compensaba las corrientes frías que surgían impulsivas desde los andenes, recibiendo al viajero en un abrazo cálido y reconfortante.

La agente rusa se dirigió a la zona de las taquillas en busca de la que abría su llave.

Un grupo de personas hacía fila recogiendo y dejando pertenencias, ya que acababan de arribar un par de trenes escasos momentos antes. Masha decidió esperar a que se despejara parcialmente el lugar mientras localizaba con la vista la placa con el número 256. La encontró cerca de un extremo, a media altura junto a una columna de ladrillos rojizos que servía de separación a dos estancias abiertas.

Mientras dejaba pasar el tiempo para facilitar la salida de los usuarios, se fijó en la incontable marabunta de gente que ascendía y descendía de los convoyes, así como el desmedido número de viajeros que aguardaban sentados en la zona central del interior de la estación, custodiando sus bolsas y escaso equipaje entre las piernas, mientras la mayoría se distraían mirando sus teléfonos móviles, enganchados a una eficiente red wifi gratuita, probablemente intervenida por las autoridades. Un par de policías, un hombre grueso y una mujer menuda, patrullaban por entre los pasillos con el fin de disuadir a los carteristas y ahuyentar a los borrachos.

Cuando hubo menos curiosos cerca, volvió a las casillas e introdujo la llave en la cerradura correspondiente para poder examinar con cierta cautela el contenido que su jefe había depositado en el interior. Recogió primero el paquete con la documentación que se hallaba guardada dentro de un grueso sobre amarillo acolchado. Se trataba de los nuevos pasaportes de Txema y de Fédor, con los actuales datos falsos de afiliación expedidos en San Petersburgo. Como ya le había advertido Vladimir Krivenko, el suyo faltaba, a la espera de completar esta última misión para su gobierno antes de desvincularse por completo del Servicio Federal de Seguridad ruso. Acompañando a los documentos acreditativos, compartían espacio en el sobre un fajo de rublos y otro más pequeño de libras esterlinas agrupados en dos pequeños tacos sujetos con una goma.

Se guardó la documentación y el dinero en el bolso Calvin Klein Jeans que colgaba de su hombro y a continuación extrajo de la taquilla un paquete aún más grande que el anterior, correctamente envuelto en papel de estraza y protegido con plástico de burbujas. Al examinarlo descubrió dentro una pistola Yarygin y dos cajas de munición que volvió a dejar en el armario metálico; ella usaba siempre su clásica Makarov y ahora no iba a cambiar de arma. Un cuaderno con anotaciones y varias fotografías entre sus páginas, que guardó con cuidado en su bolso *shopper* de asas regulables, y un nuevo teléfono Taiga con línea segura completaban el material restante. Cerró de nuevo con la llave y avanzó por el andén principal dando un rodeo por el interior de la enorme

terminal de ferrocarriles para mezclarse con la gente con el fin de asegurarse de que nadie la hubiera seguido.

Cuando quedó satisfecha, salió al exterior, bordeó el edificio y entró en la cafetería.

Pidió un té rojo y se acomodó en una mesita discreta al fondo del

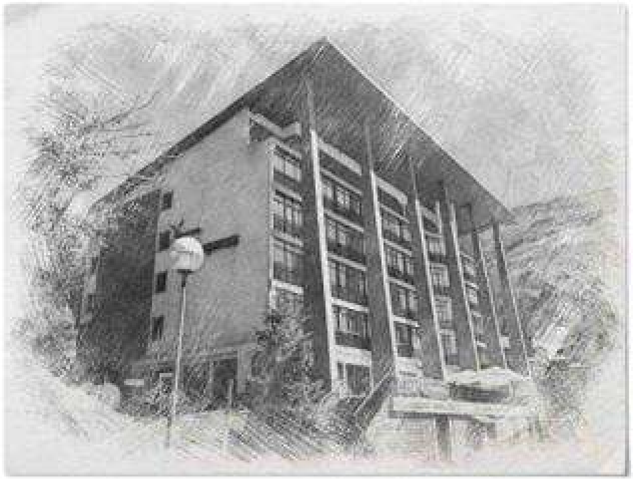
local, junto a las cristaleras, que le permitía tener una buena panorámica de la entrada y a su vez de toda la acera próxima. Entonces sacó el cuaderno de su bolso informal azul marino y comenzó a leer las reseñas escritas de puño y letra por Krivenko.

Las instrucciones eran escuetas, como casi siempre; pese a su retórica fácil y extensa en persona, el nuevo responsable operativo del Servicio de Seguridad no era muy amigo de largas parrafadas trazadas sobre el papel. No obstante, desde que él estaba al cargo parecía que las lacónicas directrices estaban más justificadas que las dadas por su predecesor, como intentando lavar responsabilidades en unos asesinatos ordenados, selectivos y no cuestionables, que se seguían urdiendo de igual manera desde los tiempos gloriosos de la URSS «por el bien de la madre patria».

La letra le pareció agradable a Masha, o al menos legible, lo cual ya era un punto a favor. Había varios nombres escritos en las hojas, todos ellos pertenecientes a informáticos reputados, como comprobó en la biografía adjunta de cada uno.

También aparecía una larga lista de posibles terroristas y colaboradores que podían estar implicados en un robo al más alto nivel de un *software* malicioso. Un primer destino se presentaba inminente a la vista.

«Siempre me ha gustado el Big Ben…», se dijo Masha, apurando la infusión y poniéndose de nuevo el grueso abrigo, los guantes y el gorro de piel antes de salir al exterior.



6

HOTEL EDELWEISS,

ESTACIÓN DE ESQUÍ DE CANDANCHÚ

PIRINEO ARAGONÉS (ESPAÑA)

Enero de 2018

La llamada de Jaime Campezo, un viejo amigo de los de la escuela de la vida, que, como él mismo, había ido aprendiendo a base de ensayo y error hasta convertirse en un profesional de primera línea, le había sorprendido sobremanera a Javier Galarreta.

Hacía largo tiempo que no se veían, ya que sus carreras habían seguido sendas diferentes. Se conocieron de jóvenes (aunque eso suene a viejo) allá por los ochenta, en la época en que Galarreta se hallaba inmerso en la investigación antiterrorista contra ETA. Antes de pasar como inspector jefe a la UFECES (la Unidad Franco Española para el Control del Espacio Schengen), el comisario desempeñaba desde la Comisaría de la Policía Nacional en Huesca labores de seguimiento y control de los terroristas que intentaban acceder a suelo español o huir hacia Francia. Desde aquel edificio de tres plantas situado en la calle dedicada al director de cine Luis Buñuel, Javier acudía con frecuencia al monte, como bien tira la cabra, acompañando a los Grupos de Rescate e

Intervención en Montaña de la Guardia Civil, para cerciorarse de que los alpinistas que eran atendidos no pertenecían a ningún comando legal, es decir, aquellas células terroristas integradas por personas no fichadas por la policía y que traían de cabeza a las Fuerza y Cuerpos de Seguridad del Estado.

En varias de esas ocasiones, Jaime y Javier coincidieron en la montaña, puesto que Campezo se incorporó a la comandancia de Jaca e inició misiones de apoyo junto a los Grupos de Rescate de la Benemérita en sus misiones operativas. A raíz de aquella colaboración imprescindible entre ambos cuerpos policiales, surgió entre ellos una relación de amistad que duró los años que compartieron nieve y barro en las travesías montañosas; investigaciones en los despachos llenos de

humo de cigarrillos y vasos vacíos de café; charlas hasta bien entrada la noche en garitos con cerveza caliente en los vasos de tubo, y rabia, desesperación y odio en los cementerios cuando enterraban a los compañeros de profesión.

Años más tarde, cuando Galarreta se incorporó a la UFACES, inevitablemente la relación menguó, aunque, sobre todo, tras el alto al fuego de ETA y el posterior abandono de la lucha armada, unido al conveniente traslado de Jaime Campezo al ser ascendido a investigador jefe para ser reubicado en la Comandancia de la Guardia Civil de Burgos, motivaron el distanciamiento definitivo entre ambos.

Ahora, tanto tiempo después, la solicitud de ayuda ante un caso complicado en Las Merindades burgalesas le resultaba extraña y a la vez le parecía interesante. Una indiscreta confusión que le agitaba vagos recuerdos y prendía su curiosidad siempre activa.

Javier Galarreta estaba prejubilado desde hacía ocho meses. El asunto «Kazajistán», como así lo llamaban desde las altas esferas del CNI, lo dejó, además de malherido, fuera de la circulación. Pese a las primeras reticencias del inspector nada más recuperarse de sus lesiones, la orden ejecutiva llegó desde el Ministerio del Interior, y el Cuerpo Superior de Policía la aplicó ipso facto. Primero le condecoraron con la medalla de oro de la Orden del Mérito Policial, con todos los honores. Poco después, en un rimbombante acto de imposición de condecoraciones con motivo del III Aniversario de la Proclamación de su majestad el Rey Felipe VI, tuvo que acudir al Palacio Real de Madrid, en donde ante la presencia de SSMM los Reyes de España, de la Princesa de Asturias y de la infanta doña Sofía, le otorgaron la distinción de la Orden del Mérito Civil.

Una vez recibidos los ilustres galardones, regresó a Jaca con ellos en un bolsillo, con el plan de pensiones de los funcionarios bajo el brazo y, lo mejor, con una cuantiosa

gratificación por los servicios prestados al país a cargo de los Fondos Reservados que le solucionaba económicamente la existencia bastante mejor que las medallas.

Tras la propuesta de Elvira Muñoz de hacer un proyecto de vida en común, Galarreta se mudó del apartamento que tenía en Jaca al Hotel Edelweiss, en concreto a su última planta, en donde Elvira disfrutaba de un gigantesco *loft* de doscientos cincuenta metros cuadrados en la que ambos podían consolidar la relación. Javier quiso inyectar una cantidad de dinero importante, ahora que disponía de sobra, para el

siempre costoso mantenimiento del hotel, a lo que accedió Elvira siempre y cuando el expolicía pasara a convertirse también en su socio legal.

Y en eso estaban ahora. Javier Galarreta contaba con el cuarenta por ciento de las acciones del Hotel y era el responsable de la seguridad. Decidió contratar a dos guardias jurado de dilatada experiencia y a una *mossa d'squadra* que había conocido en Barcelona tras su periplo por la Ciudad Condal, la cual no dudó en dejar su empleo público ante la jugosa oferta hotelera. Ahora el hotel Edelweiss, además de contar con una atención exquisita y una cocina fantástica, también adquirió la fama de ser el más seguro de toda la estación de esquí aragonesa.

Javier estaba sentado en su lugar favorito del piso, la zona de juegos, donde un cuidado billar americano presidía el rincón con su tapete verde. A un lado, un armarito con puertas de cristal acogía los palos y, al otro, un mueble bar con barra alta y dos taburetes completaba el conjunto. Unos cuadros ingleses con serigrafías de jugadores de billar de principios de siglo completaban la decoración de la pared alternando con unos apliques dorados. El suelo en esa parte de la vivienda calzaba moqueta roja, muy al estilo británico. Un ventilador de techo daba en verano el aire necesario para no abusar del climatizador.

—¿Ya sabe ese amigo tuyo que lo has dejado? —le preguntó Elvira mientras le servía una cerveza.

—Sí, ya se lo he dicho. Por cierto, no se ha sorprendido demasiado; supongo que se enteraría en su momento por los canales oficiales.

—Es un tanto extraño, ¿no crees? —comentó ella mientras apoyaba las manos en la mesa de juego y de un saltito se sentaba sobre uno de los laterales. Se había servido un licor dulce italiano enfriado con varios hielos.

—Bueno, no tanto —contestó Galarreta pensando la pregunta—. Al final he estado muchos años dedicado a la vigilancia antiterrorista así que, si tiene dudas en un caso siendo como somos amigos, no es tan raro que me llame.

—Que te llame sí, pero pedirte que vayas hasta allí…

—Hay casos que es mejor no hablarlos por teléfono, te lo digo por propia experiencia.

Las respuestas parecieron servirle a Elvira que apuró la copa y cambió

de tema.

—Me voy abajo —dijo con resignación dejando el vaso vacío sobre la barra del mueble bar—. Tenemos el hotel lleno y no hay que descuidar a los huéspedes. Voy a darme unos bailes en la discoteca y a tomar algo en la cafetería. ¿Supongo que no vendrás conmigo? —le propuso guiñando un ojo.

—No, espero que no te importe. Ya sabes que no soy muy de relaciones sociales y quiero acostarme pronto. Pediré que me suban algo ligero de cena y me iré a la cama a leer un rato. A ver si hoy duermo bien; llevo unos días que el tobillo me está matando.

Mañana quiero salir temprano para aprovechar el día.

—Es un viaje largo, llévate mi coche.

—No, no, prefiero ir en el mío. Tampoco es tan exagerado el trayecto hasta Burgos, en tres horas y media, cuatro como mucho, estoy allí. —A Galarreta el Cayenne de Elvira le parecía muy ostentoso. Aunque se viajaba de maravilla con el todoterreno de la Porsche, él se sentía más a gusto en su viejo Discovery—. Solo estaré un par de días fuera —concluyó convencido.

—Como quieras, sin problema. —Elvira se calzó los zapatos de tacón y le dio un beso dulce a su pareja; los labios ya de por sí golosos de ella se antojaron aun más almibarados con el sabor a Amaretto.

◆◆◆

Javier Galarreta había iniciado a eso de las siete de la mañana el viaje hacia Villarcayo, la capital de Las Merindades, la comarca de las montañas en la parte norte

de la provincia de Burgos. Se había levantado una hora antes para ducharse, afeitarse y bajar a tomar un desayuno continental a medida (ventajas de tener un hotel propio).

Tras pasar Jaca y continuar hasta Pamplona optó por desviarse vía Estella hacia Logroño, ya que el último parte meteorológico desaconsejaba la A1 por Vitoria debido al aumento de precipitaciones y a la cantidad de nieve acumulada en el camino, hecho que estaba creando serias dificultades para el tránsito rodado.

A las tres horas y media había llegado hasta Miranda de Ebro sin toparse con un copo de nieve en todo el trayecto y se detuvo a tomar

un café en un área de servicio de Repsol. Aprovechó el alto en el camino para llenar el depósito del Land Rover.

Cuando se disponía a seguir ruta se fijó en la pantalla del móvil y descubrió que el WhatsApp, que siempre llevaba sin sonido para las notificaciones, le indicaba la recepción de un par de mensajes. Uno era de Elvira interesándose por el estado en el que había encontrado las carreteras después de la nevada. El otro aviso era de Jaime Campezo, que le preguntaba por dónde andaba y aprovechaba para saludarlo y recordarle que lo esperaba en la Comandancia de la Guardia Civil de Villarcayo.

Contestó a ambos, aunque de diferente forma, para retomar el volante. No le sorprendió la preocupación de Elvira, pero sí la aparente ansiedad de su amigo.

Unos kilómetros más adelante, la silueta de la central nuclear de Santa María de Garoña se vislumbraba a la izquierda de la carretera una vez había rebasado las curvas del impresionante pantano de Sobrón. Garoña, sin actividad desde el año 2012, consistía en una central tipo BWR con un reactor como los de la malograda Fukushima. Las obras de desmantelamiento estaban previstas que se iniciaran este mismo año, pero su complejidad y los problemas con el Almacén Temporal Centralizado para acoger residuos radioactivos presagiaban un proceso largo y costoso.

Galarreta hizo un gesto de desagrado, o más bien de desconfianza. Toda vez que había estado cerca, demasiado cerca, de un artefacto nuclear el pasado año, la idea de transitar tan siquiera por una carretera cercana a un reactor atómico como el situado en el valle de Tobalina, no le inspiraba ninguna seguridad.

A las once y cuarto entró en la capital de Las Merindades y el GPS lo llevó directo hasta el cuartel de la Benemérita en la calle Doctor Albiñana. Estacionó dentro, en el aparcamiento interior reservado, junto a un Nissan Terrano del cuerpo policial bastante viejo, tras identificarse ante el agente que hacía vigilancia en la garita para que le abriera la puerta corredera. Nada más descender del coche se encontró que su antiguo compañero de aventuras le salía al encuentro.

—Javier, me alegro de verte —le dijo sincero ofreciendo la mano.

—Lo mismo digo, Jaime, hacía tiempo —contestó Galarreta con un atisbo de añoranza, estrechándola a la vez con fuerza.

—Te he visto llegar desde la ventana. Pasa, pasa, supongo que te

apetecerá tomar un café, ¿no?

—Nunca digo que no a un café. Por cierto, no sé si he dejado bien aquí el coche…

—No te preocupes, si eso, luego lo llevamos al fondo, al aparcamiento de la casa cuartel donde dejamos los particulares.

Los dos veteranos amigos entraron en el edificio del puesto en el cual quedaban emplazadas las oficinas. Un agente le saludó respetuoso levantándose al verlo aparecer en la sala acompañado del teniente Campezo; la otra agente, una mujer joven, le sonrió desde su asiento a modo de cortesía mientras sujetaba el teléfono. Fue esta ultima la que al terminar la llamada se dispuso a preparar las infusiones en una cafetera Melitta casi tan vieja como el todoterreno de la entrada y el cuartel en sí.

—Marta los hace siempre porque tiene una mano extraordinaria; parece una tontería, pero a mí me salen espantosos, todos aguachados —aclaró Jaime Campezo, a modo de disculpa, para evitar que le tildaran de machista por el hecho de encargar a la chica preparar los cafés.

—Constantemente le digo lo mismo, mi teniente —dijo la número policial con simpatía pero en tono vocal estridente que no le casaba del todo bien—, lo relacionado con el comer y el beber hay que hacerlo con mimo…

Javier sonrió un tanto descolocado en la conversación; estaba cansado y no le apetecía entrar al saque en semejantes veleidades. Con las tazas en la mano, ya dentro de un austero despacho presidido por un enorme retrato del rey y una bandera española retorcida sobre un mástil metálico oxidado en el pie, ambos conocidos entablaron una conversación banal sobre el camino y la carrera profesional que habían tomado cada uno de ellos. Después de diez minutos poniéndose al día, Galarreta dejó la taza sobre la mesa y miró fijo a su anfitrión, que no hacía más que otear su reloj de muñeca de reojo con persistente interés.

—Y bien, Jaime, ¿a qué he venido y a qué esperas para contármelo?

—Sí, tienes razón —dijo este levantándose—. He de darte algunas explicaciones al respecto. Vamos para el lugar en cuestión y te voy situando al corriente del suceso.

Vivimos en una zona tranquila y este hecho nos ha dejado un poco

desconcertados a todos. He quedado en llevarte al mediodía para que veas lo ocurrido, los expertos están allí recopilando pruebas mientras tanto. Como te dije por teléfono se trata de un caso extraño…

SANTA MARÍA DEL RÍO SECO

LAS MERINDADES, BURGOS

COMUNIDAD DE CASTILLA Y LEÓN (ESPAÑA)

Enero de 2018

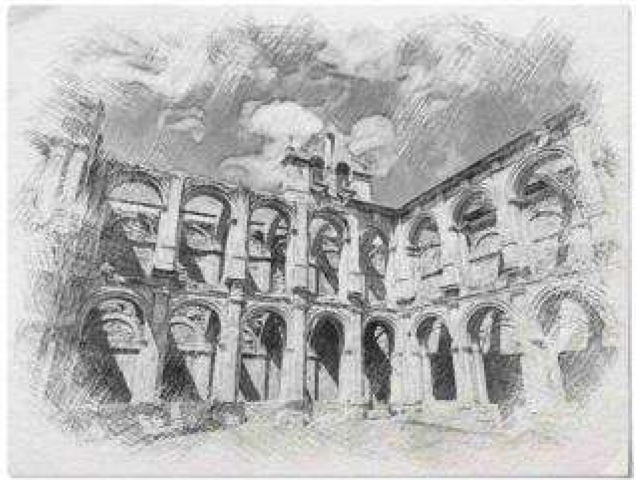
El Nissan Terrano recorrió en menos de un cuarto de hora los escasos diez kilómetros que separaban el puesto de la Guardia Civil del monasterio en ruinas de Santa María del Río Seco. La carretera serpenteante, apenas sin tráfico, marchaba paralela al río Ebro en el valle del Manzanedo bordeada por vegetación cerrada. El olor agradable de los quejigares, donde las encinas y alcornoques se revolcaban con arbustos enmarañados en una orgía natural, se dejaba sentir en el aire; más aun cuando la ventanilla estaba atascada a media altura sin posibilidad de desplazarse.

—Joder, qué mal tenéis la flota, ¿no? —pensó en alto Galarreta intentando en vano mover el cristal pulsando una y otra vez los botones del salpicadero central.

—Ya te digo —sonrió Campezo—. Este año no han pasado la ITV casi setenta vehículos en toda la provincia de Burgos. Esperemos que nos lleguen los prometidos coches nuevos porque así es difícil atrapar al malo.

Javier asintió. No era la primera vez que oía quejarse a la Guardia Civil sobre su parque móvil. En general, era algo que todos los cuerpos policiales, incluidos los autonómicos, reivindicaban cada año.

Al llegar a un cartel que indicaba el acceso peatonal al monasterio, se encontraron con otro coche patrulla estacionado en el arcén y sus dos operarios fuera fumando. El



teniente los saludó con la mano y se internó por un sendero pedregoso que ascendía unos cientos de metros por el monte. Campezo le había contado por el camino que dos días antes recibieron una llamada de unos excursionistas que se encontraron en las ruinas del edificio a un hombre ahorcado de uno de los arcos del claustro. En principio todo hacía pensar en el suicidio, como los forenses dictaminaron tras su primer análisis, puesto que el hombre había muerto debido a la rotura del cuello provocada por una brutal lesión traumática del arco neural del axis, llamada comúnmente «fractura del ahorcado».

Cuando llegaron a la parte alta, las ruinas de la majestuosa edificación del siglo xiii aparecieron ante ellos. Estacionaron junto a otro coche de la Guardia Civil. Al lado contrario se hallaban una furgoneta negra Mercedes Sprinter sin distintivos y un jeep Gran Cherokee impecable con los cristales ahumados. Javier observó los vehículos con cierto recelo. Los agentes apostados en la puerta saludaron al mando y a su acompañante mientras rebasaban el umbral.

Al atravesar la puerta de acceso, Galarreta sintió trasladarse en el tiempo y en el espacio. El conjunto creado por la orden del Císter se alzaba solemne, pese a su estado ruinoso, en un cántico de plegaria, en un miserere que erizaba el bello. La iglesia, cubierta con su bóveda original de ocho nervios, albergaba tumbas disimuladas y, donde en alguna época hubo un altar, las piedras parecían querer decir algo. El veterano policía se sobrecogió explorando el lugar mientras seguía a su compañero, que avanzaba hacia la luminosidad del exterior que se filtraba por una clasicista puerta de acceso. Dejando a un lado la sala

capitular, tal vez la parte más importante de un monasterio pues allí es donde se reunían cada día con frecuencia los monjes, ambos accedieron al claustro. La impresionante arquería, carente de techo, generaba una

imagen casi fantasmagórica del recinto. Las piedras amarillentas establecían un doble arco en altura por el que un fugaz rayo de sol se asomó pletórico durante unos breves instantes ante todos ellos advirtiéndoles con su rúbrica, en una especie de efímero recordatorio, que andaban pisando suelo sagrado.

Javier Galarreta volvió a sentir un escalofrío, esta vez, además de por el sitio en sí, porque el aire frío burgalés que silbaba entre las arquerías se le colaba por el cogote.

—Ahí lo encontramos. —Señaló con el dedo el teniente Campezo—. En ese arco estaba el cuerpo de la víctima balanceándose, en el de arriba. —El tercero nada más acceder al claustro desde la iglesia.

—¿Y cómo pudo subirse hasta allí arriba? —cuestionó Galarreta asombrado.

—Ven, te diré cómo.

Jaime condujo al comisario por una abertura entre las sillerías caídas y le invitó a ascender por una escalera de caracol reconstruida que llevaba hasta lo alto de lo que quedaba del campanario. Era una zona habilitada para impresionar a las visitas ofreciendo una vista excepcional del conjunto.

—Trepó hasta aquí sin ningún problema —dijo parándose en un ventanal que daba frontalmente contra los arcos superiores—. Después ató la soga a la cimbra y a su cuello para más tarde dejarse caer y quitarse la vida.

—¿Sabéis la identidad del fallecido?

—Sí. Es Nikita Tishchenko —le anunció Campezo leyendo el apellido de un papel sacado del bolsillo, pues era incapaz de recordarlo de memoria—. Era un informático ruso de casi sesenta años que trabajaba en el campo de la seguridad dentro de una importante empresa de *software*.

—¿Ruso? —repitió Galarreta saltando como un resorte, perplejo y receloso a la vez—

. ¿Y qué coño puedo saber yo que te sirva de ayuda? No conozco a nadie con ese nombre y, aunque lo conociera, que no es el caso, no tengo ningún interés en relacionarme con los malditos rusos. Paso.

—Pues al parecer él no pasaba. —El teniente sacó del otro bolsillo de su abrigo un sobre doblado por la mitad que le entregó al inspector retirado.

Al desdoblarlo leyó su nombre escrito en el mismo. No había nada en el interior.

—¡No me jodas! —se sulfuró—. ¿Qué es esto?, ¿una broma de mal gusto?

—Bajemos hasta la iglesia de nuevo. Hay alguien que quiere verte y explicarte lo que ponía en la nota —le tranquilizó su amigo.

Ambos descendieron por la escalera de caracol y a partir del claustro retornaron de nuevo hacia la construcción de la entrada. Jaime Campezo quedó un poco atrás del comisario indicándole con un movimiento de cabeza a la persona que recorría, con medida parsimonia en un lento compás, la zona sacra que albergara hace una eternidad el retablo principal.

—¿Qué clase de juego es este? —atacó Javier cansado de tanto teatro.

—Al final volvemos a encontrarnos. Y esta vez no he sido yo quien te ha citado. —La voz inconfundible de Mario Valero del CNI, el Centro Nacional de Inteligencia de España, resonó con eco en aquel lugar. Se giró extendiendo la mano.

Galarreta le hizo un desplante rechazando el saludo; estaba furioso y molesto.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué haces tú aquí? Y, sobre todo, ¿qué demonios hago yo en este lugar perdido de la mano de Dios? Nunca mejor dicho.

—Ven, te lo explicaré de camino.

—No pienso irme contigo a ningún sitio —aseveró enojado—. Las otras dos veces ambos sabemos cómo acabó todo.

—Bueno, entonces tendré que explicarte aquí lo que ponía en la carta que iba dirigida a tu nombre. Supongo que tendrás cierta curiosidad, ¿no?

—Mira, Mario, no conozco a ningún Nikita ruso de los cojones, ni quiero conocerlo, ni me importa una mierda lo que haya querido escribirme ese lunático.

—No vas a opinar lo mismo cuando leas esto —dijo el del CNI alargándole la nota manuscrita en inglés.

7

SERVICIO FEDERAL DE SEGURIDAD

PLAZA LUBYANKA

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Valeria Shevchenko aguardaba con cierto nerviosismo en una butaca confortable, tapizada en un distinguido terciopelo de color grana, frente a una enorme mesa de madera brillante donde reposaba un nutrido grupo de carpetas apiladas en un extremo.

Al lado opuesto del tablero, frente a otra silla aterciopelada vacía que hacía juego con la silla en la que estaba sentada la inspectora, el terreno pertenecía a los dos clásicos teléfonos fijos de color crema (uno de ellos con luces rojas continuas que se encendían y apagaban). Un marco de fotos, un bote forrado de piel oscura para dejar los bolígrafos y una pequeña banderita de la Federación Rusa con el logo del FSB impreso en el centro completaban el espacio.

Detrás de la mesa, un retrato de Vladimir Putin ocupaba un lugar aventajado en la pared. A la zaga de donde había sido invitada a sentarse la inspectora por una antipática secretaria de edad indefinida, había una mesa ovalada para reuniones puntuales. Contigua a esta se extendía una biblioteca a medio llenar y un mueble bar, este sí bastante lleno.

Al poco de estar allí esperando, se abrió de nuevo la puerta y asomó un hombre más joven de lo que ella se esperaba. Este se acercó a su posición y la saludó cortésmente ofreciendo la mano junto a una sonrisa arrebatadora. Lera hizo amago de levantarse, pero el hombre no se lo permitió.

—No, por favor, continúe sentada. Soy Vladimir Krivenko —se presentó de manera directa. A continuación ocupó su espacio tras la mesa de trabajo.

La inspectora de la Policía Criminal se sobresaltó por dentro sin demostrarlo; estaba ante una leyenda del FSB: el joven analista que resolvió uno de los mayores complots internos dentro de los servicios secretos que salpicaba a su vez al GRU, la inteligencia militar rusa. Su ascenso fue meteórico, al igual que su boda con una referente en la

organización del contraespionaje y los agentes de campo, la coronela Tatyana *Viuda-*

Negra Shimenova. Se rumoreaba también que Krivenko, hacía menos de un año, había solucionado lo que podía haberse convertido en una catástrofe nuclear en toda regla relacionada con la desaparición de material atómico abandonado en las antiguas reservas militares de Kazajistán tiempo atrás. Se había convertido en poco tiempo en una pieza indispensable dentro de los servicios de inteligencia y cada vez alcanzaba unas cotas mayores de influencia y de poder.

—No sé muy bien por qué estoy aquí —dijo finalmente ella mientras el responsable del FSB abría con exacerbarte lentitud una carpeta sacada, no del montón de la mesa, sino de uno de los cajones de su escritorio, de lugares más ocultos.

—Porque quiere respuestas… —dejó caer Krivenko sin levantar la vista del expediente.

—¿Y usted me las va a dar?

Vladimir Krivenko se echó hacia atrás en su asiento de piel negra que parecía bastante cómodo. Entrecruzó los dedos de las manos y apoyó los pulgares en el hueco del mentón, bajo la boca, en una postura buscada que llamaba a la reflexión. Clavó sus pequeños ojos verdes sobre los de la mujer.

—Inspectora Valeria Borisnova Shevchenko —comenzó a decir en un todo pausado pero categórico—. Tercera en su promoción al ingresar en la policía moscovita y primera tras cursar los estudios y examinarse para ascender a inspectora de la Criminal.

Tiene un historial brillante, corto pero excepcional. Ha resuelto prácticamente todos los casos asignados y entre ellos destacan el desmantelamiento de la red que implicaba a cuarenta farmacias que vendían sustancias controladas de manera ilegal en nuestra capital. ¡Gran trabajo! —exclamó—. Las drogas son la cuna de la financiación del crimen organizado y del terrorismo, y usted junto a su compañero se adelantaron en las investigaciones a la propia Unidad Especial en la Dirección del Control de Drogas, cuyo jefe, por cierto, no se lo tomó demasiado bien.

—El responsable del GROM era un imbécil y un incompetente —le cortó ella saltando como un muelle—. Perdón, quiero decir…

—Ya sé lo que quiere decir. Novarovich no era precisamente trigo

limpio, estaba salpicado por las mafias e hizo usted bien en saltárselo en la cadena de mando. También he leído en su expediente —siguió Krivenko sin dar mayor importancia al hecho de que el jefe de la Unidad Antidroga fuera destituido y enviado a una prisión de alta seguridad no se sabía muy bien dónde—, cómo lograron desarticular a un violento

comando de asaltantes de taxistas en el que casi, literalmente, se les fue la vida, especialmente a su compañero.

—Sí, señor. Andrey Belov perdió un brazo y se retiró del servicio activo desde entonces.

Vladimir Krivenko se levantó de su asiento y se acercó a la ventana. Sus movimientos eran medidamente teatrales y lograban crear una coreografía con la forma de entonar las palabras, en una modulación particular, calmada y a su vez incuestionable.

—¿Qué le parecería si le ofrezco trabajar en el Servicio Federal de Seguridad? —le soltó de pronto, de espaldas, mientras observaba los peatones que paseaban por la plaza Lubyanka—. Necesitamos personas como usted —continuó rápido girando sobre los talones y mirando de nuevo a la inspectora a sus ojos bien abiertos, que acababan de encenderse fulgurantes, como una baliza de emergencia, ante tal propuesta—. Hombres y mujeres centrados en la investigación, competentes y leales a los intereses de nuestro gobierno.

—Pero yo… —balbuceó—, no sé nada de espionaje ni de inteligencia, soy solo una policía.

—Es más que eso; es una *buena* policía —aseveró remarcando el adjetivo—, y créame si le digo que aquí lograría ascender en su futuro profesional con nuevos retos inimaginables. Su pericia investigando nos vendría muy bien a la hora de buscar y descubrir agentes de otros países que viven entre nosotros recabando información delicada que después pasan o venden sin ningún escrúpulo a sus gobiernos occidentales con el fin de menoscabar la integridad de la Federación Rusa.

—Capturando espías, vaya…

—Entre otros trabajos. Hay mucha labor por delante. Piénselo, tendría las manos libres para hacer y deshacer.

—Yo no quiero estar por encima de la ley.

—Usted es la ley, no lo olvide nunca, mi querida Borisnova. Medite este asunto con la almohada durante las dos semanas que tiene de descanso.

Se hizo un silencio largo, aunque no se tradujo como incómodo en exceso. Krivenko retornó a su mesa para sentarse en el pico y quedar enfrentado por encima de la

inspectora, que parecía rumiar lo escuchado intentando buscar la trampa o el cartón.

Estaba claro que sus vacaciones forzosas habían sido sugeridas en del edificio en el que se encontraba, probablemente desde ese mismo despacho refinado.

—Me lo pensaré —respondió finalmente poniéndose en pie y quedando a la misma altura que su interlocutor—. Usted me ha dicho que me daría respuestas, dígame entonces, ¿quién es María Nikoláyevna Ivanova?

Krivenko la miró y enarboló una escueta sonrisa; sin duda estaba esperando esa pregunta desde el principio y no le pillaba en absoluto por sorpresa.

—Es alguien de quien usted no debe preocuparse.

—Me preocupo si creo que ha cometido al menos dos crímenes de manera impune, si no han sido más.

—Insisto, no se inquiete por ese asunto, yo me he encargado personalmente de ella y no existe motivo alguno para seguir investigando el caso. ¿Qué le parecería —dijo a continuación, cambiando el tono y el tema, dejando zanjada la discusión sobre Masha sin decirle al final nada relevante a la inspectora— aprovechar estos días de que dispone para conocer un poco mejor nuestro trabajo y ayudarnos en una misión de protección? Preciso de alguien que se mueva bien por Moscú para coordinar un piso franco junto a dos agentes míos.

Lera se quedó sorprendida por la propuesta lanzada a bocajarro y entornó una ceja casi de manera espontánea.

—¿A quién hay que proteger?

—A un colega suyo. Una especie de homónimo de usted que ha pertenecido a la policía española durante muchos años y que ha

colaborado con nosotros prestando la ayuda necesaria para completar varias misiones, aunque él no lo supiera.

—¿Un inspector español? ¿Aquí en Moscú?

—Eso es, un comisario de reputado prestigio en su país gracias al cual, como es justo reconocer, mi carrera cambió de curso. Su vida ahora corre peligro y mis hombres ejecutarán una extracción para hacerse cargo de él en breve. Después lo trasladaremos aquí, a uno de nuestros pisos. En un par de días vuelo hacia Bielorrusia para una reunión con su ministro del Interior con el que debo tratar varios asuntos ante la inseguridad de la cercana línea fronteriza con Ucrania. El policía español regresará

conmigo en mi avión particular y quiero que usted nos aguarde en el aeropuerto para hacerse cargo del trabajo.

Krivenko sacó una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta que ya traía preparada y en la que había un nombre escrito por la parte posterior junto a cinco cifras. Se la alargó a la inspectora mientras le explicaba las instrucciones: —Llame al número principal y diga que le pasen con la extensión que aparece ahí. Cuando respondan pregunte por ese hombre, dígale que va de mi parte.

—Entendido —dijo Lera cuando agarró la tarjeta, aunque notó para su asombro que Vladimir Krivenko no la soltaba de la pinza de sus dedos.

—Valeria Borisnova Shevchenko —volvió a repetir muy serio el alto cargo del FSB

escrutando su mirada—, esto no es un juego ni un «me lo pensaré luego». Si se lleva la tarjeta, se compromete directamente conmigo y con este departamento para desempeñar el servicio encomendado. Tiempo tendrá después de decidir si sigue con nosotros o no, pero estos quince días estará bajo mis órdenes y hará lo que yo le diga, siempre que no entre en una excesiva contradicción con su código ético de policía, por supuesto.

La inspectora sostuvo la mirada de su interlocutor sin pestañear. Echó la mano hacia atrás soltando la presa para decepción del propio Krivenko y, súbitamente, con un nuevo tirón sorpresivo arrebató la tarjetita de la mano de su nuevo jefe. Este sonrió entonces complacido.

Buena era ella para rechazar nuevos retos…

SANTA MARÍA DEL RÍO SECO

LAS MERINDADES, BURGOS

COMUNIDAD DE CASTILLA Y LEÓN

(ESPAÑA)

Enero de 2018

Javier Galarreta y Mario Valero estaban en la sala que hacía de recepción para las visitas guiadas al monasterio. En ella había un mostrador tras el que las postales, los libros de arte y objetos decorativos acompañaban a las mermeladas caseras, tabletas de chocolate, cervezas artesanales y botellas de orujo de hierbas. Una bacanal de cultura y gastronomía tan propia de los países mediterráneos. El responsable del CNI examinaba con curiosidad el estante repleto de dulces típicos.

Javier ocupaba un asiento donde leía con curiosidad la nota, junto a una enorme maqueta que reflejaba cómo lucía el monasterio de Santa María del Río Seco en su época de máximo esplendor (casi todo el

medio siglo anterior a la Guerra de la Independencia). Realmente debió de ser espectacular en aquellos tiempos de gloria a juzgar por el diorama moldeado en madera y cartón.

—¡Joder, este tío está zumbado! —exclamó desde su banco de piedra—. No tiene sentido nada de lo que ha dejado escrito.

—¿Así que no sabes de qué va?

—Pues no. Y, además, como ya te he dicho antes, no había oído hablar de este tipo nunca.

Valero no pudo más y cogió una tableta de chocolate negro del expositor. Dejó un billete de cinco euros metido en la vitrina.

—Piénsalo bien —le dijo mientras sacaba un par de onzas del interior del envoltorio—. ¿No coincidiste con él en Kazajistán? ¿O tal vez en algún otro punto del viaje que realizaste?

—No. Estoy completamente seguro. ¿Quién es?

—Se trata de Nikita Tishchenko. Este *lunático*, como tú has sugerido hace un momento —siguió Valero ofreciendo una onza al inspector—, es uno de los principales responsables del Centro de Detección de Amenazas de la compañía rusa de *software* Kaspersky. ¿Supongo que habrás oído hablar de ella?

Galarreta asintió con la cabeza mientras comía chocolate.

—Me suena. Hacen antivirus para Windows.

—Entre otras muchas cosas. Bien, pues normalmente este ingeniero de sistemas trabajaba en la sede de Suiza, pero lo extraño es que adelantó sus vacaciones y sacó un billete para las islas Madeira en donde había reservado un hotel resort en primera línea de playa.

—Y no llegó allí, está claro.

—Exacto. Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Lisboa, en lugar de cambiar al vuelo local programado de TAP con destino al archipiélago portugués decidió, según hemos averiguado, tomar un tren con destino a Madrid y desde la estación de Chamartín otro hacia Burgos. No sabemos si durmió en la capital, pensamos que sí, pero los hoteles no tienen registro de su presencia. Tal vez se hospedó en un hostal barato o en una pensión, por lo que los datos de registro puede que nos lleguen tarde o, incluso si pagó en efectivo sin factura, ni tan

siquiera se vuelquen en el sistema de reservas hoteleras nacionales para ahorrarse el IVA.

—¿Y de Suiza se vino hasta aquí, a un lugar remoto desconocido de Castilla León para quitarse la vida?

—Tenemos un breve lapso sin llenar de uno o dos días, pero no creo que sea determinante. La cuestión es que alquiló un coche en una agencia Avis de Burgos y tras acercarse hasta donde estamos nosotros se colgó de un arco del claustro. —Mario dio

un par de pasos hasta su interlocutor y lo miró a la cara con extrañeza —: Esperaba que tú me solucionaras la ecuación.

La carta manuscrita que aún sostenía Javier Galarreta en las manos tenía solo media docena de renglones escritos. Comenzaba saludando al inspector, tratándolo de

« *Estimado amigo*», para continuar diciendo que « *dejaba en sus manos, ya que lo consideraba un hombre justo, el acceso a unos datos delicados que no debían caer nunca en manos equivocadas*». Después añadía una frase de intenciones: « *Hay veces que debemos comportarnos como héroes para ser simplemente seres humanos dignos*», y se despedía finalmente de manera escueta con un « *Buena suerte*».

—Me temo que no puedo ayudarte —aclaró Javier devolviendo la misiva misteriosa a Valero—. Y para que te conste de una maldita vez por activa y por pasiva —continuó levantándose del asiento—, no tengo ningún interés en implicarme con el puñetero mundo ruso. Ya me has embarcado dos veces en complots internacionales surgidos en la Europa del Este y no pienso caer en un tercero. Así que, si esto es todo, me vuelvo a mi casa.

—Pero no puedes negarte, Javier, vives en un mundo libre, tienes que colaborar con nosotros.

—Déjate de retóricas, no estás a la altura de ellas. ¿Puedo irme?

—Sí. Por el momento es todo. Lo único, hasta que descubramos de qué va este asunto quiero tenerte protegido.

—Paso…

—Me da igual, Javier —insistió sensato Mario Valero—. Ahora retornarás con el teniente Campezo hasta Villarcayo; tiene órdenes concretas de llevarte hasta el circuito de *karting* que hay a las afueras,

en donde aterrizará un helicóptero dentro de una media hora. —Miró el reloj para corroborarlo—. La aeronave te transportará hasta la base militar de Jaca en donde te espera un equipo de escoltas. Serán quienes te suban al hotel de tu chica y se queden allí de manera permanente hasta que solucionemos el caso.

—¡No me fastidies! Además, tengo el coche aparcado en el cuartelillo.

—Te lo haremos llegar en unos días, eso no es un problema, dudo mucho que te pongan una multa —ironizó el del CNI—. Ahora bien, ni Elvira ni tú debéis abandonar vuestra residencia hasta que os avisemos, ¿te ha quedado claro?

Galarreta mantuvo la mirada del madrileño. Echó mano al paquete de chocolate negro que sostenía entre las manos y le robó cuatro raciones en un arrebato.

—¡Hay que joderse!... De acuerdo —aceptó finalmente a regañadientes abandonando el santuario—. ¡Pero no quiero volver a verte en mi puta vida, antes prefiero que me secuestren los rusos! —gritó desde el acceso mientras buscaba con la vista a su amigo de la Guardia Civil con la intención de abandonar aquellas ruinas centenarias lo antes posible.

«Pedid, y se os dará…»

(Mat. 7,7)

◆◆◆

El Nissan rotulado de la Benemérita avanzaba rápido, con razonable

soltura pese al generoso kilometraje acumulado en su motor, devorando la escasa distancia que separaba las ruinas del monasterio con la capital de las Merindades. Pese a que Campezo no hacía otra cosa más que bombardear a preguntas a su camarada desde que habían subido al vehículo, Javier permanecía callado, sin ganas de entrar en detalles.

—¿Así que eres un superagente secreto? ¡Qué callado te lo tenías, pájaro!

—No soy ningún agente secreto —contestó cansado sin la menor gana de dar explicaciones adicionales relacionadas con las anteriores misiones. Recordó que no era la primera vez que le interpelaban sobre el tema en cuestión.

—Ahora, lo que sí quiero que sepas es que me he visto obligado a llamarte y hacerte venir aquí sin poder avisarte de nada —se disculpó el teniente—. El CNI se presentó rápido como alma que lleva el diablo, supongo que lo avisaron desde la central en Burgos cuando se enteraron del suceso, no sé; y me obligaron a convencerte de que acudieras. Me dijo Valero que si te llamaba él personalmente estaba seguro de que no aparecerías de ninguna forma.

—Y te dijo bien, porque si reconozco su voz cuelgo el teléfono sin dudarlo.

—Oye, no te quejes tanto, que te ponen hasta un helicóptero privado y todo. Contigo no dejan de escatimar recursos. No estaría mal que te quedaras una temporada con nosotros a ver si se pega algo…

Campezo dejó de tomar el pelo a su antiguo compañero de aventuras en la montaña para centrarse en la carretera. Un operario de obras, ataviado con un chaleco naranja reflectante impoluto, levantaba una señal de STOP. Tras él había un camión parado con los intermitentes de avería en el carril derecho ocupándolo por completo. Más adelante parecía haber una furgoneta blanca también detenida. Por detrás, otro camión rígido de gran tamaño llegó por sorpresa incorporándose desde una parcelaria próxima y se detuvo a escasos metros del coche de los agentes, aguardando la cola como ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó a voz en grito el teniente de la Guardia Civil al obrero responsable de la señalización—. Tenemos prisa.

El empleado, sin articular palabra, movió la mano indicando calma y se asomó al otro carril para ver si venía tráfico en contrasentido; parecía que no. Entonces el camión que estaba tras ellos avanzó y los

empujó violentamente contra la trasera del otro vehículo pesado detenido delante. La barra antiempotramientos los retuvo evitándoles ser engullidos bajo la parte posterior. Aún con el susto en el cuerpo, sin que les diera tiempo a pensar y permaneciendo atrapados entre la chapa deformada del todoterreno, de repente el cristal a medio subir de la ventanilla averiada del copiloto saltó en cientos de pedacitos cuando un martillo de rescate con punta de tungsteno impactó en ella.

Acto seguido, un hombre con buzo azul surgido de la nada clavó una aguja hipodérmica en el cuello de Galarreta antes de que pudiera resistirse. Al otro lado, el tipo de la señal de STOP hizo lo propio con el teniente Campezo que ya llevaba su ventana bajada.

8

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE MINSK

MINSK (BIELORRUSIA)

Enero de 2018

Javier Galarreta se despertó de un sueño denso, agobiante, agotador. La cabeza le dolía una barbaridad y las pulsaciones en las sienes, al compás de un corazón desbocado, le producían angustia en cada palpitar. Notó la boca seca, como el esparto, y un regusto metálico le invadía el paladar. Tenía la cabeza metida dentro de una capucha oscura y los tobillos y las manos engrilletados con lo que parecían bridas de plástico. Cuando comenzó a revolverse percibió que alguien se le acercaba y, casi al unísono, sintió como un motorcillo acompañado de un suave ronroneo elevaba el asiento donde estaba recostado hasta ponerlo en posición normal. Le quitaron la capucha dando un tirón suave y el inspector pudo hacerse una composición de lugar.

Se hallaba en el interior de un avión pequeño, probablemente un jet privado de los de alto precio a juzgar por la calidad de los asientos y el enmoquetado general en tonos blancos y grises. La aeronave se encontraba prácticamente vacía de pasajeros a excepción de quien tenía a su lado y otras dos personas cuyas cabezas se vislumbraban unos asientos más adelante. Estaban detenidos en la zona de estacionamiento de algún tipo de aeródromo, probablemente esperando órdenes o instrucciones de vuelo, y por la ventanilla se apreciaba que era de noche. Podían haber transcurrido dos, cuatro u ocho horas, porque era incapaz de situarse en el tiempo.

Le llegó una nausea profunda, reminiscencia de la droga hipnótica que lentamente se le iba difuminando en el torrente sanguíneo del cuerpo.

—¿Dónde estoy?, ¿quiénes son ustedes? —preguntó a su captor mirándole a los ojos.

Los tenía azulones, ovalados y un poco juntos. La cara era alargada y una barba pelirroja de tres o cuatro días le cubría la piel. Llevaba el cabello corto, un poco revuelto y menos naranja que el pelo de la cara.

El hombre sonrió y sacó del bolsillo una navaja automática que extendió en un momento.

—Le contestaré a lo que esté autorizado a responder si me promete que no intentará huir —le confesó en un español aceptable, aunque con un marcado acento del Este—.

¿Ok?

Galarreta asintió con la cabeza. Era inútil intentar nada agresivo para escapar; la camiseta del ruso dejaba entrever unos bíceps poderosos de continuos entrenamientos, eso sí, adornados con unos tatuajes de pésimo gusto, al estilo de amor de madre y as de picas representando éxitos, felicidad con la pareja y en el hogar. Por otro lado, los otros dos pasajeros ya estaban junto a ellos aguardando de pie en el pasillo. Uno portaba una pistola Yarygin, la característica de las Fuerzas Armadas rusas y también del Servicio Secreto, como bien había reconocido al verla, pues la que fuera su compañera en Kazajistán hacía menos de un año, Asha Mikhailova, llevaba una exactamente igual.

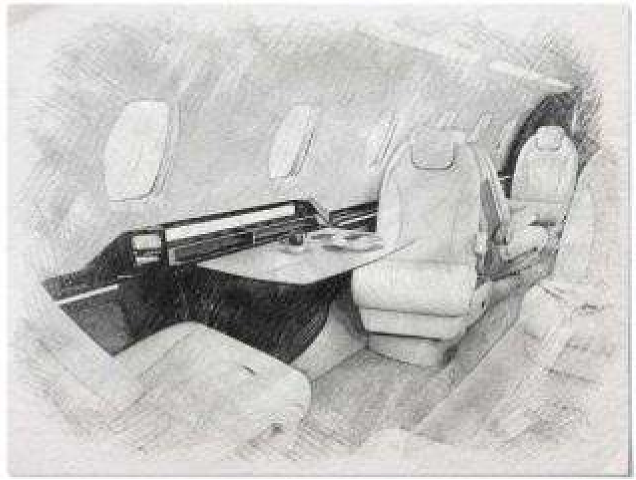
—Está usted en el aeropuerto de Minsk, en la República de Bielorrusia —le explicó mientras cortaba las cinchas de las muñecas—. Y se encuentra a bordo de un avión propiedad del gobierno ruso.

—¿Bielorrusia?, ¿un avión ruso? —le parecía estar todavía soñando—. ¿Por qué me han secuestrado? —insistió el comisario masajeando las articulaciones de las manos; se le había quedado la marca y una muñeca estaba dormida. Se percató de que no tenía el reloj, ni las llaves, ni la cartera, ni por

supuesto el móvil.

—No se preocupe, ahora mismo le vamos a devolver sus pertenencias —dijo el hombre intuyendo tal preocupación—. No debe considerarse secuestrado sino más bien invitado forzoso. Si quiere podemos ofrecerle agua o cualquier otra bebida porque lleva usted más de cinco horas dormido y me imagino que los efectos del propofol y la ketamina le estarán provocando un considerable mal cuerpo.

—La verdad es que primero me gustaría ir al baño a mear las drogas que me han metido contra mi voluntad y después agradecería una aspirina o un paracetamol.



—Cuente con ello. Más tarde, no obstante, debería comer. Tenemos catering de varios platos sencillos pero suficientes para un tentempié; tenga en cuenta que debemos esperar todavía un tiempo hasta que llegue el responsable de la operación para hablar con usted. Por cierto, mi nombre es Boris, Boris Bondarenko.

◆◆◆

Javier Galarreta se comió un delicioso sándwich de *chatka*, auténtico cangrejo rojo ruso pescado en los mares de Barents, con una pizca de mayonesa para no anular su sabor. El llamado oro rojo del mar, que también se captura en Ojotsk y Bering, supone un trabajo considerado como una de las profesiones más peligrosas y mejor pagadas del mundo, lo que genera el alto precio del producto. Su sabor es intenso y extraordinario, nada que ver con ese sucedáneo barato que se vende en forma de palitos en los supermercados fabricado con restos de diferentes pescados triturados.

Los vigilantes también le ofrecieron, una vez había dado por finalizado el crustáceo, un platito con caviar iraní, pero Galarreta, que detestaba hasta el olor de las huevas de esturión, prefirió tomarse una cerveza y hacerle ascos al plato de lujo.

Poco después de terminar de comer, el comisario español reparó en la presencia de una comitiva motorizada que llegaba hasta los pies del avión. Los hombres que le

custodiaban se pusieron notablemente nerviosos y se prepararon para

recibir al nuevo invitado. Bajaron la escalera incorporada en la propia puerta y cuando subió a bordo lo recibieron con sumisión. Un hombre alto, delgado, próximo a los cuarenta años y con aire elegante, aunque a la par sencillo, accedió al interior del jet privado saludando a los presentes e intercambiando con ellos unas palabras en ruso. Al poco se acercó hasta el asiento que ocupaba Javier Galarreta y se dirigió a él en un perfecto inglés de Oxford:

—Me alegro de conocerte en persona, Javier. Soy Vladimir Krivenko del FSB.

Galarreta respiró sosegado. Ver al responsable del Servicio de Seguridad ruso le aportaba un punto de tranquilidad adicional, estaba claro que no le iban a hacer nada malo en principio; pero, por otro lado, la presencia allí del jefe de los Servicios secretos no auguraba nada bueno.

—¿Por qué me habéis secuestrado? —dijo finalmente insistiendo, como pregunta de presentación.

—No, por Dios; no estás secuestrado —aclaró Krivenko con una media sonrisa aparentemente sincera—. Te hemos evacuado de manera un tanto forzosa por una cuestión de seguridad. —Se acomodó entonces en la butaca contigua a la suya—.

Perdona si los métodos utilizados no son todo lo ortodoxos que debieran, pero era una cuestión de tiempo. Tu vida estaba en serio peligro y debíamos intervenir lo antes posible.

La puerta del avión se cerró y los motores del aparato comenzaron a rugir. La aeronave empezó a moverse.

—Los rusos tenéis una marera muy peculiar de proteger a las personas, en mi país esto es un delito.

—En tu país son delito tantas cosas que no terminaríamos nunca de enumerarlas —

siguió risueño el mando del FSB—. Vuestra democracia es tan nueva como endiabladamente quisquillosa. Hay veces que es necesario proceder con presteza dejando a un lado los permisos burocráticos; y te lo dice alguien que está acostumbrado al papeleo interminable de nuestra aburrida administración federal.

—¿Por qué estoy aquí y a dónde vamos?

—Nos vamos a Moscú. —El rostro de Galarreta se contrajo de una manera pasmosa, a juzgar por cómo lo miró su interlocutor—. Te hemos preparado —prosiguió este último— un piso franco en donde te custodiará un equipo de protección para garantizar

tu seguridad. Parte ya lo conoces, están aquí en el avión; son Boris, con el que ya has hablado, que estuvo en Venezuela unos meses con nuestro ejército y por eso se expresa tan bien en español; Iván es el alto de pelo rubio, y el otro que falta es Stanislav, al que todos le llamamos Slava y que, por cierto, se vendrá conmigo cuando tomemos tierra, puesto que es uno de mis escoltas asignados. Los demás son todo tuyos.

»Además, la responsable del equipo nos espera en uno de los aeropuertos de la capital, el de Domodédovo, para incorporarse también al dispositivo táctico. Todos velarán por que estés a salvo. Vas a tener más seguridad asignada que el propio papa, o que vuestro rey emérito.

—Sigues sin explicarme por qué estoy aquí o, mejor dicho, por qué me envías a Moscú.

Krivenko se quitó el abrigo toda vez que la temperatura cálida del interior del avión ofrecía un confort adecuado. Dejó las prendas en el asiento inmediatamente ulterior al suyo y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Estoy reventado —dijo mientras olisqueaba en el aire de manera descarada como un sabueso Beagle siguiendo el rastro de una liebre—. ¿Es caviar eso que huelo?

Traedme un platito, por favor —ordenó a sus subalternos—. Como te decía, vengo de una reunión interminable en el Ministerio del Interior bielorruso. Lukashenko está cansado de que la Unión Europea tilde su reelección de antidemocrática y le acuse de ser la última dictadura de Europa.

—Bueno, no me irás a decir que el presidente es un referente de la democracia. Su ratificación desde el noventa y cuatro es más que cuestionable y además ni tan siquiera los partidos que apoyan a Lukashenko ni, por supuesto, los partidos de la ninguneada oposición, obtienen escaño alguno. Huele un poco a pufo…

—Digamos que Lukashenko tiene una forma particular de gobernar su país, pero has de reconocerme, por si no lo sabes, que según la propia ONU Bielorrusia ocupa un puesto principal en el Índice de Desarrollo

Humano y se encuentra en el grupo de países más prósperos. Su sistema sanitario es realmente eficiente, casi como el vuestro, con una mortalidad infantil muy baja, inferior a la de la propia Rusia, Reino Unido o los mismísimos Estados Unidos.

»La tasa de médicos por persona es altísima y la de alfabetización se acerca al cien por cien, más que en tu querida Unión Europea. Y es uno de los países posiblemente más igualitarios de todo el continente.

—Sobre todo si piensas de la misma manera que el partido presidencialista, porque, si no es así y lo dices, igual no lo cuentas. Eres un gran demagogo…

El Cessna 750 Citation X+ dio un acelerón dejando atrás la calle de rodadura y las palabras de Galarreta, y se dispuso a elevarse en la pista del aeropuerto internacional, sobre el que mantenía prioridad total ante el resto de vuelos comerciales. Ya en el aire, una vez estabilizado el aparato, Vladimir Krivenko pidió un vodka con limón para acompañar el caviar a un auxiliar de vuelo que apareció de la cabina de mando. Era el mismo que se había encargado de preparar con anterioridad el sándwich de Galarreta mientras aguardaban estacionados la llegada del responsable del FSB.

—El ruso muerto de Burgos —comenzó a explicar el del servicio secreto dando un sorbo al refresco alcohólico— era un informático eminente de una de nuestras empresas de seguridad más valiosas. Y, como supondrás, su muerte no es casual.

—A tanto como eso llego —contestó el comisario incómodo por la situación.

—Nikita Petróvich Tishchenko era uno de los guardianes de claves de Kaspersky, es decir, un cortafuegos humano destinado a evitar usos malintencionados de *software*. Su misión era impedir que se hiciera una utilización inadecuada de programas de la empresa. Para ello contaba con una combinación biométrica necesaria para ese fin.

—Lo que no me explica por qué se quitó la vida en Burgos y qué tengo que ver yo en todo eso.

—Nikita Petróvich estaba muy enfermo. Arrastraba desde hacía años un cáncer de páncreas, ahora ya en fase terminal, y su pronóstico de vida era inferior a los seis meses.

Sabía que estaba siendo buscado por hackers peligrosos relacionados con ciertos elementos terroristas con el fin de conseguir sus secretos y

decidió, ante la disyuntiva, cortar por lo sano e impedir que lo capturaran y lo sometieran a torturas. No hizo sino adelantar lo inevitable.

—Sigo sin saber qué pinto yo en el asunto —insistió Galarreta cada vez más molesto.

—La clave biométrica —continuó Krivenko— se obtiene con las huellas digitales de los diez dedos, siempre y cuando estén calientes, es decir, con vida. Tishchenko transfirió su clave a otra persona entrando en tu ficha policial y asignando a tus huellas dactilares la clave de acceso.

—¡No me jodas!

—Sí. Tus diez huellas están digitalizadas y almacenadas en la base de datos del Cuerpo Nacional de Policía. Y Petróvich te consideraba una persona íntegra que había trabajado anteriormente con el gobierno ruso y salvado a su país de una hecatombe nuclear.

—¿Así de fácil? ¿Se metió en mi expediente y me coló el marrón?

—Tal vez para otra persona hubiera resultado imposible acceder al sistema de la policía española pero nuestro informático, usando el propio *software* tan poderoso en juego, logró su objetivo protegiendo a la vez el acceso a este.

—Y ahora soy yo el conejillo de Indias o la puta diana de la tómbola donde todos apuntan para llevarse el perrito piloto.

—No acabo de entender muy bien esas expresiones tan coloquiales no inglesas —se disculpó Krivenko—. De todas formas, sí que te has convertido en una llave maestra que están buscando y por eso te estamos protegiendo. No era en absoluto seguro que regresaras a Jaca y permanecieras allí.

—¿Y Elvira?, ¿no corre peligro? —se soliviantó de pronto pensando en la seguridad de su chica.

—Tu pareja está protegida por el CNI español, hemos contactado con ellos. No es a ella a quien buscan, sobre todo ahora que saben que te tenemos nosotros.

—No obstante, quiero llamarla y ponerla sobre aviso.

—Me temo que no es posible, amigo mío. Resulta de vital importancia

mantenerte en el anonimato más estricto. Si te sirve de consuelo, ya le hemos enviado un mensaje de tu parte diciéndole que estás bien y que te retrasarás un poco en tu vuelta. También Valero sabe que ahora estás custodiado por nosotros y él velará, como ya te he dicho, por el interés de Elvira Zulueta. Dejamos el aviso junto con tu amigo el teniente Campezo, que habrá tenido un sueño reconfortante.

—Joder, todo controlado ¿no? Como en la antigua política soviética tras el Telón de Acero. Eres un heredero merecido de la tradición comunista más arcaica.

—El bien del conjunto siempre ha de imponerse ante el del individuo. Eso es algo que no acabáis de entender en vuestras democracias occidentales tan tremendamente capitalistas.

—«Ni democracia ni oligarquía », que diría el filósofo inglés William Hamilton —

apuntilló Galarreta inspirado.

—«Todos quieren libertad, pero pocos saben para qué », Lenin. Yo también puedo hacer citas, mi apreciado camarada, aunque creo que con ellas no solucionamos el argumento de fondo.

El policía español rio ante la salida esporádica y culta del responsable del FSB ruso.

No convenía ningunearlo, no había heredado el cargo por casualidad ni por su cara bonita y pose refinada.

—Dime, Vladimir —continuó más serio—: ¿cómo es de peligroso ese *software* que estamos intentando evitar que se escape de vuestro control?

—Muy peligroso, Javier, extremadamente peligroso para la seguridad mundial.

—Eso me suena…, otra vez.

9

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE

DOMODÉDOVO

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

El aeropuerto internacional de Moscú-Domodédovo es uno de los tres aeródromos más transitados de Rusia y se encuentra al sur de la capital, a unos cincuenta kilómetros del centro, comunicado por la autopista Kashirskoye Shosse y la autopista A-105, aunque la mayor parte de los viajeros prefieren moverse en el Aeroexpress, un tren de alta velocidad que une cada media hora la enorme estación de Paveletsky con el propio recinto aeroportuario.

La megaciudad de Moscú, una aglomeración urbana entre las cincuenta del mundo que superan la decena de millones de residentes, y en la que cada año se producen trescientos mil delitos, iluminaba con su halo amarillento el oscuro horizonte nocturno.

El Cessna Citation descendió con suavidad por entre los copos de nieve que caían incesantes en la capital rusa hasta situarse sobre la pista, tras una hora y media de vuelo

confortable desde Minsk. La maniobra rutinaria de aterrizaje ejecutada por los pilotos continuó después con un recorrido sumiso por las pistas de rodaje, guiando la aeronave privada hacia una de las cinco terminales en donde repostaban dos aviones de Iberia acoplados a los *fingers*, junto con otro de Vueling y varios más de Ural Airlines.

Un automóvil berlina Clase E de Mercedes fabricado en la planta cercana de Moscú y un SUV alemán aguardaban a un lado del aparcamiento reservado a los jets privados del gobierno. Ambos vehículos pertenecían a los servicios de transporte nacional para el presidente ruso: el SPG o Garaje para Fines Especiales, una unidad adscrita al Servicio de Protección Federal encargado de salvaguardar al mismísimo Vladimir Putin.

Cuando se detuvieron, Iván abrió la puerta exterior que hacía a su vez de escalera de subida y descenso. Una bofetada de aire helado invadió el interior y los presentes se apuraron a abrocharse sus prendas de abrigo. Krivenko fue el primero en descender, seguido por Slava que iba pegado a él como una sombra. Galarreta bajó escoltado por Iván y por Boris. Al llegar a pie de pista, del BMW X6 surgió una mujer joven embutida en un abrigo de cuero que se acercó hacia el jefe del FSB y lo guareció bajo un amplio paraguas violeta. Desde su lado divisó la imagen de Javier Galarreta y la inesperada presencia de Boris Bondarenko. Esto último la perturbó tanto, de una manera tan inequívoca, que hasta su propio jefe le llegó a preguntar si se encontraba bien cuando la vio estremecerse.

—Estoy destemplada por el frío —se justificó Lera.

—En ese caso, permítanme que los presente —intervino en inglés el del FSB, encantado con la reunión improvisada bajo la nieve—. El comisario Javier Galarreta de la policía española —dijo señalándole. A continuación, presentó a su homónima rusa—: Esta es la inspectora Valeria Shevchenko, que en colaboración con nuestra administración federal es quien coordina este dispositivo de seguridad.

Ambos se estrecharon las manos enguantadas sin mucho entusiasmo.

—Iván y Boris, como ya te he comentado antes —siguió Krivenko—, son los agentes que estarán con vosotros dos velando por que todo salga bien. Yo he de retirarme ahora, me esperan en el Kremlin para dar debida cuenta de mi viaje oficial en una inoportuna reunión informativa y tengo ganas de volver a casa a cenar con mi esposa.

El alto mando de los servicios secretos rusos miró en derredor despacio, como escrutando las terminales iluminadas a las que se aproximaban y se alejaban, en ordenada sincronía marcial, aeronaves de larga distancia de todos los países.

—Hace siete años una violenta explosión sacudía el área de llegadas de los vuelos internacionales en este mismo aeropuerto, cerca de las salas de espera —comenzó a explicar Krivenko dirigiéndose expresamente a Galarreta—. Se formó una densa nube de humo surgida por una deflagración que, con una fuerza mayor a cinco kilos de TNT, reventó todo lo que había a su alrededor, incluidos los pasajeros que se encontraban esperando. Murieron treinta y cinco personas y casi ciento cincuenta resultaron heridas, algunas con secuelas gravísimas.

—Lo recuerdo —asintió Javier Galarreta.

—Terroristas chechenos afines o vinculados con grupos fundamentalistas islámicos sembraron el terror. Fue un suicida de treinta y pocos años que se inmoló con una mochila explosiva. Encontraron su cabeza intacta a cientos de metros del punto donde cometió el atentado. Era lo único que quedaba de él. —El responsable de inteligencia mantuvo un momento de silencio dramático para dar tiempo a desentrañar sus palabras—. El año anterior —prosiguió al rato—, Moscú había sufrido el peor atentado en mucho tiempo cuando dos mujeres chechenas procedentes de la región de Daguestán se inmolaron en el interior del metro causando otros cuarenta muertos civiles.

—Entiendo.

—Pues eso, mi querido Javier. Nuestro país también sufre intentonas para desestabilizarlo. Y si hay chechenos de por medio ten por seguro que no augura nada bueno. Cuídate ahora o, mejor aún, déjate cuidar por mis hombres. —Vladimir Krivenko dijo esto último mientras estrechaba en un gesto de despedida la mano de Javier Galarreta para, a continuación, desaparecer engullido en la parte trasera de su coche oficial.

Al mismo tiempo que su jefe se alejaba por la pista, la inspectora y Boris se mantuvieron la mirada unos instantes eternos que no pasaron desapercibidos ni para el otro guardaespaldas ni para Galarreta. Finalmente, los cuatro ocuparon sus plazas en el BMW y abandonaron el aeropuerto por el mismo camino que el Mercedes. Ambos coches circularon siguiéndose por la autopista rumbo a Moscú durante unos kilómetros hasta que el Mercedes pisó a fondo y desapareció por el horizonte de asfalto. Boris conducía el X6 y Lena iba de copiloto. Javier e Iván ocupaban las cómodas plazas traseras del cuatro por cuatro de fabricación bávara.

—Ha sido una sorpresa volverte a ver —dijo tras un rato en silencio Valeria, dirigiéndose al conductor—. ¿Qué tal todo?

—Bien —respondió Boris con una medio sonrisa—. Vaya casualidades que nos tiene el destino reservadas, ¿no crees? ¿Han pasado ya tres años?

—Cuatro. Estas navidades han hecho cuatro.

—Claro, en las Navidades, cómo olvidarlo. Fue un bonito regalo de fin de año con el que me obsequiaste…

Valeria miró al frente, a la oscuridad de la carretera, mientras los faros de xenón del automóvil pincelaban las líneas y daban brillo a los copos que caían de manera entrecortada, sin mucha convicción. Galarreta avistaba los rascacielos moscovitas a medida que iban surgiendo a lo lejos por su ventanilla ajeno a la conversación en ruso, e Iván simulaba no enterarse de nada. Fue él quien decidió romper el embarazoso silencio implantado en el habitáculo, ocupando plaza como un impropio quinto pasajero.

—¿A dónde vamos exactamente? —preguntó a la inspectora.

—Al hotel Ucrania —respondió está girando en su asiento—. Tengo reservada una extensa suite de dos habitaciones con baños incluidos y un amplio salón comedor.

Tendremos controlada la recepción y nosotros nos turnaremos custodiando al huésped.

En todo momento estaremos dos personas con él.

—Hubiera sido mejor uno de los pisos francos que tenemos operativos —gruñó Boris—. En un hotel no podemos verificar a toda la gente que hay moviéndose de un lado a otro.

—También es nuestra ventaja para pasar desapercibidos.

—Espero que tengas razón, Valeria. No me gustaría que te equivocaras como hace cuatro años conmigo.

YAKUTSK, REPÚBLICA DE SAJÁ

SIBERIA ORIENTAL (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

La temperatura exterior, que rondaba los cuarenta grados bajo cero, se mantenía casi constante desde diciembre; apenas unas oscilaciones negativas habían bajado el mercurio hasta los cincuenta en negativo durante un par de días y las máximas se

situaban en menos treinta y cuatro. Por lo demás, el sol era algo que asomaba a cuentagotas durante cinco horas a lo largo del día. El resto del tiempo la oscuridad de la noche creaba un paisaje aun más desolador para quienes no han nacido ni se han criado en esos remotos lugares del planeta.

Ígor Kovalev había llegado a Yakutsk para iniciar el proyecto Naru007 amparado en el recóndito Lejano Oriente, en una ciudad en la que la mayor parte de la población trabajaba para la gigantesca industria minera de Alrosa, la todopoderosa empresa rusa que acaparaba casi el cien por cien de la producción de diamantes en Rusia y el nada desdeñable treinta por ciento de la producción mundial. La inmensa mina a cielo abierto de diamantes Mir, en Yakutia, con una profundidad de medio kilómetro y un diámetro de mil doscientos metros, daba trabajo a cerca de tres mil seiscientos trabajadores, casi todos de la cercana ciudad de Mirny, pegada, literalmente, al abismo de la mina.

Alla Godinova, natural de aquellas tierras y responsable de la logística del equipo, había reservado un comedor privado en el restaurante Kamelek, especializado en comida tradicional. Gozaron todos con la sopa Giblets y ahora esperaban el plato principal de carne y pescado, un Salamat sobre crema agria, mientras picaban como aperitivo caballo crudo congelado, considerado una de las delicatesen del lugar. El

vodka y la cerveza no podían faltar en ninguna reunión gastronómica que siempre acompañaban la comida, con frecuencia en cantidades demasiado generosas.

Kovalev estaba presidiendo la mesa alargada donde servían las viandas; Alla estaba enfrentada a él en el otro extremo; a su derecha se sentaba Valentina Atlasova, su fiel lugarteniente y entregada amante, y a ambos lados se acomodaban Dimitri Novikov y Maxim Kuznetsov.

Habían pasado la noche previa en la casona alquilada comprobando de paso que todo el sistema informático estaba a pleno rendimiento y ya tenían la dos primeras claves para poder operar con el potente programa Narushitel modificado. Ígor estaba contento, a pesar del largo vuelo de seis horas que él y Valentina habían hecho el día anterior desde Moscú, y que en pocas horas desharían de nuevo, puesto que las noticias recibidas por su enlace en la capital rusa eran prometedoras. En breve sabría de primera mano dónde iban a encontrar al segundo objetivo, al policía español al que el imbécil de Vasiliev había transferido la clave biométrica creyendo que no lo iban a descubrir. Los chechenos Ruslan y Borz ya habían regresado desde Londres a Moscú y se encontraban hospedados en un sencillo hotel a la espera de instrucciones. Otros dos de sus hombres, Yuri y Nikolai, seguían tras la pista de la última clave, la que se hallaba en posesión de Vasiliev, el responsable de ciberseguridad de Karspersky en la sede central, que había marchado a pasar las Navidades con su madre hasta casi la frontera con Ucrania.

La camarera llegó con el plato fuerte, lo que supuso una alegría generalizada en la mesa.

—Señoras y señores, permítanme brindar —propuso Kovalev mientras se levantaba de su asiento—. Siempre he tenido el deseo de encontrar una mujer hermosa que estuviera a mi lado, pero no tenía la posibilidad. —Miró de soslayo a Valentina y le guiñó un ojo—. En cambio, tenía la posibilidad de ser un programador cualificado para una gran empresa, pero no tenía el deseo. ¡Ahora brindemos para que los deseos y posibilidades se unan y nos sean beneficiosos! *Na zdorovie!*

— *Na zdorovie!* —gritaron todos al unísono bebiendo de un trago el vaso de vodka.

—Y para que nuestros planes avancen como lo hemos previsto y seamos muy ricos… ¿Qué digo «muy ricos»?, asquerosamente ricos,

podridamente ricos, envidiablemente ricos. —Volvió a brindar Ígor Kovalev mientras sus ayudantes rellenaban de nuevo con alcohol los recipientes vacíos.

— *Na zdorovie!*

10

HOTEL UCRANIA

AVENIDA KUTUZOVSKY

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

El impresionante Hotel Ucrania (ahora Hotel Radisson-Royal) se alzaba todopoderoso a la vera del río Moscova, al otro lado de donde se encontraba el edificio del gobierno ruso. Sus medidas y proporciones resultaban abrumadoras en todos los aspectos; con sus treinta y cuatro pisos y casi doscientos metros de altura, y con sus más de quinientas habitaciones se coronaba como el segundo hotel más alto de Europa, tras el hotel Bali de Benidorm, aunque alejado del *ranking* mundial copado por los Emiratos Árabes Unidos y China. Su glamour, en cambio, no tenía parangón.

La construcción del edificio databa de mediados de los años cincuenta siendo la segunda mayor, tras la Universidad Estatal, de las llamadas popularmente *Siete hermanas*: los rascacielos que mandó construir Stalin, como buen dictador megalómano que se precie, para perpetuar su mandato en el recuerdo. Erigidos en una esmerada

composición de estilo barroco ruso unido con gótico y situados en el distrito oeste de la capital, se integraban como parte del proyecto de edificación de ocho enormes rascacielos en conmemoración del octavo centenario de la ciudad en 1947. De todos ellos, el que iba a ser el palacio de los sóviets no llegó a construirse, por lo que se quedaron finalmente en siete.

Tras las dos hermanas más altas estaban también el bloque de viviendas en el muelle Kotélnicheskaya, el edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia, la construcción en la plaza Kúdrinskaya, el mítico Hotel Leningrado y la Torre de la Plaza de la Puerta Roja. Todas las construcciones se caracterizaban por la misma línea arquitectónica sobria, muy al estilo soviético de esos años.

Javier Galarreta se alojaba junto con su séquito en una de las suites

del bloque central, en la planta veintiocho. Habían entrado la noche anterior tras el fulgurante viaje desde España y ya les había dado tiempo a establecer una rutina diaria metódica. La incansable inspectora Valeria compartiría de manera permanente el lugar con el agente español puesto que disponían de un dormitorio para cada uno de ellos. Los agentes Boris e Iván se turnarían para permanecer siempre al menos uno de ambos como refuerzo, probablemente apalancados ante el inmenso televisor LCD del saloncito central. Tenían reservada por seguridad una modesta sala de reuniones polivalente en la misma planta, en donde el personal del hotel había montado un comedor improvisado con el fin de que no tuvieran que bajar hasta los restaurantes comunes.

Pese a todo, como medida de precaución adicional, el desayuno lo había contratado en la propia suite mediante el servicio de habitaciones.

Durante toda la primera noche, en la que Boris se había quedado de guardia junto a Valeria, Galarreta había sido testigo incómodo cuando ambos estuvieron hablando hasta horas intempestivas, en general de una manera notablemente acalorada, de sus desavenencias. Al parecer habían tenido en el pasado una relación amorosa con una ruptura bastante abrupta; aunque eso fue lo que dedujo el comisario español por el tono y las formas, pues ambos hablaban en ruso y era imposible entenderles una palabra sin conocimiento del idioma.

—¿Cuánto tiempo tendremos que estar aquí? —preguntó Galarreta en inglés a su homónima rusa, aprovechando que ambos se habían quedado solos un momento la mañana del día siguiente. Iván se había ido a comprobar la seguridad en la sala comedor en previsión del almuerzo.

—Por fin se digna a hablarme. Es todo un detalle por su parte teniendo en cuenta que no ha abierto la boca durante el desayuno —repicó Lera un tanto seria. La bronca

con su ex había durado más de lo previsto y ninguno había pegado ojo. Boris se había marchado cuando llegó su compañero de relevo a primera hora.

—¿Qué quiere que le diga? No estoy de humor para una charla como la de usted y su amigo, que la padecieron toda la noche.

—¿Por qué dice que la padecimos? Solo hablábamos.

—Ya, y yo soy idiota. A mi juicio no parezco el único sorprendido o

desbordado por la situación en este hotel. Usted también ha tenido de lo suyo.

—Es un asunto personal —respondió Lera levantándose de su asiento y mirando por el enorme ventanal que ofrecía una vista de postal de un Moscú nevado—. Boris y yo mantuvimos una relación hace años y lo dejamos, sin más. Ahora nos hemos encontrado por casualidad, fruto del destino, y hemos aprovechado para ponernos al día.

—¿Y a mí cuando me van a poner al día, inspectora? No pensarán tenerme aquí encerrado de por vida, ¿no?

—No lo sé. Aún es pronto. Espero que a lo largo de esta semana tengamos instrucciones orientadas a qué hacer con usted. Me imagino que se supeditarán al arresto o neutralización del grupo que le busca. De todas formas —siguió volviéndose hacia él—, pídame lo que necesite. O si desea algún libro o algo para entretenerse, qué sé yo, intentaré conseguírselo.

—¿Un teléfono móvil?

—Me temo que eso no es posible…

Iván llamó a la puerta para poder pasar. Habían quedado en que lo harían así, echando el cerrojo interior cada vez que alguien saliera, sin utilizar las llaves de tarjeta.

—¿Todo despejado? —le preguntó en ruso Valeria al abrirle.

—Sí, está todo bien. La verdad es que nos han preparado un comedor para nosotros estupendo. Tendrán el menú dispuesto a la una en punto.

—Perfecto. Entonces terminemos de arreglarnos y vayamos a comer. Es de mala educación hacer esperar —dijo nuevamente en inglés para que lo entendiera su invitado forzoso.

◆◆◆

La tarde se hizo aburrida para Javier Galarreta. Había leído en su cuarto la prensa británica y el diario El País, todos ellos del día anterior. Después había disfrutado de una siesta de cuarenta minutos y más tarde, tras hacer un crucigrama del periódico español, salió de nuevo al saloncito común en donde Iván y Valeria se hallaban viendo

un documental de la BBC sobre animales salvajes de Asia doblado espantosamente mal al ruso.

En esos momentos, la cámara seguía de cerca a un tigre que se acercaba a un pequeño lago con la intención de capturar alguna presa herbívora que calmaba su sed.

—Buenas tardes, comisario —saludó Lera girando la cabeza hacia él —. Se le oía roncar con ímpetu, llegamos incluso a confundirle con uno de los mamíferos que salen en el programa…

—Ya; bueno, la discreción nunca ha sido uno de mis fuertes —respondió Galarreta sacando un botellín de agua de la mininevera y tomando asiento en el sofá adyacente al que ocupaban los agentes rusos.

El saloncito estaba decorado de manera moderna, en tonos pastel y con algún contraste en granate y rojo. Pocos muebles en el conjunto diáfano, una estantería medio vacía y el inevitable mueble bar, este de un tamaño más que considerable. En el centro, los sofás dispuestos en uve enfocaban al televisor y bajo ellos una amplia alfombra blanca de pelo corto, aunque bastante mullida, ofrecía cobijo a los pies cansados. Lera se había descalzado y tenía las piernas recogidas en su asiento. Comenzaba a oscurecer poco a poco y la nieve seguía cayendo a cuentagotas en la capital rusa como se apreciaba desde los ventanales del fondo.

El tigre avanzaba agazapado

dispuesto a atacar…

—¿Cómo es que usted siendo policía está coordinando una misión del Servicio de Seguridad ruso? Parece un poco descolocada en el papel, ¿no?

La inspectora Shevchenko no entendió bien la expresión en inglés:

—¿Descolocada?

—Sí, un poco fuera de lugar. No ha sabido, hasta que se lo ha encontrado de bruces, que su exnovio estaba trabajando en el caso y tampoco parece que conozca demasiados detalles de la operación.

—Estoy más que capacitada para realizar debidamente esta tarea —respondió a la defensiva Valeria. El trabajo de las mujeres en Rusia muchas veces era minusvalorado en oficios tradicionalmente masculinos, como era el caso de la policía.

—No me refiero a eso; por supuesto que no dudo de sus capacidades. Sin embargo, no entiendo demasiado bien qué hace aquí, cuál es su función en este laberinto; discúlpeme, tal vez sea deformación profesional.

El tigre había dado unos cuantos pasos hacia su presa, un ciervo Sambar de tamaño medio

con el pelaje del lomo teñido en tonos castaños,

que se mostraba alerta ante

la extraña presencia que intuía.

—Estoy un poco por casualidad —aclaró ella—. Un trabajo de investigación rutinario sobre ciertos homicidios me llevó por mera eventualidad a tropezar con el FSB. Me invitaron a probar y aquí me tiene.

El rumiante esquivó con elegancia el embate del depredador saltando sobre el agua, terreno donde el tigre no era el rey.

—Tropezó con Krivenko, supongo.

—Eso es, doctor Livingston.

Mientras perseguía de manera desesperada al cérvido, el felino rayado no se percató de la presencia de un enorme cocodrilo de las marismas

abalanzándose sobre él desde la retaguardia para clavar su mandíbula en los cuartos traseros.

Ambos se revolvieron en el agua

chapoteando de manera exagerada.

Llamaron a la puerta en ese momento. Todos se sobresaltaron. Iván quitó el volumen del televisor y miró a la inspectora. Valeria se puso los zapatos con rapidez y amartilló su arma reglamentaria mientras su compañero preguntaba nervioso quién estaba al otro lado esperando.

—Soy yo, joder —maldijo en ruso Boris Bondarenko.

Tras comprobar por la mirilla el pasillo, Iván abrió la puerta.

—Si no te tocaba venir hasta las diez de la noche…

—Lo sé, pero tenía ganas de volver. Quería disculparme con la inspectora Shevchenko por lo que le dije esta pasada noche. —Se desabrochó el abrigo y sacó camuflados de su interior una botella de vodka Stolichnaya junto a un frasco de medio kilo de arenques encurtidos—. Haced un hueco en la mesa y vamos a brindar.

—Estamos de servicio, Boris —contestó Lera dejando su arma sobre el sofá y colocando de nuevo el seguro.

—Por un par de traguitos no pasará nada, ¿no te parece, Iván?

El otro agente asintió dejándose engatusar por su compañero y dispuso unos vasos de cristal en torno al bote de arenques. Trajo también unos tenedores que había en un cajón sobre el mueble bar.

Galarreta sonrió a la inspectora, que negaba con la cabeza.

—Yo sí que no estoy de servicio, por lo que no pienso perderme un vodka con esas sardinas al estilo ruso —exclamó resuelto.

Boris vertió el licor, llenó hasta la mitad los cuatro vasos y propuso un brindis alzando su copa. Después bebieron todos menos Lera que permanecía seria con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud de desaprobación. Javier Galarreta sintió en la garganta la quemazón de la suavidad media del vodka Stoli y se animó a pinchar un aperitivo de pescado marinado con mostaza y eneldo para pasar el trago.

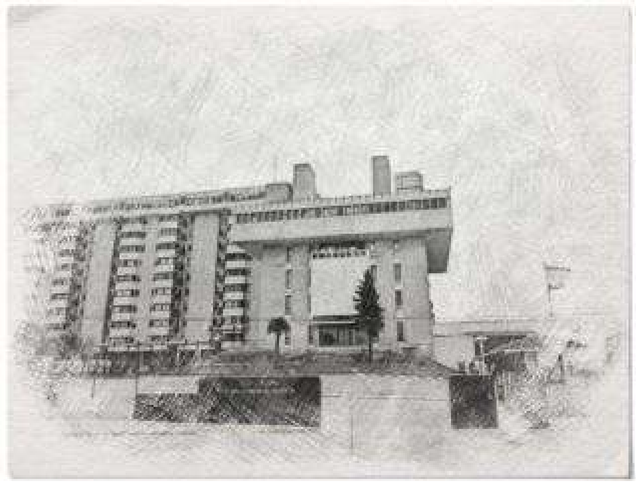
Animado, optó por otro chupito de alcohol.

En la pantalla del televisor, el documental terminaba con el tigre herido huyendo hacia su guarida, tras haberse zafado por los pelos de las vigorosas fauces del cocodrilo.

Fue entonces cuando llamaron otra vez a la puerta de la habitación.

CIA. TERRITORIAL DE LA GUARDIA CIVIL

AVENIDA DE FRANCIA, 57



JACA (HUESCA)

Enero de 2018

El teniente coronel Rafael López Martínez había llegado al aeropuerto infrautilizado de Huesca-Pirineos (sin vuelos comerciales desde hacía seis años) en un avión privado desde Madrid. El Falcon fletado por el CNI lo había dejado en la capital de la provincia homónima y desde allí, un Patrol GR de la Comandancia de la Guardia Civil lo había trasladado, en un trayecto de una hora, hasta el puesto de Jaca.

Y ahora, López Martínez aguardaba con infinita paciencia a que Elvira Muñoz, a quien los agentes que la protegían en el Hotel Edelweiss habían acercado hasta el cuartel, acabara de despotricar de manera deslenguada, ajena a su habitual corrección, contra todos los

organismos oficiales, policiales y militares del país.

—¡Es que no me lo puedo creer! —gritaba hastiada en un registro de mezzosoprano—. Mi pareja se marcha a Burgos a ayudar a un amigo en apuros y resulta que de pronto «desaparece» y ahora desconocen su paradero. Pero usted piensa, tras verlo en su bola mágica supongo, que puede encontrarse en el extranjero colaborando en una misión secreta de la cual no puede ni debe hablarme. ¡Váyase a la porra, hombre!

—Lo siento, señora, pero esa es toda la información que estoy autorizado a ofrecerle, eso sí, con la garantía de que el excomisario se encuentra bien.

—Voy ahora mismo a poner una denuncia por secuestro en la Jefatura de Policía donde trabajaba antes, seguro que ahí me hacen más caso. ¿Y sabe qué? —prosiguió Elvira desafiante mientras se levantaba del asiento—. Voy a llamar a mi amiga reportera en Huesca Televisión para que airee el asunto y a ser posible lo pase a las emisoras generalistas; ya verá cuando Sandra Golpe y el Ferreras me saquen en las cabeceras respectivas de sus informativos…

El mando se levantó con precipitación y la sujetó del brazo.

—Por favor…

—¡No me toque!

—Siéntese y le diré algo más —resolvió con intención de una tregua. Elvira Muñoz aceptó el ofrecimiento sin mucha confianza.

—Le escucho cinco minutos.

—Mire, esto es totalmente extraoficial y si usted lo comenta fuera de este despacho lo negaré todo.

—¡Vaya al grano o vaya a la mierda, pero decídase!

Elvira se subía por las paredes y no era para menos. Desde hacía tres días no podía hablar con Javier pues su teléfono móvil estaba fuera de cobertura. Al principio no le dio demasiada importancia, pero cuando fueron pasando las horas se agobió cada vez más. Al llamar al puesto de la Guardia Civil en las Merindades burgalesas donde debía estar, las excusas ofrecidas le dejaron aun más preocupada, eso sin contar los dos agentes que se instalaron en su hotel sin presentarse y la seguían por todo el edificio ofreciéndole una protección que ella en

modo alguno había solicitado. Después de mucho insistir, un mando de la Benemérita le dijo que en breve los responsables del Centro de Inteligencia en Madrid se pondrían en contacto con ella. Hoy mismo, unas horas antes, sus escoltas le habían notificado que un alto rango la esperaba en el puesto de Jaca y que tendría que viajar con ellos al encuentro.

—Javier Galarreta —continuó López Martínez— se encuentra en Moscú en estos momentos.

—¿En Moscú? —Muñoz frunció el ceño incrédula.

—Eso es. Está perfectamente bien y se encuentra cooperando con el servicio secreto ruso, ya que dispone de una información de vital importancia. Por eso lo tienen allí bien custodiado en un sitio seguro. En cuanto finalice la colaboración lo traerán de vuelta a España.

A la dueña del hotel Edelweiss se le hacían los ojos chiribitas. No daba crédito a lo escuchado y, sin embargo, conociendo la trayectoria de su amante, algo le decía en su interior que esa explicación era la auténtica por disparatada que pudiera sonar.

—¿Cuándo volverá? —preguntó bajando dos escalas su enfado.

—No lo sabemos —respondió el teniente coronel moviendo la cabeza como para corroborar la respuesta—. Mis superiores en Madrid han hablado con los responsables rusos y estos les han explicado que su pareja, como ya le he dicho, se encuentra estupendamente y que volverá en cuanto sea posible. Una o dos semanas, esperamos.

—¿Una o dos semanas? ¿Y no puedo hablar con él mientras tanto?

—Me temo que eso es ahora mismo improbable —zanjó López—. Pero lo más reconfortante es que puede estar usted tranquila y no debe preocuparse por nada; está todo controlado y el excomisario Javier Galarreta está sano y salvo custodiado por los mejores y más leales miembros de la policía y de la inteligencia rusa.

HOTEL UCRANIA

AVENIDA KUTUZOVSKY

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

La habitación quedó en silencio durante unos momentos mientras todos se miraban entre sí. Volvieron a llamar.

—¡Servicio de habitaciones! —Se oyó decir en tono elevado desde el otro lado de la puerta.

—¿Quién coño ha llamado al servicio de habitaciones sin avisarme? —exclamó la inspectora Valeria Shevchenko relajando de nuevo la mano tensa, dispuesta para asir su Yarygin Pya de nueve milímetros.

—Perdonad, se me había olvidado —se disculpó Boris dando un golpe muy teatral en la frente con la palma de la mano—. Antes de subir les he pedido unos platos para comer los arenques y unos *blini* variados para acompañar al vodka.

—¡Joder, Boris! —se enfadó Lera—. En un momento has incumplido todas las normas básicas de seguridad y has dado una patada al sentido común. Tendré que informar de esto, no puedes andar haciendo lo que te da la gana.

—Lo entiendo, lo entiendo… No te enfades.

Iván utilizó la mirilla y comprobó que dos empleados del hotel aguardaban imperturbables con una mesita de ruedas ante la puerta. Quitó el pestillo y la abrió dejando pasar a los camareros. Nada más rebasar el umbral, uno de ellos sacó una pistola con silenciador de debajo de las servilletas de tela amontonadas sobre el carro de servicio y le pegó un tiro a Iván a quemarropa en plena cara. Este cayó fulminado hacia atrás soltando un reguero de sangre desde la cabeza que tiñó la alfombra con un color rojo escarlata.

Para cuando Valeria quiso volver a coger su pistola del sofá, Boris ya estaba apuntándole a menos de dos metros con la suya en un blanco fácil imposible de fallar.

—No me obligues a matarte —le dijo sereno cambiando el registro interpretativo—.

No tienes posibilidad.

La inspectora se detuvo y optó por levantar las manos mientras observaba compungida el rostro deshecho de su compañero tirado en el suelo.

Javier Galarreta, ante la perspectiva que se planteaba, valoró las opciones y, animado acaso por los dos vodkas, se lanzó en una veloz carrera suicida hacia su habitación. Dos disparos irrumpieron del arma del otro camarero que, por fortuna para el español, erraron en su trayectoria y se clavaron en la pared del fondo bajo los ventanales.

—¡No le dispares, joder! —gritó Bondarenko enfadado sin dejar de apuntar a la inspectora—. Lo necesitamos vivo, ya te lo hemos dicho.

El comisario español puso el cerrojo en su cuarto y se abalanzó hacia el teléfono interno que reposaba en la mesilla junto a la cama. Rápidamente pulsó el cero para hablar con recepción. Oyó, mientras, cómo forcejeaban con la puerta para entrar en el cuarto. Cuando contestaron desde la admisión del hotel, Javier pidió auxilio instintivamente en español, lo que motivó que no le entendieran una palabra desde el otro lado del auricular. Se dio cuenta y corrigió rápido al inglés, pero los dos falsos camareros ya habían descerrajado la puerta de varias patadas. Sin poder hacer nada más, arrojó el pesado teléfono sobre uno de ellos y le alcanzó en plena cara, después se abalanzó contra el otro, lo derribó al suelo y logró que su pistola cayera bajo la cama.

Ambos rodaron por las frías baldosas de color gris marengo frente a la entrada del cuarto de baño en un intercambio desaforado de puñetazos.

Galarreta sintió entonces un golpe en la cabeza… y después nada.

11

CALLE POVARSKAYA,

DISTRITO DE ARBAT

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

El pintoresco barrio de Arbat, perteneciente al distrito administrativo central de Moscú, componía, con sus calles peatonales, comercios, vida callejera y edificios bohémicos, una atracción en sí digna de visitar por cualquier turista que se dejara caer por la capital rusa, y más aun en la época navideña donde las guirnaldas de colores y los arbolitos decorados contribuían a exaltar el ambiente de manera suntuosa.

La calle peatonal homónima que da nombre al barrio fue habitada por mercaderes y maestros artesanos haciendo honor a su significado: arrabal, suburbio. Con el tiempo, la nobleza rusa la consideró como el lugar más prestigioso en el que vivir, por lo que en la actualidad se ha convertido en la zona más cara de la capital para comprar una vivienda siendo, sin embargo, un lugar imprescindible para visitar, comprar y comer. Desde la espectacular estación de metro Arbatskaya en un extremo (la más lujosa de toda la ciudad), hasta el colosal rascacielos estalinista del Ministerio de Asuntos Exteriores en el otro, las calles que nacen a uno y otro lado rezuman tradición y cultura, sin duda ambas tan ligadas a la historia de Moscú.

En un piso antiguo de la calle Povarskaya, encuadrada dentro del barrio, Javier Galarreta permanecía sentado, atado y amordazado sobre una vulgar silla de madera y esparto en la amplia cocina del inmueble. Horas antes, había sido trasladado contra su voluntad junto con la inspectora Shevchenko desde el Hotel Ucrania hasta el actual refugio relativamente cercano. Inmersos en un barrio de mucho movimiento, idiosincrasia y algarabía, la posibilidad de pasar desapercibidos era una realidad bien aprovechada por sus captores.

El lugar era un coqueto apartamento amueblado a medias, con una

habitación, salón recibidor, cocina y baño, bastante antiguo, aunque en buen estado de conservación.

Podría servir perfectamente como piso turístico de alquiler por su ubicación privilegiada en el centro de la capital. Acaso lo único que desentonaba de manera cantosa era la puerta de entrada, claramente acorazada pese a imitar en el diseño vetado al estilo rococó a una puerta más clásica, sin llegar a conseguirlo en absoluto.

Cuando llegaron a la vivienda les esperaban en su interior tres individuos. Por lo que pudo deducir el comisario español, uno parecía el jefe, el responsable de todo el asunto, puesto que su atuendo y estilo no cuadraba con el esperado de un mercenario.

El otro era un hombre cuyo rostro roto reflejaba una edad indefinida, equipado con un fusil de asalto AK-74M que zarandeaba de un lado a otro con cierta convulsión, rezumando nerviosismo. La tercera persona que componía el grupo era una mujer de rasgos orientales, armada con una pistola automática y vestida con gusto moderno como el cabecilla. A juzgar por su comportamiento histriónico e impredecible, parecía una chiflada.

El hombre al mando, discreto en ropa y poses, acarreaba un ordenador portátil con el que hizo una lectura de todos los dedos de ambas manos de Javier con el fin de recuperar la ansiada clave. No obstante, algo debió de funcionar mal, tal vez la conexión a internet o el programa de captura o el enlace con un servidor remoto… La cuestión fue que las cosas no salieron de la manera prevista, como bien mostró dejando escapar desde su rostro una exagerada mueca de desilusión. Ígor Kovalev, como así se presentó en un pulcro inglés sin acento ante Javier Galarreta al captar sus huellas, abandonó al rato el lugar junto a la chica de rasgos asiáticos, acompañado por Boris, que se encargaba de llevar a Valeria, la inspectora de la policía rusa, como rehén esposada con grilletes de plástico y una mordaza en la boca. Los dos camareros falsos, ambos chechenos, se quedaron con el hombre del rifle, que se llamaba Nikolai, custodiando el portátil y al comisario, por si debían repetir el proceso de escaneo dactilar más adelante.

Al menos, el funcionario español continuaba con vida; lo que no podía saber él era durante cuánto tiempo más lo iba a estar.

Mientras los dos chechenos charlaban en la cocina tomando un café oscuro casi hosco, que dejaba un olor fuerte y agradable a caramelo quemado en el piso, alguien llamó al timbre de una manera insistente. Fue Ruslan, uno de ellos, quien se dirigió hacia la entrada empuñando

el arma que se sacó de la cintura del pantalón. Nikolai salió de manera apresurada del cuarto de baño, al que acababa de entrar, dejando la faena a medio hacer, intentando abrochar los pantalones que le caían burlones por las caderas.

El timbre volvió a sonar por segunda vez también de modo obstinado y Ruslan con sumo sigilo deslizó la tapa de la mirilla para inspeccionar la escalera, protegido por la seguridad que le amparaba la puerta blindada. En el mismo momento que observó por la lente con gran angular, alguien desde el otro lado le descerrajó un tiro silencioso que le entró por el ojo y le salió por el occipital, creando un chorro fino de sangre y sesos que regó el parqué flotante en madera de nogal. Su cuerpo se desplomó inerte hacia atrás haciendo un ruido seco desagradable, como al dejar caer un saco de patatas desde cierta altura y golpear contra el suelo. Nikolai, sin pensarlo un momento, vació el cargador de su Kalashnikov contra la puerta, que resistió razonablemente bien el envite de los treinta cartuchos en ráfaga que impactaron contra la hoja de acero laminado del revestimiento interior.

Tras el estruendo de los disparos, el ruso avanzó agazapado hacia la puerta de entrada envuelto en una nube de pólvora quemada a la vez que cambiaba el cargador de su arma. Puso la oreja junto a uno de los agujeros de bala y auscultó en silencio para comprobar cualquier posible ruido proveniente de la escalera cuando, sin esperarlo en modo alguno, una explosión descolocó la puerta blindada de su marco y la catapultó con fuerza contra el cuerpo de Nikolai, que cayó malherido a un lado del pesado armazón.

Borz Kutaev, el otro checheno, seguía en la cocina vigilando a Javier Galarreta. La onda expansiva quedó lejos de ellos, aunque el ruido los dejó momentáneamente aturdidos mientras los vasos tintineaban sobre el escurreplatos. Borz, cuyo significado en lengua chechena representa al lobo, se mantenía fiel a su nombre, siendo cauto y no optando por acercarse a la salida del piso; creyó más seguro permanecer junto a su secuestrado. De pronto saltó un trozo grande de cristal proveniente de la ventana de la cocina, a sus espaldas, y acto seguido una granada antitanque entró por el hueco para caer al suelo embaldosado en blanco y negro. La mina rodó hasta los pies del checheno que, con acertada rapidez y templanza, se agachó para recogerla y volverla a tirar al

patio interior del edificio por donde había entrado. Según la sujetaba cerca de la ventana rota, un brazo apareció al contraluz con una pistola bien sujeta en la mano y le disparó tres proyectiles certeros a la

cara. El silenciador hizo que las balas silbaran sigilosas mientras atravesaban la cabeza del hombre y salieran por la parte posterior del cráneo, dibujando un grafiti abstracto en rojos de diversas tonalidades sobre los azulejos blancos de la pared.

El cuerpo del terrorista checheno se desplomó de espaldas contra la mesa arrastrando las tazas de café y la propia cafetera en su caída, que derramó parte del contenido restante sobre las losetas. El aire se hizo confuso ante la mezcla de café, fluidos humanos y restos de la explosión previa de la puerta. La granada rodó caprichosa y se detuvo ante los pies de Galarreta que la miraba despavorido, concluyendo que eran pocos los segundos que le quedaban de vida.

En aquel momento cayeron los cristales que aún resistían sujetos al marco de la ventana y un cuerpo estilizado se introdujo en el espacio con notable agilidad. Se acercó hacia el comisario mientras este imploraba señalando con la cabeza la granada antitanque.

—¡Mmmm, mmm! —solo podía decir con la mordaza que le atenazaba la boca.

La figura embutida en un mono negro y coronada con un pasamontañas que le tapaba toda la cara, puso el dedo en la boca en señal de silencio. A continuación, marcó otros tres dedos en alusión a los terroristas que estaban en el piso, corroborando que no hubiera nadie más. Galarreta asintió, pero se empeñaba en señalar el explosivo, que ya debería de haber detonado en situaciones normales, o en un flujo razonable del espacio tiempo que parecía haberse alterado misteriosamente desafiando las formulaciones de la física cuántica.

Mientras se quitaba la prenda que le cubría la cabeza, la figura vestida con ropa de combate se dirigió a él por primera vez:

—No lleva carga, tranquilo. Es de entrenamiento.

La voz de una mujer hablando un correcto español sobresaltó al comisario. Bajo la prenda de punto emergió una cara redonda y bella donde unos labios pequeños y una nariz respingona creaban unos rasgos casi infantiles. El pelo largo recogido en un moño era de un rubio espectacular y los ojos azules, con mirada intensa inabarcable, perfilaban un contorno que él reconocía perfectamente.

La chica retiró la cinta americana de la boca del prisionero y, a continuación del interior de un soporte sobre el muslo, sacó un cuchillo de combate de dieciocho centímetros de hoja, de doble filo,

liso y de serrucho, con el que cortó sin dificultad las bridas que inmovilizaban las manos del comisario en la parte trasera de la silla. Cuando tuvo que acercarse a su cara para poder liberarlo, Javier Galarreta notó el olor a champú de manzana que desprendía el pelo de la mujer, el mismo aroma que ahora evocaba desde la cripta de la catedral vieja de Vitoria.

—Masha…

—Parece que empieza a convertirse en una costumbre recurrente eso de tener que venir a salvarte en el último momento ¿eh? —dijo risueña como si todo aquello le resultara divertido.

Rasgó también la cinta americana que daba varias vueltas por los tobillos de Galarreta uniéndole las extremidades a las patas del asiento.

—¿Te manda el FSB? —le preguntó el comisario deshaciendo el enredado de tela y pegamento que lo sujetaba a la silla rústica.

—Claro, no va a ser Papá Noel —respondió ella con sorna mientras se acercaba a Nikolai, que seguía en el suelo bocarriba quejándose lastimero cerca de la entrada del piso.

Subían las voces por el hueco de la escalera en un murmullo de desconcierto proveniente de los vecinos del inmueble. El humo se había disipado por completo y Masha dio una patada al Kalashnikov para alejarlo del alcance del único secuestrador vivo. Lo apuntó con la Makarov de 9,2 milímetros y valoró las lesiones: Tenía la pierna izquierda rota por varios sitios en la rótula y a la altura de la tibia o el peroné, en donde un trozo de hueso le asomaba en punta atravesando la pernera del pantalón en una fractura abierta, con mala pinta pero escasa hemorragia. El hombro derecho estaba dislocado por completo, configurando una postura imposible, y varios dedos de esa mano también aparentaban estar rotos, a juzgar por su posición forzada.

Tenía una ceja y la nariz destrozadas por el impacto de la puerta en toda la cara y sangraba asimismo del oído, sin duda debido a la dañina onda expansiva.

Probablemente alguna costilla también estaría fracturada pero, a pesar de estar hecho una piltrafa, en general las heridas no resultaban mortales de necesidad.

—Bueno —dijo María Nikoláyevna en ruso mirando al herido—, tienes una opción de sobrevivir si contestas a mis preguntas de

manera convincente. ¿Dónde se han llevado a Alexei Vasiliev?

—¡Masha!, se han llevado también a la inspectora Valeria —interrumpió apurado Galarreta desde atrás—. Pregúntale dónde…

—¿Por qué no le dices también mis apellidos y el número de mi pasaporte interno de ciudadana rusa? ¡Joder! Eso no es relevante —le contestó ella contrariada. No estaba acostumbrada a que nadie la interrumpiera en pleno interrogatorio; de hecho, ni tan siquiera estaba acostumbrada a tener testigos presenciales vivos cuando interrogaba.

—Para mí sí que lo es. ¡Pregúntale por ella!

—Está bien —exclamó volviendo al idioma ruso—. Supongo que la inspectora Shevchenko está en el mismo lote, ¿no es así? —dijo dirigiéndose de nuevo a Nikolai—.

Mi compañero, el poli enrollado, quiere saberlo.

—¡Vete a la mierda, puta!

—Respuesta incorrecta —contestó Masha al mismo tiempo que disparó un tiro al pie izquierdo del herido. La bala le reventó el tobillo atravesando la extremidad, se empotró en la tarima y la resquebrajó.

Nikolai gritó como un loco y Javier Galarreta se quedó perplejo.

—Pero ¿qué estás haciendo? —la interrumpió de nuevo el comisario acercándose.

—Mi trabajo.

—No puedes torturar así a un detenido —sentenció.

—No está detenido. Además, yo no soy policía y tú no tienes jurisdicción en Moscú, así que cállate.

Volvió a mirar a Nikolai.

—Si quieres vivir, dame respuestas —le dijo.

—¿Por qué? Yo ya estoy muerto.

—Si me contestas te prometo que, al menos hoy, no te mataré; otro día no te lo puedo asegurar. Dime, ¿dónde se los han llevado? —Masha apuntó a la rodilla sana del ruso—. A partir de ahora puede que tengas que desplazarte con una o dos muletas, pero si te reviento

la otra rodilla vas a tener que usar silla de ruedas toda la puta vida —

le amenazó.

—¡Que te den por culo!

Sonó un nuevo disparo silenciado y el aullido de Nikolai hizo estremecer a Galarreta, que fue a decir algo, pero la agente rusa se lo impidió levantando la mano hacia él y mirándolo con animadversión.

—¡Dime lo que quiero saber o te vuelo las pelotas! —gritó ella enfadada mientras colocaba la boca de su arma apuntando los genitales del delincuente—. Te aseguro que después de esto no vas a poder ni hacerte una paja en tu silla de minusválido mientras ves una peli porno, porque no te va a quedar polla que tocarte.

—Me vas a matar en cuanto te lo diga…

—Ya te he prometido que no lo voy a hacer.

—No le dispares más veces —volvió a intervenir Galarreta.

—¡Tú cállate y métete en tus asuntos!

—Estos son mis asuntos.

Las primeras sirenas se escuchaban de fondo. Quedaba poco tiempo para salir de allí.

—No te creo —sollozó Nikolai mirando a ambos como discutían y dirigiéndose a la rusa—. Que lo prometa tu compañero, que parece un tío legal.

Masha sopló asqueada ante los derroteros surrealistas que tomaba la conversación.

Se volvió hacia Javier y le explicó en cristiano el trato que estaba haciendo con el ruso.

El policía español movió la cabeza como gesto de conformidad mientras miraba al herido:

—No voy a dejar que te mate, tienes mi palabra de honor —le aseguró. Masha tradujo la frase y Nikolai asintió desde el suelo sin dejar de mirarlo con agradecimiento.

—De acuerdo. Se han llevado con ellos a la inspectora de la Criminal

para ir a por Vasiliev, al cual tienen oculto en otro piso. Después van a volar en un avión privado que tienen alquilado primero a Magadán y desde allí a Yakutsk, o eso me pareció entender. Decían algo también de visitar brevemente la autopista de Kolyma una vez consiguieran todas las claves.

—¿ *Трасса*?, ¿en *la ruta*?, ¿para qué?

—Supongo que para aligerar parte del equipaje, ya me entiendes…

Masha confirmó con la cabeza. Se volvió de súbito hacia Galarreta:

—Registra los cadáveres y coge los teléfonos móviles que encuentres y también las carteras con documentación si llevan. Mira a ver si hay algún ordenador o *tablet* que nos pueda servir.

—Sí que hay. Voy a llevarme el ordenador portátil que han usado conmigo —

respondió el policía español sin muchas ganas de andar revolviendo entre restos humanos sanguinolentos—. Por cierto, pregúntale a ver si sabe qué ha ocurrido al tomarme las huellas, han debido de tener algún contratiempo.

—Ya me encargo de eso.

Javier hizo acopio del material de los chechenos y lo guardó en una bolsa de deportes hecha una pelota que estaba sobre el sofá del salón. Al llegar de nuevo a la puerta del piso, Masha se hizo cargo de la bolsa y le entregó a Galarreta su semiautomática aún con el silenciador puesto.

—Mátalo —le indicó con frialdad señalando a Nikolai.

—¿Qué? ¿Estás loca? No vamos a matarlo, le has prometido que no lo ibas a hacer…

—Claro. Le he dicho que yo no le iba a matar. Y eso lo cumplo. Lo vas a hacer tú.

—¡Eres una psicópata! —se rebeló Galarreta enfadado—. No voy a pegarle un tiro a una persona herida que no representa amenaza alguna y por otra parte no puede huir a ningún lado por sus propios medios. Ya se hará cargo la policía de él.

—Ha visto y sabe demasiado, hay que borrarlo de la ecuación por

nuestra propia seguridad.

—Me niego a tal salvajada.

—Está bien, de acuerdo. —Masha recogió la pistola de manos de su compañero y se la guardó en la cartuchera del cinto. Aprovechó para sacar algo del bolsillo lateral y se lo colocó al policía español entre las manos. Retiró una anilla de seguridad y comenzó a salir del apartamento. Galarreta reparó incrédulo como la espía rusa le había dejado con una granada de mano sin seguro.

—Esta sí que está armada con carga, así que date prisa —dijo ella enfilando los peldaños que bajaban por el rellano—. Te quedan unos seis segundos para que explote y, por cierto, no se te ocurra tirarla por el hueco de las escaleras porque está todo lleno de vecinos inocentes…

—¡Qué cabrona! —maldijo Javier mientras arrojaba con precipitación la granada al interior de la vivienda y salía corriendo escaleras abajo tras los pasos de Masha.

— *Pízdabol gandón!* —bramó Nikolai en alto antes de que la tremenda explosión zarandeara la estructura del piso, le segara la vida y provocara una lluvia de cristales en toda la planta del edificio.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el comisario mientras bajaban a paso rápido.

—Que eres un mentiroso y además un sucio condón usado; o sea un hijo puta tremendo —contestó ella impasible.

—¡Hay que joderse!

RESTAURANTE HESBURGUER

CALLE ARBAT, 32

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Masha y Javier se habían escabullido por entre las callejuelas próximas a la calle Povarskaya hasta adentrase en la zona peatonal de la calle Arbat, mientras los vehículos de emergencia iban llegando en una procesión precipitada y constante anunciada por luces y sirenas. Ambos habían descendido por un acceso peatonal hasta la segunda planta de un parking subterráneo próximo donde la rusa había

estacionado el coche,

con la intención de cambiarse de ropa. Masha se había puesto unos vaqueros y un grueso jersey de lana guardados en una bolsa de deportes. Al despojarse del mono negro de asalto, Galarreta se quedó embobado mirándola en ropa interior.

—¿Qué te parece? ¿Estoy buena? —le soltó ella con su descaro habitual al captar el interés del policía—. Tengo unos pantalones de hombre, de pana jumbo de esos con crestas anchas, en el maletero —siguió sin dar importancia al hecho—. Creo que alguno te servirá, son de algodón bastante calientes; he cogido cuatro tallas diferentes para acertar. También hay tres plumíferos de diversos colores y tamaños, ponte el que quieras. ¿Qué pie utilizas?

—¿Cómo?

—¿Qué cuál es el número de zapatos que calzas?, te pregunto. Parece que estás en la inopia. —Masha ya estaba cambiada y ahora se estaba ajustando unas botas negras de pelo con flecos en color rosa.

—El cuarenta y cinco como norma general, depende del fabricante —respondió el comisario examinando el maletero.

—Vale, entonces o te metes en unas botas del cuarenta y cuatro que tienen el empeine bastante ancho o te pones unas del cuarenta y seis; no quedaba nada para la nieve del cuarenta y cinco en las galerías donde he estado mirando.

—¿Antes de venir a asaltar la vivienda y cargarte a los tres tipos has estado de compras? Me dejas alucinado.

—Lo llevaba guardado en el coche desde el otro día que lo fui a buscar por si debía intervenir, cosa que al final así ha sido —respondió ella mientras se quitaba el moño medio deshecho sujeto por varias horquillas. El pelo rubio le cayó por ambos lados de la cabeza y el garaje olió de nuevo a manzana. Decidió hacerse rápido una cómoda coleta.

Galarreta optó mejor por un calzado grande que pequeño (ande o no ande…). Se plantó los pantalones marrones que le quedaban más cómodos, notando su tacto suave de calidad y eligió la chaqueta acolchada marca Norway que era la que le gustaba y encajaba mejor en su contorno. Cuando terminó de vestirse, ambos salieron de nuevo al exterior solo con una pequeña mochila que ella llevaba a la espalda. Habían dejado los móviles, las carteras y el ordenador de los

secuestradores en el coche, lo que al comisario no le pareció del todo oportuno pues quería investigar en persona el portátil.

Masha le convenció de que los Servicios Secretos rusos podrían extraer bastante más

información de los equipos en cuatro o cinco horas que ellos dos solos en un par de semanas, y por tanto había mandado un mensaje indicando la ubicación exacta del automóvil con la *mercancía*.

—¿Tienes hambre? —preguntó a su acompañante resoplando ante el fresco atardecer.

—La verdad es que sí —respondió Javier—. Poco a poco parece que me vuelven las ganas de comer después de tanta adrenalina suelta por mi cuerpo. Sabrás que no he probado nada desde el desayuno; esos cabrones no me han dado ni un poco de agua.

—Vale, pues te voy a llevar a un sitio donde podrás comerte una buena hamburguesa al estilo americano porque me imagino que la preferirás a un menú ruso.

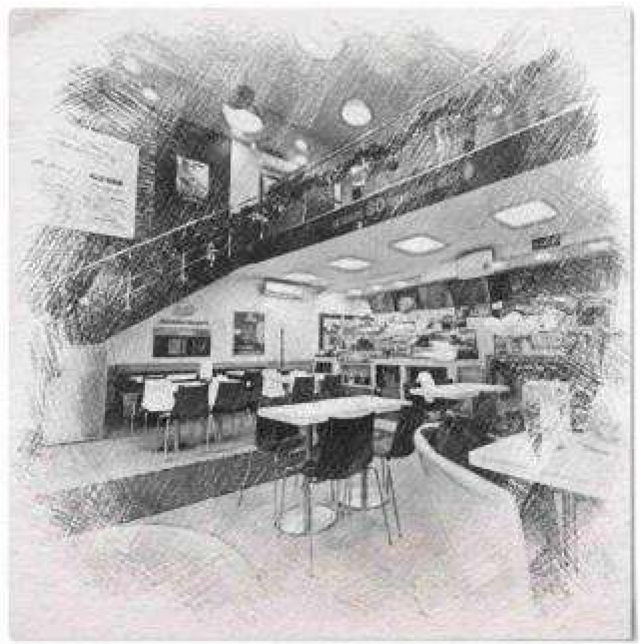
—Sí, mejor algo conocido.

Y María Nikoláyevna se agarró al brazo del policía para conducirlo hacia la calle Arbat, como si de un matrimonio convencional se tratara.

- - -

El restaurante de comida rápida Hesburguer se hallaba en un lugar privilegiado en la famosa arteria peatonal del centro de Moscú. Era una copia descarada, a lo ruso, de cualquier típica cadena americana, con precios ajustados y calidad razonable. Pese a todo, no había demasiada gente en el local, apenas cuatro o cinco mesas ocupadas; tal vez fuese un poco temprano, las seis y media de la tarde, o acaso el mal tiempo no acompañaba para salir. En Moscú nevaba de manera intermitente, pero lo peor era el frío húmedo que calaba los huesos.

Javier Galarreta se había pedido una hamburguesa con beicon, doble de queso y huevo frito para hacerle una fiesta a su colesterol. Masha había escogido unos muslitos de pollo fritos acompañados con una salsa de yogurt. Los dos bebían cerveza Heineken embotellada, iban ya por su tercera ronda. Habían pedido como complemento unos aros de cebolla y patatas para picar.



—¿Le preguntaste al tipo ese qué había sucedido con mis huellas cuando me las tomaron en el sensor del ordenador portátil? —inquirió Galarreta terminando su menú.

—Ajá —contestó ella cesando de masticar—. Parece ser que no estaban seguros de si tus claves dactilares habían llegado al servidor central que tienen en alguna parte del norte de Siberia. Lo mismo les debió pasar con el otro informático que tienen secuestrado —Untó con despreocupación en la salsa una patata frita que le había sobrado a su compañero—. Por eso seguías vivo, por si debían volver a escanearlas. En el momento en que confirmaran su recepción correcta te matarían.

—Menos mal que llegaste a tiempo.

—Hago lo que puedo.

—¿Cuál es el plan? Me refiero a qué es lo que vamos a hacer ahora una vez terminemos el banquete.

—Esperar. —Cogió otra patata y lo miró seria. Sus ojos azules perturbaron al policía español una vez más.

RESTAURANTE HESBURGUER

CALLE ARBAT, 32

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

María Nikoláyevna Ivanova miró su reloj de pulsera. Le pareció que la hora era la adecuada y sacó un móvil Taiga de la mochila apoyada en el asiento de al lado.

—¿Me dejarías hacer una llamada? —preguntó Javier Galarreta señalando el móvil ruso.

—¿A quién, a tu chica? Lo siento, no puede ser. Debemos comportarnos de una manera cauta para no ponernos en peligro. Lo más probable es que tengan su número pinchado.

El comisario se echó hacia atrás en el asiento contrariado.

—¿Qué vas a hacer?

—Contactar con mis superiores a las diecinueve en punto.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó él a bocajarro.

—¿El qué?

—Todo esto: asesinar gente, eliminar objetivos marcados, misiones de alto riesgo casi suicidas como mi propio rescate… no sé; jugarte la vida a cada momento, sobre todo ahora que tienes una familia, ¿no?

—He de llamar… —Masha se alegró de que las agujas se posicionaran en las siete de la tarde; no le gustaba hablar de ella misma ni de su vida privada con nadie, sobre todo ahora que efectivamente tenía una familia esperándola; y menos aún con un policía, sus principales antagonistas laborales.

Marcó el único número que figuraba grabado en la agenda telefónica del aparato.

Esperó unos momentos mientras salía el tono de aviso al otro lado de la línea. Se fijó mientras aguardaba el inicio de la conexión en que su acompañante no estaba nada mal.

Pese a la estresante situación vivida unos momentos antes, a punto de morir, había recuperado la templanza con asombrosa rapidez y las tres cervezas que se había tomado junto con la hamburguesa lo habían restituido de nuevo. La ropa le quedaba entallada resaltando unos músculos suaves pero definidos; gozaba de un buen plante, y la piel morena mediterránea, pese a los más de cincuenta y cinco años echados a las espaldas, le daba un aire seductor como muy pocos rusos tenían.

— *Da*… —se oyó al otro lado del teléfono y Masha comenzó a hablar en su idioma nativo con un tono igual al utilizado cuando conversaba en español: escueto y contundente a partes iguales.

Al mantener la conversación telefónica, la espía rusa se percató de que el local se iba llenado poco a poco. Ahora mismo apenas quedaba ya una mesa libre y junto a la caja se había formado una cola de cuatro o cinco personas, en su mayoría jóvenes. Al poco rato, Masha se calló y volvió a centrar la mirada en Javier Galarreta, al cual entregó el móvil estirando el brazo. Éste la miró sorprendido.

—Ponte al teléfono —le aclaró ella—, quieren hablar contigo.

—¿Conmigo? —exclamó con extrañeza mientras atrapaba el Taiga de manos de su compañera. Se puso el auricular junto al oído—. ¿Sí?

—Javier —dijo una voz en correcto inglés británico—, soy Vladimir Krivenko.

Quisiera en primer lugar disculparme por lo sucedido, entiendo que es inconcebible que haya fallado de esta forma tan estrepitosa el equipo de seguridad asignado para protegerte, pero, si te sirve de consuelo, nunca pensé que Bondarenko cambiaría de bando, era uno de mis hombres más fieles.

—Bueno, no es que me reconforten demasiado tus excusas; estoy pensando que tal vez estaría más seguro en mi país cuidado por mi gente incompetente —apuñaló el excomisario—. Estoy vivo de casualidad gracias a la aparición milagrosa de Masha.

—Lo se. La mandé a ella de inmediato en tu auxilio en cuanto descubrimos lo que había sucedido. Teníamos micrófonos ocultos en la habitación…

—Como en la Guerra Fría de la época soviética ¿no? Allí todos los extranjeros eran vigilados en los hoteles rusos para «garantizar su seguridad».

—Sin ironía, Javier, es fácil hacer leña de un árbol caído. Ya me sabe bastante mal lo que ha pasado. —Se quedó unos instantes en silencio considerando las siguientes palabras y después prosiguió—: No hay muchas opciones ahora mismo. Por un lado, puedo hacer que María Nikoláyevna, te acerque hasta el Ministerio del Interior para volver a ponerte en custodia, pero a mi juicio eso es exponerte demasiado en público.

No sabemos cuántos más pueden estar implicados en este complot jugando a dos bandos. Además, con toda sinceridad, creo que en estos momentos con quien más seguro te hayas es con la agente que tienes a tu lado. Confío ciegamente en ella y creo que estás en buenas manos.

Galarreta sopesó con prudencia las palabras del jefe de la inteligencia rusa; si una psicópata y asesina despiadada era la mejor baza disponible, algo estaba fallando en los servicios secretos. No obstante, estaba claro que era mejor tener a Masha de aliada que como enemiga.

—También puedo entrar por la puerta principal de la embajada española y, como hacen en las películas de espías, solicitar asilo para que me repatríen, ¿no?

—Tendrás que dar muchas explicaciones, aunque sí, es otra opción. De todas formas, si apreciabas a la agente Shevchenko no es esa la mejor alternativa; entenderás que no puedo obligar a Masha a sacrificarse por ella, no es estrictamente su misión.

—Ya… —Al cabo de unos segundos interminables en silencio, Javier finalmente respondió de manera afirmativa. Sabía que aquella paradójica mujer que tenía sentada enfrente suyo no estaba por la labor de arriesgarse para traer a la inspectora de vuelta en una pieza —. De acuerdo, ¿qué es lo que me propones?

—Te planteo acompañar a Masha para que la ayudes a encontrar e intentar rescatar con vida al informático Vasiliev y de paso a Valeria Shevchenko. Quiero que entiendas que puede ser peligroso, pero ella dará la vida por ti si es necesario.

—Joder, no quiero que nadie dé la vida por mí, ya ha habido suficientes víctimas y todas las víctimas son iguales; ninguna víctima es más importante que otra. Lo único que deseo es terminar con esta puta historia de una vez.

—Pásamela de nuevo —ordenó Krivenko a su interlocutor como única despedida.

Javier devolvió el teléfono a Masha y esta continuó durante unos breves segundos adicionales hablando en ruso con su jefe. Cuando terminó, dejó el aparato sobre la mesa

y se quedó mirando a los ojos a Javier Galarreta un tiempo lo bastante prolongado como para conseguir incomodarlo.

—Parece que vamos a trabajar juntos —expuso ella al fin—. Deseo que seas consciente de mi discrepancia. No estoy en absoluto conforme, yo siempre trabajo sola y no soporto a la *yebanaya politsiya*, y menos la rusa, son insufribles. —Obtuvo un silencio por respuesta, más que nada porque el excomisario no entendió el insulto—. Debemos descansar cuanto podamos esta noche —siguió ella más calmada—, mañana tomaremos un avión temprano. Voy al baño antes de irnos, me estoy meando.

—¿Un avión adónde?

—Luego te lo cuento y, por cierto —dejó caer camino de los lavabos —, para obtener acceso a una línea exterior protegida en ese móvil has de marcar primero el 101 y después, cuando te dé el tono, puedes teclear los dígitos que quieras. Por cierto, pon el

+34 de prefijo de tu país antes, que estás en el extranjero. Tienes cinco minutos hasta que regrese de echar un pis.

—¿Y lo del número pinchado y todo eso relacionado con la seguridad por lo que me habías echado una reprimenda?

—¡A la mierda!

Galarreta llevó la comisura de los labios hacia arriba y elevó el labio superior formando un arco, con lo que recreó una especie de sonrisa al estilo de la Mona Lisa que le quedó muy *cool*.

—Gracias…

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE

MAGADÁN-SOKOL

ÓBLAST DE MAGADÁN

(FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

El vuelo chárter alquilado por Ígor Kovalev, un flamante Airbus A318 Elite con capacidad para diecinueve pasajeros, transportaba a los componentes de la expedición hacia las tierras del distrito del Lejano Oriente en Rusia. Además de Kovalev y su novia Valentina Atlasova, viajaban también en el aparato Boris Bondarenko custodio de la inspectora Valeria y Yuri Tachenko con Alexei Vasiliev, al cual había capturado con la ayuda previa del ya difunto Nikolai, poco antes de que este se evaporara junto con los dos chechenos en la explosión y posterior incendio del piso en la calle Arbat.

Las cosas iban saliendo bien, según lo previsto, aunque Kovalev tenía cierta preocupación, puesto que el equipo que había dejado como retén en la capital con la intención de custodiar a Javier Galarreta no contestaba al teléfono. Las huellas del comisario español ya habían sido registradas correctamente en el ordenador maestro ubicado en Yakutsk tal y como le habían ratificado los informáticos que operaban desde allí, por lo cual el siguiente paso de los tres mercenarios era ejecutar al comisario español, tomar una línea regional hacia la capital Saja en cuanto quedaran vuelos disponibles y reunirse más a delante todos en la base de operaciones al norte de Siberia.

—¿Qué ocurre, amor? —le preguntó Valentina, que iba sentada a su lado mientras la pequeña mano de esta le acariciaba el muslo derecho.

—Esos gilipollas no contestan a mis llamadas. Han descolgado una vez y después se ha cortado la comunicación. Desde entonces da tono, pero nadie responde.

—¿Y el teléfono de los chechenos? Ellos disponían al menos de otro.

—Apagado, no tiene señal. Ese lleva así desde que regresaron de Londres, probablemente lo inutilizaron como les sugerí para no dejar pistas.

—Claro, no me acordaba de eso. Bueno, de todas formas, no te preocupes demasiado

—lo tranquilizó la mujer. Sus ojos achinados se cerraron aún más—, nuestro amigo no mantiene ninguna posibilidad estando allí atado y amordazado. Nadie sabe que lo tenemos oculto y no tiene nada que hacer contra los tres incluso aunque lograra liberarse de sus amarres; algo improbable, te recuerdo que lo sujeté yo misma a conciencia con medio rollo de cinta americana; por cierto, un gran invento de los jodidos yanquis. —Rio de manera maliciosa.

—Sí, lo sé. Tal vez continúe existiendo ese problema con las líneas que nos ha retrasado tanto al trasferir los datos. Parece que el frío y la nieve no sientan nada bien a las comunicaciones, que tiene cojones, viviendo en un país en el que la mayor parte del año estamos bajo cero.

—Yo sí quiero que me trasfieras algún dato con tu terminal —susurró ella de manera sensual mientras le agarraba con fuerza la entrepierna. Notó que el miembro se le ponía duro—. ¿Qué vamos a hacer con esa zorra de la policía?

—Ya está decidido. Hay que deshacerse de ella junto con Vasiliev en cuanto aterricemos. Ha sido un error traerla con nosotros, pero el idiota de Boris está encoñado.

Se piensa que va a dejarlo todo, incluido su juramento de hacer cumplir la ley, para irse con él a comer perdices y procrear una camada de hijos que acaben correteando alegres por la casa, como en los cuentos eslavos recopilados por Afanasiev.

—Igual es así, no sería la primera ni la última agente del orden que se cambia de bando. Recuerda cómo me conociste a mí y cómo dejé todo para irme contigo.

Valentina Atlasova trabajaba unos años antes de conocer a Ígor Kovalev como escolta del gobierno ruso, en el SBP, el Servicio de Seguridad Presidencial, dentro del equipo de protección del mismísimo presidente ruso y de otros altos cargos del gobierno.

La mayor parte de los escoltas provenían de los comandos de las Fuerzas de Operaciones Especiales de Rusia, las Spetsnaz donde solo la élite de los militares y policías lograba hacerse un hueco. Los hombres y las mujeres que mejores capacidades de intuición y cognitivas demostraban, así como más capaces de interrelacionarse con fluidez y adaptarse a situaciones impredecibles, eran propuestos para inscribirse en los servicios especiales de seguridad estatal, dependientes de FSB. La previsión y la anticipación eran valoradas como las características primordiales de los llamados a ser guardaespaldas presidenciales, ya que era más importante descubrir las potenciales situaciones de riesgo antes de que se produjeran que tener que repelerlas una vez ya hubieran ocurrido.

Valentina había accedido a ese nivel, reservado solo a personas menores de treinta y cinco años por el desgaste físico y emocional que supone ejercer de escolta presidencial.

Superado un tiempo de capacitación y entrenamiento específico muy exigente, se incorporó a la protección de los altos cargos gubernamentales.

En una visita del ministro de Defensa ruso a las instalaciones de Kaspersky Lab. con motivo de la inauguración de su nueva sede moscovita y en la que ella iba como una de sus guardaespaldas personales, conoció a Ígor Kovalev. Recordaba perfectamente el recorrido a unas infraestructuras al estilo del gigante americano Google que la dejaron perpleja: un espacio moderno y descomunalmente amplio, junto al río, con playa artificial, campos de deportes, piscina, gimnasio y espacios de esparcimiento para sus

casi tres mil empleados; con sistemas de ahorro energético y hondamente respetuosos con el medio ambiente. Una especie de oasis tecnológico dividido en dos edificios con vasto terreno alrededor.

Kovalev les hizo de anfitrión antes de llevarlos ante el fundador de la empresa, Eugene Kaspersky, que los aguardaba en su despacho del quinto piso asomado al balcón disfrutando de unas vistas excepcionales. Mientras el ministro charlaba con el informático hecho a sí mismo tras haberse dedicado, casi por casualidad, desde los años ochenta a desarrollar tecnologías antivirus y que había levantado la compañía junto a un grupo de compañeros en 1997; Valentina e Ígor cruzaron las miradas una y otra vez.

Tal vez fue su sonrisa seductora o acaso una concatenación de gestos y señas de atracción, pero ambos quedaron prendados en lo que universalmente se denomina

«amor a primera vista». No le fue difícil a Kovalev localizarla días después en el Servicio de Seguridad gracias a sus contactos e influencia para llevársela en un primer momento a su lado como jefa de Seguridad en la sede de Londres donde él habitualmente trabajaba y, después, llevársela también a la cama como su amante oficial, donde ella demostró cualidades tan interesantes o incluso más que como guardaespaldas (de por sí muchas y muy completas).

—No le daremos esa oportunidad —sentenció Kovalev comenzando a besar con pasión a su novia en la boca, intercambiando fluidos y deslizando la mano bajo la blusa de la asiática para juguetear, esquivando el sujetador de puntilla, con uno de sus pezones erectos que pedían a gritos algo de afecto y dedicación.

Unos asientos más adelante, Boris trataba en vano de convencer a Lera

para que siguiera a su lado en esta aventura, sin saber que la suerte estaba echada. Su alternativa era la muerte y ambos lo sabían. La inspectora, engrilletada con cinchas a la espalda, tenía aún en la cabeza la instantánea con la cara destrozada de Iván por el disparo de uno de los falsos camareros chechenos.

—¿Siempre es el puto dinero el motivo y la justificación de todo comportamiento? —

preguntó ella al aire, sin buscar una respuesta concreta. Parecía más bien un comentario estoico de resignación.

—No solo eso —entró Boris al quite—. Por fin soy alguien, ¿sabes? Alguien imprescindible en un trabajo importante y bien pagado.

—Sí, claro que eres alguien; eres un puto asesino. —Lo miró con desprecio, renegando de quien en un momento de la vida fue su amante—. Ya veo que además del dinero es también el ego el responsable de tus actos —continuó—. Claro, otro factor

depravante unido de la mano al anterior. Y, por cierto, no creas que eres tan imprescindible, yo que tú me andaría con cuidado.

El piloto giró la cabeza para asomarse tras la portezuela de separación de la cabina que estaba abierta e indicó que se aproximaban al aeropuerto de Magadán, en tierras orientales, y que la temperatura reinante rozaba los quince grados bajo cero. Su nombre era Anatoly Berezutski, un expiloto de la fuerza aérea rusa y hombre de confianza de Kovalev, al que conocía desde hacía años. Anatoly, un tipo afable de cara alargada y bigote fino, de constitución delgada como un prisionero de guerra, había sido piloto de combate a bordo de los

míticos MIG21 soviéticos, tal vez los mejores cazas fabricados nunca. Después pasó a transportar fundamentalmente material militar y tropas en el malogrado Yakovlev Yak-42, un trirreactor conocido por sus múltiples accidentes motivados en gran parte por las vibraciones de la sección de cola.

Un aparato similar fue en el que fallecieron sesenta y dos militares españoles, junto a toda la tripulación, cuando regresaban de una misión en Afganistán, constituyendo con ese accidente aéreo la mayor tragedia en tiempos de paz del Ejército del Aire de España en toda su historia.

Tolya, como llamaban al piloto, se vanagloriaba de que una vez superados los años al mando de esos ataúdes volantes, que carecían prácticamente de mantenimiento pues

la fábrica de Sáratov cerró dejándolos sin respaldo comercial, conducir cualquier cosa con alas que planeara era pan comido.

Junto a él viajaba de copiloto su inseparable Filipp, un tipo grande, voluminoso, que se asentaba con dificultad tras los mandos secundarios de la aeronave. Era un hombre de pocas palabras y mirada huidiza.

Una vez obtuvieron la preceptiva autorización de la torre de control del aeropuerto de Magadán-Sokol, ambos aviadores hicieron tomar tierra al Airbus sobre la pista helada con una pericia extraordinaria.

APARTAMENTOS ROMANOV

UKRAINSKIY BUL´VAR

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Masha condujo a Javier Galarreta hasta el apartamento alquilado unos días antes en el centro de Moscú, muy cerca de donde habían cenado y también extrañamente próximo al hotel Ucrania, donde el policía español había estado en custodia hasta que los chechenos y Boris le secuestraran junto a la inspectora Valeria.

Al subir hasta el noveno piso y acercarse a la puerta de entrada, atravesando el largo pasillo comunitario, Masha se agachó para examinar el trozo de celo pegado de manera casi invisible entre el suelo y la propia puerta. Tras comprobar que seguía en su sitio, abrió con tranquilidad.

—Como en las películas —exclamó Galarreta. Ella no contestó, se limitó a mirarlo con incredulidad y negando con la cabeza.

El piso era pequeño, destinado a una persona o una pareja como máximo. La entrada daba directamente a un saloncito comedor de unos catorce metros cuadrados, siendo generosos, en donde había una mesa rectangular de madera en el centro, demasiado grande para el espacio disponible, con un mantel de hilo blanco arrugado que caía lacio por un lado. Un par de sillas de color madera oscura tapizadas en tejido de flores flanqueaban la mesa, y un sofá de dos plazas algo más al fondo se orientaba hacia una televisión vetusta, de las de tubo catódico. Lo más llamativo eran los dos ventanales amplios que alzados sobre el parque del Boulevar ofrecían en exclusiva una vista panorámica completa de la característica fachada de piedra del Hotel Ucrania.

Un baño muy básico con taza, lavabo y ducha cortinada; un dormitorio austero con una sola cama de matrimonio y una cocina diminuta que pedía a gritos una reforma integral, en donde difícilmente dos personas podrían moverse por ella simultáneamente, completaban el conjunto.

—Bueno, no es que sea un palacio precisamente —dijo el comisario rompiendo un poco el hielo. Se fijó en un rifle con mira telescópica

montado sobre un trípode apoyado en el suelo, bajo las ventanas—. ¿Y eso? —preguntó señalándolo.

—Es un Orsis T500 —explicó ella impasible, como si lo más normal de mundo fuese tener un arma así en el cuarto de estar, por si llama a la puerta un odioso vendedor de enciclopedias—. Es un fusil de tirador del Ejército ruso. Una maravilla técnica, tiene un alcance preciso de mil metros.

—Ya, ya sé que se trata de un *sniper*. Te preguntaba sobre el motivo de tenerlo ahí. —

Miró a través de la ventana y no tardó mucho en deducir que a ese mismo frontal del hotel hacia donde ahora miraba daba la habitación de la vigésimo octava planta donde había estado alojado—. ¡Nos estabas vigilando desde este apartamento! —dedujo.

Masha se sentó con indiferencia en el sofá de dos plazas y se quitó las botas comprobando con rabia que habían desteñido levemente, tintando de manera irreparable en un color caqui sus calcetines blancos. Se agarró el pie derecho y lo masajeó como si quisiera que la sangre circulara mejor, lo tenía frío. Aprovechó para echar un vistazo a la herida que se hizo al cortarse en la embajada de Turkmenistán; estaba casi cicatrizada por completo.

—Claro —dijo al fin mirando a Javier—. ¿Por qué crees que te he encontrado tan rápido si no? Rastreaba tus pasos desde que llegaste a Moscú.

—¿El fusil era para protegerme?

—Vamos a dejarlo ahí. Digamos que la idea era que nadie se llevara la clave biométrica que portabas en tus huellas.

—¡No me jodas! —se alteró el comisario—. ¿Ibas a matarme?

Masha no contestó. En lugar de eso se fue al cuarto a ponerse ropa más cómoda.

Cuando regresó se metió en la cocina y salió al rato con un vaso de leche templada y un par de galletas integrales, cogió de nuevo postura en el sofá y encendió el televisor. Se había puesto un pantalón elástico azul marino tipo *leggins* y una amplia camiseta gris de color claro.

En la pantalla desgastada del aparato a color irrumpía la emisión de la *1-Perviy*, la televisión pública de Rusia, en donde transmitían un

documental sobre Yury Gagarin, el primer hombre que viajó al espacio exterior. Gagarin, cosmonauta y piloto galardonado con el título de Héroe de la Unión Soviética, consiguió un hito sin

precedentes en la carrera espacial a bordo de su cápsula Vostok 1, completando una órbita alrededor de la Tierra en abril del sesenta y uno. Había llovido mucho desde entonces para los rusos.

—Hay algo que no acabo de entender —soltó finalmente Galarreta agarrando una de las sillas de la mesa central para sentarse del revés en ella, con las piernas abiertas apoyando los brazos en el respaldo. Se fijó en el tatuaje de la Santa Muerte que adornaba el antebrazo de su compañera de piso.

— *Kakiye?* ¿El qué?

—¿Cómo no habéis protegido a Alexei Vasiliev? Él era la otra clave que permitía el acceso completo al programa informático junto con la mía y, sin embargo, los secuestradores ya lo habían capturado.

Masha se giró en su asiento y dejó colgando una pierna por uno de los lados, estaba medio desparramada en una actitud de cansancio. En esa postura el pantalón se le apretaba en la entrepierna, dejando marcado un pronunciado *camel toe* que a Javier le pareció sensual y prohibitivo a la vez.

—Alexei Vasiliev, al que te refieres —comenzó a explicarle—, marchó junto con su familia a pasar las Navidades a casa de su madre viuda en la ciudad que lo vio nacer: Bélgorod. Es un sitio tranquilo muy cercano a la frontera con Ucrania. El FSB alertó a la policía local para que acudieran a buscarlo y lo llevaran de inmediato hasta Moscú con el fin de ofrecerle una protección adecuada en uno de los pisos tutelados del Servicio Federal de Seguridad, pero, como bien sabes, Boris era un miembro muy cercano a Krivenko y se enteró del plan.

»Un comando interceptó el coche patrulla que lo trasladaba, se hizo con Vasiliev y mató a los policías, siempre tan eficientes en sus labores. Yo estaba en Londres recopilando información en Kaspersky sobre todo este asunto y la muerte de Alexander Volkov, por lo que no me dio tiempo material para llegar a Bélgorod a cortar el problema de raíz.

Javier Galarreta reflexionó sobre el significado de las últimas palabras de María Nikoláyevna. Evitaba mirarle la ingle, pero la vista se le iba sin querer a los muslos de la chica creando una situación embarazosa. Parece que Masha acabó dándose cuenta, pues se sentó de modo

convencional estirando la prenda con la mano para separarla lo necesario de sus partes íntimas.

—Tu misión era liquidar a Alexei —prosiguió Galarreta apartando la mirada y llegando a una desalmada conclusión—. De ese modo nunca conseguirían las claves; era la mejor forma de evitarlo…

La espía rusa volvió a guardar silencio mientras apuraba el vaso de leche.

—Y conmigo pensabas hacer lo mismo desde este salón: me ibas a volar la cabeza de un tiro si mi seguridad peligraba. Un bonito gesto el tuyo, la mejor manera de protegerme.

—No es así en tu caso —aclaró ella—. Las órdenes dadas por Krivenko priorizaban tu seguridad. Yo debía eliminarte solo si los malos ganaban. La suite estaba completamente monitorizada con al menos media docena de micrófonos; ya sabes que en los tiempos soviéticos los principales hoteles de Moscú tenían paredes falsas repletas de dispositivos de vigilancia para controlar a los invitados extranjeros que se alojaban en ellos. El Ucrania no era una excepción y aún quedan habitaciones sin remodelar por si las moscas, pese a haber cambiado de propietarios. Yo creo que ni la nueva gerencia tiene conocimiento de ello.

—Pero los malos sí que acabaron ganando y por fortuna sigo vivo…

—Ya, no me lo recuerdes. No tuve ángulo de tiro en ningún momento, te lanzaste como una fiera al otro cuarto desde donde no había visibilidad por los cortinones. Más tarde te sacaron arrastrándote por el suelo sin que tan siquiera alcanzara a situarte en la mirilla del rifle. Y, si te sirve de consuelo, no me apetecía matarte, me caes bien para ser un poli; de todas formas, no se trata de nada personal, espero que lo entiendas.

—No, claro que no lo entiendo, lo mismo estás dispuesta a acabar conmigo que a salvarme la vida. O sea, ¿todas las palabras cordiales de Vladimir Krivenko y sus excusas eran falsas como un billete del Monopoly? ¿Se dedica a convencerme de que vela por mi salvaguarda y en lugar de eso me maneja como un peón sacrificable?

—Krivenko debe ser también político en el cargo que ostenta, así que sus discursos hay que entenderlos con cierta distancia y una visión ecléctica.

—Es muy fácil decirlo cuando no te afectan directamente —suspiró

Galarreta con desaprobación—. No sé si puedo confiar en ti —concluyó apesadumbrado—, igual me degüellas esta noche mientras descanso.

—Solo si me tocas durmiendo, porque ya he visto como me miras el *pis'ka* —aseveró Masha rotunda, dejando en el aire una réplica que no se sabía bien si iba en serio o en broma.

—Hay que joderse.

◆◆◆

El lado derecho de la cama era para Galarreta y el izquierdo para Masha. No tuvieron problemas con la luz de fondo porque a ambos les gustaba dormir con luminosidad, vislumbrando bien los objetos de la habitación perfilados en sombras inmóviles definidas.

Javier se despertó sobresaltado y miró el reloj de la mesilla, eran las tres y cuarto de la mañana. Se dio cuenta de que el otro lado de la cama estaba vacío y que una luz azulada destellaba desde el salón comedor filtrándose por la puerta entreabierta. Se levantó en calzoncillos bóxer y camiseta para asomarse a la sala. Allí, sentada en una de las sillas, Masha trabajaba ante un ordenador portátil que Galarreta no había visto antes.

La mujer, en bragas y camiseta negra de tirantes temblaba levemente de frío, puesto que la calefacción central se hallaba al mínimo de potencia a esas horas nocturnas. El comisario volvió al dormitorio, se puso una chaqueta, llevó la parte de arriba del chándal a Masha y se lo colocó con sutileza sobre los hombros suaves.

Ella lo miró mitad complacida mitad sorprendida a la vez, para dedicarle acto seguido una sonrisa impagable que lo dejó desubicado. Se puso la prenda deportiva del todo metiendo las mangas y se la abrochó subiendo la cremallera hasta arriba. Se sacó después el pelo suelto atrapado en el interior.

—Ha llegado la información del FSB —le explicó señalando la pantalla con el dedo.

Javier se acercó y se dio cuenta entonces de que Masha había sacado tiempo por la noche para pintarse las uñas en un tono rosa palo—. Han geolocalizado el origen de las llamadas recibidas por el móvil que encontramos en el piso donde te retenían preso y al parecer provienen de Magadán, excepto las que debieron efectuar en el trayecto de ida, indeterminadas y rebotadas por varios repetidores a lo largo del país. Sin lugar a duda, desde algún avión, que además ha de ser privado porque desde ayer no ha salido ningún vuelo regular desde Moscú; el primero es hoy dentro de siete horas.

Él asintió con la cabeza. Intentaba centrarse en lo que le decía, pero la somnolencia que aún le acompañaba junto a la proximidad de Masha con ese olor a manzana que emanaba de la hermosa cabellera, le complicaban la empresa.

—El análisis del ordenador —prosiguió ella— de momento les ha dejado constancia de que tienen un nodo central de comunicación al norte de Siberia, supongo que será en Yakutsk, como nos dijo el tipo ese que mataste con la bomba.

—No me vaciles…

—¿Vacilar? ¿Qué tiene que ver esto con los bacilos?

—Es una expresión que pensaba que conocerías, ya que hablas un español casi perfecto, me refiero a que no me tomes el pelo con eso del muerto.

—Ya lo sabía ja, ja, ja —se rio ella como una niña—, te estaba vacilando yo también.

Javier Galarreta sonrió la cuchufleta por obligación y se dirigió a la cocina dispuesto a preparar café. Cuando vio el tremendo caos que reinaba allí cambió de idea y volvió con las manos vacías.

—Krivenko nos ha dejado los billetes de avión en el coche junto a unos pasaportes nuevos —continuó Masha—. El vuelo que vamos a tomar, como ya te he dicho, sale a las diez en punto del aeropuerto de Sheremétievo con Aeroflot. Es directo, sin escalas.

Tarda siete horas y media en llegar hasta la capital del óblast de Magadán.

—Y cuando lleguemos allí, ¿qué haremos?, ¿cómo vamos a encontrarlos?

—No lo sé. Cuando lleguemos allí improvisaremos sobre la marcha.

—Creía que no te gustaba improvisar.

—Y no me gusta, por eso esta misión está resultando más complicada de lo previsto.

—Se quedó un momento pensativa mirando a lo lejos por la ventana, contemplando el cielo brillante de Moscú con sus edificios iluminados en un amarillo naranja mientras pequeños copos de nieve difuminaban el enfoque. Una imagen de postal.

Javier Galarreta se acomodó en el sofá de dos plazas. Desde ahí, el semblante sencillo de la rusa adquiría un contorno misterioso irradiado tan solo por la pantalla del portátil.

Se fijó de nuevo en ella con interés. Era una mujer bellísima cuyo rostro aniñado reflejaba una edad inferior a la que realmente había cumplido. Una prominente erección le surgió imparable emplazando ahora al policía en situación comprometida. Lo disimuló como pudo cruzando las piernas.

—¿Desde cuándo estás en esto? —le preguntó al fin, retomando de esa manera la cuestión que había quedado en el aire en el *burguer* la pasada tarde.

Masha se fijó en el bulto reprimido.

—¿Desde cuándo trabajo para mi gobierno, quieres decir?, ¿o solo se trata de disimular tu excitación con un diálogo intrascendente?

—Lo primero. —Javier se puso colorado como un adolescente al que le habían pillado curioseando en una página porno.

—Llevo unos cuantos años sirviendo a mi patria —le aclaró ella—. Primero como militar, donde participé incluso en la desestabilización de Ucrania en los territorios del Donbás y, por cierto, de donde volví sin condecoraciones, pero con metralla en el cuerpo y medio dedo de menos. —Levantó la mano derecha y movió los dedillos dejando levantado su diminuto meñique semiamputado—. Tieso como lo tuyo, aunque en menor proporción, espero —sonrió—. Más tarde de aquello, con veintinueve años, me reclutaron en el FSB y ahí sigo desde entonces.

—Cinco años ejerciendo de *liquidadora*.

—Podríamos decir que sí, es mi trabajo.

—¿Tu trabajo? —se alteró Galarreta—. Eso es una barbaridad, no puede ir cualquiera por ahí eliminando gente, personas, seres humanos…

—Alguien tiene que hacerlo. Yo no cuestiono tu modo de vida.

—No, claro, porque yo no voy por ahí pegando tiros a los demás.

—Eres policía, seguro que lo has hecho alguna vez.

Javier se mordió el labio inferior para no decir un disparate abrupto que llevaba conteniendo.

—La diferencia es que yo he dedicado mis esfuerzos durante toda mi carrera a atrapar a los delincuentes, más en concreto a terroristas, no a juzgarlos ni ejecutarlos, y si he utilizado la violencia ha sido porque no me ha quedado otro remedio. Éramos los buenos.

—¡Ja! —soltó Masha cruzando los brazos sobre el pecho—. Los buenos, los malos…

Ya estamos pisando la fina línea que separa el bien y el mal. ¿Sabes? Txema me ha enseñado películas del Oeste porque le gustan mucho al igual que la música country y es la historia de siempre. Los indios eran los malos y los confederados eran los buenos.

Que el hombre blanco hubiese expropiado forzosamente a los nativos americanos de sus tierras y los masacrara daba igual, porque los vaqueros americanos eran los bienhechores.

—Ni estamos en la época del *Far West*, ni tú eres una piel roja que defiende su casa de los intrusos.

—En cierta forma, sí —le cortó—. Defiendo mi país eliminando a quienes ponen en peligro la seguridad nacional.

—Pero eres una asesina, Masha. No sé; de pequeña ¿qué hacías? ¿Diseccionabas perros, disecabas gatos? ¿Jugabas con tus compañeros de colegio a infringiros torturas mutuas? Es que no lo entiendo, no me cabe en la cabeza. ¿Cuándo mataste por primera vez?

Masha se echó todo lo que pudo hacia atrás en la silla de madera sobre la que estaba sentada y, subiendo las piernas, apoyó los pies calzados con los calcetines tinturados sobre la mesa del salón.

—A los catorce años —dejó caer despreocupada, como quien menciona la edad que tenía su prima cuando le llegó la primera menstruación.

—Joder, si eras una niña. —Galarreta casi se cayó del sofá al escucharla—. ¿Cómo fue eso?

—Vivíamos en una mísera aldea en Molodoshkovo, bueno, aunque a mí me gustaba el sitio. Mi padre había muerto o lo habían matado para robarle, qué más da, y mi madre iba a casarse en segundas nupcias con el granjero de la finca colindante a la nuestra; eran tiempos difíciles, se necesitaba un hombre en las familias llevando el negocio y eso que mi hermano mayor no lo hacía mal pese a ser un idiota arrogante.

»Una tarde que yo estaba sola, como tantas otras, mi futuro padrastro me pilló desprevenida atareada en el granero y me violó. Una y otra vez, por delante y por detrás; me dejó reventada…

—Lo siento, Masha —se apresuró Javier Galarreta a decir haciendo amago de incorporarse, aunque al final decidió quedarse en su asiento —. No tenía ni idea de eso.

—Claro que no la tenías, no te lo he contado nunca, ¿cómo vas a tener ni puta idea de lo que me pasó de pequeña? —Masha parecía enfadada en su tono, pero lo que estaba es apesadumbrada en la forma recordando la escena de su adolescencia.

—¿Qué hiciste?

—Lo único que podía hacer: me cargué a ese cabrón. Le corté la polla

con un cuchillo y se la di de comer a los cerdos, a los que les gustó tanto que decidieron hacer un banquete en la granja y comérselo a él también mientras se desangraba.

El comisario se echó la mano a la cara imaginando la escena gore que estaba escuchando.

—Mi madre —siguió Masha— consiguió mandarme fuera de aquella región utilizando el poco dinero ahorrado que tenía escondido. Me fui a vivir con mis tíos en la ciudad de Omsk, en el sur de Siberia, donde terminé de criarme hasta que me independicé.

—¿Y tu madre? —quiso saber Galarreta—, ¿aún la ves?

—Murió el año pasado. Estaba en una residencia a cargo del gobierno federal ruso; algún privilegio debía de tener por trabajar para él. La visité todas las veces que pude.

—Hizo una pausa dramática y dejó caer una especie de suspiro—. Me hubiese gustado hacerme cargo de ella y cuidarla yo misma, pero, bueno, mi trabajo no ha sido el más adecuado para esa ocupación.

Quedaron los dos un momento callados. Masha volvió a mirar la pantalla azul del ordenador como escrutando a ver si entre su brillo se generaban camufladas en el recuerdo imágenes cariñosas junto a su madre; evidentemente no apareció ninguna.

Galarreta intentaba digerir las ruedas de molino recién recibidas de sopetón y con las que a buen seguro algún psiquiatra sacaría conclusiones rotundas, elaborando un perfil de psicópata de manual.

Eran casi las cuatro de la madrugada y se oía el incansable tráfico moscovita, ajeno al agotamiento, que circulaba en menor medida a esas horas intempestivas por las calles adyacentes.

—Por fortuna, ahora tienes a alguien más en quien pensar aparte de tu madre —dijo Javier rasgando el mutismo asentado en el interior del apartamento.

—Sí. Tengo a Txema y a su hijo Fédor, al que quiero como si fuera mío. —Se sorprendió ella misma de utilizar el término «querer» como sinónimo de amar en una de sus frases.

—Pero aclárame otra duda que tengo, por favor.

—Dispara. Ahora que has empezado a preguntar no pares, no vaya a

ser que me canse de escucharte.

—Cuando viniste a la Costa del Sol lo hiciste para matarlo en un principio, ¿no es así?

—¿A Txema? Sí, esa era la misión inicial. Él conocía un secreto que podía poner en peligro a los altos cargos del gobierno federal y de las instituciones militares rusas si salía a la luz.

—Y no lo mataste.

—Ya sabes que no. Descubrí que quien dirigía entonces el FSB pretendía acabar también conmigo y estuvo a punto de conseguirlo.

—Los hombres que murieron en el tren…

Masha asintió con la cabeza. Y continuó:

—Al final hui con Txema a Portugal, después fui a Moscú a aclarar unos asuntos pendientes y más tarde me volví a reunir con Txema en Baikal, en Siberia. Allí, simplificando un poco la historia para no aburrirte, fingimos nuestra muerte con el fin de aspirar a tener desde entonces una vida lo más normal posible, pese a los sucesos acaecidos. Mientras, Krivenko fue aupado hasta las altas estancias por cómo había llevado el caso y lo nombraron responsable de operaciones del Servicio Federal de Seguridad.

—Y volvió a contar con tus servicios.

—Sí, aunque esta es mi última misión antes de dejarlo todo. De hecho, he aceptado a regañadientes; Krivenko me ha presionado utilizando a mi familia.

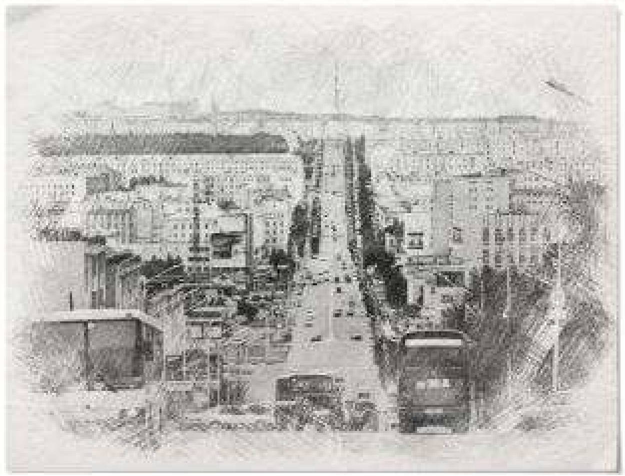
—Y ahora estamos aquí los dos, en esta casa cochambrosa, planeando como salvar al mundo.

—De momento, quien te ha salvado a ti, y dos veces, he sido yo, tu asesina favorita.

A Galarreta se le escapó una carcajada sincera. Ella aprovechó para cerrar el ordenador una vez comprobó que no había más mensajes en su cuenta, dando por zanjada de este modo la charla—. Voy a echarme un rato, en tres horas debemos ponernos en marcha. Tú deberías hacer lo mismo.

El comisario asintió en un gesto de conformidad pese a decidir seguir

apoltronado en el sofá, taparse con una mantita fina a cuadros y poner la tele, aunque no entendía ni una palabra de lo que decían. Sintonizó un canal al azar y se quedó viendo un programa de cocina patrocinado por una teletienda hasta que el sueño pudo con él.



14

CALLE LENIN, CIUDAD DE MAGADÁN

DISTRITO FEDERAL LEJANO ORIENTE

(FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Magadán, situada en el óblast del mismo nombre, era una pequeña ciudad rusa con menos de cien mil habitantes y cuya principal característica consistía en que se encontraba prácticamente aislada durante siete meses al año, si no fuera por su aeródromo situado al norte. Pese a tener puerto en el mar de Ojotsk, en esta época del año el océano es intransitable al hallarse congelado y por carretera solo se puede ir en dos direcciones: por un lado hacia Kamchatka y por otro hacia Yakutsk a través de la M56, la morbosa e intratable autopista de Kolymá o *Carretera de los Huesos*. Aunque esta última vía es solo para valientes bien preparados o para suicidas, ya que el fracaso está garantizado con la muerte como recompensa ante el descabellado intento de recorrer los más de dos mil kilómetros helados, con puentes derruidos y temperaturas por debajo de los cuarenta grados bajo cero que acompañan todo el camino; donde se circula

incluso sobre ríos congelados, no existen las áreas de servicio ni pueblos habitados y la cobertura de telefonía móvil no está garantizada.

La expedición recién aterrizada se había separado al llegar al aeropuerto de Sokol.

Los pilotos se habían quedado en un hotel próximo para hacerse cargo del mantenimiento del avión y tener todo preparado para el despegue dos días después. El resto del equipo había ido al encuentro de Saidali González, un curioso personaje mezcla de sangre chechena por parte de su madre y venezolana por parte de su padre.

Saidali les tenía reservado un edificio de dos plantas antiguo aunque bien conservado en el centro de Magadán, en donde disponía de todos los visados y documentos falsos acordados para entregarles. González,

que aprendió con esmero y dedicación el genuino arte de la falsificación de manos de su padre, había montado un auténtico negocio en la Darknet, desde donde ingresaba sustanciosas cantidades de dinero, normalmente en bitcoin, a cambio de trabajos de gran precisión. Su ascendencia chechena y sus múltiples contactos le aportaban un estatus de respeto, y nadie con aprecio por su propia vida se atrevía a estafarle en una transacción, ni tan siquiera a comprometerle. Además, sus buenas relaciones con la parte policial más corrupta de la región y su generosidad hacia las autoridades municipales a las que ampliaba el irrisorio sueldo a fin de mes, le permitían vivir con una asombrosa tranquilidad a pesar de moverse de lleno en los siempre farragosos y arduos terrenos delictivos.

Una vez instalados en la residencia, Kovalev conectó su equipo informático portátil y logró trasferir los datos recogidos en el escaneo de las huellas de Vasiliev que se habían resistido hasta ahora, gracias a la tecnología vía satélite disponible por su anfitrión, preparada en el escaso tiempo que le habían dado. El dinero abre, sin duda y con rapidez inusitada, muchos caminos.

Saidali González se acercó hasta la mesa donde trabajaba el informático con una botella de vodka Beluga, el premium de los vodkas rusos, destilado de manera artesanal en Kemerovo en la propia Siberia, junto a un par de vasos. No se molestó en pedirle permiso para sentarse junto a él. Comenzó a servir el alcohol en los recipientes.

—¿Quiénes son esos dos *paquetes* que lleváis con vosotros? —preguntó sin rodeos refiriéndose a Alexei Vasiliev y a la inspectora Valeria Shevchenko—. No es buena idea traer testigos ni rehenes a esta casa, pueden levantar sospechas y poner mi seguridad en peligro.

—Te pido mil disculpas, amigo —alegó Kovalev cerrando la sesión en el portátil y atrapando el vaso sobre la mesa, lleno hasta casi desbordarse—. Se nos ha terciado el trabajo de mala manera —se excusó mirando a los ojos del sudamericano checheno,

algo a lo que no estaba muy acostumbrado ya que siempre era él quien pedía cuentas a los demás—. Tres de mis hombres han desaparecido en Moscú y no sé nada de ellos. He tenido que traerme a estos dos; a uno pendiente de la transmisión que por fin he podido hacer ahora con tus dispositivos, y a la otra como medida de seguridad —no quiso ni insinuar que era una policía para no enfadar aún más a su contacto—. No tienes por qué preocuparte —continuó alzando la copa—, mañana con tu ayuda serán historia. Boris les quiere preparar un final frío para hacerlos desaparecer sin mucho

sufrimiento. Se me está volviendo un sentimental.

—Le ayudaré porque me lo pides, pero eso te costará algo más que un brindis por las molestias y, ante todo, por no haberme avisado. —Levantó también su licor a la espera de la reacción de Ígor Kovalev.

Golpearon finalmente ambos recipientes rebosantes como sello y rúbrica del nuevo trato y el vodka cayó derramando unas pocas gotas sobre la mesa.

—Así será.

— *Nasdarovia!*

AEROFLOT – AEROLÍNEAS RUSAS

VUELO SU 6289: MOSCÚ – MAGADÁN

ESPACIO AÉREO RUSO

Enero de 2018

El Boeing 737-500, un ruidoso bimotor de ala baja y largo alcance con capacidad para ciento treinta pasajeros, recorría el cielo de la extensa Federación rusa, el país más grande del mundo, en rumbo a las tierras del Lejano Oriente.

María Ivanova y Javier Galarreta habían subido a bordo del aeroplano a primera hora de la mañana en el aeropuerto de Moscú-Sheremétievo con un leve retraso en la salida de una media hora. Las pistas estaban nevadas debido a una borrasca matinal breve pero intensa y las máquinas quitanieves necesitaban tiempo extra para dejar transitable todo el pavimento de hormigón del inmenso aeródromo moscovita.

Antes habían acudido a buscar el coche al aparcamiento subterráneo donde se encontraba el vehículo la noche anterior, el cual, para sorpresa de Galarreta, se había

transformado, como por arte de magia, en uno de diferente modelo, tamaño y color.

Masha extrajo las llaves de un cajetín metálico imantado adherido con disimulo en la parte interior hueca del guardabarros trasero. Una vez dentro del coche, un cómodo todoterreno Hyundai Creta, en el compartimento de la guantera estaban ocultos los nuevos documentos de identificación rusos para ambos (un visado turista en el caso de

Galarreta) junto a los billetes de vuelo en primera clase hacia Magadán, así como dinero en efectivo y una tarjeta de crédito con amplio límite para casos de necesidad.

—Debes ajustar tu reloj al horario del Lejano Oriente ruso —susurró Masha. En Magadán van ocho horas por delante que en Moscú.

—¿Qué dices? —se sorprendió Galarreta—. ¿A qué hora real vamos a llegar entonces allí?

—Supongo que recuperaremos el retraso a lo largo del vuelo, así que cuando aterricemos serán la una y media o las dos de la madrugada — aclaró ella. Y continuó—: Tenemos reservadas un par de habitaciones en el único hotel de Sokol, junto al aeropuerto. Bueno, de hecho, toda la pequeña población se encuentra a dos kilómetros del aeropuerto; viven básicamente de él y para él. Y recuerda: si nos paran en algún control, estás aquí de vacaciones visitándome y te llamas Javier Fernández.

—Mucho no se han devanado los sesos los de la inteligencia rusa para cambiarme el nombre que digamos.

Javier Galarreta —tras la protesta— modificó la posición de las manecillas del reloj que había comprado antes de embarcar en el *duty free* del aeropuerto de Moscú-Sheremétievo. Sus captores le habían despojado de todas las pertenencias y se las habían llevado con la intención de no facilitar una rápida identificación a la policía cuando lo convirtieran en cadáver. El español había elegido un reloj Vostok de pulsera modelo *Komandirskije*, con la esfera negra y con un escudo en dorado en la parte superior y la bandera de Rusia en la parte de abajo. Resistente a las bajas temperaturas, como le había recomendado Masha, mientras recorrían las estanterías repletas de licores, tabacos y joyas de la tienda libre de impuestos.

—¿O sea que Magadán queda todavía más lejos del aeropuerto?

—Exacto, a unos cincuenta kilómetros hacia el sur.

—Entonces, ¿no es posible que se hayan quedado en el hotel de Sokol estos días?

—Es muy improbable, allí no hay nada. Sokol tiene cuatro mil habitantes y el hotel es muy básico, justo para tránsitos de vuelo. En todo caso los pilotos del avión por temas de mantenimiento y planes de desplazamiento puede que sí, pero los demás habrán bajado hasta Magadán, que ya es una ciudad medianamente razonable, eso si los

encontramos porque para cuando lleguemos nos llevarán casi dos días de adelanto.

Galarreta movió la cabeza aceptando la explicación y reclinó hacia atrás la butaca tapizada en azul y blanco con los colores de la aerolínea rusa con el fin de echarse una cabezada; el sofá del apartamento había resultado más incómodo de lo esperado y su espalda ya no estaba para esos trotes.

◆◆◆

A la una en punto del mediodía, según la hora de Moscú, las azafatas de Aeroflot ofrecieron a los pocos viajeros que ocupaban los asientos del Boeing 737 un almuerzo típico. Masha despertó a Galarreta, que llevaba roncando de manera notoria y un tanto escandalosa las últimas dos horas.

El menú de la clase Confort incluía un entrante frío a base de ternera con champiñones en escabeche, acompañado de una ensalada de pepino y mayonesa con tomates cherry, pimiento y aceitunas negras. Como platos principales del menú se podía elegir entre una razonable pechuga de pato con pasta y champiñones servida con salsa pekinesa; un fresquísimo salmón asado con calabaza, boniatos y tomate en costra de hierbas, servido con salsa de patata al pimentón; o bien un aromático arroz basmati con salteado de lentejas, pasas y ensalada de kale.

Javier eligió el salmón, aunque en su fuero interno se hubiera comido los tres platos, mientras que Masha optó por el pato estilo Pekín. El pan de centeno y la cerveza rusa completaron el generoso menú.

Cuando tomaban el postre, unos pasteles a base de manteca y un lazo retorcido de *pretzel,* todo escoltado con un vasito de vodka, como no podía ser de otra forma, Galarreta brindó eufórico con su compañera de viaje:

—¡Por nosotros!

Masha sonrió y levantó su vaso:

— *Ladno, ya vyp'yu za zdorov'ye i prazdniki!*

— Pues eso…, aunque no sé qué demonios has dicho.

—He brindado por nuestra salud y por estas fechas tan navideñas.

—Sois un pueblo muy curioso, vosotros los rusos —siguió el comisario español dispuesto a la tertulia. Tras la siesta y la comida estaba pletórico—. Por un lado, me da la impresión de que ahora añoráis la época dorada de la Unión Soviética con su cerrazón, pero por el otro sentís anhelo de una apertura al exterior que se ha quedado un tanto incompleta. Gorbachov impulsó esa apertura con la perestroika y la libertad de prensa con la nueva política *glasnost*, pero lo que parece es que el gobierno en esta era actual está recortando la voluntad de la sociedad rusa, la libertad política y la independencia de los medios. Todo ante vuestras propias narices sin que hagáis nada al respecto, o incluso estéis de acuerdo.

Masha se tomó su tiempo antes de contestar. Acabó el vaso de vodka de un trago y solicitó una nueva ronda a la auxiliar de cabina.

—La perestroika —dijo finalmente mirando a su acompañante a los ojos— provocó unos cambios tremendos no solo en lo político y en lo social, que fueron muchos, sino sobre todo en el ámbito económico. Las autoridades empezaron un proceso para desmantelar el sistema de entonces y para ello introdujeron con calzador una economía de mercado en un país que no estaba en absoluto preparado para soportarla. La URSS

podría haber hecho algo parecido a lo que China hizo más tarde con su economía, pero en aquella época sin embargo no había ejemplos a seguir, todos los pasos dados eran una prueba de fuego.

—Eso es cierto, China ha sabido encauzar mejor su economía hacia el mercado capitalista, pese a ser una dictadura marxista del Partido Comunista Chino; es algo que estuve intentando entender en su momento cuando estudiábamos el comportamiento de los inmigrantes chinos. Pero también es cierto que la República Popular vio las orejas al lobo cuando comprobó lo que pasaba en vuestro país.

—Claro —continuó Masha—. La Unión Soviética cayó como un castillo de naipes en parte por el nuevo pensamiento político. Dejaron atrás la eterna confrontación típica entre el socialismo bueno del Este y el capitalismo sin escrúpulos de Occidente para proponer a sus antiguos adversarios de la Guerra Fría, como Estados Unidos, cooperación en los problemas internacionales. Pero los americanos tenían sus propios planes y nos dieron una patada en el culo, igual que hizo Europa acogiendo en su seno y dando el parabién a las repúblicas que más tarde se separarían de la órbita soviética.

Todo eso nos llevó a un debilitamiento de las posiciones económicas y

militares en el tablero de juego internacional.

—Bueno, Europa siempre ha sido una tierra abierta a todo el mundo —resumió Galarreta.

—¡No me jodas! Europa siempre ha hecho lo que le ha dado la gana con los emigrantes, negándoles el asilo en multitud de ocasiones. Y para colmo no fue ni capaz de defenderse del nazismo; tuvieron que intervenir nuestros abuelos en la guerra para liberaros a todos.

—Y los abuelos de los americanos…

—Sí, bueno, Tío Sam también. Sería injusto negar la evidencia histórica, pero te recuerdo que en la Gran Guerra Patria murieron cerca de treinta millones de rusos.

La llegada del espirituoso de alto octanaje fue bien acogida por los dos. La azafata retiró las bandejas y puso los vasos sobre unas servilletas azules en los soportes de los asientos.

—De todas maneras —continuó el comisario—, es muy difícil mantener el equilibrio a la hora de hacer reformas.

—Dentro de la URSS —prosiguió Masha en su disertación—, los reformistas no consiguieron encajar entre sí la sociedad, la política y la economía. A los años noventa se llegó con todas las esferas sociales trastocadas a causa de unas discrepancias cada vez mayores y una pésima gestión de gobierno. Las reformas se salían de madre, estaban fuera de control. Y si a eso le sumamos que en algunas repúblicas de la antigua URSS

empezaron a aflorar los pensamientos nacionalistas que buscaban la independencia, el desbarajuste estaba servido.

—Recuerdo que empezaron a independizarse las repúblicas bálticas, con la denominada Revolución Cantada, algo más o menos esperado porque a Estonia, Lituania y Letonia os las incorporasteis por la cara.

—Sí, *Pribáltika*, los territorios bálticos. Bueno, tampoco debemos olvidar que les sacamos a Hitler de encima. De todas formas, las ideas separatistas se popularizaron por todo el territorio soviético surgiendo movimientos independentistas. Unos gobiernos locales novatos, con nula preparación ni capacidad, asumieron las decisiones políticas y económicas que antes se tomaban centralizadas en Moscú. Fue una pésima gestión de un país comunista que, como te he dicho antes, no estaba preparado para tal desenlace.

—Suele pasar. Tantos años con un Politburó poderoso que decidía por todos que, cuando pueden llevar las riendas de sus propios países no saben cómo hacerlo.

Además, los movimientos nacionalistas son profundamente egoístas, como los estados a los que aspiran convertirse.

Masha ya había pedido una nueva ronda de vodka. Su rostro inexpresivo en esos momentos no dejaba entrever muchos sentimientos, parecía que defendía una doctrina bien aprendida en el colegio o una tesis elaborada en la universidad. Continuó tras aligerar el tercer vaso:

—Después llegó el referéndum para intentar preservar al país unido, pero, a pesar del plebiscito, las ya ex repúblicas socialistas soviéticas se separaron y proclamaron su independencia, contribuyendo a que la URSS terminara desintegrándose velozmente.

—Y llegó un intento de golpe de estado de la parte más conservadora para intentar protegerlo del cataclismo al que iba avocado ¿no?

—Fue el último cartucho. Después, Mijaíl Gorbachov anunció su renuncia. La perestroika fue un fracaso desde el momento en que el país se descompuso.

—No creo que todo sea tan malo después de la perestroika —dudó Javier Galarreta mirando su bebida con la duda de terminarla o no. Decidió que parecería feo no hacerlo y se la bebió de un trago. Sintió como la garganta le empezaba a dar avisos inequívocos de quemazón interno.

—Por supuesto que no. Algo habrá de bueno; también Franco os hacía muchos pantanos a vosotros, ¿no crees?

—Seguro que sí, aunque esa propaganda no deja de ser un mito. —Galarreta rio con la ocurrencia. Masha era una mujer culta; joven, muy rusa pero cultivada—. La Segunda República ya había establecido antes el Plan Nacional de Obras Hidráulicas impulsado por Indalecio Prieto que Franco simplemente continuó —le aclaró.

—Me dan igual los matices previos de vuestros embalses —zanjó—. Algunos logros de las reformas están vigentes hoy en día como el supuesto pluralismo político —siguió ella dando un mitin—, la economía de mercado y las libertades civiles. La perestroika provocó un cambio no solo el rumbo de la historia rusa, sino también en el de la historia mundial. Sin hablar del armamento, incluido el atómico,

que quedó desperdigado por unos países incapaces de custodiarlo. Pudo pasar una desgracia, como bien sabes por tu experiencia en Kazajistán.

—En eso tienes razón —corroboró Galarreta—, menos mal que estábamos nosotros para sostener el orden mundial. —Sonrió y miró por la ventanilla. La oscuridad copaba

el cielo y daba la impresión de que ahí fuera debía de hacer un tiempo espantoso—. Me has sorprendido gratamente —le dijo volviéndola a mirar—, eres una erudita en historia rusa.

—Bueno, creo que hay que estudiar la historia de tu propio país para entenderlo y así de paso aprender de los errores cometidos para no incurrir de nuevo en ellos, como suele decirse. Y eso que a mí la reforma me pilló de pequeña, tenía solo cinco años.

Prácticamente he vivido desde que soy consciente de ello en la época más contemporánea de Rusia.

—Y no da la impresión de que comulgues con las reformas…

—No es eso. Yo no soy una mujer anclada en lo antiguo, ya te digo que ni lo recuerdo. Estoy abierta a las novedades, pero las trasformaciones hay que hacerlas bien.

No puedes sumir a la población en una pobreza absoluta, permitir que los oligarcas gobiernen en la sombra y que el crimen y la corrupción se instalen en tu país. Ahora la tendencia es la contraria, el grueso de la población aspira a volver a ser una gran potencia y me temo que a largo plazo se tenderá a reunificar territorios, bien sea por las buenas o por las malas con posibles intervenciones militares.

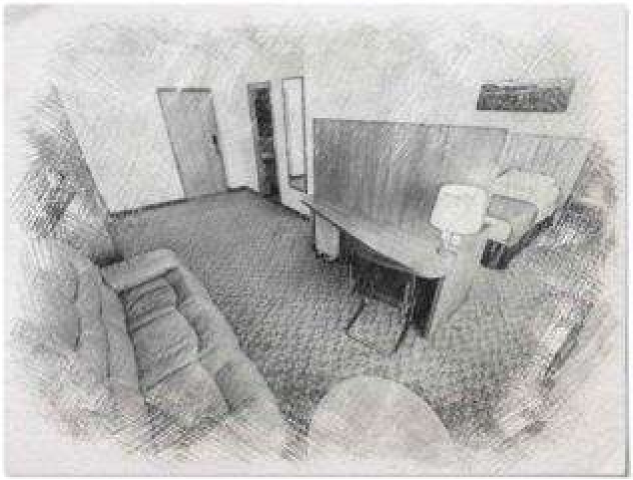
—No olvides que la OTAN está ahí.

—Por eso mismo. Ucrania, por ejemplo, no puede entrar en esa organización militar.

Lo están pidiendo desde su inestable gobierno y eso va a provocar que Moscú intervenga seriamente para proteger esa franja de seguridad. Aplica el mismo cuento a Moldavia o a Finlandia si se intentan aliar con los americanos.

La azafata pasó de nuevo junto a ellos, sonriente, ofreciéndoles otra copa. Galarreta rechazó la invitación levantando las manos de manera exagerada, como rendido de alguna forma ante tanta poesía etílica. La

cabeza le daba vueltas debido a lo bebido, a la disertación profunda sobre la política rusa y al impredecible movimiento del avión durante todo el trayecto por culpa del mal tiempo. María Nikoláyevna Ivanova aceptó un nuevo chupito con agrado; su capacidad para beber debía de ser una herencia genética de los pueblos eslavos orientales. Después abonó las consumiciones extras que habían tomado fuera del menú y dejó una propina muy generosa a la auxiliar de vuelo, que quedó sumamente contenta, tanto que hasta el final del trayecto estuvo alrededor de ellos pendiente de lo que pudieran necesitar.



15

HOTEL AUROOM

CALLE KOROLEVA, 11

SOKOL (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Javier Galarreta se arrojó, literalmente, sobre la estrecha cama de matrimonio de la habitación del hotel. Estaba molido y agotado. Le dolían la mitad de los huesos del cuerpo (nunca pensaba que hubiera tantos), tenía el rostro hinchado y la mano derecha inflamada por el puñetazo que había dado al urinario del centro comercial.

Habían llegado de madrugada a Sokol, con el último vuelo comercial que recibía el aeropuerto de Magadán antes de operar en exclusiva para la carga aérea nocturna, y acudieron de inmediato al hotel Auroom donde tenían dos habitaciones individuales reservadas a razón de siete mil rublos por noche. La imposibilidad de sacar nada en claro del personal nocturno del aeropuerto obligó a Masha a sobornar al propietario del establecimiento hotelero con una cantidad superior a los costes de una prolongada estancia de una semana. El libro de entradas y los registros del negocio en los últimos

siete días se hacían eco del hospedaje durante dos noches previas de un par de pilotos privados, dato que la puso en alerta.

A la mañana siguiente a primera hora después de desayunar rápido un plato combinado a base de huevos fritos, beicon y salchichas en la cafetería-bar-restaurante que solicitaba inequívoca una reforma integral (al igual que el propio hotel), se dirigieron de vuelta a la terminal aeroportuaria con la intención de hablar con los empleados de las aerolíneas regionales y de mantenimiento del propio aeropuerto. Las charlas (con una duración de veinte minutos y 150 000 rublos) aclararon bastante más a la agente del FSB y al excomisario español el punto en el que se encontraban mediante cuatro datos de vital importancia reflejados con el siguiente dividendo aproximado entre minutos de conversación y dinero repartido:

Primero, con cinco minutos de averiguaciones y 35 000 rublos de soborno a dos miembros del equipo de mantenimiento de aeronaves:

el Airbus privado y único vuelo no comercial llegado de Moscú cuarenta y ocho horas antes había despegado de nuevo la víspera al mediodía, es decir, justo el mismo día en que Masha y Galarreta llegaran a Sokol.

Segundo, con cuatro minutos de conversación y 15 000 rublos entregados a un técnico del aeródromo: el plan de vuelo del aparato tenía como destino final el aeropuerto internacional de Yakutsk, sin ninguna escala previa, lo que confirmaba la situación final de la base de los terroristas informáticos.

Tercero (y, acaso, el más importante), con menos de tres minutos de diálogo y 60 000

rublos en efectivo; en la que probablemente se convirtiera en la conversación más rentable en la vida del policía encargado de la custodia del registro de viajeros: el archivo informático del aeropuerto tenía constancia de la llegada declarada con el aparato particular modelo Airbus A-318 de dos pilotos (cuyos nombres coincidían con los inscritos en el hotel) y seis pasajeros (sin identificar puesto que no era un trámite obligado). Por el contrario, al despegar, únicamente ocupaban su sitio anterior los pilotos acompañados con tres viajeros. Es decir, la mitad del pasaje se había quedado en tierra.

Cuarto, con dos minutos de conversación, seis minutos largos de espera hasta que el sistema de reservas permitiera el acceso, flirteo descarado con Galarreta y 40 000 rublos de recompensa para la empleada de las líneas aéreas regionales: en el día siguiente existía una reserva en Ural Airlines a nombre de Boris Bondalenko también con destino al aeropuerto de Yakutsk, lo que ratificaba la anterior ubicación y hacía sospechar que la inspectora y el informático podían terminar su vida de manera abrupta en Magadán.

La confirmación posterior (previo soborno a un grupo de taxistas) de que un conocido «hombre de negocios» de Magadán llamado Saidali González fue el encargado de recibir a la comitiva, los puso sobre la pista. La llamada de la propia Masha al Servicio Federal de Seguridad ruso le devolvió poco después una ubicación rastreada del teléfono móvil del falsificador, situándolo con precisión en un punto kilométrico en la carretera R504, desplazándose rápido de regreso hacia el centro de la ciudad.

◆◆◆

María Nikoláyevna y Javier Galarreta se hallaban sentados dos mesas

detrás de Boris y de Saidali en el restaurante italiano Dodo Pizza. El local estaba situado en la segunda planta de las galerías comerciales de Ulitsa Parkobaya, una calle que como su nombre ruso indica se encuentra junto al parque principal de la ciudad, el meollo neurálgico de la vida diaria con su parque de atracciones, en donde destacaba la enorme noria alzada impasible ante la escarcha permanente, exhibiendo unas dimensiones un tanto desproporcionadas para su contexto. A su alrededor, los polideportivos y los recintos para hacer actividades mantenían una amplia ocupación de vecinos y todo ello dentro del propio jardín principal, de continuo cubierto de nieve en esta época del año y en el cual una exposición de figuras de hielo competía por el carámbano más duradero a dieciocho grados bajo cero de temperatura ambiente.

Masha estaba arrellanada en su silla frente a los dos delincuentes mientras Javier, por contra, les daba la espalda. Boris lo conocía y no querían arriesgarse; y eso que para evitar complicaciones la rusa había comprado en una tienda de juguetes, celebraciones y disfraces en la planta baja del centro, una peluca rubia para el policía español a juego con una barba poblada en los mismos tonos color paja que, si bien conseguían camuflar su identidad por completo, no le privaban de un aspecto a su juicio ridículo y un tanto afeminado.

—Está claro que lo que hayan ideado hacer con los rehenes lo han hecho ya —dijo Masha mordisqueando un trozo de pizza cuatro quesos.

—¿Los habrán llevado a las afueras de la ciudad para liquidarlos? —se preguntó en alto Galarreta sin esperar una respuesta que no deseaba oír.

—Eso es lo que debemos averiguar y será lo que Boris nos cuente. Lleva tomadas cuatro cervezas desde que se han sentado a la mesa, tendrá que ir en algún momento a mear.

A los cinco minutos, Boris, como si le hubiera leído el pensamiento a Masha, se levantó en dirección a los baños del otro lado de la planta. Javier salió tras él con cautela mientras su compañera lo hacía por el otro lado del pasillo, dando un rodeo para no levantar sospechas y evitar el acceso de terceros a los váteres públicos. Cuando el traidor entró a orinar, Javier Galarreta fue dispuesto a su encuentro.

—¿Podrás con él? —le preguntó Masha no muy convencida desde la puerta de acceso—. Parece bastante fuerte.

—No te preocupes, tendrá las manos ocupadas, además llevo un arma y contamos con el factor sorpresa. Tú preocúpate de que nadie nos interrumpa —le ordenó.

—Ok.

Los baños olían a desinfectante, al parecer los acababan de limpiar. Bordeando un murito de intimidad para no ser vistos desde fuera, los inodoros de pie se encontraban colgados en fila sobre la pared del fondo. A la derecha estaban los lavabos y los secadores de manos y al lado contrario las tazas de váter propiamente dichas detrás de sus respectivas puertas. Galarreta vio que Boris hacía un gesto para bajarse la cremallera de la bragueta y un hombre con bigote y gafas, que parecía Ned Flanders de los Simpson, completaba el lavado de manos. Se miraron los dos con cierta consternación ante los grifos de acero inoxidable. El tipo le dijo algo cordial con un gesto amable y Galarreta asintió con la cabeza sin entender nada, comprobando mientras que no había nadie más en el recinto. Cuando *Flanders* se fue y quedó a solas con Boris, se acercó por la espalda a este mientras miccionaba tranquilo y, sujetando el arma amartillada con la mano derecha, usó con fuerza el brazo izquierdo para estamparlo literalmente contra los baldosines de la pared. El golpe fue brutal y un diente saltó acompañado con un hilillo de sangre de la boca.

Bondalenko sintió el frío cañón de la nueve milímetros en la nuca.

—¡Las manos donde las pueda ver, cabronazo! —le exigió Javier en español pues lo entendía perfectamente.

—Estoy sujetando la polla —dijo silbando entre sílabas puesto que el aire se le escapaba por el hueco en la dentadura. Subió con lentitud la mano izquierda a la altura

de la cabeza para apoyarla en las baldosas blancas salpicadas en rojo. La derecha seguía ocupada—. ¿Quieres que la deje colgando?

—Lo que voy a hacer es volártela de un tiro si no me aclaras lo que habéis hecho con la inspectora Valeria y el informático ese como se llame. —Galarreta era incapaz de recordar el nombre ruso del empleado de Kaspersky.

—No tienes huevos. Y, por cierto, ¿cómo coño has escapado del apartamento de Moscú?

—Le he ayudado yo —soltó de pronto Masha que entraba arrastrando con dificultad a un chico joven inconsciente.

—¿Qué demonios has hecho? —protestó el comisario español.

—Quería entrar y debía impedirlo, ¿no? Lo he noqueado con una llave mata león, se recuperará en un rato.

El despiste momentáneo provocó que Boris aprovechara el instante para impulsarse hacia atrás sobre Galarreta haciendo que trastabillara y ambos se precipitaron al suelo.

Boris seguía con el pene fuera, pero no parecía importarle, ya que comenzó a golpear a Galarreta con ambas manos mientras su espléndido órgano se balanceaba descontrolado de un lado a otro.

—¡Qué hija de puta la Valeria! Bien que elegía buenas pollas —exclamó Masha fijándose en los atributos del matón.

Fue a intervenir para noquear a Boris cuando entró en los baños su acompañante, el falsificador checheno venezolano. González sacó con rapidez un arma que guardaba bajo la chaqueta y disparó contra la espía rusa que se refugió con velocidad dentro de los váteres cerrados. Galarreta, aprovechando ahora él la distracción creada con el disparo, le pegó una patada a Boris en todos los genitales colgantes que le hicieron desplomarse de dolor por el suelo. A continuación, lanzó un puñetazo contundente al rostro para terminar con la pelea, pero Bondalenko la esquivó en el último momento, por lo que la mano del policía español se estampó contra uno de los meaderos, lo rajó de arriba abajo y él se hizo polvo los nudillos.

Cuando Saidali González dudó un instante hacia donde disparar, rubricó *ipso facto* su propia esquela. Masha, encaramada a la parte superior de los váteres lo acribilló con tres disparos de los cuales dos le alcanzaron mortalmente en el tórax. Apuntó después a Boris y le dio un ultimátum que no pensaba repetir. Una vez obtuvieron de su boca lo

que andaban buscando, Javier lo dejó inconsciente golpeándole con la culata en la parte occipital de la cabeza, pero, al hacerlo, la bala de la recámara se disparó atravesándole el cráneo de lado a lado.

—Joder, das miedo cuando te pones en plan *killer* —le dijo Masha con sorna cuando abandonaban a toda prisa los locales comerciales, dejando tras de ellos una estampa cruenta indescriptible.

—No me toques los cojones que no estoy de humor…

16

AUTOPISTA DE KOLYMÁ – R504

(CARRETERA DE LOS HUESOS)

LEJANO ORIENTE (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Una bruma blanca, helada, envolvía el terreno a lo largo y ancho de la carretera. La autopista de Kolymá era una inmensa pista de grava congelada que recorría los algo más de dos mil kilómetros que separaban Magadán de Yakutsk, atravesando el Lejano Oriente ruso sobre un permafrost helado en invierno y convertido en inmenso barrizal en los escasos meses de verano.

El estado de la vía era deplorable y solo vehículos todoterrenos podían circular por ella (salvando los puentes derruidos y secciones de carretera arrasados por las riadas) gracias al agua helada de los ríos sobre la que había que cruzar con extrema precaución, aunque la temperatura invernal inferior a los cuarenta grados bajo cero convertía los torrentes caudalosos en una pista practicable donde hacer patinaje artístico sobre ruedas. Las mercancías que se transportan entre las principales ciudades de la ruta

siempre se han servido del transporte fluvial, claro está, cuando se puede navegar por los afluentes, porque, mientras tanto, al igual que con los pasajeros, el transporte general se basa en los viajes aéreos.

La furgoneta rusa 4x4 UAZ Combi Expedition, alquilada por Masha en Magadán y que se podía usar perfectamente como camper, rompía la monótona sinfonía de tonos blancos aportando una pincelada de rojo mate en un paisaje uniforme y anodino. Los paragolpes negros sobredimensionados a modo de defensa, junto con el cabrestante instalado en el frontal, indispensable para salir airoso de los escenarios más complejos que se pudieran dar, unido a la placa metálica dispuesta para proteger los bajos del vehículo ante la circulación por pistas, convertían ese automóvil en un elemento imprescindible para sobrevivir en la taiga siberiana.

La nieve comenzó a levantarse poco a poco en una ventisca infernal que nubló la visibilidad más allá de unos pocos metros, lo que obligó a la espía rusa, que iba conduciendo, a bajar la velocidad de una manera considerable.

—Joder, esto es una pesadilla —exclamó Galarreta achinando los ojos para intentar vislumbrar algo a través de los cristales sobre los que los limpiaparabrisas barrían furiosos los copos que se apilaban en ellos. Llevaba un mapa de papel extendido sobre las rodillas, a la antigua usanza, puesto que el GPS comprado hace unas horas se encontraba en bucle sobre la ventosa que lo adhería al parabrisas intentando en vano localizar la señal de los satélites—. Según la velocidad que llevamos y lo que hemos recorrido, nos quedan aún unos ciento treinta kilómetros para llegar. —Señaló una circunferencia pintada en negro que indicaba el posicionamiento aproximado de la inspectora Valeria y el informático.

Masha no dijo nada; en lugar de eso extrajo un cd pirateado que se hallaba dentro de una mariconera negra y lo introdujo en el radio reproductor de la furgoneta. Enseguida comenzó a sonar a todo volumen, bastante mejor de lo que un principio parecía razonable, la canción *O Mary Don't You Weep* de Bruce Springsteen.

—¿Te gusta el *Boss*? —le preguntó Javier sorprendido por la elección musical de su compañera de viaje.

—Sí —exclamó ella elevando la voz por encima del coro de voces, violines e instrumentos de aire perfectamente coordinados—. Txema me ha aficionado a la música *country* americana y también al folk, como este. ¿Pensabas que solo escuchaba música en ruso?

—No, no. Simplemente me ha sorprendido que te guste una melodía tan típicamente americana, un espiritual tan tradicional que cantaban los esclavos negros.

— *María, no llores* —sonrió Masha traduciendo el título de la canción mientras miraba al comisario—. Una especie de plegaria religiosa, una súplica a Jesús para lograr la resurrección de Lázaro.

—No hay tantas diferencias entre la iglesia católica y la ortodoxa por lo que veo.

—Pequeñas nimiedades, y la Navidad, que, como habrás visto, la celebramos más tarde.

Los compases acompañaron el camino unos cuantos kilómetros más.

Como era el único compact disk que llevaban, repitieron una vez terminó. Cuando la alegre partitura de *Pay Me My Money Down* con los trombones y las trompetas alcanzando el cenit de la grabación rasgaban con sus notas el inhóspito ambiente, como por arte de magia, la tormenta de nieve cesó de repente. El horizonte se despejó de súbito y se pudo volver a ver la carretera helada. Incluso unos rayos de sol aparecieron como si las invocaciones de los espirituales negros hubieran surgido efecto.

Masha detuvo el vehículo en medio de la pista, no había excesivo problema en que se produjera una colisión por alcance. Se levantó del asiento y pasó por entre las dos butacas delanteras hacia la parte posterior. Se puso el abrigo de pelo con el gorro a juego, se subió la braga que tenía recogida alrededor del cuello de manera que ahora le sirviera para taparse la boca y se enfundó los guantes de piel. Recogió un pequeño disco metálico atornillado a una varilla negra unido a un cable, y se dispuso a abrir la puerta lateral.

—Si bajas, abrígate. Sobre todo, tápate bien la boca si no quieres que se te congelen los pulmones al respirar, estamos casi a cincuenta grados bajo cero —le indicó a Javier.

Galarreta se animó a descender y pisar el helado suelo siberiano. Mientras se ponía la ropa, Masha abrió el portón y una bofetada de aire gélido invadió el interior del vehículo. Una nube de vapor ascendió hacia el cielo generada por la diferencia de temperatura del habitáculo con su potente calefacción.

Al pisar la nieve congelada de la carretera la sensación era extraña. Un silencio anormal lo invadía todo. Daba la impresión de estar ante una escena inanimada, detenida en el tiempo y el espacio, recubierta de una escarcha blanca que desafiaba al mismísimo sol y a las leyes de la naturaleza. Los árboles parecían estatuas congeladas

petrificadas por Medusa tras atreverse a mirarla. Las ramas formaban caprichosas formas inmóviles y el camino se perdía a lo lejos en un desierto de frío y muerte. La Carretera de los Huesos.

Masha se subió sobre una de las enormes ruedas delanteras con clavos y ancló la base magnética de la antena exterior del GPS.

—No quería ponerla antes por la ventisca —explicó estirando el cable y arrojándolo dentro del habitáculo—. Ahora tendremos buen posicionamiento por satélite.

—¿Por qué llaman de esa manera a la carretera?

—¿Cómo? —preguntó ella desde el interior. Estaba conectando el enganche de la antena al navegador, pero con los guantes no atinaba. Optó por quitarse uno y acertó a la primera.

« *Prodalzayte dvizenie shest´desyat kilometrov*» escupió el GPS que de pronto se puso a hablar prolífico, como despertando de una hibernación extraordinaria. Resultaba curioso para Galarreta escucharlo dar indicaciones con la voz en ruso.

—Nos dice que sigamos por este camino durante sesenta kilómetros más —tradujo Masha volviendo a bajar del todoterreno y colocándose la manopla—, cómo si tuviésemos otra opción.

Una ráfaga de aire pasó de pronto entre ellos susurrando un quejido no perteneciente al mundo de los vivos. A los pocos segundos el silencio opaco retomó el control del paraje.

—Te preguntaba antes el porqué de llamar a esta vía «la Carretera de los Huesos» —

insistió Galarreta a su acompañante sintiendo un escalofrío profundo que le recorrió el cuerpo de pies a cabeza.

— *Da, Trassa. La Ruta* como la llamamos nosotros. Viene de la época estalinista durante los años treinta en la que comenzó a construirse y no se terminó hasta bien finalizada la *Gran Guerra Patria* —aclaró ella dando unos pasos por delante del vehículo—. La autopista federal de Kolymá se levantó con la mano de obra aportada por los prisioneros del Gulag, los campos de trabajos forzados dirigidos por el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos.

—La NKVD…

— *Da, ochen’ khorosho!* Eso es, muy bien; la policía del gobierno y los servicios secretos. Tenía muchas ramas, entre ellas estaba el GULAG

que controlaba a los presos políticos y comunes detenidos sobre todo durante la Gran Purga en estos campos de concentración, de ahí viene el nombre genérico de los mismos. Con ellos Josef Stalin hizo este camino que atraviesa el lejano oriente de Rusia. Se la llama la «Carretera de los Huesos» porque los reclusos que fallecieron mientras trabajaban en ella fueron enterrados bajo esta, sirviendo sus cuerpos de material permeable para construir encima.

—¡Joder, qué fuerte! —exclamó Galarreta helado y no solo por el frío.

—Lo cierto es que es donde mejor podían estar, pues sepultarlos bajo la tierra congelada de alrededor, además de ser muy laborioso y prácticamente imposible con más de un metro de profundidad de suelo helado como la piedra, hubiera supuesto que probablemente con el deshielo parcial del verano los cadáveres emergieran a la superficie.

Javier se quiso imaginar por un momento la escena dantesca relatada por Masha y a la vez pensó en la crueldad que supondría para esta gente, detenida en su mayoría de manera arbitraria e ilegal, trabajar con estas temperaturas en unas condiciones deplorables de trato y alimentación.

—¿Cuántos murieron?

—Se cuenta que en cada kilómetro de carretera hay enterrados unos quinientos hombres, es decir sale a uno cada dos metros, pues se utilizaron más de un millón de prisioneros y casi nadie llegaba a sobrevivir más de un año. Aunque en realidad tal vez fueran menos, no se sabe con certeza.

—Es decir que en la práctica estamos circulando sobre una enorme fosa común —

sentenció Galarreta volviendo a subir al vehículo. Le dolían las manos pese a los guantes, tenía la cara roja de frío y las cejas blancas. Cerró la puerta con cuidado pillando de manera controlada el cable de la antena.

Masha ascendió por el lado del conductor palmeando las manos entre sí. Tenía también las mejillas con coloretes, así como las pestañas y las cejas congeladas con escarcha sobre ellas; parecía una niñita traviesa que se había puesto a jugar con la nieve de camino a casa. El termómetro exterior del coche marcaba -49 grados centígrados.

Subió la calefacción para volver a calentar el interior del vehículo inhabitable al quedarse un rato con las puertas abiertas.

—Espero que Boris no nos haya mentido y el supuesto refugio los haya protegido lo suficiente —dijo metiendo la primera—. Porque con estas temperaturas dudo mucho que sigan vivos.

◆◆◆

Era una caravana antigua que habían dejado abandonada a lo largo de la ruta, como tantos otros vehículos que asomaban de manera grotesca por entre el hielo y la nieve, que mostraba parcialmente parte de su esqueleto metálico. En aquel territorio no había servicios de asistencia; si el coche, el camión o el autobús se estropeaban y no había nadie capaz de repararlos, se quedaban allí para siempre, acompañando los cadáveres de los trabajadores sepultados bajo ellos.

Algo parecido les pasaría a los propietarios de aquella *roulotte* abandonada a su suerte, aunque a decir verdad se encontraba en muy buen estado para llevar excesivo tiempo varada en la nieve. Sin duda Boris conocía el terreno y se había preocupado de encontrar un refugio adecuado para dejar con vida a la inspectora Valeria, de quien seguía enamorado. Tal vez pretendía así presionarla y volver con ella una vez se hubieran marchado los demás, o simplemente lo más probable es que la abandonara a su suerte con unas opciones mínimas de sobrevivir sintiéndose incapaz de acabar directamente con su vida.

Sea cual fuera la causa, el navegador GPS del UAZ Combi Expedition indicaba con precisión ese punto como el señalado por las coordenadas de latitud y longitud que llevaba programadas para localizarlo con un error de más menos tres metros. Masha detuvo el vehículo cerca, aunque a distancia prudencial, no era mujer que se fiara fácilmente de las apariencias.

—Vale, hemos llegado —exclamó echando el freno de mano y apoyando ambos brazos sobre la parte superior del volante—. Ahí deben de estar tu colega la poli y el informático.

—No se ve luz en el interior, ni se aprecia humo de alguna estufa. Si se encuentran dentro, no sé si habrán sobrevivido.

—Desde luego, mejor que en el exterior seguro. Comprobémoslo; para eso hemos venido a tomar por culo de lejos.

Masha descendió de la furgoneta 4x4 nuevamente embutida en el abrigo de piel natural, con el gorro puesto sobre la cabeza. Galarreta

hizo lo propio. La rusa le lanzó con la mano una advertencia de prudencia y calma a su compañero, mientras examinaba los alrededores de la *roulotte* en busca de alguna trampa. Apartó parte de la nieve acumulada con precaución en la zona próxima a la entrada y bajo las ventanas por si algún cable detonador estuviera conectado. Quedó satisfecha tras una inspección minuciosa y, sacando su Makarov, se dispuso a abrir la puerta de acceso metiendo la mano en el pestillo de la cerradura. Javier se posicionó al otro lado y blandió también el arma junto con la linterna preparada para encenderla. En menos de dos segundos, ambos estaban en el interior de la caravana coordinados en una acción relámpago digna del mejor equipo policial.

El recinto parecía vacío. Estaba oscuro, puesto que las cortinas nocturnas estaban echadas. El vapor de agua del aliento emergido de la boca del comisario se condensaba con el aire helado, para ascender lentamente por entre los haces de luz de la linterna creando así un halo fantasmagórico extenso como una bocanada de tabaco. Se distinguía un armario, una cama que hacía de sofá, una mesa plegable y una montaña de mantas apiladas en el suelo sobre un colchón. Entonces vieron unas botas que asomaban bajo aquel montículo de ropa.

La inspectora Valeria Shevchenko estaba abrazada a Alexei Vasiliev y ambos se hallaban sepultados bajo tres tupidas mantas de pelo con el fin de sobrevivir a las bajas temperaturas. Galarreta se apresuró a retirar las prendas de abrigo y se encontró el cuerpo de la policía rusa frío, pero aún con vida; respiraba con dificultad, de forma muy pausada y parecía inconsciente, como adormecida. Sus labios de color morado presentaban multitud de heridas en forma de grietas. Alexei no corrió igual suerte; con su edad más avanzada y su diabetes crónica no fue capaz de superar las duras jornadas polares. Tenía también los ojos cerrados en un gesto tranquilo, reflejando una calma incubada por el agotamiento y la congelación.

Javier Galarreta tomó en volandas a Lera y la llevó con rapidez al interior de la cálida furgoneta. La acomodó en la parte trasera, sobre los asientos corridos del final y la abrigó con una manta térmica de color plata brillante. Comprobó que no tuviera ropa ni calzado mojado. Después se quitó el abrigo y lo echó por encima de la policía rusa.

Ya sin los guantes intentó buscarle el pulso, pero era incapaz de encontrarlo por el temblor que se le incrementaba por momentos al despojarse de la ropa de abrigo.

Al poco rato entró Masha en el vehículo con una bolsa llena de botes y latas en conserva. La temperatura ya volvía a ser la adecuada para poder estar sin exceso de ropa.

—Por lo visto, Boris les había dejado comida para unos días, aunque el muy imbécil no dejó ni cubiertos ni abridores en la caravana —explicó con un tono burlón—. Para colmo el agua de las botellas estaba congelada y los bidones de plástico se han roto en el interior del armario al expandirse el líquido.

Galarreta ya había encontrado el ritmo cardíaco a Valeria.

—¿Cómo está? —preguntó Masha mirando a la inspectora—. A ver si ahora la vas a achicharrar con tanto calor, recuerda que hay que subirle la temperatura de forma gradual para evitarle un golpe térmico.

—Tiene el pulso débil —dijo preocupado—, menos de cincuenta pulsaciones, y la respiración es muy superficial, aunque parece que la piel se va templando. Al menos los labios empiezan a tomar color. —Apartó un poco el abrigo y comenzó a masajear con energía los brazos y las piernas de la chica.

—No hagas eso. —Le corrigió su compañera de inmediato—. No se debe frotar las extremidades de una persona en estas circunstancias porque existe la posibilidad de que se estresen el corazón y los pulmones.

—¿Y eso de dónde lo has sacado? —preguntó atónito el excomisario.

—Lo recuerdo de un curso de socorrismo avanzado en el ejército.

Galarreta se detuvo en seco por si acaso, aunque no recordaba esa advertencia en los rescates de alta montaña de Jaca. Se incorporó y pasó a la parte delantera junto a Masha.

—¿Vamos a dejar ahí el otro cadáver? —dijo señalando la caravana.

—Si quieres nos lo llevamos de recuerdo, he traído unos pulpos y lo podemos atar arriba al techo como si fuese una cecina gigante de burro.

—En serio, un poco de respeto… Sus familiares querrán enterrarlo como Dios manda, supongo.

— *Ládna!* De acuerdo —accedió finalmente a regañadientes la espía

rusa—. Avisaré cuando lleguemos a Magadán de su situación para que lo recoja la policía local.

—Gracias —asintió Javier volviendo de nuevo a la zona posterior para cuidar a Valeria por el camino—. Creo que lo mejor será regresar al hotel.

—Sí, vámonos, está comenzando a anochecer, la temperatura bajará aun más y por la noche, como decís en vuestra tierra, todos los gatos son pardos.

Masha realizó un cambio de sentido en un par de maniobras con evidente habilidad y suma cautela sobre la pista helada, volvió a encender el reproductor de discos compactos de la furgoneta todoterreno y reprodujo nuevamente el disco *We Shall Overcome: The Seeger Sessions* para así desandar, con la compañía de las canciones de Bruce Springsteen, el camino emprendido hacía ya unas horas.

17

DIRECCIÓN DE INTELIGENCIA MILITAR,

GRU, COMPLEJO JOROCHEVSKOIE

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

El GRU, *Glávnoye Razvédyvatelnoye Upravlenie,* el conocido como Departamento Central de Inteligencia de la Fuerzas Armadas Rusas, se alzaba en el área metropolitana de la capital moscovita en un enorme complejo similar a un extraordinario búnker completamente protegido frente a posibles ataques enemigos.

Creado en 1918 por Trotsky cuando estaba al mando del Ejército Rojo, el propósito de esta agencia siempre ha sido coordinar las acciones de la inteligencia del Ejército de la Unión Soviética. Considerado por muchos como un «estado dentro del propio estado», a lo largo de los años ha mantenido (además de una rivalidad manifiesta con el KGB hasta su disolución) un secretismo y una discreción admirables, pasando desapercibido en sus funciones y escapando del control ante sus operaciones, recursos e incluso presupuesto millonario.

Vladimir Krivenko se encontraba en compañía de varios mandos militares en una de las salas subterráneas bajo el enorme edificio principal del GRU. La estancia parecía el centro de control de la NASA, con múltiples puestos informatizados en forma de semicírculo dispuestos alrededor de una pared blanca, en donde cuatro pantallas enormes unidas formando un rectángulo de gran tamaño coronaban el corazón del recinto. Cinco relojes se ubicaban bajo los paneles de LCD marcando la hora de Londres como referencia para Europa, la de Washington D.C. en la costa este y la de Los Ángeles en la costa oeste para Estados Unidos, la de Pekín como leyenda asiática de la superpotencia China y finalmente otro para señalar la hora local de Moscú.

Los especialistas veteranos en ciberataques Komarov y Petrenko ambos de SVR, el Servicio de Inteligencia Exterior, estudiaban con detenimiento las rutinas ante la atenta mirada del resto de sus

compañeros.

—Estamos preparados, señor —aseguró rotundo Komarov dirigiéndose a Vladimir Krivenko—. Con los datos rastreados del ordenador que recuperaron en el piso y con la información suministrada por su agente, hemos aislado una zona concreta donde operar. Podemos lanzar el ataque informático en cuanto deseen.

—No tan deprisa —frenó el general Iván Ivanov—. Ese ataque nos va a desestabilizar toda la región de Siberia oriental, causando un daño grave en las infraestructuras comerciales, logísticas, aeroportuarias y de servicios como hospitales, escuelas y demás. Eso sin contar las empresas que van a verse obligadas a detener o alterar su productividad y distribución: la minería, las petroquímicas, los gaseoductos…

—Lo sé, camarada Ivanov —ratificó el jefe del FSB moviendo la cabeza en modo afirmativo. Echó una mano sobre la espalda al militar en un gesto de cercanía o tal vez de superioridad—. A veces hay que tomar decisiones difíciles para atajar problemas aún más complicados —dijo muy serio. Se volvió para dirigirse de nuevo a los informáticos—: ¿Saben cómo lanzar el ataque para que sea efectivo?

—Sí, señor —respondió otra vez Komarov. Su compañero parecía inmerso en una instrucción del código que no le terminaba de gustar, a juzgar por los juramentos que le dedicaba a uno de los ayudantes, que se movía nervioso entre varias terminales—.

Como le he dicho —siguió el técnico— sabemos dónde actuar y cómo hacerlo. Nos hemos agenciado una copia beta de lo que iba a ser el proyecto Narushitel inicial y entendemos cómo funciona (nadie cuestionó cómo se había conseguido esa réplica). A partir de ahí, tenemos base para contraatacar las nuevas variantes del programa, aunque debamos hacerlo por la fuerza bruta.

—Que viene a ser mandar a la mierda a la República de Sajá —añadió con cabreo el general Ivanov.

—Solo temporalmente, señor. Una vez bloqueada la zona, tardaremos solo unos segundos en geolocalizar el punto desde donde se conectan, basándonos en el uso intensivo del tráfico de red y de consumo energético que estarán utilizando y aplicando los descartes oportunos. Los efectivos que tengan allí dispuestos podrán intervenir y confiscar todo el servidor principal.

Los efectivos… esa era otra.

Vladimir fingió colocarse bien la correa de su reloj de treinta mil rublos mientras meditaba las palabras que iba a decir. Tenía claro que la operación debía llevarse a cabo con extraordinaria cautela. El Reino Unido estaba que trinaba después que el MI6

informara en el número 10 de Downing Street sobre las más que fundadas sospechas de que el ataque a la sede de control de los Ferrocarriles Británicos en el Eurotúnel procedía de la Federación Rusa mediante una de sus empresas filiales. El embajador de Rusia en Londres había hecho horas extras para convencer a la diplomacia británica de que el Kremlin no tenía nada que ver en ese asunto. Y la verdad, como la credibilidad rusa en el gobierno de Su Majestad no es que fuera dogma ecuménico, menos aún desde el caso Litvinenko donde el polonio que le suministraron unos agentes del propio FSB le provocase la muerte por radiación, unido a la ocupación de Crimea por la fuerza dentro de un país soberano como Ucrania, la situación se tornaba muy comprometida para levantar la perdiz al vuelo, ahora que estaban siendo examinados con lupa.

A ese problema de discreción había un suma y sigue, puesto que uno de los miembros de la dichosa célula que pretendía desestabilizar medio planeta con su *software* malicioso era un agente infiltrado de la inteligencia de Corea del Norte, como le habían dejado entrever el MSS, el Ministerio de la Seguridad del Estado, el servicio de inteligencia de la República Popular China.

Y todo unido a que existía cierta relación con activistas chechenos que no convenía airear, más el interés desmesurado de países como Irak en conseguir el *software*.

Por lo que en esos momentos la mejor opción era la eliminación discreta de los *hackers* y hacerse con el lugar o destruirlo por completo si no era posible asegurarlo.

Después ya irían los informáticos rusos a desmantelar la instalación si era necesario y quedaba algo aún en pie, aunque con Masha y Galarreta esa alternativa iba perdiendo opciones tal y como se lo estaban tomando todo últimamente, dejando un reguero de cadáveres y destrucción por donde pasaban.

De todas formas, en esos momentos María Ivanova, acompañada de Javier Galarreta y de la detective recuperada Valeria Shevchenko, como bien tenía constancia, eran sus únicos peones utilizables. Junto a ellos se encontraba el agente especial Vadim Molotov, que había contactado con Masha para suministrarles equipamiento de combate

para la acción y para unirse al grupo de asalto. Por tanto, habían sido convenientemente informados del plan, estaban preparados y esperaban impacientes conocer la ubicación del servidor en Yakutsk. Y, lo que era más importante, todos ellos portaban documentos con identidades falsas, nadie se interesaría por ellos (al menos en Rusia) y su muerte no significaría una derrota sino un inconveniente. Si eso terminaba ocurriendo y la misión fracasaba, cosa poco probable conociendo la efectividad fuera de dudas de al menos parte de ellos, entraría en marcha el plan alternativo militarizado que evidenciaría el fracaso en la gestión del problema por parte del propio Krivenko y provocaría su más que probable destitución fulminante.

Roma no paga traidores y Moscú no paga incompetentes.

Y ese riesgo Vladimir Krivenko no podía permitírselo.

—Señores —dijo finalmente tras limpiar la mente de malos augurios—, está decidido. A la una del mediodía aquí en Moscú, cuando en Yakutsk sean las diecinueve horas, se realizará el ciberataque. En cuanto toda la región haya caído y logren por tanto la vulnerabilidad del servidor y su localización, lo comunicarán a nuestro enlace del FSB para que obremos en consecuencia.

—¿Podemos avisar antes a los hospitales o a los servicios de emergencia para que tomen medidas previas y se preparen ante una eventual catástrofe? —insistió el general Iván Ivanov del GRU incapaz de asumir una responsabilidad de tal calibre sin contar antes con el visto bueno del Kremlin.

—No. Eso delataría nuestras intenciones —contestó rotundo Krivenko—. Ha de ser un ataque sorpresa. Por supuesto negaremos la mayor y acusaremos a la inteligencia europea de la OTAN y a la CIA de Estados Unidos de intentar desestabilizar nuestra región minera, así como los trabajos de construcción del nuevo gaseoducto siberiano hacia Pekín. Aprovecharemos que las aguas bajan turbias para atrincherarnos y encubrir nuestros planes.

—Sí, porque nadie en su sano juicio creería que nosotros mismos nos atacamos…

ZONA RESIDENCIAL SUR

YAKUTSK (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Valeria se revolvía en el asiento del sofá mientras atendía las instrucciones de Vadim. Su hervor de sangre se incrementaba más que por la idea de efectuar una misión suicida un tanto al margen de la legalidad (que también), por la de compartir escena con una asesina reconocida, con un expolicía de otro país al que no supo proteger y con un misterioso nuevo compañero de juego.

Los cuatro estaban vestidos de negro, calzados con botas especiales. Los chalecos antibalas y unos abrigos ligeros aguardaban dispuestos en una especie de perchero sujeto en una de las paredes del piso que a duras penas parecía soportar el peso del equipamiento.

Masha, por el contrario, daba la impresión de estar encantada. Tenía delante, sobre la mesa, un arsenal completo: media docena de pistolas automáticas Yarygin Viking con sus potentes cartuchos de 9x21 milímetros; cuatro fusiles de asalto AK103, la última generación del mítico AK47; bombas de humo, también un par de aturdidoras; granadas de fragmentación RGD5; explosivo plástico C4 y munición de sobra como para abastecer a un regimiento de infantería. Para ella todo aquel material bélico a su

disposición era lo más parecido a encontrarse en un parque de atracciones temático con la intención de divertirse unas cuantas horas.

◆◆◆

La inspectora se había recuperado bien de su principio de congelación en la *Carretera de los Huesos*. Afortunadamente la rápida llegada de Masha y Galarreta habían evitado su muerte por hipotermia, algo que no pudieron llegar a conseguir en el caso de Alexei Vasiliev. Antes de regresar de nuevo a tierra segura en Magadán, Lera había despertado e incluso se animó a tomar un té que el comisario español preparó sobre la marcha en la parte posterior del vehículo. Valeria, algo más recobrada, les confirmó lo que ya sabían: Boris les había abandonado en la caravana con la idea de que ella reflexionara sobre su relación, dejándoles medios para sobrevivir un par de jornadas a lo sumo, aunque no tenía idea alguna de volver a buscarlos, como delataba el único billete comprado para el vuelo del día siguiente. En realidad, no tuvo el coraje suficiente para asesinar a su examante a sangre fría y prefirió dejarla perecer de manera natural, engullida por la tundra siberiana.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó Lera.

—Muerto —le respondió Masha en ruso—. Aquí tu amigo buenazo, el poli español, no sabes cómo se las gasta. Lo dejó en el váter del centro comercial con la chorra en las manos y los sesos colgando, o bien pudiera ser al revés; como prefieras decirlo, admite ambas combinaciones.

Valeria miró a Galarreta con incertidumbre. Después se fijó en el reflejo que devolvía el retrovisor interior para identificar a la conductora.

—¡Tú eres María Nikoláyevna Ivanova! —aseguró exaltada—. ¿Qué haces con ella?

Es una asesina —le dijo de nuevo en inglés a Javier escrutándolo sorprendida.

—Los dos trabajamos juntos ahora, es una larga historia —respondió él sin mucho convencimiento ni ganas de desarrollar todo el argumentario desde el principio—.

Dejémoslo en que las personas desesperadas al final terminan ayudándose entre sí.

—Mi trabajo era protegerte —insistió—, no dejarte en las manos equivocadas…

—Pues has hecho un trabajo de cojones, querida —soltó Masha con absoluta franqueza—. Aquí si todos estáis vivos es gracias a mí, así que ya os podéis ir poniendo

a la cola para darme las gracias. Y tú —se giró unos instantes para mirar a la inspectora Valeria— aprieta ese culo duro que tienes porque te necesitamos con nosotros, eres la única que has visto a todo el equipo al completo y los puedes identificar.

Un par de horas después, tal y como Masha le había prometido a Javier, al llegar a Sokol llamaron a la Policía Local para advertir sobre la desaparición del informático de Kaspersky e indicar, a su vez, la situación de su cadáver en la inhóspita travesía de la muerte. La patrulla de rescate saldría a buscarlo por la mañana; nadie en su sano juicio se aventuraba a recorrer la autopista de Kolymá en invierno una vez hubiera anochecido.

De nuevo en el hotel, no quedaban más habitaciones disponibles, por lo que tuvieron que pedir una cama supletoria para Lera y compartir el pequeño cuarto Galarreta y ella durante un par de días a la espera de nuevas instrucciones, ante la negativa de Masha a pasar la noche durmiendo junto a más policías.

Tras recibir las misivas desde Moscú, sacaron los pasajes para Yakutsk en el vuelo de las 18:50 de la tarde, que curiosamente llegaba a la capital de la República de Sajá a las 18:40, merced a los caprichos del cambio de hora.

En el aeropuerto les estaba esperando Vadim Molotov, un veterano soldado de las fuerzas especiales rusas ahora al servicio del GRU, encargado de buscar alojamiento para los cuatro y organizar el equipo de asalto.

◆◆◆

El reloj marcaba las dieciocho cincuenta y cinco.

—Dentro de pocos minutos, a las siete de la tarde, se producirá el ciberataque de nuestro gobierno —aclaró Molotov, cuyo apellido le venía que ni pintado ya que, entre otras cosas, su especialidad eran los diversos explosivos y las dispares bombas incendiarias—. Será entonces cuando al caerse todos los sistemas esenciales podrán detectar, desde la precisa monitorización preparada en Moscú, cuáles son los servicios que intentan buscar conexiones alternativas a la red y continúan utilizando un alto consumo de la distribución eléctrica…

—Como por ejemplo todas las empresas importantes, eso es algo evidente —

interrumpió Valeria—. Al menos las esenciales que dependan de la informática para funcionar.

—Nuestra sede —continuó Molotov en ruso sin prestar demasiada atención al comentario de la inspectora— se encargará de filtrar la información para así enviarnos únicamente el posicionamiento de los terroristas, que con la potencia de los servidores que deben tener instalados, estarán empleando una cantidad ingente de recursos.

Masha le traducía la conversación a Galarreta para mantenerlo informado. Javier no acababa de comprender cómo podían localizarlos desde la sede de la inteligencia militar rusa, pero tampoco era eso algo que le preocupara demasiado. Si algo había aprendido en estos últimos años era que los servicios de inteligencia de las grandes potencias funcionaban de manera multidisciplinar, abarcando infinidad de campos y poseyendo una capacidad táctica fuera de todo conocimiento popular, e incluso trabajando ajenas al control de los propios gobiernos a los que servían. Es decir, resumiendo su forma de pensar: estaba convencido de que podían dar por culo a quien quisieran sin facilitar notables explicaciones.

—Nuestras instrucciones son muy precisas —continuó el militar para dar por zanjada la exposición mientras se encendía un pitillo; era el único del equipo que fumaba—. El objetivo es Ígor Kovalev; el FSB y el GRU lo quieren vivo. Nosotros debemos apresarlo sin que sufra daños letales; la inteligencia militar se encargará de trasladarlo a Moscú de manera conveniente. El resto de los activos son todos ellos sacrificables.

Se hizo un silencio en la habitación rasgado mansamente por la voz suave de Masha haciendo de traductora. Javier Galarreta miró al militar con desaprobación. Este le mantuvo la mirada un rato mientras exhalaba una bocanada de humo. Al poco perdió el interés y le pareció más sugestivo levantarse en busca de la botella de vodka. Sirvió copas para los cuatro y dejó la bebida junto a su teléfono móvil y el de la propia Masha, que permanecían contiguos a un ordenador portátil sobre la gran mesa de madera llena de material ofensivo. En otra mesita auxiliar aguardaban varios planos de la ciudad a diferentes escalas prestos para ser utilizados. Bebieron todos menos Lera, lo que para Vadim supuso casi una ofensa por parte de la inspectora de la policía metropolitana.

A las siete en punto de la tarde tal como estaba pronosticado, cuando Radio Moscú comenzaba su boletín de noticias, se cayó todo el sistema informático y telemático de la región. El teléfono de Masha perdió la cobertura 5G y tan solo una pequeña raya de servicio indicaba la funcionalidad en modo básico de llamada. La televisión quedó en negro sin poder sintonizar ningún canal. Por el contrario, el terminal del soldado ruso seguía operativo, al igual que el portátil. Masha explicó a los dos policías que ambos aparatos se conectaban a los satélites militares, los cuales nunca dejaban de funcionar por el bien y la seguridad del país.

Valeria observó desde la ventana del pequeño chalet unifamiliar en donde estaban acogidos que los semáforos de la calle se habían quedado todos en ámbar tras fallar la regulación de las centralitas. Algunos vecinos se asomaban a las ventanas desafiando el terrible frío ambiental. Se oían las primeras sirenas a lo lejos; poco a poco el desbarajuste comenzaba a adueñarse de la ciudad.

El ordenador cobró vida de súbito y recibió una serie de avisos parpadeantes. Unas fotografías a vista de pájaro se superpusieron una encima de otra mostrando dispares emplazamientos de la ciudad, hasta tres diferentes.

—¡Joder! —exclamó Molotov leyendo el mensaje adjunto que acompañaba las imágenes por satélite. Masha estaba pegada a él mirando la pantalla por encima de su hombro izquierdo; le gustaba el olor a hombre del miliciano, la estimulaba, eso y el plan de ataque previsto—. Desde Moscú, tras el descarte inicial, han localizado tres posibles lugares que coinciden con los parámetros que andamos buscando —aclaró él, informando a los demás.

—¿Y a cuál de ellos vamos? —planteó Galarreta una vez que le tradujeron la explicación.

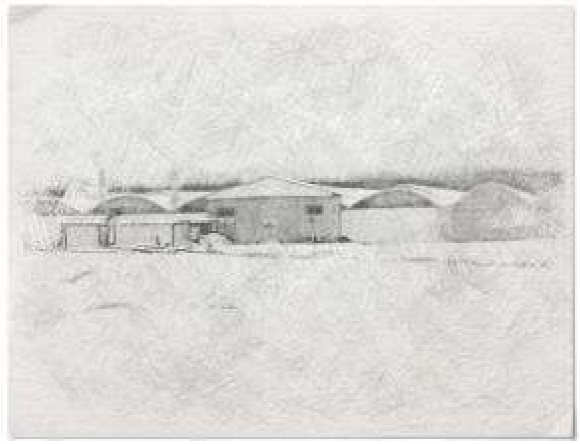
—La pregunta no es a cuál, sino en qué orden —dejó caer Lera.

Masha estaba ya sobre los planos en papel trazando varias líneas y círculos con el rotulador.

—Desde nuestra posición el que más cerca nos queda es el que se encuentra en el polígono industrial próximo al río Lena —indicó golpeando con el dedo dentro de una de las circunferencias que había dibujado en los planos cartográficos—. Propongo ir allí primero, parece el más adecuado. Está aislado de la ciudad fuera de la vista de la gente y pasa perfectamente desapercibido dentro de la zona

maderera industrial en el lado oriental de Yakurts.

Los demás asintieron. Había que empezar con uno y ese reunía las características más apropiadas. Cogieron los planos, el ordenador portátil, todo el armamento y accedieron al garaje donde un todoterreno blanco con los cristales tintados, modelo Haval H6, el llamado *Audi Q7 chino*, aguardaba al abrigo del frío exterior. Vadim, que conocía la ciudad, se puso al volante con Masha a su derecha como copiloto. Javier Galarreta y la inspectora Valeria pasaron atrás. Molotov pulsó el mando a distancia y la portezuela del sitio se abrió con razonable velocidad; pisó el acelerador cuando estuvo arriba y salieron patinando sobre el asfalto helado.



18

PROMYSHLENNYY RAYON,

ZONA INDUSTRIAL NOROESTE

YAKUTSK (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

El aparente SUV chino, demasiado similar, casi como una fotocopia, a los todoterrenos europeos de alta gama con muchísimo mayor precio, avanzó con las luces apagadas y se adentró en el interior del pequeño polígono industrial colindante con la zona agrícola próxima a la ribera del congelado río Lena. Los almacenes se encontraban salpicados en un blanco inmaculado por la nieve que lo cubría todo. No había prácticamente nadie a esas horas de la tarde trabajando en los pabellones próximos, lo cual facilitaba el pasar desapercibidos.

Según la trasposición de la fotografía llevada al plano, la última nave industrial que se divisaba, pintada en el exterior en tonos crema y azulones, era el objetivo marcado.

Afuera, escoltando ambos lados de una puerta estrecha de acceso, estacionaban dos vehículos pequeños: un utilitario Lada Granta blanco y un Volkswagen Polo de color rojo bastante antiguo. Pegado a este último, ante la puerta elevable del almacén había

también un tractor enganchado a un remolque que, a juzgar por su aspecto y la capa de nieve que lo cubría, daba la impresión de llevar parado muchos meses. No se apreciaba ninguna cámara de seguridad a la vista. Tampoco parecía que nadie vigilara el lugar.

Decidieron intervenir de manera rápida y sorpresiva. Coordinaron las acciones a realizar: Valeria y Galarreta bordearían la nave cada uno por un extremo hasta llegar al otro lado, cubriendo la salida trasera desde donde se podía acceder a las fincas. Masha y Vadim entrarían por la puerta principal a lo bestia, volándola en pedazos.

Los cuatro se colocaron los pasamontañas negros sobre el rostro y

Vadim condujo el todoterreno hasta justo delante de los coches, lo detuvo ante ellos bloqueando por tanto su posible huida. Con rapidez descendieron del vehículo y comenzaron la operación.

Masha colocó una pieza de explosivo plástico junto a la cerradura, introdujo los detonadores eléctricos y se apartó unos metros junto a su compañero, que vigilaba expectante con el Kaláshnikov en modo semiautomático. Se cubrieron uno con el otro y activaron el iniciador. Al instante, la portezuela voló por los aires y entró retorcida en el interior de la nave por la fuerza de la onda expansiva. El estruendo fue abrumador, causando un completo desconcierto a los ocupantes del local que gritaron asustados. Al unísono, sin dar tiempo a reacciones imprevistas, Valeria y Galarreta situados en el lado contrario avanzaron hacia la puerta posterior y Masha y Vadim entraron en el almacén.

Dentro del recinto, amplio y de techos elevados, había dos filas de mesas puestas en paralelo repletas de ordenadores de sobremesa abiertos para una buena ventilación formando una cadencia de estructuras abarrotadas de tarjetas gráficas y potentes procesadores que funcionaban sin descanso.

Un hombre se levantó de su puesto desconcertado aún por la explosión, Vadim le disparó dos veces y le alcanzó con ambos proyectiles. Cayó catapultado hacia atrás por la fuerza de los impactos del mortífero fusil de asalto haciendo una mueca absurda y agitando los brazos de manera espasmódica. Otra persona huía desde el fondo corriendo hacia la salida exterior. Se oyó un grito y una ráfaga corta de tiros en la calle; los policías habían cumplido con su labor. Masha le hizo una discreta seña con la cabeza a Vadim: bajo una de las mesas de la fila izquierda había alguien agazapado.

—¡Las manos arriba, hijo puta! Sal despacito o te vuelo la cabeza… —ordenó la agente rusa.

Un muchacho veinteañero, más bien obeso, con los pómulos rojizos como si hubiese estado tumbado cerca de una estufa, se levantó gradualmente, a cámara lenta, con los

brazos gruesos estirados hacia el techo casi hasta la extenuación. Jadeaba de modo considerable y un par de lágrimas caían por sus mejillas rechonchas.

Por el fondo entraron Valeria y Galarreta con una chica que lloraba desconsolada sujeta por los brazos, parecía ilesa; los disparos habían

sido de advertencia para que se detuviera en su loca carrera presa del pánico. Tendría una edad similar al gordito, acaso unos pocos años más por lo generosamente formada que estaba. Cuando vio el cuerpo sin vida del tercer muchacho se derrumbó en un llanto incontrolado.

—¡Cállale la boca de un guantazo! —sugirió Masha desbordada en parte por la extraña situación que no le cuadraba nada. Recordó que estaba hablando con polis formales y disciplinados y resopló—. Nos van a oír entre la explosión, los disparos y los gritos de esta loca hasta en la jodida estación espacial internacional.

Galarreta se acercó rápido al cuerpo tirado sobre el suelo industrial de hormigón pulido sobre el que flotaba mecido en un amplio charco de sangre, pero se detuvo a los pocos pasos. No hizo falta que comprobara si aún tenía constantes vitales, puesto que los dos agujeros en el centro del pecho le habían reventado por dentro los pulmones y el corazón. El chico era otro veinteañero.

—¡Joder! Es un puto crío… —gritó enfadado.

—¿Dónde están vuestros jefes? ¿Qué coño estáis haciendo aquí? —pregunto Valeria al gordito, puesto que la muchacha era incapaz de hablar sobrepasada por un llanto ingobernable.

—Vendrán mañana por la mañana a relevarnos. No nos maten, por favor —rogó—.

Llévense todo lo que hemos minado…

—¿Qué?

—¡No me jodas! —exclamó Vadim colgando su AK del hombro y acercándose a una de las hileras de ordenadores—. ¡Es una granja de criptomonedas!

—Sí, claro… ¿qué pensaban que era? —balbuceó el joven—. En esa fila realizamos minería de Bitcoins con el programa CGMiner y el algoritmo SHA256 —explicó nervioso con abundantes tecnicismos—. En la otra columna con esos PC nos dedicamos a minar Ethereum gracias al *software* Claymore y los algoritmos Ethash.

—No entiendo ni una puta palabra de lo que dices, chaval —dijo Masha harta de tanta tontería apuntando a la cabeza del crío con su pistola—, así que te voy a volar la

tapa de los sesos si no me aclaras en palabras sencillas en qué consiste

esta maraña de cables, de conexiones y esos ventiladores de pie que tenéis conectados a la red en plan yacusi cutre.

—Se trata de hacer monedas virtuales, las criptomonedas, los Bitcoins… —sollozó temblando al notar el cañón metálico del arma apoyado contra la frente. Un chorro de orina se deslizó caliente y le empapó los pantalones.

—No me jodas, encima te meas encima… Ya sé lo que son los putos Bitcoins, no he nacido en la Edad Media —replicó ella enfadada poniendo una mueca de asco en el rostro—. Lo que quiero que me expliques es que más hacéis con todo este complejo que habéis montado en esta nave, porque parece la Agencia Espacial Rusa.

—Es que, para que sea rentable, hay que tener una granja de este tipo. Debe funcionar las veinticuatro horas del día sin parar haciendo múltiples operaciones porque se requiere resolver cálculos matemáticos enormes y para ello se necesita mucha potencia informática. —Tragó saliva y continuó—: Los equipos están conectados a las redes P2P para realizar cálculos, para procesar transacciones y sellar los bloques. Si lo conseguimos, nos llevamos la recompensa. Y los ventiladores de pie y de sobremesa ayudan simplemente a enfriar los equipos que se calientan muchísimo. Solo nos dedicamos a eso, a la minería de criptomonedas.

—Y mangáis la corriente de la red externa de la ciudad, ¿no? —preguntó Masha bajando el arma.

—Sí.

—¿Alguien me puede traducir lo que se está diciendo si no es mucha molestia? —

preguntó en alto Galarreta con hastío—. Me gustaría poder opinar al respecto.

La inspectora Valeria le hizo en inglés un resumen rápido de lo que pasaba.

Vadim Molotov soltó un juramento malsonante y desenfundó la pistola:

—Bueno, se acabó. Ponte con tu compañera y reza lo que sepas; no es que tenga nada contra vosotros, pero habéis visto demasiado esta noche.

La inspectora Valeria Shevchenko levantó su Kaláshnikov para apuntar a Vadim.

—No voy a permitir en modo alguno que los ejecutes a sangre fría —le dijo con seguridad—. Y si para ello tengo que dispararte lo haré. No vamos a matar a más inocentes.

—Inspectora, baje esa arma y deje de apuntarme porque me está poniendo nervioso

—exclamó él girando sobre sí mismo para dirigir el cañón de la Yarygin hacia la agente de policía rusa. Ahora se amenazaban mutuamente uno y otro.

Javier Galarreta soltó a la chica y dirigió también su arma de asalto hacia el miembro del GRU. No entendía una sola palabra de lo que estaban hablando, pero su intuición lo ponía sin dudarlo de parte de Lera.

Masha permanecía en medio del enfrentamiento negando con la cabeza y dejando los ojos en blanco.

—¡Dejad de hacer el gilipollas! —exclamó en ruso y en español de manera consecutiva—. Está claro que nos hemos equivocado, así que vamos a hacer nuestro trabajo buscando el siguiente punto señalado. Y tú Vadim —le dijo mientras marchaba camino de la puerta—, permite a estos dos que se hagan cargo de los chicos. No nos han visto las caras, no son de nuestra incumbencia y, además, para mañana no estaremos aquí pasando frío… O eso espero.

Vadim Molotov bajó la automática tras aguantar unos segundos más la visual de Valeria y, sobre todo, la de su AK. Sonrió abriendo la boca por un lado y un diente metálico brilló bajo la luz de las lámparas, como diría el panameño Rubén Blades refiriéndose a Pedro Navaja en su conocida canción de salsa.

— *Pogánye musorá!* —balbuceó a Masha mientras se iba con ella hacia el exterior en busca del coche.

— *Da.*

—¿Hemos de preocuparnos por lo que acaba de decir ese energúmeno? —preguntó Javier Galarreta a su compañera de profesión mientras bajaba el arma y volvía a sujetar a la muchacha que yacía sobre el suelo como catatónica, en estado de *shock*, velando el cuerpo de su amigo asesinado.

—No. Nos ha insultado gratuitamente, de la forma como se llama aquí a la policía de manera más despectiva. Es un capullo.

—Qué cabrón… No sé, me da mala espina este tipo, no me fío nada de él.

—Yo tampoco.

ULITSA CHERNYSHEVSKOGO,

ZONA RESIDENCIAL CENTRAL

YAKUTSK (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Valeria y Javier habían dejado atados y amordazados a una columna de la nave agrícola a los dos jóvenes. Tal y como habían advertido cuando entraron al asalto, les relevarían por la mañana, así que era tiempo más que suficiente para terminar la operación y desaparecer. La inspectora rusa tuvo la precaución de abrigar a ambos concienzudamente ya que, con la puerta de entrada abierta por la explosión y una temperatura ambiente cercana a los cincuenta grados negativos, la supervivencia de ambos sujetos totalmente inmovilizados podía quedar en cuestión.

Ahora los cuatro efectivos se dirigían al segundo punto del mapa

señalado: un chalet unifamiliar situado en la entrada meridional de la zona centro de la ciudad, antes de la famosa Torre de Ostrog, una fortaleza carismática del siglo xvii con una enorme

empalizada de madera que en su momento servía de protección y cobijo a los nuevos colonos que conquistaban las tierras siberianas.

El conjunto residencial edificado se formaba por seis casas de estilo zarista, decoradas en colores amarillos y blancos, que lucían unas fachadas muy bien cuidadas a lo largo de un lado de la calle, junto al parque infantil.

El lugar era óptimo para pasar desapercibidos viviendo a la vez en un sitio inmejorable para moverse por la ciudad sin llamar la atención, como apuntó Masha cuando se acercaron.

La casa en cuestión que andaban buscando era la última de la hilera (o la primera según se mirara) y todo el lateral junto con su parte posterior daba al enorme parque de juegos para los niños, acostumbrados pese a las bajas temperaturas a disfrutar de los columpios cuando había luz solar. Tenían, por tanto, una vista despejada para detectar posibles visitas no esperadas. El otro lado daba al muro de separación con la vivienda contigua, al parecer deshabitada.

Cuando pasaron despacio ante el frontal del edificio, con tres escaleras de acceso hasta la puerta de entrada, alguien vigilaba en la ventana adyacente. La figura de una sombra tras la cortina recogida destacaba ante la luz amarillenta de lo que podía ser el salón. Vadim siguió adelante dejando atrás el portal y bordeó el parque infantil para examinar el conjunto desde atrás. Cuando iba a detenerse en doble fila, Lera le hizo continuar.

—Hay alguien en el interior de ese coche allí aparcado, el Lada azulón junto a la furgoneta de mudanzas —comentó desde la parte de atrás oculta tras los cristales oscuros—. Creo que es uno de los tipos que estaba en el avión y más tarde en la casa de Magadán donde me retuvieron.

—Es posible —confirmó Galarreta recordando del mismo modo su experiencia cuando estuvo secuestrado en el apartamento de Moscú—. Hablaron de ir al encuentro de un tal Yuri no sé qué cuando se marcharon Ígor Kovalev y su novia la loca Valentina esa.

—Vale. Dejádmelo a mí —sugirió Masha asegurándose de llevar el cuchillo de combate para el cuerpo a cuerpo en un lado del pantalón.

Al otro portaba su inseparable Makarov—. Pásame el abrigo de pelo —le pidió a Lera mientras se quitaba el chaleco antibalas—. Detén el todoterreno allí, detrás de la tienda de comestibles y me

dejas bajar —indicó al conductor señalando con un dedo—. Me acercaré hasta donde está el vigilante.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Galarreta también desde atrás.

—No sé, ya se me ocurrirá algo. Una chica desvalida es presa fácil ¿no crees? —

Sonrió de manera pícara—. Dame un cigarro —le dijo a Vadim—. Voy a ver si tiene fuego…

◆◆◆

Kovalev se aproximó a uno de los tres ordenadores conectados entre sí.

—¿Cómo va eso? ¿Tenemos por fin pleno acceso a todos los nodos? —preguntó preocupado.

Las cosas no estaban saliendo del todo como esperaba. Daba por perdido a parte de su equipo, los del piso en Moscú. Estaba también preocupado por Boris y ahora, para colmo, el apagón.

—La red se ha caído prácticamente por completo. Tenemos muy poca velocidad y eso que la estamos exprimiendo a tope. Estoy intentando conectar uno de los teléfonos móviles por satélite para intentar mejorar la cobertura, pero el protocolo de acceso me deniega continuamente el paso. No puedo esquivar el cortafuegos.

Maxim le ayudaba a dos manos manipulando otro de los teclados y el ratón al mismo tiempo con virtuosismo, intentando en vano mejorar la conexión.

—No creo en las casualidades —exclamó preocupado mirando a Valentina—. Parece un ciberataque en toda regla, muy al estilo ruso. ¿Algo sospechoso a la vista? —

preguntó a Alla, que seguía atenta desde la ventana del recibidor a cualquier movimiento extraño; se había agenciado un taburete del mueble bar y al menos estaba cómoda escrutando la calle.

—Por aquí no pasa nada ni nadie. Solo han transitado media docena

de coches en la última media hora y la gente no sale de casa con el frío que hace. Yo además he de volver enseguida a la mía —recordó mirando a su jefe—, ya sabes que trabajo en el museo y mañana tengo que empezar temprano.

Alla Godinova era el único miembro del equipo nativa de la región y la que mantenía su trabajo habitual como tapadera y medio de vida hasta ahora. Era una de las

guías del curioso Museo del Mamut de Yakutsk en donde, entre otras cosas, se podía admirar la reconstrucción, gracias a los huesos encontrados bajo el hielo, del esqueleto completo de uno de estos gigantes lanudos de la era glaciar.

—Es mejor que hoy no vayas a ninguna parte —le sugirió Kovalev en un tono casi de orden—. No estoy tranquilo, tengo un mal presentimiento. Llama a Tachenko —le indicó a su novia—, no me fío una mierda de ese idiota, lo mismo se ha quedado dormido dentro del coche con el calor de la calefacción.

Atlasova agarró el talkie:

—Yuri, ¿me recibes?

A los pocos segundos se oyó una voz ronca que blasfemaba:

—Claro que te escucho —respondió entre una sarta de groserías—, no tengo nada mejor que hacer desde hace dos horas; exactamente el tiempo que llevo en el coche vigilando no sé muy bien el qué.

—¿Alguna novedad?

—Sí, que con el puto frío que hace aquí fuera se me están quedando las pelotas congeladas. ¿Cuándo me relevàis?

—Pronto —dijo ella finalizando la conversación. Miró a su amante con esos ojos achinados que la caracterizaban—: Ya ves, no parece que haya mucho por lo que preocuparse.

—Ya…

Ígor Kovalev estaba nervioso. Le era imposible ponerse en contacto con Boris Bondalenko. Debería haber llegado esa misma mañana, pero ni había cogido el avión según le confirmaron al llamar al aeropuerto ni contestaba a los mensajes. Igual se lo había cargado Saidali González, abandonándolo junto a la inspectora y al informático en la

carretera de Kolymá. Todo era posible cuando confiabas en delincuentes.

De todas formas, era posible que alguien anduviera tras su pista, y si habían investigado lo suficiente les podían situar en Magadán e identificar el avión privado, aunque difícilmente podrían encontrarlos en Yakutsk ni interrogar a los pilotos, puesto que se habían marchado hacia Afganistán a por un cargamento de heroína; el país dominado de facto por los talibanes en la mayor parte del territorio excepto en su

capital Kabul y poco más, era el principal productor mundial de esa droga con casi el noventa por ciento de toda la elaboración del planeta. Allí había negocio para los pilotos fuera de la ley.

—Apaguemos todo el sistema —sugirió Kovalev subiendo la voz—. Creo que esto lo han hecho porque pueden localizarnos de alguna forma. No sé cómo, pero tienen algún método de rastreo. Tal vez por nuestro consumo energético o intentos de engancharnos a la red continuamente.

Valentina se le acercó y le acarició con suavidad el pelo, jugando a hacerle unos caracolillos con los dedos sobre el cogote, donde crecía una pequeña melena. Él la separó bruscamente y se dirigió de nuevo al informático:

—¡Apaga de una puta vez todo el sistema! —ordenó ahora sin atisbo de duda—. Y

preparaos para un posible asalto…

◆◆◆

Yuri Tachenko blasfemaba por lo bajo repantingado en el interior del coche. Tenía la calefacción encendida a tope con el motor al ralentí y le estaba dando dolor de cabeza además de secarle las narices. Para colmo la radio local con la lista de éxitos pop rusos había dejado de emitir y en todo el dial no se oía más que el chasquido del ruido vacío de las ondas. Parecía como si el sistema de las antenas repetidoras se hubiese venido abajo. Decidió prender otro cigarrillo, aunque el humo le acabara molestando concentrado en el interior casi tanto como el aire caliente del coche. Además, para su hartazgo, recordó que cada vez había una mayor persecución a los fumadores en todo el país y eso que una buena parte de los rusos estaban enganchados: más de la mitad de los hombres y un tercio de la población femenina. Se barajeaba incluso la posibilidad de prohibir en este nuevo año el fumar en la ventana o en las terrazas, amparándose la orden en una

normativa antiincendios que se estaba elaborando por el Ministerio para las Situaciones de Emergencia, según había dejado caer la agencia TASS. «Ya lo han vetado en todas las partes que han podido — pensó Yuri en alto — y ahora se acuerdan también de los balcones; pandilla de burócratas gilipollas».

El tabaquismo o el abuso desmesurado de las bebidas alcohólicas seguían estando presentes en el día a día como un problema añadido al deterioro de las condiciones de vida. Porque la gente, en el fondo, no muere por causa del tabaco en Rusia; muere por causa de la propia vida. Cuando la calidad de vida es mala, la gente fuma, bebe o se droga.

En el momento que tomó el encendedor del coche para dar lumbre al Belomorkanal, una de las marcas más vendidas de pitillos en el país, una mujer rubia se arrimó a la ventanilla y la golpeó con los nudillos causándole un susto de muerte que le hizo caer el mechero a los pies.

—¿Qué coño quieres? —le preguntó de mala gana buscando a tientas por encima de la alfombrilla del puesto de conducción el encendedor electrónico, tratando de evitar que se quemara la goma del suelo.

—Eso que tienes tú ahí… fuego —respondió la chica dando un traspiés.

—¡Vete! —le gritó con un aspaviento. Déjame en paz. Y soltó un nuevo taco soez cuando se quemó los dedos al tocar la parte incandescente del encendedor.

La mujer dio un par de pasos haciendo una ese y se sentó sobre el capó caliente del automóvil. Con cincuenta grados bajo cero era como apoyarse alegremente en un radiador templado para entrar en calor. A continuación, se tumbó sobre el mismo con el pitillo en los labios, apoyando el gorro en el parabrisas haciendo que la endeble chapa se hundiera ligeramente en un crujir metálico nada halagüeño.

Yuri tocó una vez el claxon para ahuyentarla, como si fuera un perro que se pone a mear en la rueda y se asustaría ante un bocinazo. Bajó unos centímetros la ventanilla:

—¡Lárgate de ahí, puta! —le gritó.

La chica extendió el brazo izquierdo y mostró el dedo de en medio enguantado.

El hombre no pudo más. Descendió del vehículo de mala gana, se

acercó a la borracha tirada sobre su coche y la agarró del lado izquierdo para forzarla a bajar.

Entonces ella hizo un movimiento rápido e inesperado con el brazo derecho que impactó contra el pecho de Yuri Tachenko, como un martillo percutor, y le introdujo un cuchillo hasta la empuñadura en pleno corazón. El ruso aún tuvo tiempo de comprobar antes de morir la expansión de una enorme mancha roja que empapaba su abrigo mientras unos ojos azules fríos, más que el propio clima reinante, le miraban inexpresivos. Cayó hacia atrás desplomado y Masha lo retiró arrastrándolo por los brazos hasta la parte posterior del vehículo quitándolo de la vista de cualquier escaso transeúnte.

Le sacó el puñal del pecho limpiando la hoja sobre la propia ropa del muerto e inspeccionó el interior del coche. Recogió de su interior el talkie del asiento, una pistola automática de la guantera y apagó el contacto retirando la llave para cerrar después la

puerta abierta. Pese a que los vehículos en aquel clima tan duro se dejan encendidos incluso toda la noche para evitar que se congelen por completo, prefirió desbaratar un posible plan de fuga por parte de los delincuentes.

Regresó después agazapada hasta el todoterreno donde aguardaban sus compañeros y se desprendió de su propio abrigo salpicado con la sangre de Yuri antes de subir a bordo.

—Listo —dijo mientras se colocaba de nuevo el chaleco antibalas y el térmico negro superior.

Javier Galarreta y la inspectora Valeria negaron con la cabeza casi acompasados. Los métodos de Masha resultaban invariablemente igual de tajantes que brutales, aunque efectivos, eso sí.

El trasmisor rugió de pronto sobresaltando a los cuatro:

«Yuri — preguntó una voz femenina —, ¿has tocado tú la bocina? De todas formas regresa aquí, hay cambio de planes…».

Vadim pulsó la tecla del aparato y respondió escueto con un sencillo « *O.K.»* que al parecer resultó convincente.

—Es nuestra oportunidad ahora —dijo al resto—, debemos intervenir o sospecharán.

—No sabemos a ciencia cierta cuántos hay dentro de la casa —indicó

Lera preocupada.

—Por los datos que tenemos, no pueden ser más de cuatro o cinco contando a ese —

dijo Masha señalando hacia el cadáver—, hemos ido eliminando al resto, no pueden ser muchos más y contamos con el factor sorpresa a nuestro favor.

—Vamos entonces…

19

ULITSA CHERNYSHEVSKOGO,

ZONA RESIDENCIAL CENTRAL

YAKUTSK (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

El equipo de Ígor Kovalev había recogido parte del material más sensible y ahora se había armado para repeler un potencial ataque, pese a considerar más la posibilidad como una paranoia de su jefe que en una realidad viable. No obstante, se habían provisto bien y aguardaban novedades apostados en diferentes puntos de la vivienda.

Dimitri Novikov, el informático principal y mano derecha de Ígor en cuanto a la programación y gestión de redes,

era el menos entrenado para la actuación defensiva. Para él, su única arma autentica se circunscribía a la manejada entre códigos de bits, lanzando ataques cibernéticos. La pistola que le entregaron la había probado tan solo dos veces, cuando le obligaron a practicar unas tandas básicas de disparos a unos botes de conservas vacíos en un páramo helado a las afueras. Le instruyeron para su uso más elemental y lo habían dejado sentado junto a los ordenadores en un extremo del salón sin confiar mucho en sus capacidades para repeler un embate.

Maxim Kuznetsov sí que tenía experiencia militar. De hecho, antes de especializarse en informática había pasado un par de años en el ejército para sacarse algún dinero. Allí contactó con elementos chechenos mercenarios que más tarde le habrían dirigido hacia donde estaba en juego el dinero de verdad: el terrorismo informático.

Maxim se mantuvo atento junto a la puerta donde antes vigilaba su compañera Alla, armado con un subfusil semiautomático AKS-74U, un arma principalmente de asalto destinada a las tropas aerotransportadas y a las unidades militares especiales optimizadas para moverse en espacios urbanos limitados.

Valentina Atlasova junto con Ígor Kovalev habían subido a la planta

superior del inmueble, donde tres amplios dormitorios y un cuarto de baño rellenaban el espacio construido. Ambas habitaciones daban al parque y desde la que se encontraban ellos, además, podían prestar atención con excelente ángulo al patio posterior de las otras casas y adelantarse a la llegada no deseada de algún intruso. Valentina portaba un Kaláshnikov que acariciaba con placer insano, como si se tratara de un adorable gato mimoso que reposaba ronroneando sobre sus piernas. Su amante blandía una pistola automática a la par que custodiaba el ordenador portátil en el que el programa principal, *Naru007*, permanecía instalado en su código fuente original.

Alla Godinova permanecía en la planta baja con los otros dos hombres, junto a la puerta de la cocina, donde disponía de una buena visión del exiguo patio trasero.

—¿Qué estás haciendo con ese portátil? —preguntó Kovalev a Alla, cuando bajó de manera sigilosa desde los dormitorios y se la encontró manipulando el ordenador Dell.

Tenía conectado, mediante un cable trenzado de seguridad ajeno a los componentes del equipo, su teléfono móvil a uno de los puertos USB para obtener cobertura alternativa a la de la casa.

—Eh… Nada —exclamó ella cerrando el dispositivo de pronto al encontrarse sorprendida por su jefe. El mensaje cifrado preparado para la inteligencia coreana se quedó retenido en el buzón de salida a la espera de ser enviado.

—No me jodas —insistió él desconfiando—, enséñame lo que estabas haciendo.

La pistola que la chica sujetaba en la espalda ya no tenía el seguro puesto, y el dedo índice de la mujer se apoyaba en el gatillo dispuesto a zanjar de raíz cualquier discusión sobre su debatible lealtad.

Pero, de pronto, se oyó un sonido de motor revolucionado *in crescendo* que se acercaba demasiado a la casa. Fue entonces cuando un todoterreno blanco irrumpió en el interior de la vivienda reventando a su paso la puerta de entrada y parte de la fachada principal hasta penetrar por completo en el recibidor. Rebotaron trozos de pared, maderas y escayola mientras una nube de polvo y escombros roció en densa confusión el interior del apartamento. Maxim salió despedido hacia atrás por la fuerza del choque, rodando varios metros hasta quedar tumbado en el suelo, junto a una butaca de la sala.

Casi simultáneo del suceso principal, en un coordinado movimiento

táctico, el cristal de una de las ventanas del salón saltó hecho añicos y a través del hueco se coló al interior una granada aturdidora M84 que rodó inquietante por encima de la alfombra antes de activarse.

La deflagración de estos artefactos, pese a no ser letal, provoca un resplandor luminoso con más de siete millones de candelas, capaces de dejar momentáneamente cegados a quienes se vean expuestos a la luz intensa.

Por otro lado, el estampido sonoro cercano a los ciento ochenta decibelios ocasiona una sordera total durante un periodo de tiempo transitorio, al interrumpir el habitual fluido dentro de los canales semicirculares del oído por efecto de la onda de choque.

Son, en definitiva, unas armas que inhabilitan una respuesta rápida del enemigo, incapacitándolo para responder durante unos minutos vitales.

Aprovechando estos eternos segundos de desconcierto creados, dos fusiles de asalto comenzaron a escupir ráfagas mortales. Desde el coche empotrado en la casa, Vadim disparaba hacia el interior creando un fuego cruzado combinado con el de Masha que, haciendo lo propio desde la ventana rota, barría toda la planta baja.

Dimitri, aún sentado ante los ordenadores, cayó fulminado por la lluvia de proyectiles provenientes del exterior que manaban en un aguacero de plomo mortal.

Quedó postrado hacia atrás en la silla de oficina con ruedas, mientras su cuerpo inerte se balanceaba de un lado a otro haciéndola rotar de un modo macabro. Alla, tapándose los oídos con las manos por el dolor, logró huir escaleras arriba hacia la planta superior; una bala le había rozado la pierna izquierda y le había seccionado un trocito de piel.

Ígor se había tirado al suelo de la cocina al iniciarse el ataque, resistía completamente sordo y mareado, pero al parecer no le habían descubierto.

Maxim Kuznetsov, por su parte, logró parapetarse tras el sofá y desde allí vació el cargador de su arma; aunque, sin embargo, debido al cañón corto del AKS-74U la precisión dejaba mucho que desear y el potente retroceso lo sacudió hacia arriba haciéndolo ingobernable mientras sembraba un caos de balas por todos los lados.

Masha y Vadim se protegieron unos segundos, lo que aprovechó Ígor

Kovalev para arrastrarse por

el suelo y deslizarse por la puerta de acceso al garaje, cerrándola tras su paso antes de que los disparos de los asaltantes abatieran sin remedio a Maxim, haciéndose de esa manera con el control de la planta baja.

En el piso superior, Valentina había distinguido perfectamente como un cuerpo embutido en negro se acercaba hacia la casa por entre los columpios infantiles. Apuntó con su Kaláshnikov desde el marco de la ventana y su ráfaga certera alcanzó a la inspectora Valeria Shevchenko que avanzaba confiada. El chaleco antibalas le salvó la vida, sin embargo, varios impactos adicionales le alcanzaron en la pierna y en un hombro. Quedó cobijada tras una caseta de madera para los niños que no suponía impedimento alguno para la mortal cadencia y penetración de un AK a tan pocos metros y con un inmejorable ángulo de tiro. Cuando Valentina Atlasova iba a rematarla, Alla entró cojeando aún medio sorda, lo que hizo que girara y le apuntase.

—¡Abajo están todos muertos! —gritó incapaz de escuchar sus propias palabras casi imperceptibles resonando en un eco lejano, como en una gruta profunda debido a su sordera momentánea.

—Encárgate de la ventana, que no se acerquen —le ordenó Valentina gesticulando mientras se asomaba a las escaleras intentando retomar la planta principal.

Sonaron en el acto varias ráfagas destellantes procedentes del salón con dirección hacia su situación en lo alto de la escalinata. Trozos de madera del pasamanos saltaron en astillas dejando un olor a leña quemada. Valentina se arrojó al suelo para disparar desde ahí. Se alternaron las detonaciones toda vez que se iban reemplazando los cargadores.

Mientras tanto, Javier Galarreta se había encargado de recoger el coche donde habían neutralizado antes a Yuri, para acercarlo a la casa y garantizar así la huida posterior tras la decisión drástica de reventar el todoterreno en una escena triunfal. Fue él quien se hizo cargo de Lera y la rescató aprovechando la anarquía generada en el asalto. La docena de

disparos de Alla Godinova con su arma corta desde el alféizar de la ventana no lograron impedir el rescate de la inspectora de la policía moscovita. Galarreta la arrastró dentro del vehículo, le hizo un eficaz

torniquete en la pierna, pues estaba perdiendo mucha sangre y taponó como pudo los dos balazos del hombro. Después llevó el coche hacia un lado del parque, fuera del alcance de los proyectiles desde la ventana, momento que aprovechó la propia Alla para descolgarse por la cornisa y bajar sujeta al canalón hasta llegar a ras de suelo. Una vez allí intentó correr, limitada por su herida, atravesando el parque en dirección hacia el centro de la ciudad para escapar.

El comisario español, que había presenciado la fuga desde su posición, aceleró en persecución de la terrorista, patinando por el asfalto helado y golpeó a un coche estacionado al que le rompió el faro e hizo sonar la alarma. No se detuvo y, zigzagueando, como si estuviera bajo los efectos del alcohol, no tardó en dar alcance a la mujer y embestirla mediante un atropello controlado que la derribó.

Mientras, en el interior de la casa adosada, Valentina se había quedado ya sin munición. No tenía ningún balazo en el cuerpo, algo realmente extraordinario viendo el estado de la escalera y las paredes a su alrededor, presas de una carcoma balística arrasadora. Los de abajo se habían dado cuenta de ello.

—¡Baja despacio con las manos sobre la cabeza! —le ordenó Masha mientras apuntaba al rellano superior en donde se encontraba tumbada.

—¡Que os follen, cabrones! —Sacó la pistola escondida dentro de la funda en la espalda y se abalanzó de manera iracunda por los escalones, como una amazona indestructible extraída de un comic de Marvel, mientras disparaba sin puntería hacia la voz.

Vadim Molotov la fulminó desde el otro lado atravesándola de derecha a izquierda por el pecho, vaciando el cargador recién instalado en su fusil sobre el cuerpo de la mujer. Esta pareció flotar en el aire mientras caía descoordinada como una marioneta a la que se le van arrancando los hilos uno a uno

de manera consecutiva hasta desplomarse inanimada en las escaleras. Rodó por los escalones superiores en primer lugar, aterrizó trastabillando por los de la mitad y quedó tumbada en diagonal sobre la madera barnizada en haya y sangre de los peldaños inferiores en una pose burlesca.

Galarreta llegó con el coche hasta la entrada en el momento justo en el que varios vecinos, pese a las bajas temperaturas, corrían huyendo despavoridos con lo puesto por

las aceras camino a una pulmonía segura. Las sirenas de los servicios de emergencia y de la policía se oían a lo lejos por toda la ciudad, pero previsiblemente no tardarían demasiado en llegar visto lo ocurrido, pese al desconcierto general creado por la caída de los sistemas.

Masha al verlo aproximarse al adosado se asomó por el ventanal reventado para indicarle con la mano mantenerse a la espera mientras ella servía de cobertura a Vadim, que ascendía hasta la primera planta con sigilo y suma prudencia. Una vez comprobado y asegurado el primer piso, se fijaron al descender en una puerta adyacente a la cocina, desapercibida bajo las escaleras, por la que antes se había escabullido Kovalev, que era el único ausente en la ecuación. Se acercaron con cautela y, al intentar abrirla, los ciento cuarenta caballos de la Mercedes Viano relincharon a plena potencia haciendo que la furgoneta de lujo saliera a la calle arrancando de cuajo la puerta elevadora del garaje.

Javier Galarreta intentó en vano apartarse de la trayectoria en rumbo de colisión de la mole fabricada en Vitoria, pero no le dio tiempo a reaccionar y el furgón se empotró contra el Lada Vesta, impactó en la puerta del conductor y mandó a Javier, sin el cinturón de seguridad puesto, al asiento del copiloto por el ímpetu del golpe. El policía español aterrizó sobre la pobre Lera, que malherida soltó un lastimoso aullido de dolor.

La Mercedes, descontrolada, arrastró el coche con el morro y finalizó su loco tránsito incontrolado empotrándose ruda contra unos contenedores de reciclaje adyacentes ante los

cuales al fin se detuvo. El de color verde destinado a recuperar vidrio se resquebrajó por completo con el embate, lo que provocó que las botellas y los frascos rodaran en un estrepitoso concierto nocturno a lo largo de la calle.

ZONA RESIDENCIAL SUR

YAKUTSK (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Todo el equipo estaba reunido de nuevo en el piso franco donde mantenían su base operativa. Habían recuperado la mayor parte de los ordenadores, al menos los que no estaban agujereados en exceso por las balas, y limpiado posteriormente el lugar del asalto lanzando un par de bombas incendiarias, lo que había provocado a su vez un

devastador incendio en la otrora tranquila y residencial zona colindante a la calle Chernyshevskogo, casi en el centro de la ciudad de Yakutsk.

Con la furgoneta marchando a medio gas, habían logrado regresar con el material confiscado, los rehenes y los heridos. La inspectora Valeria Shevchenko se encontraba mal, necesitaba asistencia médica urgente, como era perceptible. Se hallaba semiinconsciente debido a la pérdida masiva de sangre y su vida no estaba garantizada.

Javier Galarreta, contusionado pero entero (apenas tenía un dedo roto de la mano izquierda y un esguince importante en el tobillo aparte de las magulladuras y los cortes por el cristal de la ventanilla) se ofreció a llevarla hasta el Hospital Clínico Republicano Nº3 de Sakha, el principal de la ciudad.

Masha le aconsejó que la mejor opción, dadas las circunstancias, acaso sería acercarse hasta la gasolinera emplazada al final de la calle, junto al cruce, y solicitar desde allí una ambulancia, puesto que encontrar el centro sanitario se antojaba un tanto difícil sin la ayuda de Vadim, el único de los

presentes que conocía bien la ciudad y no parecía estar por la labor de socorrer a nadie. Sus prioridades pasaban en esos momentos por interrogar a Kovalev y a su ayudante nativa Alla, que resultó ser una agente de contraespionaje de Corea del Norte, como ya sospechaba Moscú.

Ambos, informático y espía norcoreana, permanecían amordazados, atados a sendas sillas con fijaciones de plástico tan apretadas que les herían la piel de las muñecas. Ígor Kovalev se encontraba razonablemente bien, el airbag le había evitado estamparse contra el salpicadero y solo presentaba una herida en la cara, con fisura de mandíbula debido al golpe que le había propinado Masha con la culata de su fusil de asalto para neutralizarlo. Alla Godinova, la espía norcoreana atropellada por Galarreta, además de la herida de bala en la pierna, se quejaba de un par de costillas fracturadas en el hemitórax izquierdo. Al parecer una de ellas se le incrustaba en el pulmón y le causaba dificultad para respirar.

A Javier Galarreta le pareció razonable la sugerencia de su compañera y le pidió ayuda para trasladar a la inspectora Shevchenko de nuevo hasta la furgoneta.

—No vas a ir a ninguna parte —exclamó Vadim Molotov levantando

el arma y apuntando a Javier Galarreta. Masha hizo un movimiento y el cañón de la pistola le apuntó entonces directamente a ella en la cabeza. Estaba desarmada y se había quitado el molesto chaleco antibalas.

—No te muevas y pon las manos a la vista, que eres demasiado rápida.

—Pero ¿qué demonios? —El excomisario español no entendía ni el idioma ni la situación.

Acto seguido Vadim descendió expeditivo con un giro lateral la mano hacia Alla y la ejecutó de un tiro a bocajarro en plena frente. Un aspersor de sangre emergió de la parte posterior del cráneo y duchó el suelo de la sala. Quedó tras la inercia del disparo con la cabeza caída hacia atrás y los ojos muy abiertos.

—Por todos los… —Galarreta hizo amago de avanzar hacia él, pero la pistola de Vadim le apuntaba de nuevo amenazante.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo en ruso—. Tradúcele a tu amigo —indicó a Masha mirándola— que la inspectora Valeria nos es prescindible, al igual que la agente norcoreana, por lo que me importa una mierda si se muere o no.

Masha le trasladó al castellano las palabras, dejando al policía español con cara de recelo y odio a un tiempo. Después, se dirigió al agente del GRU en su idioma:

—¿También te importa una mierda lo que nos pase a nosotros? —le preguntó con retintín valorando la situación, a todas luces poco favorable.

—A tu poli español, sí. Igual que a este hijoputa de Kovalev. Ya tenemos su programa en el ordenador y ahora depende de lo que tú decidas.

—¿Qué he de decidir? —replicó Masha confusa.

—Puedes elegir venirte conmigo y llevarnos el valioso ordenador para entregar el material a buenos postores, como los que han enviado a esta idiota coreana. Así nos repartiríamos un montón de pasta. Me hace falta una compañera eficaz que sepa manejarse bien frente a las dificultades, y tu fama te precede.

—¿O?

—O puedes elegir ser buena chica con el gobierno de mierda que te ha mandado aquí a morir y hacer eso: morir. Con todos los honores del deber cumplido. —Sonrió de una manera desagradable—. Yo en tu lugar lo tendría claro.

—Lo tengo muy claro frente esas expectativas. —Masha sonrió también.

—Despídete de tu amigo españolito porque va a ser el siguiente.

Tras pronunciar esas palabras definitivas, Vadim Molotov remató también a Kovalev que escuchaba horrorizado la conversación, sujeto con firmeza a la silla. Sus sesos saltaron

por la estancia manchando los planos sin usar que estaban extendidos sobre la mesa y formaron sobre ellos una especie de soufflé humano a medio hacer con las claras a punto de nieve y un toque bermellón.

Masha se dirigió a Galarreta exponiéndole el nuevo plan; en un principio meridianamente claro. Para sorpresa de la agente rusa, Vadim le lanzó otra arma que guardaba tras la espalda atrapada con el cinturón. Ella la agarró al vuelo sin inmutarse.

—Demuéstrame que estás conmigo —le interpeló moviendo la cabeza en dirección al policía—. Elimínalo.

Masha titubeó un momento mirando a Galarreta durante unos interminables segundos, acto seguido giró rápido sobre sí misma apuntando a la cabeza de Molotov.

Apretó el gatillo sin pestañear. « *Clic*», sonó el percutor golpeando en vacío.

« *Demasiado fácil*» —susurró para sí misma la rusa viéndose irremediablemente muerta y maldiciendo en sus adentros cómo podía haber picado con un truco tan viejo.

Pero cuando Vadim levantó su Yarigyn de 9 mm. y disparó contra Masha, Javier Galarreta, sin pensarlo, se echó sobre ella empujándola de lado y hacia atrás contra la mesa, la derribó mientras él mismo quedaba orientado en la trayectoria mortal del proyectil.

El enérgico impacto surgido desde tan poca distancia le golpeó de lleno en el centro del pecho, en pleno corazón, y lo abatió lanzándolo de espaldas bocarriba al suelo de tarima, arrastrando en su devenir varias sillas y la ropa apoyada en ellas.

Masha echó a rodar sobre sí misma compensando la inercia de la caída y quedó protegida por la tabla de la mesa. Desde allí se levantó furiosa y, tomando el cuchillo de campaña de la pernera de su pantalón, lo lanzó con rabia hacia donde estaba Vadim.

Así como en el cuerpo a cuerpo era letal, la agente del FSB desde la distancia no era tan efectiva en el lanzamiento

de armas blancas; digamos que atinaba la mitad de las veces. Poco segura de sí misma, volvió a rodar por la estancia, tomó entre sus manos un AK que había caído de la mesa y se parapetó al otro lado del salón tras el marco de la puerta hacia la cocina.

Cuando comprobó el resultado del lance resultó gratamente sorprendida. El afilado cuchillo había entrado por la boca abierta de Vadim Molotov; una boca abierta inducida por la sorprendente acción de Javier Galarreta, el policía español íntegro, que decidía en un acto heroico sin parangón, sacrificar su propia vida por salvar la de su compañera. El arma blanca quedó alojada en la cavidad bucal, clavada en el fondo de la garganta, lesionado la médula espinal. Vadim convulsionaba incrédulo puesto en pie; se manchó encima incapaz de controlar sus esfínteres y disparó dos veces contra el suelo, imposibilitado para levantar el brazo y apuntar.

Masha le dirigió con el fusil automático una ráfaga desde abajo hacia arriba que lo hizo desplomarse muerto. A continuación, corrió hacia donde se encontraba tendido el comisario español. Se agachó en cuclillas a su lado y le sujetó la cabeza (¿había acaso una lágrima deseosa de salir de sus ojos azules?), pero no había rastro ninguno de sangre por parte alguna de su cuerpo. Al palparlo bien comprobó el kevlar delator de la prenda protectora antidisparos que aún llevaba puesta.

—Joder, creo que me ha roto una costilla por lo menos ese imbécil —protestó Galarreta abriendo los ojos y mirando a Masha. Le guiñó un ojo cómplice—. Ahora yo también te he salvado la vida…

—Sí, es verdad. Pero sin embargo me debes una, te gano por dos a uno —exclamó ella sonriendo—. Pensaba que estabas sin el puto chaleco y que habías palmado, ahora que empezabas a caerme bien, pese a ser poli.

—Hablando de polis, ¿cómo está Valeria? —quiso saber Galarreta preocupado, mientras trataba de incorporarse con dificultad debido al dolor en el pecho y a la mano izquierda con un dedo roto desde el

accidente.

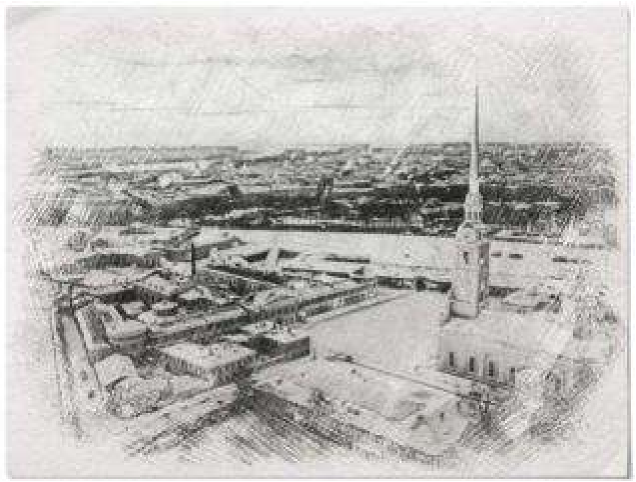
Masha se acercó hasta la inspectora de la criminal de Moscú. Estaba inclinada en una de las butacas con la cabeza ladeada en un mal presagio. María Nikoláyevna Ivanova apoyó las yemas del dedo índice y el corazón sobre la carótida de Lera y el resultado no fue nada satisfactorio.

—Está muerta. —Se limitó a confirmar a su compañero de batallas, que, junto a ella, se convertía en el único superviviente de aquella escabechina desatada en las dos horas ulteriores.

—Hay que joderse… Lera no se merecía esto —lamentó Galarreta acariciando el pelo negro de la muchacha. Una mueca entre dolor y lástima asomó por el rostro curtido del comisario.

—Voy a llamar a Krivenko para que prepare nuestra evacuación de este puto lugar

—asintió Masha, poco convencida del comentario de su colaborador.



20

1-YA LINIYA VASIL´YEVSKOGO OSTROVA, DISTRITO DE

VASILEOSTROVSKY

SAN PETESBURGO (FEDERACIÓN RUSA)

Enero de 2018

Txema Beristáin depositaba en el maletero del Range Rover Sport la última de las exiguas maletas que lo acompañaban junto a la de Masha y a la de Fédor.

Acostumbrados a las mudanzas frecuentes, el equipaje escaso era parte de la rutina.

Masha acomodaba con delicadeza en los asientos traseros del todoterreno de lujo al niño sobre la silla elevadora de retención en caso de accidentes, que comenzaba a quedarle justa ante el reciente estirón del chaval.

San Petersburgo, antigua Leningrado y más antigua aún Petrogrado, era el centro cultural de la Federación Rusa desde tiempos inmemoriales. Fundada por el zar Pedro el Grande en 1703, San Petersburgo se convirtió en capital imperial durante más de dos siglos. Puerto de Rusia en el mar Báltico y Venecia del Norte por sus incontables canales, es la segunda ciudad del país con mayor población después de Moscú.

Cuando todos subieron a bordo del automóvil, Txema arrancó y salieron del garaje del amplio apartamento en la calle Primera de la isla Vasilyevsky tomando el camino

por Makarova Embankment. Bordeando el malecón con vistas al río Neva, completamente helado, siguieron circulando en dirección al impresionante puente del Palacio que, de entre los trescientos cuarenta y dos puentes de la ciudad, era uno de los veintidós levadizos que se abren durante la noche para dejar pasar los barcos. Ahora bien, como en esta época del año, pleno invierno, los ríos y canales estaban congelados y la navegación no era posible, las estructuras

permanecían las veinticuatro horas de la jornada en posición horizontal.

—¿Por qué tenemos que irnos?, en serio —protestó Txema al pasar próximos al Museo del Hermitage, fundado por Catalina la Grande, donde se alberga una de las colecciones de arte más importantes del mundo dentro de sus seis edificios tallados en piedra verde y blanca—. La ciudad me encanta, la cultura rebosa por todos los lados y su aire entre clasicista y moderno me entusiasma.

—Ya lo hemos hablado —respondió Masha contrariada, pero manteniendo un tono de voz suave—. No estamos seguros en Rusia.

—Sí, lo sé, perdona. Pero estoy cansado de tanto buscar nuestro hogar ideal.

—Como te he comentado —giró en su asiento para comprobar que Fédor seguía jugando con la consola portátil ajeno a la charla; tampoco era cuestión de preocuparlo—

, Vadim Molotov estaba con nosotros enviado por el GRU y con el parabién expreso de Krivenko.

—Pero tu jefe se ha disculpado por activa y por pasiva ante el cúmulo de fallos en esta operación, ¿no?

—Sí, pero no me vale. Demasiados errores consecutivos, demasiadas filtraciones y demasiados espías jugando en dos bandos.

El Range Rover se paró en uno de los semáforos que regulaba las intersecciones con la avenida Nevsky, un gran *boulevard* de cuatro kilómetros y medio repleto de cafés, restaurantes, tiendas, museos y librerías; el auténtico centro neurálgico de la ciudad, similar a la Gran Vía madrileña, los Campos Elíseos de París o la Quinta Avenida de Nueva York. Las guirnaldas pendientes de retirar, que aún decoraban la amplísima calle de ocho carriles, recordaban la reciente Navidad pasada. Ahora tocaba a la ciudad prepararse para acoger el Campeonato Mundial de Fútbol que se disputaría en junio.

A la derecha se asomaba alta y esbelta la catedral de Kazán haciendo una semicircunferencia con sus arcos y columnas exteriores frente al parque de la fuente. A

la izquierda, en la otra acera, la librería Casa Singer, la mayor de la ciudad, devoraba y escupía por sus puertas a los turistas y foráneos dispuestos a dejarse envolver con la esencia desprendida por los

millares de libros en todos los idiomas y, quizás, por el aroma único de su cafetería siempre repleta.

—Supongo que tienes razón —suspiró Txema dejando que el todoterreno británico saliera brioso cuando el disco cambió al color verde—. Tenemos las documentaciones y el dinero trasferido, así que la idea de volver a España no me resulta tan mala, sobre todo con este clima helador.

Masha hizo una mueca de complicidad pensando en el largo trayecto de al menos cuatro días que les quedaba por recorrer cruzando toda Europa. Se había cobrado el favor que le debía Javier Galarreta (dos vidas salvadas a una) logrando que el excomisario la pusiera en contacto con Mario Valero, el responsable del CNI español.

Tras una fructífera conversación sellada con un compromiso claro, toda la familia iba a quedar bajo su protección trasladándose de esta manera a la península, lejos de los tentáculos ramificados de los servicios secretos rusos, de los cuales, con razón, conociéndolos, no se fiaba en absoluto.

Tomaron dirección sur saliendo de la ciudad hacia el aeropuerto Púlkovo por la A-118, para, una vez bordeado, enfilar la E-95 hacia Letonia. El GPS marcaba cuatro mil kilómetros largos hasta la Costa Dorada mediterránea, en donde un hotel junto al mar los esperaba provisionalmente hasta que el servicio secreto español tramitara sus papeles y les buscara una residencia definitiva.

El sol asomó de detrás de una nube el tiempo suficiente para iluminar el rostro de la espía rusa. Esta miró a Txema, a su hijo adoptivo Fédor y cerró los ojos echando el asiento hacia atrás con el fin de descansar un poco. Se quedó dormida pensando en que las islas Canarias estarían bien para vivir; siempre había deseado disfrutar de un archipiélago con clima suave.

21

GRAN HOTEL BALI

BARRIO LA CALA, PLAYA DE PONIENTE

BENIDORM, ALICANTE (ESPAÑA)

Febrero de 2018

La suite Aldebarán, en la planta trigésimo octava del imponente Hotel Bali, ofrecía desde su terraza abierta unas vistas espectaculares de Benidorm, la ciudad balneario costera y punto de turismo masivo y familiar por excelencia de todo el Mediterráneo español. Pese a que los años iban pasando factura al hotel y se echaba en falta un *restyling* para modernizarlo en sus interiores, el Gran Hotel Bali se había convertido por derecho propio en todo un símbolo de la ciudad. Con sus impresionantes ciento ochenta y seis metros de altura y cincuenta y seis plantas, se izaba como el hotel más alto de toda Europa y uno de los edificios mayores de España.

La temperatura ambiente en el mirador era un poco fresca y más a tales alturas, pero tras llegar de la helada Yakutsk, los doce grados en esa época del año cuando el sol se había ocultado eran todo un lujo en comparación con las latitudes más al noroeste del continente europeo. Masha estaba sentada ante una mesita admirando el paisaje

nocturno de una ciudad que había comenzado a partir de un barrio de pescadores donde las huertas, las oliveras, los naranjos y los limoneros se abrían paso en una tierra exigente para desembocar, a raíz de una profunda ordenación urbana, en un municipio concebido para el ocio turístico, la playa y el sol, la gastronomía y los chiringuitos; basándose en calles bien trazadas, como con tiralíneas, y amplias avenidas que seguían la configuración de sus seis inacabables kilómetros de playas con bandera azul.

Txema se acercó donde ella con dos Gintonics que acababa de preparar con hielo y una rodaja de limón; la verdad era que la nevera de aquel miniapartamento situado en las alturas estaba repleta de refrescos, bebidas espirituosas y cítricos. Dejó los vasos de tubo en la mesita y se acomodó junto a su pareja en otra de las sillas.

—Me falta una sombrillita de papel sobre el vaso para que quede más chulo —dijo gracioso al sentarse.

—No, por favor —replicó Masha agarrando el combinado para acercarlo a la nariz y deleitarse con el aroma—, eso sería… ¿Cómo decís vosotros? ¿Muy guiri?

—Sí, sí, eso es. Muy guiri, muy de turista.

—¡Chin, chin! —Propuso ella levantando el vaso.

— *Nasdarovia!* Por nosotros —decidió Txema mientras lo golpeaba con el suyo. Los hielos se revolvieron nerviosos en el encontronazo, dejando unas notas musicales flotando en el entorno que se disiparon con rapidez en la brisa húmeda del atardecer.

—¿Ya está dormido Fédor? —preguntó Masha tras dar un sorbo corto.

—Sí, duerme igual que un lirón, como todas las noches. Está claro que el clima y la tranquilidad de este lugar le viene muy bien.

Por la mañana habían salido a pasear por la playa, como casi todos los días que el sol se asomaba y el termómetro coqueteaba con los veinte grados. Recorrían descalzos la playa de Poniente, extensa y tranquila, hasta llegar a la playa de Mal Pas, una pequeña cala de un centenar largo de metros tras pasar el puerto marítimo. En ocasiones, continuaban el largo paseo adentrándose por la plaza Castelar y la de Santa Ana para desembocar en el espectacular Balcón del Mediterráneo, un mirador pentagonal que con sus escaleras descendentes te acercaba a un mar tranquilo para hablarle de tú a tú, mientras ibas pisando sobre los restos de lo que en algún momento de la historia fue un castillo.

Aquel día acabaron comiendo en un restaurante especializado en carnes a la brasa, a la sombra de las inmensas moles de hormigón plantadas junto a la inabarcable playa de Levante, la más masificada en la época estival. Empezaban a llegar los primeros jubilados del IMSERSO a disfrutar en la madurez de su vida de unas vacaciones interminables y bien merecidas. De vuelta al hotel se habían detenido por petición expresa de Fédor a los pies del Intempo, un rascacielos esbelto y estrafalario de reciente construcción pendiente de pequeños remates, aunque con una historia de deudas y quiebras permanentes fruto de la burbuja inmobiliaria de mediados de los años dos mil.

Con una altura descomunal de más de doscientos metros, se convertía en el segundo edificio más alto del país, tras una de las torres

madrileñas del complejo Cuatro Torres Business Área, la cual le ganaba por una escasa treintena de metros en la loca carrera por coronar la península desde las nubes, a vista de pájaro.

El crío quedaba invariablemente encantado admirando la silueta del futuro edificio de apartamentos destinado a las clases más pudientes pese a detenerse ante el mismo cada día que pasaban cerca. Después, una vez llegados a su alojamiento temporal, cenaron en el *buffete* del hotel, como cada noche, antes de retirarse a la suite de lujo a descansar en una suerte de vacaciones interminables.

—Es un lugar peculiar —pensó en alto Masha perdiendo la vista en el *skyline* del horizonte con sus luces y balizas de aviso al tráfico aéreo—. Jamás creí que iba a encontrarme en la costa española un sitio con tal cantidad de rascacielos.

—¿Sabes que a Benidorm la llaman la *Pequeña Manhattan* o también la *Nueva York del Mediterráneo*? —le preguntó Txema. Sin esperar respuesta continuó la explicación—: Aquí se han levantado la mayor cifra de rascacielos por habitante de todo el mundo y tan solo Nueva York le supera en número de rascacielos por kilómetro cuadrado.

—Te creo. Ya solo este hotel es tremendo por las vistas al mar y al resto de la costa.

Creo que el Hotel Ucrania de Moscú le hace algo de sombra, pero bueno, son edificios diferentes, las vistas del otro son sobre el río Moscova y a los tejados de la capital.

Txema Beristáin asintió tranquilo y se levantó para asomarse a la cristalera. Como cada vez que lo hacía desde que estaban allí, una semana larga desde finales del mes de enero, sintió un vértigo desmedido al mirar hacia abajo. Las tres piscinas del establecimiento hotelero quedaban diminutas dando un toque azul al terreno circundante, mientras que las pocas personas que transitaban por la calle eran minúsculos puntos móviles que se desplazaban lentamente con rumbo desconocido.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos? —le preguntó mirándola.

—No lo sé exactamente —respondió ella acercándose hacia donde estaba su pareja.

Al alcanzarlo se abrazó a su torso y le dio un beso cariñoso en la mejilla—. El CNI español nos está preparando una nueva identidad bien consolidada para los tres y más tarde nos facilitarán un sitio para

elegir donde poder vivir, tal y como hacen en su programa de testigos protegidos.

—Galarreta te lo debía.

—¡Claro! Yo le salvé dos veces la vida y él a mí una. —Se apartó de sus brazos gesticulando divertida colocando los suyos en jarras—. Así que estaba en deuda conmigo.

—¿No rozamos un poco la paranoia ahora que van trascurriendo los días? —

continuó Txema más serio—. Perdona que vuelva a lo mismo que hemos hablado varias veces, pero no termino de entender por qué huimos de esa manera tan precipitada de San Petersburgo.

—Llámalo presentimiento, experiencias previas, malas vibraciones o lo que quieras… —Masha hizo una pausa que aprovechó para volver a sentarse y darle un buen trago al combinado de tónica y ginebra—. No sé si Vadim funcionaba por su cuenta, como me dio a entender al proponerme huir con él, o en verdad llevaba una encomienda clara del GRU que consistía en no dejar ningún testigo con vida.

—Es algo que nunca sabremos.

—Ya, pero si ese era su cometido final, no estábamos seguros en Rusia. Ten en cuenta que no conviene que nadie conozca los pormenores de un programa informático tan valioso para la inteligencia militar o los servicios secretos.

—Creo que pecas de prudente, pero eso es bueno. Además, reconocerás que el clima de España le da mil vueltas al ruso. Voy a mear. —Y Txema enfiló por el otro lado de la enorme terraza en forma de L hacia la puerta de acceso a la sala de estar.

—Abre la corredera del balcón de nuestro dormitorio para que se ventile un poco antes de dormir —le sugirió ella. Desde la habitación de la pareja una puerta acristalada de aluminio daba a una pequeña terracita que, a su vez, comunicaba con la grande por un paso estrecho oculto tras la esquina del edificio, junto a la mesita donde estaban.

—Ya la he abierto antes al arropar a Fédor —gritó Txema escabulléndose al interior.

La suite-apartamento era muy espaciosa. Constaba de dos habitaciones muy luminosas, ambas con vistas espléndidas, aunque la del pequeño daba al otro lado, hacia el interior, hacia Terra Mítica, el parque temático, para desgracia del crío, cerrado hasta el mes de junio, cuando el clima es mucho más cálido y, lo que es fundamental, el número de turistas empieza a ser considerable. Además de los dormitorios, el centro neurálgico era un enorme salón comedor de más de veinte metros cuadrados completamente acristalado y desde el cual se accedía a un jacuzzi con vistas al mar.

Completaban la estancia un baño correcto sin demasiados excesos con una singular opción de dejarlo iluminado en rojo, al estilo puticlub de los ochenta, y un recibidor enorme tras unos biombos que realmente no servía para nada; acaso para justificar amplitud y lujo.

Masha terminó la bebida aguada ya por los hielos deshechos y mordisqueó el limón.

Sintió un escalofrío que no supo muy bien si provenía del fruto del limonero o del aire que se levantaba desde el mar y azotaba con creciente brío la mole de vidrio y hormigón. Se abrochó hasta arriba la chaqueta del chándal y se puso la capucha para darse más calor. En la oscuridad de la terraza vio el reflejo en los cristales de Txema saliendo a sus espaldas de nuevo al exterior. Se dio cuenta entonces de que aquel reflejo que devolvía la balconera no era el de su pareja; la desconocida sombra que avanzaba hacia ella con cautela asía en la mano un objeto brillante a la luz de la luna, un arma de fuego posiblemente.

Por un momento Masha sintió miedo; miedo por Txema, por Fédor, por una vida en común, por un final injusto y terrible…

Qué sensación tan extraña,

prácticamente desconocida para ella.

El estremecimiento no duró mucho tiempo. María Nikoláyevna Ivanova se puso en modo combate y su mente comenzó a funcionar de una manera tan rápida que le resultaba difícil coordinarla con los movimientos del propio cuerpo. Casi instantáneamente agarró la pata de la mesita sobre la que estaban aún las bebidas sopesándola levemente para, en un gesto en extremo veloz, ponerse en pie y girar su cuerpo lanzándola con todas sus fuerzas contra la figura que cada vez estaba más cerca de ella. La mesa de plástico y madera, no muy pesada pero lo suficientemente dura como para causar un daño considerable usada como arma arrojadiza, impactó de lleno y por sorpresa en el brazo y la cara del pistolero, que dejó caer el arma por el terrazo mientras soltaba un gemido quejumbroso.

Sin aguardar un segundo, Masha le propinó una patada demoledora en todos los testículos, aunque las zapatillas acolchadas con forma de oso resultaron menos contundentes que unas buenas katiuskas. El hombre se rehízo con inusitada celeridad y fue capaz de pararle un puñetazo enviado hacia las costillas. Masha, enfurecida, retrocedió dos pasos y rotó sobre sí misma para lanzarle una nueva patada, esta vez dirigida a la cabeza. El atacante paró el golpe con el antebrazo y le dio un fuerte puñetazo a la agente rusa que, pese a no alcanzarla de lleno, la derribó y la hizo rodar por el suelo hacia atrás, cerca de donde estaban las sillas. El hombre fue en busca de la pistola pese a que ella le arrojó los dos asientos que quedaban contra la cabeza. Justo después de recuperar el arma, el atacante disparó en dirección a Masha, pero la espía rusa se escurrió veloz por detrás de la viga maestra del edificio hacia el pequeño balcón del dormitorio principal. Las balas rompieron el grueso cristal de seguridad de la terraza y el vacío quedó a la vista, atrapando una corriente de aire que empujaba suavemente hacia el abismo por donde caían las esquirlas de vidrio templado.

Masha atravesó el dormitorio a toda velocidad saltando sobre la cama para salir de nuevo al salón; por fortuna los cortinones estaban echados y no se la podía ver desde fuera. Apareció entre el televisor y los sofás y vio el cuerpo de Txema tirado en el suelo de la entrada del apartamento; había sangre en la alfombra. Por fortuna se quejaba de un golpe en la cabeza e intentaba llevar una mano hacia el cráneo con muestras de dolor… Al menos estaba vivo. Pasó a toda velocidad por delante de la puerta entreabierta de la habitación de Fédor y todo parecía normal; probablemente el muchacho ni se había enterado de

lo sucedido. Salió de nuevo a la terraza pillando por

sorpresa al atacante que exploraba con cautela la curva escondida por la que se accedía al balcón anexo. Lo golpeó sin piedad, con los pies descalzos, descargando sobre él una fornida patada a los tobillos que le hicieron trastabillar y perder el equilibrio. El resto fue más sencillo: un empujón final arrojó al odioso invitado por el hueco de la cristalera que daba al vacío. Lo vio caer gesticulando con los brazos mientras se perdía hacia la lejanía del suelo haciéndose cada vez más pequeño. Treinta y ocho pisos de caída.

Reventó como una sandía al llegar abajo.

—¡ *Mashenka,* tengo miedo! Mamá…

La sangre se heló en el cuerpo de Masha al oír a sus espaldas gritar a Fédor. Se volvió despacio para comprobar con espanto como un segundo hombre sujetaba en la distancia a su hijo sobre la barandilla de la terraza en la zona más meridional de esta. Lo tenía sentado en el mismísimo borde y su mano derecha era lo único que evitaba que cayera. Dos grandes vigas de hormigón bajaban paralelas descendiendo por la fachada del hotel, dibujando su silueta ensanchada de la parte más alta para perfilar una siniestra sombra en el suelo al lado de ambos.

—Esto ha terminado —expuso rotundo el tipo con un más que evidente acento ruso.

—Deja que el niño se vaya —rogó Masha dando un par de pasos hacia ellos—. Él no tiene nada que ver en esta historia, no tiene por qué morir, no es justo ni lógico.

—¿Y qué es justo o lógico en esta vida? ¿Crees que mi compañero debía morir? —

Levantó la mano izquierda apuntando a Masha con una automática.

Entonces la esperanza apareció en forma de guionista de documentales. Txema se acercaba con sigilo, cojeando y malherido, por detrás del otro sicario. Llevaba la Makarov de su mujer en la mano y la disparó en cuanto el matón se dio la vuelta presumiendo un peligro cercano. Apretó el gatillo varias veces consecutivas apuntando bajo para evitar alcanzar a su hijo. Las balas le entraron al ruso por el costado y le alcanzaron el hígado y los riñones en sus trayectorias letales, lo que le hizo doblarse y caer desamparado incapaz de defenderse, herido de muerte.

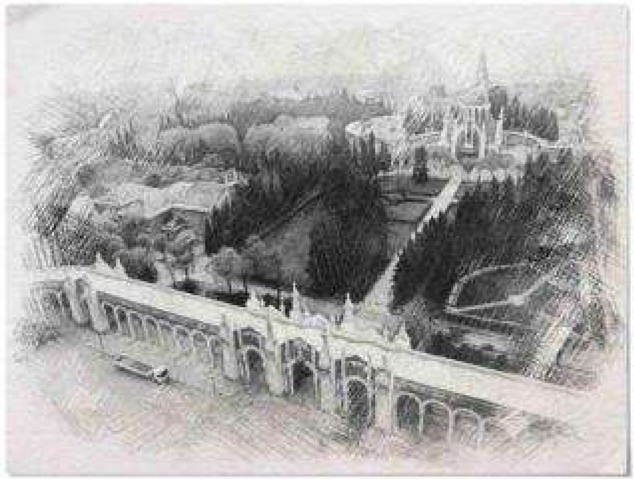
Masha advirtió horrorizada como Fédor quedaba suelto en la baranda y se escurría hacia atrás, hacia el abismo. Sin pensarlo un instante, corrió decidida, se apoyó en la barandilla de la terraza sobre el estómago y se deslizó con medio cuerpo fuera hasta donde resbalaba su hijo; lo tocó con la suficiente fuerza, igual que haría un jugador de baloncesto palmeando el balón rebelde que quiere salirse de la canasta, como para

lograr que el niño se venciera hacia el interior de la terraza, sobre el cadáver del asesino ruso, hacia las manos de su padre.

Lo vio mientras ella se caía al vacío por el hueco de la balconada sin opción de sujetarse a ningún lado. Sonrió feliz y en sus ojos azules intensos, fríos y distantes se atisbó por fin una chispa de calidez. Fédor estaba vivo y Txema también. Hubiera vuelto a sacrificarse por ellos sin dudarlo un solo momento.

Ahora, cuando acababa, su vida al fin cobraba sentido.

Luego, llegó el silencio; después, la nada.



CEMENTERIO DE LA ALMUDENA

AVENIDA DE DAROCA, 90

MADRID (ESPAÑA)

Febrero de 2018

El aire olía a desolación. El llanto se adueñaba de las sendas que fluían paralelas en un trazado diseñado con escuadra y cartabón. La vegetación parecía hacerse eco del dolor del camposanto emergiendo alta y solemne, escoltando al visitante en su último caminar. Algunas de las tumbas que salpicaban la vasta extensión del cementerio más grande de Europa eran auténticas obras de arte esculpidas en piedra y llanto. Desde la *Tumba de los pekineses* a la bella *Escultura anónima de una doliente*, pasando por las de folclóricas y toreros, políticos y famosos, deportistas y cantantes, hasta completar un recorrido que empieza hace un par de siglos y no tiene visos de terminar.

Los monumentos se alzaban dedicando su momento a los Héroes de Cuba, a los de Filipinas siempre los últimos, a los ochenta fallecidos en el Teatro Novedades o a las *Trece Rosas*, el grupo de jóvenes de entre dieciocho y veintinueve años fusiladas por la dictadura franquista una vez finalizada la Guerra Civil Española.

El crematorio, casi en el lado opuesto a la entrada principal, muy próximo al cementerio civil, donde liberales, rojos y masones saludaban inconformes desde otro lado de la carretera, acogía en una de sus salas la escasa comitiva que despedía a María Nikoláyevna Ivanova.

Además de Txema Beristáin y su hijo Fédor, la estaban acompañando en el luctuoso adiós, Javier Galarreta y su pareja Elvira Zulueta, Mario Valero en representación del Centro Nacional de Inteligencia de España y el embajador ruso en Madrid junto con su agregado militar que representaban al gobierno de Rusia y, más en concreto, a Vladimir Krivenko del Servicio Federal de Seguridad ruso ante la imposibilidad de acudir en persona con tan poco margen de tiempo.

Dos días antes, cuando fueron atacados en Benidorm, Txema contactó rápidamente con el número de teléfono que Masha tenía para una urgencia vital, facilitado en su momento por el propio CNI. Al igual que les habían dado asilo político en España con anterioridad,

los

servicios

secretos

españoles

procedieron

de

manera

extraordinariamente rápida ante el inesperado suceso.

No se puede llegar a entender muy bien como en tan poco tiempo se limpió la escena del crimen, se prepararon unas explicaciones para los medios de comunicación sobre lo sucedido, se evacuó el cuerpo de Masha en una ambulancia al depósito forense del ejército en Madrid y se trasladó a Txema y a su hijo hasta un piso franco protegido también en la capital de España.

La prensa local publicó al día siguiente en su sección de sucesos que una disputa entre dos miembros de la mafia rusa en la Costa Blanca había terminado con la muerte de uno de ellos por disparos de bala y el fallecimiento del otro tras caer desde la terraza del hotel Bali. De Masha no se mencionó ni una palabra y solo los servicios secretos de Rusia y de España estaban al corriente de la realidad.

Fue el jefe de la diplomacia rusa en Madrid el que subió al pequeño estrado habilitado con un atril en madera y metacrilato para hacer un breve discurso sobre la ciudadana rusa ejemplar. En los cinco minutos calculados al milímetro alabó la desinteresada colaboración de la agente con el gobierno de su país y la total entrega y dedicación a su trabajo en pro del beneficio de la Federación Rusa y del resto de Europa siempre en busca de la paz y la concordia. Evidentemente dejó de lado los múltiples asesinatos llevados a cabo bajo mandato de sus jefes y su más que probable eliminación por parte del GRU. Cuando terminó, impuso a María Nikoláyevna Ivanova a título póstumo la condecoración estatal de la Orden al Mérito por la Patria, conferida

por sus

destacadas contribuciones al Estado y por su significativo ofrecimiento a la defensa de la patria, que hizo entrega en persona a su pareja Txema Beristáin.

◆◆◆

Una hora antes había tenido lugar el momento tal vez más tenso de todos en el propio tanatorio del cementerio de la Almudena. El embajador ruso, acompañado del representante del FSB insistió, hasta la extenuación, en examinar superficialmente el cadáver de Masha. Aunque Txema se negó en redondo en un primer momento, Mario Valero trató de convencerle en el sentido opuesto. El jefe operativo del CNI, como conocedor de las escaramuzas y trucos entre agencias de inteligencia entendía la obstinación de sus homólogos rusos. Él tal vez hubiera hecho lo mismo en una situación similar.

El empleado de la funeraria advirtió de la situación en que se encontraba la mujer debido al tremendo impacto contra el suelo, ya que había literalmente reventado.

Desaconsejó por completo a su pareja acercarse a levantar la tapa del ataúd. Txema, no obstante, decidió velar por ella ante los extraños que la observaban. Al abrir la mitad superior, más que suficiente para verificar el cuerpo, se encontraron con una imagen aterradora. Todo el tórax y la cabeza estaban cubiertos con vendas como una momia egipcia con el fin de mantener firme su maltrecho amasijo de huesos fracturados. Solo los ojos, cerrados, quedaban visibles ante el embajador y su séquito y el pelo largo, lavado y limpio, con olor a manzana, como Txema había pedido, le caía por los hombros dando una imagen más humana de aquel cadáver deforme.

Txema Beristáin comenzó a llorar y se volvió desconsolado. Fue el momento en que el del FSB miró a Mario Valero contoneando la cabeza. Este asintió en silencio, sacó unas pinzas del bolsillo y arrancó un buen número de pelos de la cabellera de Masha, verificando que la mayoría salieran con la raíz, donde se acumula la mayor parte del ADN, para entregárselo a los rusos. El embajador abrió el párpado de la finada y comprobó sus ojos azules dilatados e inexpresivos, inanes, ajenos a la escena.

◆◆◆

Una vez terminó el protocolo de entrega de medallas, nadie más se levantó con intención de decir algo. El maestro de ceremonias del

tanatorio miró a Txema para saber si el acto podía darse por concluido y este lo confirmó asintiendo con la cabeza.

Las cortinas traseras se apartaron y apareció la puerta metálica de un horno crematorio. El empleado, ayudado por un segundo, colocó el féretro sobre la plataforma móvil hasta alcanzar la ubicación adecuada junto a la cinta transportadora. El ataúd se deslizó por ella para terminar introduciéndose por completo en el interior del horno. Al poco, tras activar unos controles, las llamas a más de mil grados comenzaron a vaporizar los órganos y carbonizar los huesos y demás restos. Varias horas después, tras triturar y pulverizar los residuos carbonizados, las cenizas serían entregadas en una urna con forma de *matrioska* tradicional rusa a un representante de la embajada que, a su vez, se encargaría de enviarlo vía valija diplomática al cementerio de Novodévichi en Moscú donde las cenizas de Masha se depositarían en una tumba junto a las de su madre, rondadas desde aquel momento por Antón Chéjov, cuyo lugar de descanso eterno se hallaba muy cerca del de ellas.

Una vez en la calle, tras la escueta ceremonia, se departieron apretones de manos, palabras de consuelo y despedidas. Cuando la comitiva diplomática rusa abandonó satisfecha el camposanto, se acercaron a Txema y Fédor, Javier y Elvira. El excomisario español estrechó con firmeza la mano del periodista vasco.

—Lo siento —dijo con sinceridad presentándose—. Soy Javier Galarreta y esta es mi pareja Elvira Zulueta —continuó señalándola a ella—. Lamento que ahora, cuando todo había terminado, este niño quede sin una madre necesaria y que tú te quedes sin una mujer… —pensó durante un momento la palabra para definirla— única.

—¿Nos conocíamos en persona de antes? —le preguntó Txema Beristáin dando dos besos a Elvira tras soltar la mano del policía—. La verdad es que he estado en tantos sitios que no recuerdo exactamente si llegamos a coincidir en algún momento.

—Bueno, yo te vi en el vídeo que te grabaron los del CNI al interrogarte en Madrid, cuando te entregaste de manera voluntaria al regresar de Portugal, pero no había hablado nunca contigo.

—Ah, sí; ya recuerdo aquel momento de película de espías, en un cuarto cerrado, con pared de espejo, sentado ante la mesa con un par de agentes. —El periodista sonrió recapitulando—. De todas maneras, me resultas familiar. Tal vez sea así porque Masha me ha hablado mucho de ti. Te tenía en gran estima.

—En verdad nos salvamos mutuamente la vida. Eso es algo que acaba marcando. Y

ella me la salvó en dos ocasiones; no estaría aquí si no fuera por eso.

Txema hizo las presentaciones de Fédor a la pareja.

—Mira, estos son amigos de mamá que han venido a despedirla.

—Pero mamá está viva —dijo el niño visiblemente afectado—. No nos dejará nunca y nos protegerá…

—Claro, cariño —le explicó Elvira agachándose a su lado para acariciarle la cabeza—

. Tu mamá te acompañará siempre, a lo largo de toda tu vida, pero ahora deberás ayudar a papá en todo y entre los dos ser fuertes y seguir adelante.

—¿Por qué no me esperas en el coche? —le sugirió su padre—. Allí tienes la Nintendo Switch. Yo voy enseguida.

A Fédor le pareció una idea estupenda la propuesta de su progenitor y, tras despedirse educadamente, se fue caminando hacia los vehículos estacionados en el lateral de la acera, a unos cincuenta metros de donde estaban. Tres todoterrenos negros Jeep Grand Cherokee, con las ventanas ahumadas esperaban con sus respectivos guardaespaldas apostados en el exterior. Txema siguió con la vista a su hijo hasta que alcanzó el vehículo de en medio. El agente le abrió la puerta trasera según llegaba y se encargó nuevamente de cerrarla una vez entró en el interior. Se quedó después apostado con las piernas levemente abiertas y las manos entrelazadas delante. Bajo su traje negro se delataba el bulto de una pistolera en el lado derecho oculta por la chaqueta.

—Es un muchacho encantador —exclamó Elvira rompiendo el silencio momentáneo que se había instaurado entre ellos—. Y muy guapo con esa cara ovalada y ese gesto tan expresivo. ¿Cuántos años tiene?

—Va a hacer siete esta primavera. La verdad es que está alto para su edad y, desde luego, ha vivido más situaciones raras y conocido más lugares en el mundo que cualquier otro de su quinta. También ha perdido a dos madres, eso no lo puede confesar casi nadie.

—Es cierto, pobre muchacho. Cuídalo bien —prosiguió ella asintiendo y mirando a Txema a los ojos—. Salir adelante puede resultarle complicado.

—¿Os ha puesto Mario a vuestra disposición los agentes de escolta? —preguntó Galarreta cambiando de tercio y moviendo la cabeza hacia ellos.

—Sí —respondió el periodista vasco—. La realidad es que no nos podemos quejar.

Avisé al número que le diste a Masha e inmediatamente me despreocupé de todo. Ellos se hicieron cargo de la situación y de nuestra seguridad.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—No quiero volver a Rusia, por cuestión lógica de propia supervivencia, ni quedarme en España; demasiados recuerdos… Aunque en el fondo no creo que nuestra vida corra un peligro desmedido en estos momentos. Presumo que Masha era el objetivo prioritario.

—Supongo que sí. Vosotros además estabais al margen de la operación.

—Nosotros sí; ahora, tú ándate con cuidado —le advirtió.

—No soy relevante —exclamó el excomisario mirando a su chica. Encima estoy retirado definitivamente del servicio.

—Entonces —intervino Elvira con ese tono de voz tranquilo que la caracterizaba—, si no volvéis a Rusia ni os quedáis en España, ¿dónde tenéis pensado residir?

—Nos vamos en avión a Londres según salgamos ahora mismo de aquí —aclaró Txema viendo a lo lejos la figura de Mario Valero que una vez despidió a la delegación rusa se dirigía hacia los coches; no parecía que tuviera la intención de ir donde ellos—.

El servicio secreto español nos ha proporcionado una residencia que tienen disponible para personal diplomático en el barrio de Chelsea, en la zona centro. Allí estaremos bien. Hay un buen colegio privado próximo, The Hampshire School, una escuela preparatoria para que le ayuden a Fédor a superar el duelo, adquirir una buena educación y dominar el inglés.

Una ráfaga de aire frio pasó alborotada por una ruidosa formación de gaviotas reidoras provenientes de los embalses de la zona alta del Manzanares. Volaban en abrupta formación camino del vertedero

municipal en donde se alimentaban cada día.

Era el momento de zanjar la conversación e iniciar las despedidas.

Txema estrechó nuevamente la mano a Javier Galarreta y sonrió a Elvira mientras la besaba otra vez en ambas mejillas.

—Suerte —le deseó el excomisario.

—Gracias por venir, ha sido un detalle por vuestra parte —replicó él —. Cuidaos mucho —terminó apuntando mientras les daba la espalda y avanzaba pensativo hacia los todoterrenos del gobierno.

Mario Valero, en contra de lo que parecía, se había detenido a esperar a Javier Galarreta y a su pareja para saludarlos. El de Jaca, cansado de él, estaba decidido a rogarle que desapareciera de su vida de una vez por todas y a mandarlo, una vez más, a la mierda.

Txema se acercó a los Jeep y el guardaespaldas le abrió la puerta trasera, como había hecho unos momentos antes con su hijo, saludando discreto con la cabeza. Al acomodarse en los amplios asientos traseros de cuero comprobó que Fédor estaba jugando, con asombrosa habilidad todo hay que decirlo, una partida a *Luigi's Mansion*, un adictivo juego para la consola de Nintendo.

Antes de que el vehículo arrancara se abrió la puerta del copiloto y entró Mario Valero. Giró medio cuerpo hacia ellos apoyando el brazo en la consola central del Cherokee y alargando unos sobres que sacó con la mano libre del bolsillo interior del abrigo gris espiga.

—Bueno —dijo satisfecho—, aquí tenéis la nueva documentación: los DNI, pasaportes, libro de familia y visados diplomáticos permanentes; además de dos mil dólares en efectivo para imprevistos iniciales.

Txema recogió el abultado sobre acolchado amarillo de manos del responsable del CNI y comprobó con manifiesta alegría que el fajo de billetes americanos era el culpable de tal grosor. Tuvo por un momento la tentación de contarlos por el mero placer de hacerlo.

—Y por supuesto —siguió Valero rebuscando de nuevo en el interior del elegante gabán—, los billetes de avión.

—Gracias por todo, Mario —se despidió Txema en un gesto de agradecimiento. Nos has salvado la vida de alguna manera, o al menos nos la has solucionado.

Javier Valero asintió satisfecho y descendió del vehículo para subir al suyo, aparcado justo delante.

La comitiva de los tres todoterrenos salió del espacio próximo al cementerio enfilando la ruta hacia la M50. Al llegar a la bifurcación señalizada para dirigirse al aeropuerto Madrid Barajas, el segundo Jeep viró por el nudo de autopistas abandonando el convoy. Los otros dos vehículos, el del responsable del CNI y su coche escolta continuaron rumbo hacia la calle Argentona. Valero desde la ventanilla lo vio

marchar por los carriles inferiores, bajo el puente, alejándose a gran velocidad entre el intenso tráfico que circunvalaba la ciudad.

El sonido de su móvil, en un tono neutro muy comedido, le substrajo de la distracción momentánea. Miró la pantalla y lanzó un suspiro de agotamiento.

—Joder, el presidente del gobierno —exclamó en alto—. A ver qué problema de corrupción tenemos que solucionar ahora; me parece que le quedan dos telediarios al frente del país…

SERVICIO FEDERAL DE SEGURIDAD

PLAZA LUBYANKA

MOSCÚ (FEDERACIÓN RUSA)

Febrero de 2018

Vladimir Krivenko se servía una generosa copa de coñac francés, del que ocultaba al fondo de su mueble bar con el fin de que una improvisada visita de alto rango lo solicitara. No era cuestión de desperdiciar un Delamain Vintage *Grande Champagne* de 1973, a seiscientos euros la botella, directamente importado de la capital francesa para ese despacho mediante los fondos de representación y gestión institucional, libres de ser justificados ante nadie.

Sobre la mesa tenía el expediente de María Nikoláyevna Ivanova, Masha, abierto en el ordenador portátil conectado a la sede central de la inteligencia rusa. Al lado, en una carpeta fina de color marrón, el informe del laboratorio forense en donde habían analizado el ADN extraído de la muestra de pelo que el embajador ruso le hizo llegar por valija diplomática, junto a las cenizas del cadáver incinerado, custodiado todo a manos del emisario del FSB que él mismo había enviado a Madrid. El resultado del análisis era concluyente: la concordancia del ácido desoxirribonucleico con las muestras guardadas de la agente era de un 99,9 %. No había la menor duda de que aquellos pelos arrancados de la cabeza pertenecían a la malograda asesina rubia.

Krivenko se acomodó en la butaca de piel y se balanceó de un lado a otro suavemente, dio un trago considerable al espirituoso francés e hizo un brindis al aire:

«Por ti, Masha» exclamó satisfecho. A continuación, pulsó una tecla de su ordenador y un mensaje apareció preguntando si deseaba borrar por completo todo el historial de la agente seleccionada. Clicó con el ratón la casilla donde ponía *Да* y el fichero desapareció de todos los registros de la inteligencia rusa. El análisis de ADN en papel lo introdujo en la trituradora de documentos con la carpeta y todo.

A todos los efectos prácticos, desde ese momento, María Nikoláyevna Ivanova había dejado de existir.

ATOLÓN MAJURO

ISLAS MARSHALL (MICRONESIA)

Marzo de 2018

Txema Beristáin se acercaba a las hamacas junto a las que Fédor jugaba tranquilo, haciendo castillos con la arena blanca y fina de unas islas paradisiacas ubicadas en las antípodas de Europa, al noroeste de Australia. El mar azul verdoso dominaba todo el paisaje y se abría ilimitado y profuso a pocos metros, mecido en un suave oleaje en el que una brisa delicada agitaba las hojas de las palmeras.

Se sentó en su asiento y dejó en la mesita que había entre su hamaca y la contigua dos combinados *Coco light Martini* elaborados en el bar de la playa, a escasos doscientos metros de donde descansaban. El cóctel era servido en una cáscara de coco de una manera exótica a más no poder.

—Aquí tiene usted su refrigerio, *madame*…

Una mujer con el pelo muy corto, cubierta por una gorra de béisbol de los New York Yankees estiró la mano para atrapar el suyo. Tenía un parche en la nuca al que no podía darle el sol directamente, ya que le habían retirado una parte extensa de la piel de la cabeza, del cuero cabelludo, para implantarlo en el cadáver de una chica arrollada por un tren. Era parte de la parafernalia teatral elaborada por los servicios

de inteligencia españoles. El resto del pelo se lo habían cortado sin más, formando con él una peluca de

atrezo con la que acabaron de vestir el cuerpo sustituto tras adherirle asimismo unas lentillas de color sobre el iris.

—Les quedan mejor los cócteles que a ti, cariño —dijo Masha convencida mientras lo probaba—, pero bien sabes que me muero por tus Gintonics tan peculiares.

Tenía todavía la pierna escayolada desde la rodilla hasta el tobillo por una fractura doble de tibia y peroné. El brazo izquierdo estaba en cabestrillo sujeto con un pañuelo tradicional estilo hawaiano, decorado con flores multicolores. El pómulo derecho persistía un poco inflamado, de un color morado como la sotana de un cura en Cuaresma y en la ceja le habían endosado tres puntos de sutura que ya casi ni se le notaban. No obstante, estaba radiante, parapetando tras unas gafas de sol Ray-Ban sus ojos azules de profundidad insondable.

◆◆◆

Cuando Masha cayó desde la terraza del hotel Bali para salvar a Fédor, tuvo la suerte de hacerlo en el tramo donde asomaba otra terraza, algo más pequeña, de la suite junior de la planta inferior. Fueron cuatro metros de caída para acabar aterrizando sobre el terrazo inferior, duro pero no mortal. La oportunidad fue única para que los Servicios Secretos españoles decidieran urdir la pantomima de darla por muerta, mientras la atendían primero en una UVI móvil y posteriormente en el hospital militar adjunto a la Base Aérea de Los Llanos, antes de trasladarla definitivamente a Madrid.

Era la mejor manera de hacerla desaparecer y alejarla de otro, más que probable, futuro atentado. Idearon el plan buscando un cadáver similar fallecido también en una muerte violenta y lo sustrajeron del depósito para trasladarlo al hospital madrileño en donde prepararon todo, ensayando con Txema la escena en el tanatorio donde debían arrancar los pelos a la difunta para contentar a los rusos, mientras él se descomponía de dolor alejándose del ataúd llorando a lágrima viva.

—¿Qué tal ha ido todo? —le preguntó Masha cuando se reunió con su pareja y su hijo en el aeropuerto de Los Ángeles. Una enfermera, agente del CNI, la había acompañado en un vuelo regular de Iberia. Desde allí los tres miembros de la familia partirían después en un avión de American Airlines hacia las islas tropicales.

—Bastante, bien. Mi escena dramática en el tanatorio fue de Oscar y el

discurso de los rusos pues… muy ruso, como siempre. Ah y luego las despedidas. Javier Galarreta me dio un poquito de pena, parece que el hombre te apreciaba…

—¡Como para no hacerlo, le salvé dos veces la vida!

◆◆◆

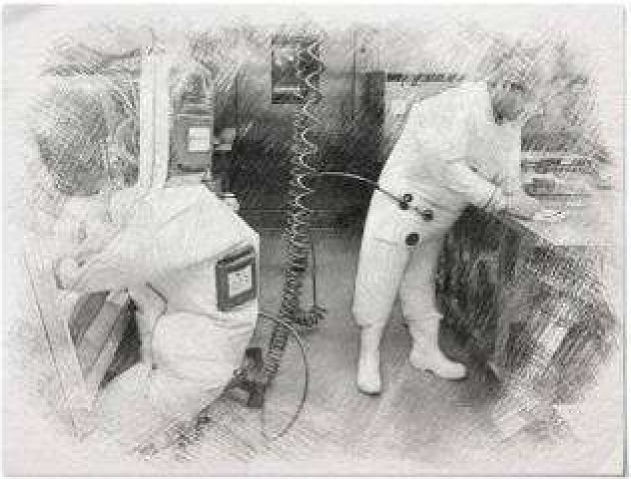
—¿Sabes? Siempre me ha molado la idea de estar en este atolón Bikini por eso del morbo de los ensayos nucleares y demás —dijo Txema con cachondeo dando un sorbo a la bebida tradicional compuesta por vodka de coco, agua de coco sin azúcar, jugo de piña, jugo de limón fresco y un coqueto toque de lima en la decoración.

—Eres incorregible —le regañó ella sorbiendo con ruido de su pajita multicolor.

El sol empezaba a descender en el horizonte y los tonos se iban trasmutando del verde turquesa hacia los amarillos anaranjados. La temperatura se mantenía en unos impagables veinticinco grados y unas nubes lejanas parecían querer acercarse a fisgonear sobre los veintinueve atolones y las cinco islas que formaban el país insular del océano Pacífico, antiguo fideicomiso de los Estados Unidos hasta los años noventa.

—¿No echarás de menos tu patria ahora que se acercan tiempos convulsos? —le preguntó él bajando a la arena para ayudar a su hijo a mantener en pie un castillo que se le resistía.

—Vosotros dos sois mi única patria —respondió ella convencida mirándolos a ambos jugar en la orilla.



EPÍLOGO

LABORATORIO DE ALTA SEGURIDAD

INSTITUTO DE VIROLOGÍA

WUHAN (REPÚBLICA POPULAR CHINA)

Diciembre de 2019

Dentro del inmenso complejo del Instituto de Virología de tres mil metros cuadrados a las afueras de la populosa ciudad de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, donde habitan más de once millones de habitantes, el edificio P4 era el que albergaba el máximo nivel de seguridad. Dentro se investigaba con cientos de virus patógenos muy contagiosos y potencialmente mortales.

Chén Ziruì y Wáng Míngzé, encargados de supervisar el sistema de seguridad informatizado del laboratorio de alta seguridad charlaban desenfadados sobre su futuro.

—¿Así que te vas a coordinar la gestión informática de los Juegos Olímpicos de Invierno de Beijing de 2022?

—Sí, sí —respondió Wáng con una mueca entre sonrisa y resignación—. Me han comunicado desde el Alto Comisionado que cuentan con mi experiencia para coordinar el evento.

—¿Y tienes que irte a vivir a Pekín? —insistió su compañero.

—Sí, ya nos han encontrado un apartamento a medio camino entre la capital y Zhangjiakou, ya sabes, la otra sede donde se desarrollarán los juegos. Mi mujer y nuestra hija irán allí en cuanto acabe el curso escolar. Yo creo que después del verano podré dejar todo esto, confío en tu buen hacer para que te quedes al mando.

—Gracias, amigo, intentaré estar a tu altura. Pero, si me permites darte mi humilde opinión, no te noto demasiado entusiasmado con la idea de mudarte.

—Bueno, ya sabes que cuando te nombran para estos eventos no tienes oportunidad de decir que no. Has de aceptarlo y punto. Yo prefería continuar en estos laboratorios, pero bueno, las cosas son

como son. Lo siento por tener a nuestros padres residiendo en esta ciudad. Quieras que no, están mayores y resulta impensable que puedan desplazarse hasta la capital a ver a sus nietos, mucho camino incluso para venir nosotros de visita; hablamos de mil doscientos kilómetros y más de tres horas de avión.

Además, si ya me parece la nuestra una megalópolis tremenda, Pekín nos dobla en habitantes, aquello es una locura.

Chén negó con la cabeza.

—Hay que fastidiarse, camarada; si a mí me propusieran organizar un evento de ese calibre no lo dudaría ni por un momento, prepararía las maletas a la velocidad de un meteorito.

—Supongo que al final ninguno estamos contentos con lo que nos toca —dijo Wáng Míngzé volviendo a concentrarse en su monitor.

El sensor de advertencia de fallo en el sistema de presión se puso en ámbar resonando en un tono grave nada tranquilizador.

—¿Qué demonios es eso?

—Parece un aviso de presión negativa en los sectores 101 y 102 de las esclusas de acceso al laboratorio BSL4.

—No puede ser —dijo Wáng mirando la pantalla de su ordenador—. Los ventiladores y generadores de presión están bien, las lecturas son correctas. Debe de ser un error del sistema informático.

El indicador pasó en pocos minutos del ámbar de advertencia al rojo alarmante de peligro. El pitido de aviso aceleró su cadencia y subió un tono.

—¡Joder! He perdido el control sobre los motores de los ventiladores principales de extracción de aire del laboratorio, los que dirigen el flujo hacia el filtro HEPA.

Los ordenadores parecían cobrar vida propia y funcionaban ajenos a las instrucciones de los operarios. Únicamente había dos antecedentes recientes documentados de algo similar que hubiera trascendido: el virus informático que se apoderó del control del tráfico ferroviario de los Ferrocarriles Británicos en el Eurotúnel a finales de 2017 durante diez minutos interminables y el ciberataque que afectó a toda la República de Sajá en Rusia durante varias horas en 2018, hacía solo un año. Ambos sucesos se vincularon, sin poder demostrarlo nunca, a

elementos próximos a la inteligencia rusa.

—Activa la esclusa para el cierre estanco del aire tras la puerta de acceso a la sala del laboratorio —ordenó Wáng dejando su asiento para comprobar los demás computadores del perímetro. Ninguno respondía—. Voy a llamar a la directora Wáng Yanyi, no obstante, hoy estaba reunida con el Comité Permanente del Partido Zhi Gong y dudo que pueda ayudarnos —razonó—. Esto es un ataque informático en toda regla desde el exterior del país. Nos están *hackeando* el sistema de seguridad estratégico.

—Pero ¿cómo? Es inexpugnable —aseguró Chén viendo en las pantallas del circuito cerrado de televisión salir a los técnicos, de manera ordenada tal y como habían ensayado en los simulacros, desde sus respectivos recintos de trabajo hacia los cuartos anexos en donde estaban las duchas con desinfectante. Nadie corría, nadie se ponía nervioso, o al menos si lo estaban, no daban muestras de ello.

—¡Ya ves que no! —aseveró su compañero; este sí con bastante nerviosismo—.

Tenemos que resetear el sistema y reinicializar los procesos para intentar hacernos de nuevo con el control de los procedimientos de presión y aireación.

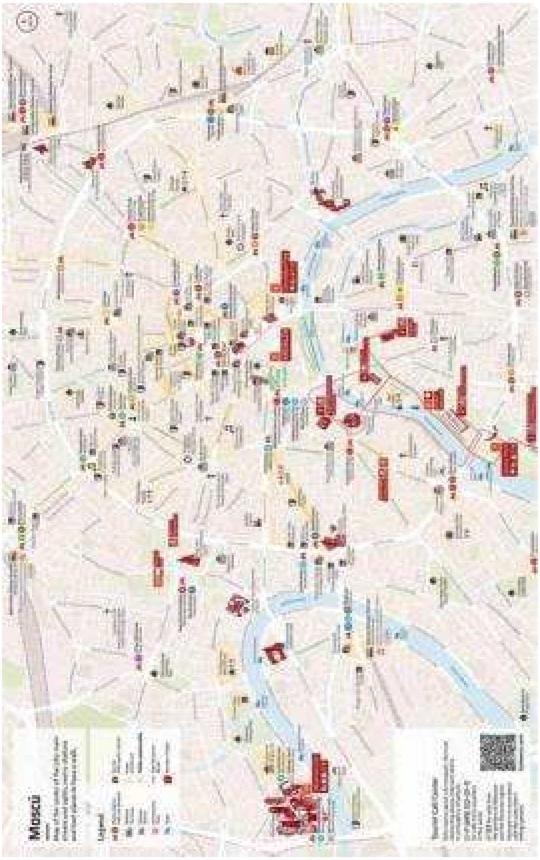
—Sabes que hacerlo sin la autorización pertinente nos puede costar la cárcel,

¿verdad, Wáng? Olvídate de Pekín, de las olimpiadas y de tu carrera brillante y prometedora.

—Chén Ziruì, escúchame. —Agarró a su compañero por los hombros —, estamos sufriendo un escape de bioseguridad de un laboratorio de nivel cuatro al exterior, a la calle, a la ciudad... Me importa una mierda mi carrera y todo lo demás, solo pienso en los que están ahí fuera confiando en nosotros ahora mismo. Y en cuanto a ir a la cárcel…

probablemente eso no sea lo peor que puede pasarnos a partir de este momento.

FIN



Agradecimientos Muchas gracias a Rosina Iglesias por la corrección de los textos y también a Alexia Jorques por el diseño de la portada.

Como siempre, el trabajo de ambas es impecable.

Por supuesto, agradecimiento pleno a mis lectores cero que en esta ocasión han sido: Luis Ángel Fernández de Betoño, Raquel Valencia, Raquel Ecenarro y Yulia Petrova.

Mi agradecimiento particular a Diana Pozdnysheva por su magnífica sesión de fotografías, tomadas por Andrei Pozdnyshev para

la portada del libro.

Gracias a la traducción y los consejos de mi amiga y brillante escritora Yulia Petrova en todo lo relacionado con los textos y el idioma ruso sobre todo, con los tacos…

(nos reímos mucho con el lenguaje coloquial).

Mi gratitud, asimismo,

por el asesoramiento y la descripción de los lugares en Moscú por parte de mis queridas amigas Alexandra Chernikova y Valeria Vivchar.

Sobre los sitios, vida y tradiciones del norte de Siberia, de Yakutsk y el Lejano Oriente me han prestado su ayuda

Anastasia Khastaeva y Margarita (Rita) Aniskevich, con su simpatía y dedicación.

Pero, sobre todo y ante todo, gracias a la encantadora Alla Evgenivna Bozhedonova, profesora, filóloga, lingüista e investigadora de la cultura y folclore de los yakutos, desde el Instituto de Investigación de Olonkho, en la Universidad Federal M.K.

Ammosov.

Ella ha sido mis ojos y oídos en toda la región de Yakutia con una simpatía, dedicación y amabilidad inmensa.

Mil gracias, mil besos.

La acción se desarrolla en: Suiza,

Bielorrusia, Reino Unido, Federación Rusa y España.

Siempre intento respetar los lugares que describo tal y como son, aunque me tomo algunas (pequeñas) licencias literarias.

Casi todos los personajes que aparecen, así como los cargos políticos, policiales, militares y demás son producto de mi invención y si coinciden con la realidad es por pura casualidad. Igualmente, la especulación sobre la propagación del coronavirus a raíz de un ataque informático es fruto de mi desmedida imaginación plasmada en esta *novela de ficción*.

Las ilustraciones a carboncillo son fotografías propias del autor o bajo licencia de Pixabay y Freepik retocadas a posteriori digitalmente.

Escrita en Vitoria-Gasteiz, País Vasco-Basque Country (España-Spain)

Acerca del autor **Jesús María Sáez (Txusmi Sáez)** Jesús María Sáez, conocido también como Txusmi Sáez (Vitoria-Gasteiz, 14 de abril de 1966), es un escritor, articulista, locutor de radio y autor español, especializado en novela negra, policiaca y thrillers de acción (aunque también trabaja el género humorístico con frecuencia y la literatura infantil). Su trabajo comenzó en el sector del transporte por carretera. Después pasó a la red de emergencias sanitarias 112 y finalmente fue conductor de autobús urbano para el Ayuntamiento de Vitoria durante 18 años. Desde 2020 se dedica en exclusiva a la escritura. Ha colaborado en el Diario de Noticias de Álava con un artículo semanal todos los domingos durante más de tres años. En esa columna hablaba sobre la movilidad. De ahí luego surgiría el libro recopilatorio de artículos Historias del autobús. En mayo de 2016 publica su primera obra Misión: Jaqueca, que tiene una buena acogida y se sitúa entre las primeras cien novelas de humor durante largo tiempo. En 2017 publica Siberia, con buenas críticas desde sectores especializados. Siberia es una novela negra a medio camino entre el thriller y la novela de espías, que el 28 de octubre de 2018 se convirtió en el segundo libro más vendido en español en formato Kindle en Amazon. En 2018 decide actualizar con una nueva impresión mejorada Misión Jaqueca. En agosto de 2018 publica Historias del autobús, una antología o recopilación de sus mejores artículos periodísticos.

En 2019, publica Poniente una novela policiaca que pronto logra un número importante de ventas y se sitúa en los principales puestos en Kindle en Amazon. En mayo de 2020

publica Kazajistán, un nuevo thriller de espionaje e investigación policíaca, que compone el segundo volumen de la Trilogía del Este, iniciada con Siberia. Esta novela Kazajistán fue seleccionada por el jurado del Premio Euskadi de Literatura para participar en el apartado de «Narrativa en castellano». En 2020 firma con Sonolibro y con Saga Egmont, la editora digital de los países nórdicos y que forma parte de la danesa Lindhardt & Ringhof, para sonorizar y convertir en audiolibros algunas de sus obras. En 2020 presenta la traducción al inglés de Siberia, saltando al mercado anglófono. En mayo de 2021 publica Pandora, un trepidante thriller policíaco, próximo al género negro, donde aborda el delicado tema de las redes de pederastia en el oscuro mundo de la Internet oculta. La novela fue recomendada por Juan Gómez-Jurado en Twitter. En octubre de 2021 publica junto con sus hijos y la ilustradora Alexandra Rudina, un libro recopilatorio de chistes titulado Chistes confitados, como respuesta alegre por parte de los niños y jóvenes a esta pandemia. En junio de 2022 publica

Moscú, con el que pone punto final a la aclamada «Trilogía del Este». Txusmi Sáez es colaborador frecuente en la revista de cine digital Filmaffinity, también ha redactado artículos de opinión para la agencia informativa TV2 Today. Asimismo, ha publicado relatos cortos en revistas del género negro como Punica Granatum o SomNegra.

Está inscrito en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) y ha realizado el Curso de escritura creativa en la Facultad de Letras de la Universidad del País Vasco. Su aventura en la radio comenzó dirigiendo y presentando junto a Begoña Arnillas durante dos años el programa cultural sobre libros y literatura Peligro: escritores sueltos, en la sintonía de Radio Siberia FM. Desde el 2021 coordina para el Ayuntamiento de Vitoria, dentro de su oferta de actividades culturales, el Club de lectura de novela negra y policiaca en el CC Iparralde y lleva también a cabo diferentes talleres de escritura. Asimismo, participa desde 2022 en los Diálogos sobre creación literaria en la Casa de la cultura de Vitoria. Es miembro de Krelia Creadores literarios de Álava, de CEDRO y de la Asociación de escritores de Euskadi. Por último, es socio colaborador, convencido y consecuente, de Greenpeace, Amnistía Internacional, Médicos

Sin

Fronteras

y

ACNUR.